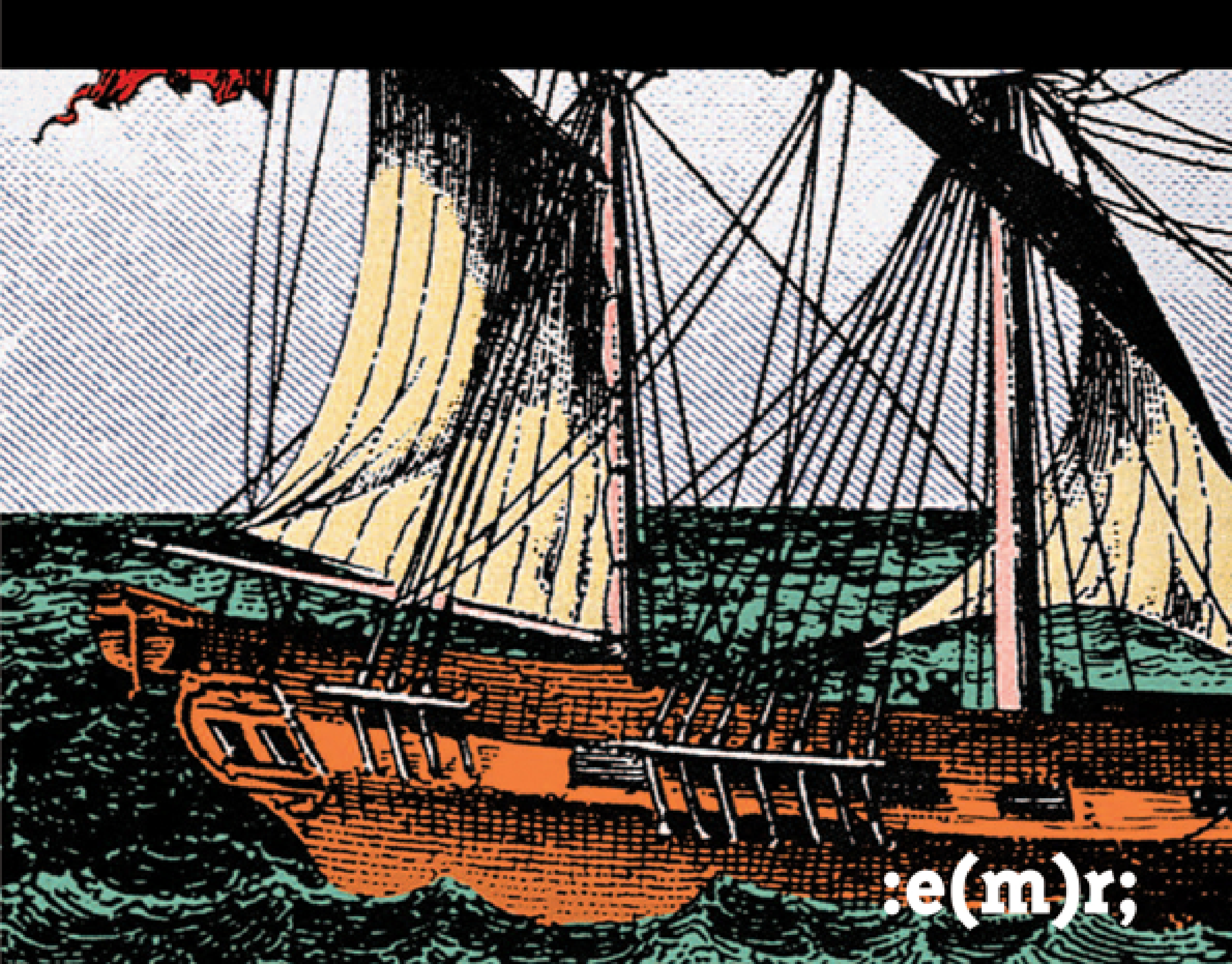
Gregorio Echeverría

Tercera fundación



Premios de Relato "Ciudad de Rosario" 2006

Tercera Fundación

Gregorio Echeverría

Índice

A la amada tierra
y a la gente
de mi provincia
de Santa Fe
donde vi la luz
me educaron
conocí el amor
nacieron nuestros hijos
y reposan los restos
de mis padres.

Sevilla ’92

Hoy Gran Encuentro Hoy. Lunes 12. Cumpleaños de prima Teresa. De octubre, coño. Ahueca el ala, chaval, que la Tere no es merienda para gorrinos. Bueno me puso aquella nochecita de otoño del ‘78. Cumplía los trece y ya sus pechitos pugnaban por rasgar las gasas y la muselina de su blusa. A cuenta del frío y de algunos chatos cogidos a hurtadillas de tía Carmencita, empecé abrazándola y entre besuqueo y besuqueo sin que la guarra dijera ni pío, di en enderezar mi derecha por debajo de sus enaguas, en procura de desentumecer mis dedos a través de aquella suavidad caliente y húmeda.

Es posible que el tiempo, que todo lo distorsiona poniendo siempre el acento en exacerbar lo inicuo y disipar lo virtuoso, me juegue una mala pasada en el recupero del recuerdo de aquel que si no fue mi primer chasco fue sí el que más me dolió en lo hondo de la conciencia, o sea entre las ingles. Porque la orquitis que me sobrevino a raíz de los arañazos y chillidos de la putísima Teresita y la consecuente —como os podéis imaginar— veda de sus pocos remilgos y muchos encantos, me tuvo no menos de dos semanas con la naturaleza en salmuera y el ánimo entre decidir si empacaba los petates en una bolsa marinera para dar la vuelta si no al mundo por lo menos a un par de provincias, o si resultaba menos bochornoso desaparecer de las rondas y francachelas habituales con excusa de algún retiro espiritual en quier casa de ejercicios, de las que no faltan en estos pueblos de Dios en que la única modalidad conocida de enfrentar al Enemigo es tejer toda suerte de trincheras y casamatas en que sorprenderle —así nomás fuere dormido— en desperezo de sus sudorosas andanzas. Bien, lo de la vuelta al mundo —que es de seguro una reminiscencia de las historias que corren en familia acerca de aquel goliardo que dicen fue bisabuelo Bernardo— estuvo desde el vamos fuera de mis posibilidades, dado lo magro de mis ahorros y lo escaso de mi crédito ante Madre o abuela Secundina o tía Nieves. Madre, la pobre, sabéis bien que para mucho no le dan las perras chicas que recibe como pensionada del montepío de Jerez. Y no era muy diferente la cosa por aquellos años. Abuela Secundina fue —mientras estuvo en este mundo— la cancerbera de cuanto duro, peseta o cuartillo cayera en sus manos, que si bien daban para poco por

el deterioro de la artritis y el reuma, tratándose de numerario se ceñían con tal ahínco al botín, que mejor fuera degollarla que convencerla de abrir los garfios ganchosos y apergaminados. Y qué decir de tía Nieves, cuya tacañería era tan sabida que se tuvo siempre por cierto que no consumía huevos por no deshacerse de las cáscaras.

Lo de la casa de ejercicios quedó en agua de borraja, porque las idas y venidas de tío Celestino por los tugurios de la cuesta del Caldero no eran tan secretas que escaparan al finísimo oído de Su Eminencia. Y esto no porque el santo hombre se ocupara de tan bajos menesteres, sino porque la infaltable cáfila de ratas de sacristía no desperdiciaba ocasión —so pretexto de confesión— de soplarle al pasar cuanto chisme o rumor tuviera la fortuna de hinchar paños en las aguas mugrosas de sus encarajinadas conciencias.

Bien está visto que cuando se cumple el saber popular de que a quien Dios no le da hijos el Diablo le envía sobrinos, pasa el tal sobrino —cual es el caso de un servidor— a heredar cuanto vicio real o supuesto ostentara el no siempre bienquerido pariente, amén de pústulas y otras pupas y lacras que diz suelen desencadenarse no por la rama principal de los abolengos, sino por los sarmientos y ramillas enfermas. Todo lo antedicho para que comprendáis mi contrariedad al enterarme de que se me negaría al punto el nihilobstat para cualquier evasiva vía monasterio o abadía o casa de santidad. Cierto es bien —por otra parte— que cuando se empeña uno en perseguir los relumbres de la devoción, no es menester la solemnidad de los claustros ni escenografía de reclinatorios y pebeteros. Iten más tratándose como se trataba no de una devoción pendiente de un futuro sitial en los altares, sino más bien el deseo de sustraerme por un tiempo a las vanidades y algazaras de este mundo, en pos de desarraigar de mi espíritu el mal sabor de las calabazas de la primita de marras y dejar cicatrizar —por qué no— las heridas de mi orgullo y hombría conjuntamente vulnerados como os lo he expuesto.

Ya con haberlo hecho repararéis en lo sincero de mi malestar, cuanto que no soy dado a reconocer resbalones ni verónicas en esta clase de negocios. En fin, todo sea por Dios, resultó finalmente que —clausurados todos los caminos o casi— cúpome encerrarme en la buharda de la casa que da sobre la parte más escarpada de la falda del Mulhazén, lugar donde yacía en desordenado montón buena parte de la historia

familiar, bajo epifanía diversa de cofres, baúles, maletas y canastas, cuya sola vista daba idea cabal de luenga tradición de artesanías de madera, cuero, lona, mimbre y hojalata estampada.

Como no era extraño a los hábitos familiares que yo me desapareciera de casa hasta por un par de semanas, poco me costó aviarme de galleta, unas lonjas de tocino y un casal de caramañolas de tinto del Sacromonte, más unos cirios que se tenían a disposición de una imagen del Cristo de Limpias y otra del Señor de la Última Esperanza, y perderme sin urgencias en la penumbra sugerente de aquel santuario.

No soy de desempolvar genealogías, pero bueno es acotar de paso que esta susodicha imagen del Señor de la Última Esperanza decíase pertenecer a la casa por diversos vínculos, que entroncaban por vía materna con el bisabuelo de bisabuelo Bernardo. De aquí remonta la línea parental hasta un volatinero de la corte de uno de los duques de Medina Sidonia, quien habríala recibido en custodia de manos de un clérigo regresado de las Yndias, atendiendo a los ruegos de un moribundo que diz que embarcó hacia aquellas tierras en pos de un loco banderillero con veleidades de acrecer. Tengo por creíble que buena ración habrá en todo ello de mentira y embeleco, pero no menos cierta es la presencia de esta imagen, cuya mirada perdida en las profundidades de un horizonte acaso no menos incierto que el que incentivara las locuras del bueno de don Cristóbal, bailotea día y noche a compás de la pálida llama de los velones.

Héteme pues apostado y pertrechado en aquella soledad, presto a cauterizar las heridas del alma con el oropel de la historia y las sabrosuras del tocino bien regado. Nada hay imaginable a una colección de equipaje tan diverso cual el que la casualidad ponía a mis alcances, no solo por lo variado de los continentes sino asimismo por lo mezclado cuanto inverosímil de los contenidos.

Abrir uno de aquellos baúles era —por ejemplo— acceder a un amontonamiento fastuoso de encajes, pañoletas, cajas de cigarros turcos, folletines amarillos de tiempo y lágrimas oxidadas, acericos de pana, escarpines, toquillas, camafeos, hábitos de San Ignacio, quevedos ya sin cristales, bastones de malaca con empuñaduras de marfil, misales, cilicios de San Benedicto, cofias de hopalanda aún

acartonadas de plancha y almidones, cajillas de té de Ceylán, bigoteras, camisones, toreras de terciopelo, escapularios de la Virgen del Carmen, vistas de la Torre del Oro y la Giralda una noche de función, catalejos, retratos… en fin, todo cuanto os podáis imaginar y un tanto más aún. Y no hablo sino de uno de los innumerables bultos que, apilados o en desorden, proyectaban en la altura recoleta el perfume de sus lavandas y el espesor de sus sombras.

Mala ha sido siempre mi memoria, amén de que diz que mis entendederas para poco dan. Nunca fui de catecismo ni de lectura, conque poca fe podéis dar a cuanto os relato. Buen trabajo me dio deletrear el título de algunos pocos libros, los subtítulos de varias vistas (todas de estos alrededores, menos algunas de un tatarabuelo que fue secretario de un cónsul español en Bruselas), partidas de nacimiento, actas de defunción, cuadernos de tejido (uno de poesías, cosido a mano y forrado en brocato azul con flores doradas), paquetes de cartas, se ve que de distintas épocas, atados unos con cintas de seda blanca, otros con luctuosas cintas de satén violeta que harto dejaban adivinar acerca de sus pláticas, amén de dos legajos muy prietos amarrados con sisal.

Ni sé por qué fue uno de estos líos el que atrajo mi interés. No ciertamente por lo perfumado ni por lo coqueto, puesto que se trataba según aprecio de papeles de inferior calidad, cortados con escaso cuidado y manchados al parecer por variadas pócimas —imagino que con vino más de uno de aquellos pobres documentos, a juzgar sobre todo por el tono de sus dislates— poca cosa al fin. Fechada estaba una de estas curiosas misivas un doce de octubre de un año que no llegué a distinguir. Juro que mucho me costó su deletreo —no digamos ya su comprensión— puesto que los hechos a que se refiere distan de aquello que es de mi saber y conocimiento. Todo ello fue después a parar a la biblioteca de Su Eminencia, quizás como un esfuerzo familiar por enjugar la mala fama que sobre el apellido arrojaban las costumbres de tío Celestino. Mala fama que no la merecíamos nosotros, a fin de cuentas, aunque llegué a entrever, armando retazos de conversaciones a media voz, que finalmente había dado con sus huesos en la cárcel primero y luego en el Hospital de las Huérfanas de San Sulpicio, a raíz de un hecho de sangre con que epilogó una farra de copas que a su turno había epilogado una farra de faldas.

La tal misiva, que más se parecía a las anotaciones que los colegiales hacen en sus cartabones, refería con increíble desorden y penosa caligrafía (esto sí que puedo asegurarlo, porque las monjas me hicieron llorar completando carillas y carillas de palotes, derechos e inclinados) un arribo de no sé qué embarcación a no sé qué costas. Se nota que buenos estaban los pobres, al cabo de una por lo visto larga y difícil travesía, pues el escriba no cejaba de maldecir la hora del embarque ni de añorar la del retorno. Particular énfasis ponía el pobre hombre en el detalle de algunos naturales que se ve les aguardaban a la vera del agua, las mujeres en pelota y adornadas con guirnaldas de flores, lo cual no era promesa indigna de interés, a mi modo de ver.

Repito que todo ello se expresaba confusamente —y no toda la confusión débola a mi ignorancia— pero me quedó bastante claro que llevaban a bordo a varios locos, uno de ellos seguramente persona principal, puesto que si bien se lo vituperaba y designaba en medio de tacos y juramentos, se dejaba ver si no el respeto al menos el temor que les infundía, a saber por comentarios sobre castigos y diversas maldades, paréceme que impropias de gente de tal linage. Creo —entre medio de cháchara casi irrepetible— entender que traía el tal almirante (que así se lo nombra en algún párrafo) consigna de proceder con presteza y sagacidad en cuanto a apoderarse de gentes y bienes de lugares que no se precisaban —a lo menos no lo recuerdo— pero que se hablaba de ellos como de unas tierras fantásticas de príncipes y especierías.

Variada se colige era la calaña de la tripulación, puesto se echa de ver no faltaba a bordo algún frayle al cual se refería el escribiente con harta ligereza que no conviene repetir aquí, habiendo ido como fueron esos folios a manos de Su Eminencia. Pero tengo por recto que no solo en la cuesta del Caldero ni en la del Chapí se cuecen habas, puesto que las veladas alusiones a las andanzas del fraylecillo —e iten más a las de otra eminencia a la que en varios folios se hace mención— poco debían envidiar a las hazañas de trotaconventos y decamerones. Ignorante soy y me cuesta dar con el hilo del relato, que si no hubiérame parecido de algún valor fuera de lo vulgar, tendríame guardado en el coleto estos comentarios, que de seguro os han de mover a risa cuando no a una especie de compasión. Pero estaba en que aparecía aquella tripulación de no sé cuántas embarcaciones compuesta por no sé cuántos fascinerosos —tal los nombra a veces quien pareciera hablar con voces de mando—

aunque a estar de los comentarios del propio susodicho frayle, tampoco él inspiraba mejor opinión. Algo hay a propósito de un tal Rodrigo —quien parece era de estos mismos alrededores— al que se tenía encomendada la vigilancia principal y parecía andar de pobre humor, según adeudábasele no sé qué suerte de renta de ojos.

Mas fungía la preocupación principal de los protagonistas de tan insólito crucero en acopiar buen botín en hembras y en especias, consumir barricadas de aguardiente y hacerse de oro y plata como para adquirir el menor de ellos una corona ducal. Paréceme que el almirante, en cambio, tenía echado el ojo a títulos más principales, según divagaba para su coleto de tiaras y diademas virreynales. Palabra hay, en fin, de escribanos y corregidores, en una tal mezcla que bien entiendo trátase de circunloquios salidos de magín no menos calenturiento que el de don Miguel. Refiérome a Cervantes, por si alguno de vosotros ignorantes estáis pensando en esculcarme por aclarar de quién se trata, que en punto a condiciones de sesera, ni vosotros ni yo tenemos que envidiar al más plantado de los jumentos que cada amanecer descienden por la cuesta de los Morabitos hacia Bibrambla, para retomar el opuesto emprendimiento en procura de abrigo cabe la caída del sol.

Fuerza es entonces creer que ni trujamanes ni putas ni borracheras parecían estarles vedados a estos preclaros aprendices de Belzebú, que no por menos los tenía a confesión suya el buen frayle. Decíame y os lo repito, que bien llamome la atención que siendo entonces un día como el de hoy, vese que tuvieron fortuna en el arribamiento a aquellas tierras y no fueles esquiva la suerte, según del recibimiento no expresan queja, a lo menos quienes suscriben y firman estas anotaciones.

Mas justo me parece dejaros echar un vistazo a estos pobres apuntes que yo mismo sustraje de aquellos que merecidamente fueron a dar a manos de Su Eminencia, mientras preparo alguna vianda liviana para andar el camino hacia Sevilla, que de eso se trataba el anuncio que os comentaba al inicio de estos disparates. Dícese por ahí algo de no sé qué cachondo festejo en memoria de no sé qué cachondo acontecimiento. Pero cierto voy que si todo acaece como en las ferias de San Valentín y de San Cosme, a tiempo he de llegar para algún jaleo de tragasables o de mozas de vida alegre. Que los andaluces todo lo hacemos a lo grande y uno nunca sabe, vamos… ∎

Discurso de Harpalo

Está soplando el siroco de Libia. Tal vez esta noche recogeremos velas en Gurnia. ¡Eh, Magón, suelta paño para ceñir el buen viento del desierto! Mira cómo nos empuja a puerto, bribón. Acaso logremos descargar antes de cerrada la noche. Myrtila debe estar aguardando y los vigías de puerto no son cortos de vista ni de lengua. Bueno es volver de viaje y hallar mesa puesta y cama caliente.

Apura a ese banco de remeros, hijo de Moloch, que a este paso nos esperan todavía tres noches en el agua. ¿Es que no os regocija las narices cierto tufillo a carnero asado y al perfumado vino de Pérgamo? ¡Arrea, malditos perros devoradores de excrementos de cocodrilo! ¡Arrea, que mi señora Myrtila debe estar impaciente si recibió noticias de nuestra llegada. ¡Remad, remad con ganas, por las sagradas vísceras de Apis! Traemos mal estibada la carga desde que salimos de Gaza. Los perros egipcios no querían portearla de noche, cuando Seth anda suelto por el cielo devorando los desparramados restos de su hermano. Pero a Harpalo no lo sorprende con los ojos cerrados un devorador de cadáveres. Habactis insistía en que pasáramos la noche en la laguna para cargar al amanecer. De buena gana lo hubiera mandado a reunirse con Anubis, pero la prudencia es aconsejable estando en aguas extranjeras. Y las de estos perros apestan a cocodrilo y a boñiga de camello.

A Harpalo, hijo del pastor de ovejas Dactylo y nieto del talabartero Nycias, no lo engaña un maldito perro del Nilo. Mi padre mató en el puerto de Mileto a dos cerdos egipcios que lo atropellaron al salir de la posada, creyéndolo borracho. ¡Pobres perros adoradores de la sombra de Isis! Cuentan los traficantes de carneros que no menos de ocho veces se abatió sobre sus lomos infieles el pesado cayado del padre. Y cuando cayeron, les aplastó el cráneo con una piedra del tamaño de un melón de Biblos. Yo heredé el cayado de mi padre.

Por ser el mayor me correspondía el rebaño, pero lo cambié por la libertad de viajar y comerciar con todos los puertos del mundo. ¡Ay de mí si hubiera seguido el camino

que me estaba destinado! En dos años las fiebres y las sequías agotaron al pueblo. Los pastores se internaron hasta caer uno a uno en poder de los bandoleros de las montañas. Los agricultores permanecieron en el poblado, hasta que los fueron diezmando el hambre y las enfermedades.

Yo, en cambio, soy razonablemente rico y tal vez haya ganado lo suficiente como para no preocuparme por el resto de mis días. Pero ¡cómo privarme del placer de doblar mi fortuna en cada viaje desde Tiro a Cartago o a Corcyra o a las islas Casitérides? El comercio es la más alta manisfestación de la nobleza y de la inteligencia. Navegar y mercar con todos los pueblos del mundo, conocer climas y costumbres extraños, saborear exóticas bebidas, adquirir costosos vestidos y alhajas deslumbrantes, lucir sofisticados afeites y perfumes enervantes, sentir tras de mí la admiración y el deseo de las bellas negras de Libia o de las lascivas lestrigonas. Eso es para mí el logro más acabado de las aspiraciones de un hombre libre.

Myrtila me adora y me es fiel más que a su esposo. Y mi señora Asherah es la más bella perla de Sidón. Está loca de amor por el apuesto Harpalo. Aunque a punto de locura y de belleza, acaso ninguna como mi preciosa Dardania de Cartago. ¡Qué ojos, qué labios, qué seda ambarina su piel que no acierta a contener en el odre de su cuerpo el torrente de sangre ardiente de las hijas de Astarté.

Pero en fin, que los vientos soplen y los ríos fluyan. Alto es el cielo, profundo es el mar, largo es el camino. Ya tenemos a la vista las fortificaciones del antepuerto. Alcanzo a distinguir el velamen de dos gaviotas tirias y el espolón de una balandra doria. De cierto han venido estos inoportunos amigos a mercar pieles en la feria de Psychro. Mediamos la cuarta luna del reinado de Kyneros el Abominable y han de estar las celebraciones de Zeus Keraunos en su apogeo. Buena ocasión para vender a buenos precios mis telas y mis perfumes. Cargaré no menos de cien odres de vino y otros tantos de aceite. Y al menos cuarenta cestas de higos de Macedonia.

Sacrifiqué un carnero negro y cinco medidas de miel antes de zarpar de Tiro y los augurios me eran favorables. De modo que adelante, mi querido capitán, que la fortuna nos sonríe. Deja que los sollozantes circuncisos de Judea se ocupen de acallar la ira de Yaveh. Ya acallaré yo con mis abrazos el enojo de mi bella Myrtila. Deja

que estos cautos helenos se ocupen de sus tratados y de su política. Son mejores políticos que comerciantes y si pagan con buena moneda mi mercancía su política no amenguará la solidez de mis arcas.

Tampoco hagas caso de las atrevidas amenazas de los lacedemonios. Terminarán pagando su precio, que los guerreros no tienen otro modo de obtener lo que satisface sus necesidades sino comprando o robando. Y no te preocupes, Harpalo, ni de los actores de Eubea ni de los tañedores de cíthara de Tesalónica ni de los plateros de Gades. Son solo artistas y no sirven para nada, excepto hacer bulto en la feria y alabar a gritos tu púrpura y tus joyas. Tuyo es el oro, capitán y tuyo es el poder.

Sé que me desprecian y muchos de ellos no compartirían su mesa conmigo, ni su charla, pero comparto yo mal que les pese su dinero y sus esposas, y que se rían del sucio mercader de Sidón. Cuanto más rían más alto será el precio y se verá quién ríe más fuerte al fin. Ya viene hacia nosotros la nave del prefecto haciendo señales. Buen puerto a fe, y por buenos aires ventilado, de tal manera que bien se soporta aquí la estada, maguer las ratas y comadrejas y otra índole de alimañas que a costa de nuestras bodegas saciarían su hambruna si no diera cuenta de ellas el celo del buen Valentín, cuyos son la cuadriga de barcinos y la bola de plomo. Que si los susodichos gatos disimulan su inquina hacia los atrevidos roedores bajo el aspecto manso de cariacontecidos peregrinos, tal se parecen sus fofos pellejos a las debilitadas alforjas de los romeros, asimismo nadie adivinara lo que de mortífero involucra la nombrada bola, puesta a matar por el brazo tendinoso del negro unidos ojo, brazo, bola y alimaña en un solo afán.

Aguas bajas, en fin, abajando más aún cuando el hálito caliente de las pampas las comprime y empuja hacia afuera, en procura de los horizontes abiertos de la mar océano. ¡Oh, Señora Bienaventurada de los Navegantes. Pluga a tu maternalísima misericordia que las humildes esperanzas de tu devoto servidor se vean colmadas y satisfechas como colmada y satisfecha por tu gracia de fanales y estrellas el apretado manto de la noche está! No son la codicia o la avara mente de un cojuelo diablo gibraltarino méritos que muevan sin reticencia tu simpatía y favores, pero no me mires, Señora, como al traficante innoble y voluntarioso de utilidades con que otros ojos cristianos me miran. Y menos aún, te lo suplico, con la desfavorable altivez con

que los portugueses y judíos, que ni sé por qué los distingo en mis ruegos siendo como son ambos rama una y predilecta de la pecadora simiente de Moisés. Bien me valen tu precioso escapulario que en ocho buenos escudos compré a un piojoso monacillo benedictino —dispensa mis groseras formas— en la feria de Rouan, camino de Santiago, la antepasada primavera, y las jaculatorias que me cedió el bueno de Cosme, el guardián de las reliquias del altar de San Severino en la eremita de los Milagros de Sanlúcar, tío segundo por lazos de sangre y padre por adopción, como huérfano que la peste y las infieles cimitarras de Lepanto me dejaron a una y por ambas partes no cumplidos cabalmente los diez años.

Fuera mi destino en aquella ocasión el entrar al servicio de un claro hombre de iglesia, el deán de la capilla del Milagroso Niño de las Pústulas, cercana a la puerta oriental de las murallas de Málaga, si no se hubiera tropezado mi desprevenida desolación con unos buhoneros y saltimbanquis que a las laderas del Gibralfaro tenían aposentados sus reales. Iba yo gacha la cerviz y puesto el entendimiento en las negras cavilaciones que de continuo bullen en la cabeza de un niño sin padres y sin fortuna. Era mi objetivo allegarme al deán no pasada la hora de la cena, porque no fuera a encontrarle dormido y porque mis tripas no se vieran forzadas a prolongar el ayuno del camino.

A buen paso pues, y ya lejos del vado del Guadalmedina, distrajéronse mis meditaciones con unos gritos y estribillos y cantinelas y sonsonetes que de la propia piedra del monte parecían brotar. Y es que el Gibralfaro, según se le faldea yendo de camino hacia la Alcazaba, se pliega y se repliega de forma que las voces no salen derechamente sino que topando con murallas y columnas y contracantos de piedra, se desvían y multiplican y a tal punto aumentan en número y volumen, que el discurso de dos personas parece asamblea de diáconos, y el pregón de algunos mercaderes simula alarido de victoriosa legión. Pues mercaderes eran estos egipcianos y cuyas eran las tiendas multicolores que confundían el amarillo y el azul de sus bayetas con el azafrán y el solferino de las sedas levantinas y el verde de las gasas de Omán con el púrpura senatorial de las hopalandas de Tiro. Cómo brillaban al sol sus cetrinas caras astutas. Y cómo tintineaban en sus bolsas las redondas monedas que iban pasando de manos de los curiosos viandantes a las más ávidas garras de estos fascinerosos. Pero puesto que poderoso caballero es, parecióme que no hubiere en el

mundo profesión más acertada y digna de hombre de mi disposición que la de mercar y comprar y vender y en hacer diferencia transcurrir las horas y los días y en sacrificar a los altares de este dios menudo que los romanos llamaron Mercurio y que todos los pueblos aprendieron a le adorar y le respetar bajo las más diversas cuanto que caprichosas advocaciones, y parecióme sin que para ello mediara de nobles o prudentes el advertido consejo, que muy nubladas y tenues se veían como futuro las paredes y claustros de una capilla cuando podía yo aspirar, dominio de la disciplina mediante, a sentarme a la mesa redonda a cuyo bordo se tejen porcentajes y se destejen utilidades, se arman personalidades y se descomponen gobiernos, se otorgan condecoraciones y se promulgan entierros, a cuyo amparo en fin, se componen blasones y se recomponen destierros.

Hízome uno de aquellos hijos del Nilo don de su protección y conocimientos. Algunos años pasaron, y yo prosiguiendo el estudio de las nobles artes del comercio y el deán del Milagroso Niño aguardando que aconteciera mi anunciada llegada. Creo y espero que con el tiempo le pasara esta ansiedad porque cierto es que no tuvo de mí posterior noticia. Quedé pues con estos desaprensivos camaradas y cierto es que cuanto tenían en malicia me lo trasmitieron en experiencia, de modo que al cabo de dos años poníame yo sin menoscabo a pujar mano a mano con un comerciante de Chipre por el precio de unos pellejos de vino, o con un custodio del Arca por los detalles de un sacrificio propiciatorio. Arribo pues, a esta ciudad, con la mente fresca para el cálculo y el corazón henchido de esperanzas. Traigo 300 odres de aceite de Pérgamo, 260 de vino del Ródano, l200 varas de paño inglés, l80 barricas de aceitunas sevillanas, 8200 varas cuadradas de cedro del Líbano y algunas piezas de ébano.

Hermosa Myrtila. Sonríes dormida en la dulzura del placer ahíto. Sabes bien, mi adorable diosa de sándalo, que no hay travesía o escaramuza capaces de disminuir el interés de Harpalo por los besos sabios de la mujer más fascinante de Gurnia. Qué digo de Gurnia, en toda Creta no se hallaría un cutis tan terso que gana en suavidad a la piel perfumada de los damascos de Beocia. Y unos ojos cuyo azabache envidia el más negro cielo de Sagitario. Y un cuello tan perfectamente torneado que roba en esbeltez a las columnas de Apolo en Corinto. Tu seno menudo y bravío estalla en mis

brazos como un cáliz de sacrificios y tu vientre es el sinuoso laberinto que mi espada explora con el ímpetu del toro.

Sonríe y duerme, duerme y sonríe, mi señora Myrtila, que cerca estás de quien te hace feliz y lejos de quien siendo tu dueño, más se interesa en el complicado cálculo de la cobranza de los tributos que en el cuidado de otros tesoros que más le valiera atender y vigilar. Bueno es, al fin y al cabo, que tengas quien te vista y quien te desvista, mi pequeña estatuilla de Cnosos. Si Teseo mucho se ocupa de sí mismo, bueno es que Asterión entretenga el cavernario fuego en las entrañas de la pobrecilla Ariadna. Astuta eres para engañarlo como sabia para quererme, Myrtila. Todavía me encontraba llenando papiros en la capitanía del puerto y tú ya tenías por doncellas y criados minucioso informe de mi arribo. Lejos alcanza tu preocupación por Harpalo. Demasiado lejos a veces para mi gusto. Además de las sedas y las sandalias y las ajorcas y los perfumes que traía para agasajarte, he debido agregar un brazalete de oro que no luciría mal en el propio muslo de la reina de Saba y una tiara de rubíes que haría buen papel en la cabeza de Dido. Todo ello para borrar de tu pensamiento las sospechas sembradas por algún malicioso comentario acerca de mis amores en Cartago y en Sidón. Malos vientos arrasen con las ofídicas lenguas y cargue Moloch con sus venenosos pellejos. Puedes de paso entretener tus sueños en brazos de tu esposo, mi delicioso odre de sensualidad. Malo sería que te quitara de cumplir al menos en tal medida con tus deberes de esposa. Sé suya en sueños y mía en la vigilia y estemos todos en paz. Salga yo por la ventana de tu aposento cuando él entre por esa puerta; malo es de custodiar cofre con varias cerraduras.

Harpalo también es maestro en escenas de celos, pequeña flor de Nubia. ¿No he provocado acaso tu llanto acusándote de quererle? Es gordo, me has respondido. ¿No te he puesto de rodillas ante mí con la insinuación de que estando en mis brazos te sospechaba pensando en él? Es grosero, has agregado. ¿No te he forzado a los servicios más lujuriosos bajo el apremio de que los reservaras para él? No le interesan mis jardines secretos, me has asegurado.

Guarde Ishtar la paz de tu sueño, señora mía Myrtila, libidinoso durazno de Judea, respetable esposa del respetable cerdo cobrador de diezmos, respetable amante del apuesto Harpalo que no es ni respetado ni respetuoso y se mofa de los señores que

mirándole de lado lo desprecian por dedicarse a los bajos menesteres del mercado. Queden ellos con su orgullo y su linaje, que Harpalo se queda a la larga con los sabrosos frutos de sus bolsas y con los encendidos quejidos de sus mujeres. Son mis noches más divertidas que las de ellos, pues si dueños son del serrallo, más dueño soy yo, saciando mis lascivos caprichos en las carnes dulces de sus esposas y escuchando el relato de sus desesperaciones y sus impotencias.

Salve, señora mía, que mañana es día de trajín para tu humilde servidor. Buena es tu cama y excelentes tus cuidados, Myrtila bella, pero mejores son el perfume del abarrote y el gemido de las velas pujando por conducirme donde la fortuna y el tintineo del oro acuñado que baila dentro de mi bolsa. ▮

Miserere

Si nos de vos partir nos hemos en vida, dannos consejo, en loor de Sancta María… resuenan las plegarias coruscantes subiendo hacia los arcos torales de la eremita de San Avelino. Dannos consejo, en loor de Sancta María… Piedra de las canteras de los carmelitas y vigas de roble manchego se enlazan por encima de los vitrales en que san Damián y san Cosme contemplan extáticos la desigual pulseada entre el Evangelista y una sombría horda de cabrones, gorgonas y lestrigones de lomo aceitoso y genitales velludamente lascivos.

Los hipos de las rezadoras se funden con una voluta de incienso y mejorana que perezosamente desenrosca sus tentáculos desde el centro mismo del crucero. Ten piedad, Señor, repite y repite en exasílabos rencorosos el ciego del atrio, sacudiendo su cayado capitular contra las espinillas de desprevenidos feligreses que acuden a las flagelaciones de Vísperas. Ten piedad… piedad… piedad… se multiplican los ecos de los ecos arrojados contra los sillares de cuarcita, donde se entremezclan los ayes de las dolorosas con los bajos retumbantes del continuo, resbalando los unos acorde por acorde por entre las petrificadas arterias que acordonan en cantiles pardos y negruzcos el pie densamente manoseado y besuqueado de la Santa Cruz, desde cuya arboladura empavonada por siglos de cirios y hollines el Hijo del Hombre sonríe su cansancio y su desgano en el nombre del Padre y del Espíritu. Y goteando los otros arpegio por arpegio por entre las pilas y reclinatorios y aguamaniles del coro y descendiendo hacia la profundidad lacustre de la nave mayor, sobre el pavimento gastado por añares de rodillas y escarpines y polainas y sandalias y frustraciones.

Ten piedad, Señor, y no fuere vuestra paciencia menor que vuestra infinita caridad. ∎

Monólogo de Betsabé

Ala, ala guapos. Venir por los mimos de mis manicas y el perfume de mi cogollo. Pobre se ve vuestra investidura, niños míos. Bien se nota que están vuestras faltriqueras tan ganosas de una buena soldada como vuestra piojosa naturaleza de unos arrumacos y unos meneos. Pues quedaréis de no querer ni el postre. Que de la cama de Betsabé nadie se ha levantado con ganas. Dijéranlo si no los sudores y jipíos de los chambelanes de Palacio que no van ni vienen de Granada sin pasar por lumbre. Ni hablar de las sotanas y las púrpuras. Que una no es de desbocarse, anda, que buena cuenta me tienen la discreción y la parsimonia en el manejo de estos asuntos. Pues te va la vida y la honra en ello, guapa. La vida vaya, que la honra hace rato se fue por esos caminos del Señor. Mas no os ocupéis, dueño mío, que poca es mi fortuna para hacer lugar a los perendengues de la honra. Honrada sería —y tanto— si mi cama luciera blasones más empingorotados que los que amerita una filiación dudosa, tanto que no la envidiara el último de los caldereros de la cuesta de los Ziríes.

Mas como válenme la lisura de mis carnes y lo hondo de mi entendimiento en negocios del placer, allá los perendengues y los blasones. Ni señoronas ni condesas ni altezas de mayor alcurnia dan abasto para sujetar las bragas de sus maridos cuando les apura la nostalgia de mi coña. Más fidelidades han perecido en mis brazos que pelos tengo donde les queráis buscar. Quita de ahí la mano, guapo. Deja tus duros cerca de mis alcances y lejos de tus tentaciones. Por estas manos y por esta cama han pasado en unos años la historia de medio reino y las querellas de la otra mitad. Que tantos oficiales y ya no recuerdo cuántos guardianes de sellos y custodios de la real hacienda dejaron en mis orejas la música de sus vahidos y el remordimiento de sus cocimientos y cohechos. A punto que ni yo misma reconozco entre lo escuchado en tales pláticas y lo que a las artes adivinatorias se deba. Si a muchos eché la buenaventura pocos entendieron que más les valía la que llevo entre las piernas.

Pero nunca fue la hija de mi madre de encaramarse en los dones de la magia para escatimar otros dones que la naturaleza prodiga sin miramientos. Secretarios y alguaciles y clérigos hubo a mi vera que se acercaron ganosos del consuelo que les negaban a unos las esposas y a otros las capitulaciones y las bulas. Poca escuela tuve, hijo, que las mejores lecciones recibilas en la frescura de las cuevas y en el desparpajo de los hórreos. Valiome todo ello siendo aún adolescente ya que no doncella. Testigo fui y confidente de capitanes y frayles que pugnaban por adentrarse en las puertas de Iliber. Y asimismo de muslimes y cadíes y almotacenes empeñosos en impedirlo. Que a la hora del amor y de las carnales demandas poca cuenta le tienen al cuerpo los alcoranes y los crucifijos. No es que quiera desilusionarte, hijo, pero a pesar de los relumbres de tu futuro temo que tuyos sean los sudores y de otros las ganancias. Pues no fue de cierto de compartires ni de generosidades la plática de los perestrellos y pinzones y campeadores y bayardos que dejaron sus lágrimas y otros humores debajo de mis sábanas.

Tampoco los que se comían los mocos detrás de aquellas murallas me parecieron de fiar. No todo era coraje y santidad entre los moros de la morería, no. No por nada terminaron llorando como mujeres, ya escucharás esta plática andando el tiempo, guapo. Muchos pasaron ciertamente por mi vera y tantos golpearon a mi puerta. Un escribano de las cortes de Castilla a la pesca de unos informes acerca de un genovés que so pretexto de cruzar unos trópicos se había aquerenciado bajo los refajos de sus altezas. Algún capitán de alabarderos que después de dejar la salud del cuerpo en las nieblas de Flandes vino a dejar la de su alma por estos andurriales. Más de un hideputa con las armas de los de Alba bordadas en los calzones. Viérasle, hijo, enteco y esmirriado delante de mi luna veneciana, admirarse de sus adiposidades y sus pústulas. *Capitán de los tercios de Flandes, señor capitán*. Buenos quedaron los pendones de Aragón a la hora de la verdad. Más llenaban sus fojas de reconocimiento el relato de sus exacciones y sus cagaderas a la hora de la batalla que los empeños por los que juraran y por los que cobraban diezmos y regalías y gabelas. Pero no hagas caso de mis desvaríos, guapo, que esas y otras tantas historias me entran por una oreja y me salen por la otra.

Qué quieres, hombre, una es de prestar oídos y los pobres, vaya, se conforman con despacharse con quien no puede comprometerlos. Aviada estaba si hubiera de

acordarme de tanto palique, de tanta cháchara. Devaneos de orates la mayor parte dellos, que mi cuzcurrita de acá y mi jaleíta de habichuelas de allá. Quita, hombre, que no terminaban de ahuecar los arcabuceros de Toledo cuando ya sonaban a las puertas de la ciudad las trompas de los infantes de Burgos. Y despidiéndose estos topaban ya con algún batallón de granaderos o una brigada de húsares de Murcia que hacía su entrada.

Pues que no dejaron títere con cabeza en los burdeles del puerto. Y en Granada contaba María que la cuesta del Caldero y la de Chapí hervían del ir y venir de soldados en pro de darle el gusto al cuerpo, después de semanas y meses en campaña. Todo a santo de no sé qué capitulaciones de sus altezas con quier frayles dominicos o benedictinos por nos apartar del negocio que a toda honra y a cargo de nuestro pellejo desde mozuelas venimos regenteando. Revuelo que no pasó de algunos revolcones y corridas. Visto que las trotaconventos y madamas se allanaron a no sé qué compromisos de los que a nadie dieron cuenta pero terminaron con estos alcaudones metidos en la sociedad.

Tengo por cierto el no haber sido María ajena a este jaleo, según le vi más de una noche de palique con oscuros personajes de cara cubierta y atendidos por mala compaña de fascinerosos menos de fiar que un duro falso. Mas cuantas veces le fui derechamente a la cuestión, ella ni pío. Chitón, que nadie te ha dado vela en este entierro, hijita. Conque a lo tuyo, que de atender como Dios manda tus negocios se trata, y yo los míos, anda. Me da el cuerpo que la putísima zorra anda con curas y corregidores a partir un piñón. Tal le ha dado por colgar por las paredes bandos y crucifijos que ha terminado la casa por parecer un puesto del camino de Santiago. O un mesón de peregrinos.

No soy yo de remilgos, hijo, pero meterse una al menester que nos ocupa a la vista y paciencia de toda esta morralla de santos y vírgenes, qué quieres, guapo. Que le da a una como estreñimiento, sabes. Creo que más no se me achuchara con alumbre. Con lo cual sin querer ahorramos el gasto obligado de zurcir los virgos cada tanto. Que una es de mantenerse en forma, si ha de conservar el lugar que le corresponde, anda. Más esta temporada, que a Dios gracias no damos abasto desde comienzos del verano. Tres naos piojosas están acopiando bastimento hacia no sé qué

emprendimiento por cuenta de sus altezas. Y cada día es de caer por las calles del puerto una cáfila de zaparrastrosos que diz sacó este Pinzón de las mazmorras de la capitanía de puerto. Amén de una parecida calaña sacada a lo que se echa de ver de los calabozos y celdas del alcázar en Granada. Y es nomás ponerse el sol y aparecer esta ralea por el vecindario y no dar sosiego a madamas y pupilas. Como así a los arcabuceros de la alcaidía, pues vienen ya ahítos de aguardiente que fuera nomás estrujarlos y da cada uno dellos para un buen porrón de tres o cuatro azumbres. Y no andan faltos de numerario, no. Se ve que los contratistas y contramaestres hanles hecho adelanto de algunos jornales para aplacar sus fiebres en tierra, atentos al inicio de una larga travesía a lo que se ve.

Conque llega la noche, hijito y caigo en mi cama con la coña más tundida que tambora de regimiento. Pero ya ves que Betsabé tiene siempre el tiempo y estos modales sin comparación para los guapos como tú, lumbre de mis ojos. Lejos te han de llevar los vientos, creo. Como tengo claro asimismo que duro te ha de ser olvidar estas manos y estos mimos, anda.

Te dije que el coño de Betsabé huele a juncias y a mastranzo. ∎

Puerto de Palos

¡Buena ventura me echó la putísima egipciana! Más me valiera haber retomado —sin otro estorbo que mi cayado y mis alforjas magras— el emprendimiento de escalar la Aracena en procura de la oscuridad y el cobijo de la sierra. Será acaso mi providencia el no poder asentar el culo en lecho digno de nacido, antes bien atenerme a lo precario de los umbrales y lo azaroso de los caminos.

Tengo por justo y propio el desespero de un juglar con quien topé merodeando ambos a la sombra de las aspilleras de la puerta de Elvira*: "Pariome adrede mi madre / ¡ojalá no me pariera!…"* Ignoro cuyas eran las tales desgracias del infeliz, aunque cuenta me tiene el sospechar que antes de lagrimear por sus desgracias se refocilaba en espulgar en las ajenas, sabido es que la melancolía y el llanto llaves son habilidosas y diligentes para forzar las arcas de la caridad. Aunque mal apuntaba el tunante, pues más le hubiera valido ordeñar una chumbera que esperar de mi faltriquera una perra chica. Bueno estaba yo para caridades, corrido de Mosqueruela por un sacamuelas que cogiome en el intento de alzarle las faldas a su mujer. Y no porque ella no diera pie, que si es por darlo llevábame ya dado pie, pantorrillas y unos muslos que de solo imaginarlos me vienen vahídos. Es que la putísima zorra, advertida del regreso intempestivo del chambricas, no hizo más que oírle abrir el portal y arrancar con unos gritos y unos sollozos como que la estuvieran despellejando.

Armar este alegato en tanto me tenía abrazado a ella, con unas fuerzas que tengo aún en la cara y en las manos la marca de sus uñas, congelome de tal suerte la sangre, que en lugar de abandonar el negocio mientras aún era ocasión, di tiempo a que entrara el cornúpeta y la emprendiera a trompicones con mi azorado pellejo. Mal le hubiera ido al hideputa de tener yo a mano mi daga sarracena, pero zurrón y daga habíalos echado tras la puerta nomás entrar y verme recibido por la sonrisa de esta gorrina que de cierto me aguardaba con su coño perfumado y caliente.

Los puños del animal, más un par de garrotazos atizados por mis corvas, diéronme diligencia para escapar del maldito cubil, perseguido hasta media parasanga por los tacos del bruto y los chillidos de la guarra.

Ofuscado por la paliza, la pérdida de mi bastimento y la orquitis que me suscitó la veda del putísimo coño, tamaño esfuerzo demandó elegir la derrota, estando a mi alcance continuar —cual era mi intención primera— hasta conchabarme en alguno de los balandros que hacen la recorrida desde el cabo de Tortosa hasta Palma de Mallorca, en busca de jaleo contra mercantes genoveses cuya factura pagarían de seguro los piratas bereberes que merodeaban por aquellas aguas. Otra era dar el culo a levante y afrontar de buen ceño treinta y tantas parasangas hasta Teruel, por inciertos senderos faldeando las últimas estribaciones de los Ilibéricos, sin provisiones y con el talego vacío. Por último —enhoramala— cabíame encarar hacia el mediodía, tomando como hitos del peaje Sagunto, Alicante y Cartagena.

Me sobrevienen hipos y náuseas al recordar que la bulimia, el frío y las cagaderas de esas largas semanas débolas a la putísima mujer del sacamuelas, pues a sus fiebres y a mis ganas acuso de todos los males de aquella peregrinación. Bien es verdad que —a fuer de dar con mis huesos una vez en las mazmorras de Sagunto y otra en un piojoso calabozo de campaña en las inmediaciones de Játiva— no siempre me fue desleal la estrella a la que en mis noches atiendo y ruego. Por no ser estos buenos tiempos para agasajar desconocidos viandantes, hube conmigo algún caldero presto a regalar una sabrosa ración de puchero, algún viejo alcahuete dispuesto a desprenderse de una polla, y hasta alguna zorra predispuesta a desfogar mi hambre y mi sed a cambio de desfogar yo las suyas.

En fin, para la primavera estaba ya liándome a golpes en el puerto de Cartagena para probar mis condiciones de tripulante y soldado, sin más antecedentes que los que la rapidez de mi magín aplicó a una más que verosímil historia de heroísmo y servicio a las órdenes del dux de Venecia contra los piratas ilirios y luego como infante de choque en los tercios del duque de Medina Sidonia en Flandes. Ya sea que mi catadura hacía creíble esta fábula o que escasearan los mozos desaprensivos dispuestos a arriesgar el pellejo contra los sarracenos y berberiscos, tomóme a su

cargo el capitán de una carraca que hacía viaje de Cartagena a Cádiz con carga varia, especialmente agrios y aceites.

Nos hicimos a la vela con buen tiempo y una tripulación de dieciocho foragidos, contando un servidor. Un sienés y dos griegos eran los más conspicuos personajes, carne de patíbulo los tres y diestros en la sisa y la mandanga amén de pendencieros, fiado más el sienés en el manejo del puñal y los otros dos en sus famas de quebrantahuesos. Los demás, amén de sus tufientas biografías de rateros y rufianes, eran meros animales de carga prestos a regañadientes para un fregado como para un barrido, sin mayor capacidad que la de obedecer al mandamás.

Todo fue bien hasta completar la carga en Málaga —nuestra segunda escala— no habiendo dado Almería ningún jaleo. Pero fue hacernos a la mar, costeando siempre porque la carraca parecía a punto de dar su último suspiro, y entrar a hervir la rencilla como en un caldero. Hase de ver en ello, antes bien que la mano de Satanás puesta en el negocio —como vociferaba el capitán— el simultáneo efecto de no habérseles dado licencia para bajar a los burdeles malagueños, cuya fama tenía a mal traer a las gentes de mar, más las azumbres de aguardiente que se echaron al coleto apenas zarpar, tomado de una barrica que viajaba en bodega.

El destrozo fue de órdago, con dos rifeños perdidos en el agua, cinco heridos y un muerto (aplastado contra el palo de mesana como una tortuga por uno de los griegos). Amén de dos docenas de barriles abiertos a hachazos y derramados. El capitán estimó ser un servidor, como segundo de a bordo, responsable de la menesunda, con lo que mi arribo a Cádiz careció de donosura, pasando directamente del camarote en que venía encerrado al albañal de la capitanía de puerto, con vistas a un enjaule gordo. Acreditábaseme también la muerte de uno de los heridos, a quien se me acusó de privar en beneficio propio de sus raciones de galleta y tasajo. En fin, que si no quedó mi osamenta a pudrirse en los calabozos de Sus Magestades, fue porque el capitán sacó aún mejor tajada del entuerto, pagando fianza para revenderme al contramaestre de una nao que anclaba en Moguer presta a izar paño hacia fines del verano.

Cruzamos la barra de Sanlúcar a la boca del Guadalquivir, cinco camaradas en mis mismas condiciones, amarrados entre seis alabarderos de la guardia de puerto y un teniente de granaderos. Bien montados ellos y encanijados nosotros en una carreta. Soltábannos por turnos para preparar el cocido, cada una de las dos noches en que hicimos un alto. Conque llegamos a Moguer molidos, mal dormidos y harto peor comidos, amén de la calor, los comejenes y los piojos.

Púsonos el tuno que habíanos subastado como piezas de ébano de inmediato en las listas de su tripulación, siendo recién entonces que le conocimos atender al nombre de Pinzón. Parco fue en aclararnos el negocio, haciendo antes hincapie en haber salvado nuestros gaznates de la cuerda, merced a la necesidad que habían Sus Altezas de completar unas tripulaciones que estaban a zarpar hacia las Yndias. Y que podíamos bajar a tierra —sin hacernos ilusiones de fuga— para arreglar nuestros asuntos de faldas, habida cuenta de que la travesía sería larga.

Los muelles de Palos estaban abarrotados de carga de toda laya. Barricas de sal y de tasajo. Muchas cántaras de agua. Fardos de bacalao seco. Cajones de galleta. Rollos de esparto. Baúles de atuendo e intendencia. Fanales y calderos. Munición y herramientas, en fin, se veía que el negocio era de envergadura. Confirmábalo la presencia casi constante de clérigos, alguaciles, escribanos, oficiales de la guardia de palacio en Granada y hermanos del Santo Oficio. Precisamente en compañía de un granadino castroja dimos en el burdel de María la Garbancera, en el que se me arrimó la egipciana de marras. Anda, guapo, no seas roñica, que el coño de Betsabé es tierno como un cogollo y huele a juncias y a mastranzo. No seas cabrón, guapo, que te va la buenaventura incluida. Y se rascaba la zorra las ingles con una parsimonia y unos suspiros que me atizaban el rescoldo.

En fin, lo que hicimos en ese rato quede entre nosotros, que es cosa de hombres. Pero entre suspiro y suspiro, me iba echando la buenaventura. Que grandes hazañas veo en tu futuro. Que te meneas como un chaval. Que te veo cabalgar por unas tierras de muy lejos, cargado de collares de oro y ajorcas de plata. Que no me das sosiego, guapo. Que te rodean unas zorras en pelota como la madre las parió. Que deja mi culito en paz, guapo. Que te veo ahora en un palacio, vestido como los nobles y con vajilla de plata.

¡Putísima zorra! No es hora ya de echarme atrás, que el tiempo que debí tomar en decidirlo lo pasé pensando en su coña y en sus profecías. Ahora heme ya izando paño en los masteleros de una nao piojosa, en la que no cruzaría el hijo de mi madre ni las marismas del Guadalquivir. Viajan frayles a bordo desta y de la nao almirante ¡mala fariña! A la coña, que estos alcaudones prestos se andan en sermonear y nos dar palique acerca del bien morir. Pero tate, fraylecillo, que a falta de mi egipciana, a poco que me apuren las necesidades capaz soy de hacerte sentir las delicias de mi verga. Blanca y suave es la piel de estos cazurros, ajenos como pasan la vida a los menesteres de la mano de obra y a los sobresaltos de la inopia.

Cuidaré por ahora los modales, puesto que tengo oído decir que el almirante hombre es de pocas pulgas y a la hora de dar castigo no se anda con chiquitas. La mar está en calma y tendremos buena travesía hasta la noche. Veré de semblantear a los camaradas, por saber si de entre ellos alguno fuera de fiar en llegado el momento. No dijo mi egipciana a quiénes veía junto a mí en las mandangas y los palacetes. Pero pocos bastan para echar mano de lo mucho, conque conviene ir echando cuenta de los que sobran. Estos Pinzones han vaciado las mazmorras de España para completar sus listas. Fácil es embarcar —o embaucar— a quienes se ven ya con dos cuartas de cáñamo arrolladas al gaznate. Tanto más si la promesa final son riquezas y libertad.

¡A quién le amarga el dulce! ∎

Primer cuarto

Clérigo soy, Señor, adusto e ignorante. Poca cuenta me tienen la preñez de los paños ni el crujido de las vergas. Las razones del marteloio fueran arameo para mi enflaquecida ciencia marinera y las especulaciones del compás mero devaneo de sacamuelas. Ignoro qué derrota imprimirían a esta desafortunada nao mis manos pecadoras si a rebato hubieran de zanjarse estas cuestiones y cupiera a mi albedrío el gobernalle. Que si miro hacia abajo apenas el tiempo de tres avemarías y una salve, háceme la última vianda tan encontrado recorrido, que a poco acude a mi garguero una tumultuosa acidez de coles escabechadas. Pero para mi supremo desespero, dase esta malhadada acidez de bruces con un encogimiento de tendones en derredor a las yugulares, de tal exemplo que un espeso nublado ciérnese sobre mi ofuscado ánimo, tal paréceme desbordar de la frente unos sudores premonitorios y en tanto el aire se resiste a ventilar mis bofes. En fin, que si todo fungiera en volcando hacia lo alto lo anteriormente inclinado hacia lo bajo, fácil me fuera el remedio, mas hete que —malicioso diávolo— basta con intentarlo para que diafragma, yugulares, tragaderas y otros conductos principales inviertan al punto sus desordenadas circunvoluciones para tornarse prieto lo que fungía holgado, áspero lo terso y anudado a torniquete lo previamente relajado. Todo ello acompañado de un girar del horizonte de diestra a siniestra en tanto la borda de babor trepa hacia el cenit, luego de siniestra a diestra siendo ahora la borda de estribor la que asciende, tragada la de babor por un vacío que la requiere desde el nadir. Sin que el tétrico rolido tenga relación con el balanceo propio del casco, que se menea por su parte según otras artes y misterios, de suerte que todo se compone y resuelve en un desenfrenado zarandeo de carrusel, comprobable desafuero de tiovivo sin mejor resultado que desprolijar, a la par de fauces y bofes, hasta la estameña de mi hábito y la hopalanda de mis bragas. Si inicio en cambio la vigilia alzando la vista hacia los cielos, crúzanse violentamente de poniente hacia levante Major Canis y la Osa, en tanto Syrio y Arcturus se encabritan como poseídos escapando de la Polar.

Dicho sucintamente, sacúdese de repente la sillería celestial, vuélcanse los arbotantes, quiébranse los arcos y desordénase a tal punto la divina maquinaria, que dudo ojos paridos de matriz humana lo resistan sin acudir a las tenebrosas trampas del desvarío, ya que no de la abyecta locura monda y lironda. Aunque locura lisa debió ser la de tu torpe siervo, en creyéndose predestinado fanal de Tus insondables designios para adjuntar Tu luz cabe las huellas de tonantes almirantes y marciales capitanes. Iten más —disimula Tu pavura ante la disonante insensatez de mi vanidad— creíme llamado a pastorear para Tu redil esta irredenta grey de fornicadores, falsarios, avaros y rocamboles.

No me piense nadie, no, cariacontecido huérfano de tales desaguisados ni víctima plañidera de los piojos de la envidia ni de las diarreas de la ambición y la sodomía. Humilde e ignorante monge soy, modelado en la austera grisura de los aljófares benedictinos, enjuto a fuerza de privanza y cuasi traslúcido al cabo de años de continencia —las más de las veces forzosa que no gustosa— en fin, hijo segundón tirando a minusválido de una iglesia cuyos monseñores asientan sus narices en los sagrados pórticos y sus circunvalantes culos en el regodeo de la mesa y el forcejeo de la cama, libra Señor por el amor de Tu divino Hijo a este indigno galeote de las tentaciones de la lengua y las provocaciones de la maledicencia.

Candidato soy ciertamente al abyecto castigo en las ominosas cavernas del Enemigo, por haber dado pábulo a los sinsabores de la ostentación y a los rejoneos de la carne. Bien sabes, Señor, que en cuanto a picor más incisivo no lo fuera el del hambre o el de las ladillas. Víctima he sido —y con sonrojos lo confieso a Ti, mi Señor Todopoderoso— de los tenebrosos manejos de este compadre que acudiendo al disimulo de la noche y a lo retirado de ciertas guardias cabe los pañoles de munición o las reconditeces de la sentina, diose —a cargo de mi propia salvación— a los dictados de su apetito y desenfreno, para escándalo de algún grumete o dolor de quier mozalbete de cocina acuciados simultáneamente por las exigencias de un cuerpecillo núbil y el temor a caer en desgracia con uno de Tus ministros.

De carne somos, ciertamente, perdona esta inicua digresión acerca de fealdades que no ostentan otro brillo que el de atraer tras de sí la repulsa de los dignos y la malaventura de los justos. Grande es mi culpa y grande asimismo mi tormento,

puesto que esta cáfila de desharrapados poco se priva a su debido tiempo de hincar su obscenidad en la castigada naturaleza del más humilde de Tus hijos. Creeré en fin en aquello de quien a hierro mata…

Pero no es de mi insensata lujuria ni de mi inconmensurable procacidad que pretendo formular mi discurso, necio propósito sería ello sabiendo como sé y confieso que en todo estás y de toda acción eres testigo y rigoroso juez. Dirasme acaso que desvarío y costaríame contradecirte. Pero recordarás en tal caso que fue mi propio cuerpo infantil e inocente el inconsulto —y ciertamente indigno— receptáculo de las efusiones de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Secretario, en vísperas de su traslado a la nunciatura en la capital de los jóvenes estados africanos. Más me esforzara yo en entretener mis ocios en el trasiego del mistela desde sus originales toneles hacia las redomas vidriadas en que habría de cumplirse su final maduración y más se empeñara Su Eminencia en mandarme buscar para conceder a este indigno servidor el privilegio de mudar a los sótanos de la abadía los rollos y cartapacios que sobraban en sus habitaciones.

Fue en uno de esos menesteres que, adentrándome de improviso en las dependencias privadas de Su Eminencia, le sorprendí a punto de introducirse en la tina del baño, sin otras vestimentas —líbrame, Señor, del ofensivo picor de la memoria— que aquellas con que su madre le echara al mundo. Mas siendo la finura de Su Eminencia en un todo superior a su impaciencia, dio a punto en la cuenta de que mi escaso seso bien se equivalía con mis no menos escasos siete años. Y en lugar de la esperable reprimenda y las consecuentes penitencias —que no habrían de bajar ciertamente de una semana de asistencia obligatoria a laudes, maitines y completas— en lugar de ello, digo, convidome Su Eminencia a compartir junto a él el asaz menguado espacio de su baño. Para lo cual hube naturalmente de despojarme de la estameña y las sandalias, con incontenibles rubores de mi parte y alentadoras sonrisas de aprobación de la suya.

Innecesario es, Señor, el recuento de mi inocultable vergüenza, siendo Tú omnisciente y universal testigo de cuanto en este doloroso valle acontece. Mas tén en cuenta en el momento de establecer los capítulos de Tu justicia, que harto explícita y convincente fue la invitación de Su Eminencia para asistirle en los abrumadores

detalles de su higiene, más acariciar y repasar sus partes al tiempo que besaba mi cuerpo con un dejo de satisfacción, diría casi si no me repugnara caer en pecado de temeridad con muestras de visible gozo, a juzgar —válgame la salvación— por lo ampuloso de sus jadeos y resoplidos.

Temo empero no haber estado a la altura de las circunstancias, puesto que al momento en que Su Eminencia entreabría mis nalgas llamándome su querido y otras trivialidades que mi flaca memoria se excusa de repetir, sentí en mis entrañas un tal dolor y un fuego tal que no hube dudas de haber recibido dentro de mí el aliento ígneo y pestilente de nuestro Enemigo, atento siempre a desbaratar lo puro y enturbiar lo límpido y cristalino. Me desmayé, no sin antes haber proferido un grito que forzó a Su Eminencia a taparme la boca, preocupado de cierto de que mi imprudencia no llegara a despertar a los hermanos que a esas horas dormitaban en sus celdas o rezaban los oficios de Vísperas. Por fortuna pudo más la comprensión de Su Eminencia que su enojo ante mi debilidad, que hoy entiendo atribuible a mi falta de roce.

Aunque no recuerdo a qué venía esta impertinente fábula, atento como estaba a relatar el estropicio ocasionado por la acción del viento y las olas sobre mi ofuscado ánimo. El agua salada baldea la cubierta con tal diligencia que mejor no la limpiara la turba de grumetes y mozos de bodega, a la cual más le valiera ocuparse en lavar el salitre y el hollín de sus almas entenebrecidas. Pluguiera a Tu infinita misericordia aquietar estas aguas y acallar el ventarrón antes de que se cante el segundo cuarto, pues hásenme apelmazado a tal exasperación los cuajares, librillo y riñonada, que no hallando asiento en ellos una mezquina pulgarada de alimento mucho temo expulsar —mal que me pese este negocio— la bilis junto con el ánima en la próxima arcada. ∎

Folios de bitácora I

Siniestra noche esta para hollar los umbrales del Hades, lastrada mi pecadora ánima con la carga de irredentas manipulaciones y allegadas al gaznate rudas cuartas de cáñamo, a menos de acoquinar el encarajinamiento destos perros. Cuenta me tiene el lograrlo, pues aviado me veo ya, vagamundo entre Tu cielo en el que dudosamente concederíasme posada, y un infierno donde —a fuer de hallar presta compaña de tahures, rocamboles y meretrices— porfiarían mis tripas y osamenta en engordar tenebrosos caldos y luciferinos minestrones.

Si fuérales adecuada pócima alguna de las barricas de aguardiente riojana polizones dentro de un doble mamparo de popa (merced a los excelentes oficios de maese Peribáñez) incitaríales ya a brindar por la eterna pudrición de sus gorrinas ánimas. Y esto de seguido una y otra ronda hasta que dieran con los putísimos traseros en el barrizal y el raterío de la sentina. Que reservas cábenme acerca de si tales roedores y demás ofidios respetarían a sus piojosos huéspedes, habido trámite de reconocerles como de su misma especie.

Mas mucho me temo que antes de que los traicioneros vahos les sumergieran en la torpeza y la inanidad, brullera en sus calenturientos caletres el desasosiego de la conspiración y la intemperancia de la rebeldía y la insubordinación. Claro tengo para mí que diera ello para poner a flamear sus resentidos pellejos en lo alto de las vergas, a contento de mochuelos y alcatraces que vienen al pairo de nuestra estela desde el amanecer del jueves. Resultárales ópimo tasajo nomás aderezarlos con unos granos de pimienta negra y algunos pepinillos en salmuera.

Pero tan asimismo veraz es que excuso imaginar con qué nómina de gendarmes y alguaciles contaría para meterles en cintura. Bien conoces Tú en cuánto engrosa la porfía y fuerza bruta destos hotentotes apenas se les incentiva el magín con el calorcillo de los primeros tazones de licor. Va de suyo que no menos de veinte hojas toledanas bien esgrimidas y una buena docena de mosquetes serían menester para tal

faena. Cuestión espinosa, en verdad, decidir con buen talante el punto de los cuántos y los quiénes. Poco se curaron Sus Graciosas Altezas de sopesar la calidad desta tropa de fascinerosos que eufemísticamente dieron en llamar "nuestro egregio brazo en toda tierra a ventear o descubrir". Fuerza hubo de hacerse para sacarles de sus penumbrosos calabozos y soterráneas madrigueras.

Unos pocos castellanos, veinte o más de Burgos y alrededores, algunos de Toledo, escasos cántabros y —en su mayoría— malagueños hediondos, gaditanos diestros en el cubilete y la moscada, y granadinos transferidos de las mazmorras del abencerraje a las catacumbas cristianas a la caída del alcázar. Tullidos y jibosos los más dellos, ulcerosos y mugrientos todos como el que más, salteadores, quebrantahuesos, trujamanes, asesinos, perjuros y sodomitas. Dispuesto el más ingenuo dellos a apuñalar a su madre por diez maravedíes. Aptos los más curtidos para desjarretar un novillo de un solo dentre. Y capaces los veteranos de empalar un rapaz y hacer al punto buches con su sangre y otros humores. Basta mirarles bajo las mugrosas pelambres en brazos y piernas la impronta de grillos y eslabones cortados ab intestato, para adivinar la lobreguez de sus prontuarios y lo sórdido de sus instintos.

Pensaría más bien yo en hacerles ver que la compaña destos alcatraces, amén de unos sargazos que vienen en derrota a la capa, visibles aun en noches de luna nueva merced a una fantasmal fosforescencia que infunde pavor, harto segura muestra son de la vecindad de una costa. Fácil me resultara incluso exhibir algún pliego o quier rollo cartográfico o tabla de efemérides en que apoyar mis dichos, que salvo el frailecillo no hay a bordo quien dibuje un palote ni para garabatear su propio nombre. Y leer, ni hablarlo, tan insensato es colocar letra escrita delante de sus ojos atosigados de obscenidades, como que frente a un jumento.

En tanto piénsolo y decídolo, caigo en cuenta de que al rolido del casco y crujir de masteleros se ha ayuntado un bajo tonante y áspera mescolanza de tacos y juramentos. Probado está que los camaradas no han de darme sosiego ni serame permitido ganar ventaja en la iniciativa. Forzoso me será pues despertar a lo menos a maese Lucas y que prevenga a los de más confiar.

¡Ah, hideputa! Expulsando en sueños a un mismo tiempo gases y ronquidos, que no parece sino que hubiérase echado entre pecho y espalda algún cocimiento de verbena y alcachofas. Más hediondos no los dispararía de su culo el mismísimo Asmodeo. Buena cuenta te tiene el andarte presto en te despabilar y organizar el fandango, como no quieras ser el primero en engalanar las cofas con tu asqueroso pellejo.

Vamos otrosí en procura del fraile antes de bajar a cubierta. Téngome por dado que si enhoramala se impacientaran estos tunos en rejonear el mío a punta de estilete, de mal aspecto atinaría a presentarme ante Ti, destocado y con una barba de pasada la semana, tal es la desquiciante cronología de mis días y la afiebrada impaciencia de mis noches. Atento solo bajo la luna a escrutar algún indicio que pluguiera a Tu mano dejarme entrever entre los cirrus. Y en lo oscuro al cuarteo de la rosa, tal tengo sentenciado a lo peor a quien sorprenda en dolo o escaso de diligencia en la constitución destos menesteres.

Tuvieran Sus Altezas una cagadera como Dios manda —¡perdóname, Señor, no es sino ofuscación lo que borbotea por mi boca pecadora!— cada nudo desta odiosa navegación en encomienda de les ensanchar sus reynos y les satisfacer sus apetitos. Tuviérame yo por bien servido —verazmente— si tanto embrollo de bulas y capitulaciones hubiéraseme otorgado en metálico, que no solo de pan vivimos. Pues háceseme que lerdas andarán Sus Altezas y Sus Eminencias en me reconocer gabelas y viáticos al cabo destas andanzas, cuanto prestos en me inquisicionar y me zaherir, so pretextos que no habrán de faltarles, andando siempre a la zaga dellos abogadillos y frailes expertos en litigar y fisgonear y en tornar dudoso lo cierto y quebrado lo derecho.

Mal fungiría mi caletre si no sospechara yo de lo mucho que me adulan y lo tan poco que me aman. A punto que si en cuyas manos estuviera la providencia del negocio, tan nebulosa fuera mi suerte de almirante como incierto me resulta enfilar estos cascarones en derrota a alguna isla o playa donde cuantimenos desembarcar a los más díscolos y como por ensalmo exiliarles bajo el comedimiento de apresentar quejas y petitorios a sus putísimas abuelas.

Por inequívocos hube los indicios de sus puñeteras Altezas en dar tanto palique a ministros y escribanos, al punto de acarrear el desperdicio de dos mareas en el muelle de Moguer, a la caza destos zaparrastrosos que no acordaban sino descolgarse por los escobenes para corretear detrás de las putas del poblado —que sospecharíase hubieren recibido pregón para acudir a quier consistorio o conciliábulo— en desmedro de nuestros planes y del prolijo estado de gracia que nos era menester para este grande emprendimiento.

Galoparon —me consta— chasques y alcahuetes de Valladolid a Granada, de Granada a Toledo y de Toledo a puerto, encarajinados en me aprisionar en cláusulas y folios y testamentos, tal si auguráseme parar el pellejo a las primeras brazas. De todo lo cual deduzco que buena cuenta les trae a estos follones prodigar holguras en lo que no poseen y desconocen, tanto como en sisar y escatimar de lo que a sus alcances se da. Paréceme burla de barbero todo este sainete de empeñar unas joyas que —a estar de las malas lenguas— empeñadas viven en manos de banqueros y prestamistas judíos en las cercanías del Tránsito allá en Toledo, desde el día que se firmaron las actas matrimoniales de Sus Altezas. Que de no mediar el metálico oblado a cambio por los usureros, no daban las imperiales faltriqueras ni para el pastel de bodas.

Pero en fin, heme ahora metido en un negocio harto más acuciante que el pasacalle de las reales pedrerías. Por poco que me descuide con estos filibusteros, han de ponerme a desfilar por el tablón, atentos a verme patalear y maldecir aprisionado por alguna quijada de tiburón, que para mi suerte parecieran brillar por su ausencia en estos parajes. Aunque a falta de escualos, no han de dudar en la daga o el puñal en que son diestros, con tal de poner como pretenden proa a levante, aún teniendo por cierto que el mejor destino en tal supuesto sería retornar a sus cepos y cubiles, dando por más cierto aun el fungir de contrapeso al extremo de unas varas de cáñamo pendientes de un madero, o de algún roble quienes prefieran decir sus últimas oraciones a la sombra.

Vamos, padrecito, buena hora esta para atender a la mala digestión de tu tocino y tus azumbres de tinto manchego. Coge tus abalorios y tus escapularios, que cuenta te tiene componer tu mejor perfil, si no fuera tu gusto compartir conmigo la caricia de

una cuerda o la mordedura de una tizona. Saben de sobra tus camaradas por dónde apuntan tus debilidades carnales, no sea que te veas empalado bajo la cruz del papahigo, que en cuestiones de bestialidad y sodomía echo de ver que hay para todos los gustos. Y no es ocasión para pedorreos ni sonrojos, deja eso para mejor auditorio, si es que logramos salirnos desta.

Tan mal no me vestiría disponer también de un cherubín para matizar mis siestas y mis baños. ∎

Segundo cuarto

Malas aguas son estas para les navegar a ciegas. Negras como si de enjuagar en ellas la penumbrosa podredumbre de nuestras puñeteras ánimas se tratara el negocio. Amén de un tufo que no me parece sino que el mismísimo rey de los cabrones apuntara sobre ellas su apestoso culo, desde lo bajo y desde lo alto, para inficionarlas con una continuada zardana de ventosidades y pedorreos que en la jerga del frayle se mudan a céfiros y auras, del mismo empeño con que la irredenta piara de cabrones aparece en sus discursos como quier puñetera compaña de ninfas y sirenas y nereidas que buena razón me otorga cuando digo que mala digestión le hacen los guisados y escabechados de Pedro de Salcedo, mal rayo parta al hideputa.

De nuestro maestre de orates, ni pío. Solo por el silencio que acá u acullá guardan mis fascinerosos compadres adivino el rumbo de sus pasos, ora cabe la rueda del gobernalle, ora por las hediondas inmediateces de la sentina, ora al pie propio de quier de los masteleros al punto de trepar a por mi puesto en las cofas. Sombrío y ceñudo, con la clara evidencia de su cachonda locura a simple vista, más me vale escurrirme abajando la cerviz que incurrir en la lobreguez de sus berrinches o el desatino de le contrariar o contradecir, aunque más no fuere por un inadecuado alzamiento de hombros o quier gesto de soslayo, tal paréceme que tuviera ojos en las corvas, según ha pescado al vuelo más de una socarronería dibujada a sus espaldas.

No están las costillas del hijo de mi madre para les malbaratar al antojo de un hideputa, por más lustre y relumbre que le otorguen las capitulaciones de sus putísimas altezas ni la sonoridad de sus virreynatos y almirantazgos. Que si de sonoridades se trata, pusiérame yo al pairo del más guapo, que aún no nació quien lleve ventaja a un servidor en las profundidades del eructo ni en el desmesurado trémolo del pedo, y no hablo de las atipladas ventosidades de un pisaverde sino del tronar aunado de tripas y cuajares de un soldado.

Escasa diversión me aporta el trepar estos obenques escurridizos para abordar la cofa del mayor, mi aburrido puesto de centinela cuya única virtud es el mantenerme aislado de la cáfila de perros que bajo el puente entretienen sus ocios y su malevolencia. Noramala hubiérame caído en suerte el reclutar tripulación para este desvaído negocio, seguro me estoy tanto más que del nombre y filiación de mi padre, de no haber sacado de su cubil a uno solo de estos zaparrastrosos correcaminos. Antes fiara mi ventura a quier mesnada de bereberes o de ziríes que poner mi cogote abintestate destos fascinerosos. A estar de las malas lenguas, no sería solo mi cogote la prenda del peligro, dígalo si no el frayle, que más de una madrugada le he visto llegarse hasta la borda a vomitar harto más de lo que diera a lugar la zarabanda destas aguas. Diz que a falta de pan buenas son torrejas. Cierto estoy de que mejor optara el fraylecillo por los sargazos y aguavivas y otros frutos destos mares que por las ladillas y piojos y guarisapos que merodean bajo el cuero hediondo destos compadres. Mas conviene entusiasmar al chantre a los goces de bodega, no sea que por disfrutar los relentes de cubierta le dé por me disputar el privilegio de avistar lo que al mismo tiempo se anhela y se teme.

Que si de visión se trata, me da el cuerpo que lleva visto el fraile en este viaje más de cuanto ver le apeteciera al mismísimo Matusalén en su luenga travesía. ∎

Grito al alba

- Premio Provincial de Narrativa "Alcides Greca" 1978 (componente del volumen premiado, titulado "Rosa descalza") / Dirección de Cultura de la Provincia de Santa Fe.

Un día más, Señor. No creo que sea Tu voluntad retirarnos la mano en estas soledades. Los hombres desvarían y juran como condenados. No los culpo, Señor, la desesperación y el hambre son malos consejeros. Qué digo hambre, una bulimia tan cruel que de no inspirarles yo un dejo de respeto, ya hubiéranse raído entre ellos los malolientes pellejos. ¿Será Tu designio que derivemos a los caprichos de un loco hasta que el desgajar de maderos y el relente del infierno —perdóname— lave nuestros cuerpos pecadores con todo el salobre que te dignaste dispersar debajo de los cielos?

Bien decía yo que un paria de la diáspora no podía depararnos nada bueno. El judío —lo tengo muy presente— vino traído de los cabellos por un malagueño infame que a veinte pasos apestaba a ron. Tal parece que tenían de por medio una cuenta de juego y por lo visto este perro llevaba las de perder.

Él está encerrado en su cubículo hace dos días con sus noches. Empecinado y en sus trece y creo que se han de escindir los cielos antes de que la fiebre se disipe de su cabeza calenturienta. Solo Tu mano puede guiarnos, aunque no es seguro que pienses que lo merecemos. ¿Qué sincretismo se puede formular entre la virtud y el vicio? ¿Qué pan podrías amasar con el aliento de Tus ángeles y el sudor destos asesinos? Necesario sería, lo sé, que el sol abandonara su diario rodar y las estrellas cayeran de sus apostaderos, para que uno solo destos desahuciados mereciera Tu mirada.

Ya cantaron el primer cuarto pasada la medianoche. Pero en lugar de dormir, pienso. Qué digo pienso, me preocupo, me desespero, te ofendo y a veces —bien me doy cuenta— te soy díscolo e infiel. Mas sabes que soy un pobre monge ignorante y cobarde; mis pies están deshollados de peregrinar a la tumba del Apóstol; mis manos soban con más habilidad las asperezas del cáñamo que la frescura de los linos y mi cara se refleja con menos vergüenza en el légamo sucio que en el cristal de las artesas.

Seis días hace se desesperaban y él inmutable. Se olía a sangre en el aire y yo sudaba acariciando el crucifijo y previendo el golpe aleve que lo dejara clavado contra un palo. Pero bien dicen que los locos tienen aparte su propio ángel. No condenes mi herejía, pero ¿qué otra cosa sino Tu divina mano podía protegerlo de la canalla que lo tenía acorralado entre un rollo de cuerdas y una docena de buenas hojas toledanas? Les habló, al comienzo furioso y después con calma; mostró pergaminos, hizo cálculos y por fin juró, con la vista alzada hacia la cruz del papahigo, turgente y desplegado como si Tú le estuvieras dando la razón. Gruñendo como perros, fueron bajando la cerviz y desapareciendo. Pero ¿cuánto más podemos mantenernos, Señor? ¿Nos aguarda acaso la canción fatal de las sirenas? ¿La mordedura mortífera de Escila? ¿Pereceremos, en fin, en la isla ignara de los lestrigones o en el país de los lotófagos? Dame, te lo imploro, un atisbo en Tu infinita misericordia; hazme entrever lo que nos tienes reservado.

Ya va el segundo cuarto; debe estar cerca el amanecer. Los cuartos de Pedro de Salcedo asaz recortan la extensión de las guardias, que si no creyera de buena fe que las ampolletas no mudan de tamaño, pensaría que los granos de arena se difunden a capricho a su través. Él ha jurado colgar a quien sorprenda en negligencia o dolo en el cuarteo de la rosa, pero el sueño y el deseo de amenguar la vigilia pesan más que la amenaza de unas varas de cáñamo.

¡Quién pudiera, Señor, regocijar el cuerpo y el espíritu con las nuevas que él aguarda! Las sueña, las invoca, las predice; profetiza con los ojos abiertos y las entendederas cerradas. Los hombres están como locos, por señales que él dice ver y descifrar. Faltaría nomás que su locura lo tornara arúspice y se volcara a despellejar a estos tenebrosos camaradas, para fisgonear en sus hígados lo que no le deja ver el horizonte. Diez mil maravedíes pregonó como renta de ojos, y por hacerse dellos seguro es que echarán mano a sus puñales, para jugar el turno de las cofas, al primer cuarto del alba.

¡Cuánto desespero, cuántos sueños, cuánta vanidad! No sé qué mezcla de codicia y de inconsciencia, pero si su locura no fuera total, si Tú te dignaras iluminar un ápice de su atormentado entendimiento ¡qué capítulo, qué proclama, qué bula! ¿Quién resistiría tamaña demostración de que solo Tú eres capaz de volver enhiesto lo

torcido y lo plano curvo? Tiemblo —puesto que a mí me concerniría relatarlo— no acertar con las precisas palabras. Sueño y me anticipo al anticipo de Tu designio, y siento que mi sueño es asimismo devaneo de loco. Habranos contagiado acaso la suya, tan fuerte es en la insidia lo funesto cuanto es débil en permanecerse lo virtuoso.

¿Qué gritos oigo? Mi sentido se turba, Señor y el cuenco de mazamorra fermentada de Pedro Gutiérrez tan mal habrá caído en mi estómago, que los gritos de mis tripas se confunden con los de algún maldito borracho colgado de una cofa. Abandono este jergón y me incorporo y tropiezo, Virgen Santa, pero si el hambre y el miedo no ofuscaron mi lucidez, ese vozarrón amasado de pecados y aguardiente, es el de Rodrigo.

¿Qué vociferas ahí arriba, miserable, carne de cadalso… desgraciado?… ■

Folios de bitácora II

¡Mala cosa el compartir tan ralo cuan insulso puchero con estos aventajados compadres! Pluguiera a Tu esplendorosa providencia mantenerlos al margen de mi indigna sombra, pues váseme la mano a mi durlindana por les apestillar y les zaherir hasta el fondo de sus tenebrosos pellejos, que otra disposición no cuadra a bestias tales. ¡Qué digo! Maneariales uno por uno con buen tiento de cuero crudo a la sombra del palo mayor e inspiraríame a hender y escudriñar sus hediondas tripas a punta de acero. Y no de mi noble hoja de Toledo, bendita y encarecida para dar guerra a cuanta morralla atina a contrariar los elevados designios de sus puñeteras altezas. Sino por virtud de quier ferramenta pringosa de mohos y especiosa en orines y cardenillos, cuyo fuere el deleite de espulgar por debajo de sus harapos y componer una buena escabechina con cuajares y librillos. No me dejes caer en el regodeo de tan deleitosos razonamientos, pues me da el cuerpo que afligente sería mi soledad si cediera al empeño de aligerar de alimañas los recovecos de la sentina y las reconditeces del puente.

¡Qué más da un tuno menos o un hideputa más en los sombreados laberintos de Asmodeo —tén piedad de mi mal humor— si por legiones se cuentan estos menesterosos rufianes en derredor de mis respiros y al acecho del más aleve de mis abajamientos de cejas o quier encogimiento de hombreras! Breve y enclenque sería mi almirantazgo si no pugnara mi entendimiento en adivinar el sentido de cada uno de sus guiños y la orientación de cualesquiera de sus torvas insinuaciones. Pues no fuere límpido lo espumado de caldos turbulentos, como por imposible tengo el cosechar buen mistela a base de madres contaminadas de vinagres y guarisapos. Mas buena cuenta les tiene el disfrazar sus inquinas y disimular sus torcidas elucubraciones, so capa de ameritar una docena de bastonazos bien atizados o la caricia de unos vergajazos de no apetecer un bis, que para estas meriendas no suelen quedar de antojos los bribones.

Cierto es que túvelos por peores según iban asomando sus hocicos fuera de sus madrigueras, en las alcaidías de Sanlúcar, en las mazmorras del corregidor de Antequera y en los sótanos del alcázar de Sevillla. Entrecerrados y legañosos los ojillos al contraste de la luz, grasientas y piojosas las pelambres, mugrosas y semidesnudas las corvas, hirsutas y apelmazadas las barbas.

Líbrame, Señor, de la pesadumbre de repetir tamaña selección de rezagos entre tanto desperdicio y engendro de dudoso recupero. Llevaba el más tierno dellos años de convivencia con la lobreguez de las catacumbas y la hedionda vecindad de roedores y alimañas, de contubernio con la podredumbre de las sentinas y la insalubridad de los albañales, de regodeo en las anfractuosidades de la sodomía y el estupro. Ladrones, violadores, perjuros, matasietes, tahures, asesinos, sacrílegos y borrachos. Elegir de entre esta seleccionada cofradía, tan incierto fuera y azaroso como el separar de entre una jauría de lobos los grisones de los de pelambre zaina. Hube pues, allegado el momento, de alistarles a ojos cerrados, fiado solo en la fuerza de Tu divina gracia, ateniéndome a rogar que te dignaras inspirar mi desconcierto en pro de enaltecer una empresa que te estaba consagrada con el necesario formalismo de bulas, decretos y capitulaciones.

Soy, según tal modelo, consciente de haber embarcado alguno más ladino o desdeñado uno menos piojoso, mas tengo por bien asumidas las responsabilidades de mi investidura, tanto mejor de cierto que Sus Puñeteras Altezas, cuya será la renta y la fama deste negocio, en desmedro de las que humildemente ameritárase este servidor. Que no por confesar y sostener que soy apenas leve plumón de palomo en el ventarrón de Tu providencia heme de negar cuyo es el empeño y los riesgos y sudores. Y si así no lo creyera, veremos el jipío destos camaradas según averigüen que en las reales cuentas no entran sino como lastre, peso muerto del que habremos de deshacernos por la vía de lidiar con los naturales de las tierras a ventear, o congraciados con la fiebre, las cagaderas y el escorbuto.

Carne son de cañón y de patíbulo y no pende sino de Tu paterna mano la cuestión de si pararán sus apestados pellejos al dentre de una chuza o al apriete de una cuarta de buen cáñamo alrededor del gaznate. Y puesto que no han de disponer de plazas para el retorno, va de suyo que buen servicio llevamos ya prestado a las reales cárceles

con aventar los pollos y pimpollos encomendados a su egregio hospedaje. Tanto menos bulto, tanta más claridad. Ya me curaré yo de cuartear y encurtir sus insumisas espaldas a fuerza de látigo, que buen tasajo rendirán las tiras de pellejo bien saladas y puestas a secar al resoplo de los alisios destas latitudes. Veré nomás de mantenerlos en calma por este rato, no faltando más de dos horas para desembarcar en estas costas que no parécenme de tierra firme mas servirán para les entretener en la cacería de alimentos, hembras y oro.

Que tocante al yantar, cierto es el hallar algún venado o jabalí o quier pieza de resistencia con que cimentar un sabroso puchero o unos buenos cuartos a la brasa. Hembras por otra parte no habrán de faltar, según regla es de la divina naturaleza que habiendo machos no falte pareja con que retozar y acoplar como Dios manda por les conservar y acrecentar. Y no han de acatar ciertamente estar tierras leyes distintas a las que Tu divina inteligencia haya estipulado doquiera alcance la mirada o el entendimiento, por les resguardar y mantener en adecuada evolución familias y tribus y naciones según lo dispone y manda nuestra Santa Madre.

En ayuntar y amancebar tendrán los camaradas buena tertulia, otrosí digo en relajar y rejonear a los machos, hechos cargo de que nuestro común padre Adam así fue puesto encima desta tierra para señorear sobre bestias y brutos. En terreno tan delicado corresponderíale al fraile repartir para abajo lo de abajo y para encima lo de arriba, aunque más no fuera para justificar su pitanza, que regalada vida disfruta en repasar sus misales y sus rosarios, amén de arrinconar algún mozalbete de cocina o intendencia entre los oscuros laberintos de a bordo, tan oscuros e intrincados como los de su conciencia suya propia.

Finalmente deberé tomar previsiones y ordenanza acerca del ventear, extraer y acarrear el oro y la plata que sin dudas hallaremos entre estos infelices, quienes de buen o mal grado avendranse a tributar a Sus Magestades en todo cuanto dispone y manda nuestra Yglesia. No me quede corto en la defensa de mi parte, quitado el quinto real y el diezmo para los chancilleres de Roma, que buenos mastines son en procurar una mejor tajada y una mayor mesnada.

Veremos de cumplir con holgura los auspicios y predicciones en torno de una fabulosa Cesárea allende estas costas, por no pecar en poco cuando cabe echar mano de lo mucho, según lo adoctrina y establece en sus capítulos pertinentes el derecho canónico, más los corolarios y apéndices emanados de la suprema autoridad. Firme he de mostrarme en la administración de tales riquezas, pues no es cosa de acercarnos a las Yndias dejando lejos certidumbres y comodidades a cambio de harto inseguro botín, cuyo será el magro residuo descontados viáticos, diezmos, sisas, alcabalas, gabelas, exvotos y donativos.

Iten más, seguro estoy de contar entre mis propios capitanes con la simiente del descontento y la principiación de la rebeldía. Extraño fuera questos tenebrosos camaradas sostuvieran lealtades y acataran juramentos, criados como lo están en el mangoneo y el dolo, en el quite y en el agio, en el despojo y el abigeo. Va de suyo que nomás desembarcar y ha de echar cada cual los dados por su sino, los unos por me desaforar y desautorizar, los otros por acumular exacciones y tropelías en su provecho y a mi cargo.

Ande pues yo presto en les palpitar y les anticipar, que no sea que habiendo expuesto lo todo en este negocio, acabe pendiente de la benevolencia destos asesinos y del comedimiento de sus putísimas magestades. Patrón y soter por ahora soy en esta historia, mal que les pese a los hideputa, y si he de errar será por comisión, que nunca por omisión, que a la hora de los balances y rendimientos, serán los actos los que pesen, y las intenciones acabarán en el sórdido cortijo de lo abstracto, lo imaginativo y lo inexistente.

Bien se repite que de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno. No me tiemble, no, la mano al momento pues de ordenar, sancionar, condenar, exigir, apretar, ordeñar, calificar y residenciar, que si se avalaran mis pecados y errores en el ucase de sus graciosas altezas y en los vericuetos de Tu humor el día que te sientes en el valle de Josafat, pensaré —no lo tomes como impertinencia de un hijo malquerido— que harto largo me lo fiáis.

Y esto declarándolo sin escamoteos tras discursos de tenorios y rocamboles, bien te consta que menos me inquietan los vicios de la carne que los de la buena mesa, y

menos aún estos que el mero glorioso ejercicio de la vasta y cuasi infinita autoridad que me asiste según lo otorgado, dispuesto y firmado y refrendado por las católicas y serenísimas magestades y su cohorte de monseñores y chancilleres. Grande soy, ciertamente, y tanto más a partir deste excelso día de gracia en que pondremos el pie en Tu nombre y bajo los estandartes de Castilla y Aragón en la linde oriental de los reynos del Gran Khan. Habremos dado, bajo Tu augusta guía, irrefutable sepultura a los caminos del ámbar y la seda, estableciendo a partir de lo antedicho la supremacía de las aguas sobre la tierra y de las gráciles carabelas sobre los derrengados dromedarios. Al poner las plantas sobre estas tierras estaremos pisando el pescuezo orgulloso de Venecia y las facciones atrabiliarias de Génova, y cantando oficio de difuntos sobre las pretensiones lusitanas.

Grande es entonces mi poder. Y no dudarán en proclamarlo así sus puñeteras altezas, según les va en ello la porción más gorda del negocio. Claro habrán de tener que si aquí existen es a través de mí, si gobiernan será porque yo gobierne, y si pelechan y prosperan no será sino en la medida en que peleche y prospere vuestro Gran Almirante. ¡Alzad pues vuestras copas y brindad y rezad por mí, amos y señores míos! Larga y prodigiosa sea vuestra egregia vida a la par de la mía, por Dios vivo.

¡Y cúmplase y hágase en un todo según Tu preciosa y sacratísima voluntad…! ∎

Último cuarto

Más no se alegraran los ojos del Rey Chico a la vista de la Alcazaba, que los míos frente a estas promisorias en buen beber y mejor yantar playas y demás entorno. Bueno estoy para melindres, cuando no me acoquinaron los ayunos en Flandes, ni la bulimia atroz allegado el sitio de Garnatha; mas cierto es que desprolijo sería el marrano que aviniérase a tomar baño de tina en la agua de nuestras barricas. Que origen noble hubo, según un servidor ayudó en enjuagarlas y aforarlas en la vertiente al pie del puig Major nomás hacer pie en las Afortunadas. Y destino de menor prosopopeya les cabe, según irán al fondo de nuestras gargantas, condenados ya a la incontinencia de la taberna, ya al procaz e incontenible tormento de la sed.

Que menguada cosa es esta de llamarla sed a una angustiosa sequedad de lengua y tragaderas, amén de paladar y papilas gustativas, en fin, todo lo que Dios manda para un cristiano acomodo de las mundanas necesidades. Mas pluguiera al cielo disponer otra suerte de pestes que no continuar de oficio en este oprobioso consumo del licor oscuro y nauseabundo que adolece en los tercios finales de nuestras barricas, a medias macerado en barros de diversa índole y navegado a siniestras y derechas por quier infame especie de somorgujos y guarisapos. De resultas que lo que fuera al embarque agua dulce y cantarina que ya la envidiaran las fuentes y chafarizes del Generalife, viene al cabo de empeñarla en la cocina y el garguero, en fiero tósigo que escuece el paladar y ofende aunadamente la visión y el olfato.

A tal punto injuria los equilibrios corporales, que a poco de pasar un magro sorbo por las orcas caudinas del gaznate y dentrar como no querer la cosa en las sinuosidades del lebrillo y los cuajares, sobrevienen unos hipos de agonía y unas ventosidades y cagaderas que pareciérale a uno estarle saliendo tripas, hígados y quierotros chacinados en tropel atravez de uno y otro extremo del atormentado conducto manducatorio.

Háceseme cierto incluso que mejor valiera atenerse al más rigoroso ayuno —cual si de la salvación en vísperas del día del Juicio se tratara— que el arriesgar cuerpo y ánima en este exasperante ejercicio.

Cómo pues no exponer sin disimulos el júbilo que a todos embarga, sabiendo que una tierra a pocas brazas supone sin mucho divagar la presencia de víveres y agua verdadera. Otrosí digo que paréceme contemplar a la vera de la agua una extravagante asamblea de naturales, con sus partes al aire y en mímica de nos escudriñar y nos apresentar saludos y demás cortesías que de seguro serán de estilo entre estas gentes. Hembras son algunas, si es que mi ofuscada imaginación no estuviera empeñada en trujamanerías exhibiendo ante mis ojos lo que solo habita en mi magín. No diría bellas, pero de cierto más hermosas no las requiriera el Califa, si cuenta habemos de echar acerca de las semanas de encierro a bordo desta carraca y en medio deste hato de locos, que mala enfermedad me doblegara al momento de pensar en embarcar a upa desta puñetera compaña.

No bellas ciertamente, tal las opaca y perjudica cucañamente el aceitunado de sus cuerpos que a tal distancia veo rebrillar al sol que de enfrente les realza y alumbra. Habremos dado de seguro —a despecho de los desvaríos de compás y portulano de nuestro orate mayor— en algún archipiélago de la Especiería, acaso a tiro de metralla de las playas del Cipango o las almenadas murallas de Catay, si las azumbres que cachondamente trasiega encerrado en su bitácora no le hubieran desfondado cabalmente las entendederas.

Mas retornando al negocio destas hembras, tengo para mí que no han de mostrarse reticentes en otorgar lo que tan a la vista lucen, conque juro por mis barbas que será cuestión de poner los pies en esa playa para explayarme en desfogar estos apetitos que paciencia me han tenido, atendiendo a lo apreciable que llegóme a parecer el fraylecillo, a lo menos en cuanto a lo terso y cuasi pulcro de su pelleja en comparancia con las caparazones hediondas de fascinerosos tales. Hé de pensar que no tanto fue el remilgo que sus perdularias conciencias apostaron a las barajas, si diera pábulo a ciertos gemidos y tironeos que alguna noche de duermevela se allegaron a mis oídos cabe el pañol de popa o detrás de los atados de cecina estibados al boleo sobre catres y precarios caballetes en lo más hondo y oscuro de la sentina.

Amén de las chanzas y cachondeos que a santo dello crúzanse luego a la hora de la galleta y las avemarías.

Cupiera de bruces en la crica de su puñetera madre este hideputa que a más de nos encabezar detrás de sus delirios tan de loco que peores no los pergeñara el más tullido de los bastardos de la Beltraneja, hase dado a más a ordenar revistas de la tripulación a deshoras, so capa de corear estribillos y maitines y dar orejas a sus laberínticas monsergas. Que si el reyno aquí y sus puñeteras altezas acullá y los oropeles de la gloria y toda la mierda de nos esforzar y de nos descalabrar en pro de un negocio que solo a él le lleva cuenta y beneficio.

Tal paréceme que no solo de pan se ve el futuro deste pícaro compadre, a juzgar por conversaciones que escuché sotovoce con capitanes de su confianza, todo acerca de riquezas incontables en oro y pedrerías que ha por seguro ventear por estas latitudes, más toda suerte de frutos y especias de incalculable valor. Esto sin cargar a la cuenta lo que reportarale la subasta de naturales que está visto tiene pensado embarcar de regreso, habida cuenta del adecuado avío de bancadas y grilletes adosados a la obra muerta por debajo de cubierta.

Fuera pues uno el discurso con que nos engatusa y entretiene, aplicado a nos mantener en cintura, y otro muy distinto el que dentro de su caletre y para sí solo hilvana y pespuntea, sin que atribuírsele pueda ni a las hambrunas ni a las fiebres. Tan por cierto lo tengo que calvos veo los maravedíes que mandó pregonar como renta de ojos para quien primero le cantara noticias de tierra. Como por asimismo cierto me tengo que de no recibirlos de sus puñeteras manos a punto y de buen grado, forzoso me será agenciármelos a como dé lugar, así debiera agujerear su torcido pellejo a punta y filo, que no de balde pasó el hijo de mi madre las peores horas de su patibularia vida colgado de las cofas en medio del zarandeo y los aguaceros, ciñéndome a los palos las más de las veces con un par de vueltas de cáñamo por la cintura, por sobrevivir al sueño, al chicoteo de los paños y a los vómitos.

¡Mardita sea la leche que ha mamao el hideputa! Catorce días con sus noches echando los bofes en este tártaro, bajo la menguada guía de luminarias que porfían por azorar al más caviloso desta zaparrastrosa cáfila de buhoneros. ¡Válame la

Santísima Virgen Nuestra Señora! ¿Quién sino el hediondo cabrón que desde puerto nos acosa e importuna habría de usar tamaña felonía de falsear la lectura del compás y engatusar las confesiones del marteloio? Sabrá nuestro almirante, cuyo es el arte de gobernar esta calamidad bajo el fechizo de los piojos y las fiebres, qué Caronte nos aguarda entre el cabeceo del casco y el zangoloteo de las cofas. No solo las tripas del frayle se retuercen y desenroscan a compás deste aquelarre. Voto a Belzebú que no lo viera más de terror doblando el Finisterre o adentrándome bajo las cataratas de la Nubia.

Sierpes legañosas parecen estos sargazos que se nos pegan a la borda, seguro esparto de donde han de pender a fecha nuestros pecadores cogotes. Dije sí y de viva voz tierra —más me valiera— mas verdad es que no dije en voz alta ni para mi coleto que desta tierra no comeré ni beberé, ni de sus frutos me privaré. Conque póngame ya a buen resguardo los escasos petates de mi modesta hacienda, que en tanto estos paraísos no me provean de sus mimos y sus cosquillas, perentorio me es acomodarme con lo menos, hasta arribar a la estación propicia para disfrutar de lo más. ∎

Folios de bitácora III

Nos vamos internando en aguas bermejas. Si dudara de la cordura con que el gran orate dispone las coordenadas y la singladura, fuérame menester acudir a los claros indicios que en el Libro IV de su viaje de regreso desliza Odiseo para embeleco de clérigos divagantes y cuasi gozquejos de almirantes y otras alimañas de las cuales a bordo habemos provisión, catadura a la cual por cierto este humilde servidor no escapa.

Carne de cadalso soy y más valiérame reconocerlo de buen grado que ni tan clara es la agua de las acequias de mis Ilibéricos como lóbrega la reconditez de mi ánima y la umbría maloliente de mis pecados. Fuérame allegado en articulo mortis el benedicto crucifixo y los santos óleos no más a fuer de me persignar y me arrepentir un tanto de lo mucho questas tétricas noches de navegación me han traído a conciencia. Cargo me hago de la vanidad de mis arrepentimientos, cuando está claro a Tu vista que fueran tantas mis recaídas como las interminables cuentas del rosario que Su Eminencia desgranaba con pausada serenidad y prístina gracia a poco de terminada mi malhadada experiencia con lo ferviente de sus ardores y las frescuras de su baño. Si no mediaran la inocencia de mis años de entonces y la santa paciencia de Su Eminencia, mal hubiera llegado el hijo de mi madre a la pestilencia destas aguas con el pellejo si no digo entero a lo menos en aceptable estado de mantenimiento, maguer los ayunos y las flagelaciones y las penitencias mayores.

Como no fuera harta penitencia el acoger con humilde acatamiento los avances y procacidades destos fascinerosos cuya pareciera la voluntad en me escarnecer cuanto de me demandar participación y acompañamiento en sus repulsivos y lascivos manejos. Largo me fiaras el interés del goce y la renta de las satisfacciones que a mi vez —perdona mi desvergüenza— hube en las caricias y mojigaterías de mozalbetes de sentina y marmitones de cocina, si desto incluso no resultare asimismo padecimiento e injuria, ya no a mi perdido cuerpo pecador sino, esto es lo que más

deploro, a la salud y fortaleza de mi ánima, tan alejada ya de las apacibles soledades de los claustros y el piadoso silencio de las sacristías y los altares.

Buena me la echó el almirante, puesto a usar mi pellejo como escudo frente a una buena docena de hojas toledanas ganosas en el empeño de le rejonear y zaherir so capa de retornar en procura de las costas andaluzas. A su terquedad debemos no solo la hambruna de las semanas posteriores, sino esta incertidumbre de enfrentar unas tierras do no sabremos si lidiar aunadamente con la cavernaria voracidad de los lotófagos o con la turbia consupiscencia de los lestrigones, amén de quier medusa o hidra o chimera o artificio de la mar o de tierra firme que porfiadamente nos requiera el abandono de nuestras pretensiones y embajadas. Extraño fuera que los compadres lusitanos no acordaran a la vista de nuestro arribo quier despliegue o parada de endemoniadas creaturas, puestos más en nos amedrentar y nos alejar que en nos ofrecer christiano cobijo y buenaventura.

Todo háse pues conjurado para nos confundir y nos perder, a tal punto acuden a mi ofuscado caletre no solo las admoniciones y claras recomendaciones de mi confesor y esclarecido consejero fray Lídoro de Viareggio sino que en llegando a mi confundida mollera mézclanse los versículos de Ezequiel con otras voces harto menos sanctas y edificantes provenientes de oscuras creaturas que despreocupadamente y en pelota se zarandean y menean nomás a brazas por encima de la borda. Más forzárame yo en esculcar la cavernaria grisura destas aguas y más porfiaran estas entenebrecidas visiones en me describir placeres y comedimientos que no atino a repetir no tanto por parecerme negocio indigno de mi investidura sino más bien por pensar que algo de mi irredenta venalidad transita a travez destas estantiguas cuyas voces ya me arrebatan hacia las cantarinas cascadas de mi Aracena natal y al instante nomás me despeñan a una en quier teatro de hetairas y odaliscas que aquel tunante veneziano juraba haber degustado a la vera de un califa de las inmediaciones de la Especiería. Aunque tan enrevesado tornábase el discurso deste compadre según avanzaban los copones de vino de pasas y las caricias de sus imaginarias bayaderas, que acabara uno en la supina confusión de reclamo de angelicales atributos puestos a rebatiña con relato de puñeteras zorras, todo esto a destajo y a un mismo compás con los meneos y circunvoluciones de unos nubios gigantescos cuya desnudez aunaba lo bello de los efebos y cherubines del coro de

Santa Gertrudis con la desafiante procacidad de quier perdularia y apestada calaña de la marinería de puerto de cualesquiera costas camino del Catay o tufientos camelleros en los soledosos caminos de la seda.

Turbia y condenable es pues esta comedia de nos rejonear por lo más penoso y sensitivo de nuestros padeceres al tiempo de nos ofrecer vianda y agua fresca y nos demandar apenas el óbolo del acercamiento y el diezmo del consentimiento. Puesto uno a reflexionar que con consentimiento o sin él un mismo final nos aguarda al cabo destas jornadas cuya es la holgura de lo prometido cuanto lo prieto y mezquino de lo conquistado, elijo a cambio de lo escuálido de mi presente lo abundoso y chisporroteante deste mañana que me requiebra y me duermo a medias acodado sobre unas varas de lienzo, contra la borda que mira hacia estas playas. ∎

Huanahani

Aré u xe oher tzih varal Huanahani u bi. Este es el principio de las antiguas historias de este lugar llamado Huanahani. Mi voz habla en una lengua que no es nuestra lengua. Precio necesario para poder inscribir en el amate blanco la vida de nuestro primer padre y la de Hatuey el 7 muy Venerado, hijo del hijo de su hijo, mi padre. Y en el amate negro la crónica del desembarco de los barbados mensajeros catires, embajadores de los señores de Xilalba, mandatarios de la venganza de Hun Camé, el Tenebroso Señor de las Tormentas. Ávidos de hollar con sus plantas estas playas que ya nunca serán nuestras.

El boroschi afilará sus garras en la garganta del huazuncho. Los cambujos planean sobre el camao indefenso. *Chi rain vi, v quxlal ri chi tijo, quehe x ch u rai v qux ri cabracan*. El deseo, el pensamiento de comer, de triturar, así lo desea el corazón de kabrakan. Agua mala. Viento malo. La ciguapa graznó durante toda la noche. Del lado de la selva nos desveló el bramido del jahuar y el gemido de los chihuiros. Agua mala. Maldita por Ixmucané, no caída desde su manto de flecos. No iluminada por Ixbalamque la Tigresa Joven. Agua opaca de premoniciones. Violácea como la herida que deja en el calcañar la mordedura del cencuate. Rizos de espuma tormentosa recostándose sobre la arena como la boqueada de un moribundo.

Xa cahuain v vaalpu chi. Solamente agua su mojada boca. Como los ayes postreros de los huérfanos del mar. Tal serán nuestros ayes al chirlear los acatechitll con los primeros rayos de Hun Hunahpú. Seis lunas ya velando la anunciación de las cañas de fuego. Quemando sobre rajas de ocote hígados de chachalaca rociados con colonche, en la linde del bahoruco que mira hacia el Padre-que-viene. *Qu ix cha oc, coh r ziquih, co i quihila, x eve chaxic*. Vosotros hablad, a nosotros invocad, a nosotros adorad, les fue dicho. Pero las señales son claras. El humo es negro. El Zic Ahau está echando hacia el bahoruco el humo de su cigarro.

X qu ica cup puch, varal x chi v evah vi i vach. Seréis vosotros cortados, aquí será escondido vuestro rostro. Los cañameros huyeron de los nidos. Las musarañas emigran hacia los bermejales. Los agamíes abandonaron el cobijo de los chiminangos. De nuestra selva despoblada nada más llega el gimoteo de los chapulines y la quejumbre del grillo. El coco preto sobrevuela al anochecer, una y otra vez, sobre la copa de las ceibas, picoteando sus gotas de sangre que marcan el comienzo de las sisigias de la purificación. Docenas de torcazas y agachonas vuelan en procesión hacia el montecillo de ágaves y chapicos, destrozándose contra las espinas enhiestas como chafirros de sacrificio. La sangre de las avecillas es para Vucub-Caquix solo el preludio de otras sangres.

Are chi vocub caquix hun nima che, ri tapal, are qu r echa ri vucub caquix are chu ulo ri v vach tapal, oh acan chu vi che. Hé aquí tenía el Vucub-Caquix un gran árbol, el nance, hé allí la comida del Vucub-Caquix; hé aquí iba su rostro al nance, subía al follaje del árbol. La comida del Vucub-Caquix serán las jícaras que brotaron del árbol seco que floreció y se vistió de frutos cuando allí mandaron los señores de Xilalba colocar la cabeza muerta de Hun Hunahpú.

X opon cut vucub caquix tacal chui r echa ri tapal. Llegó Vucub-Caquix urgido de comer los nances. Cuando nuestras mujeres se acercaron al espectáculo de tanta flor de pluma ensangrentada, cuentan que el monte entero se parece a la cabeza del gran Ahpú coronado de espinas de fuego. Aunque las viejas madres recuerdan la única vez que se viera este triste acontecimiento, en ocasión del ascenso del Gran Buitre y la caída de la Liebre de Madera.

Are curi ica xavi chi qui chuquiba chu tolco che xavi chu cab ri che, chi bec chi lahahic, chi bec ronchel che, caam, cacchacachoh, chic chi ca toh che, oh u ban ri xa uhna iah. Hé aquí que las hachas así hendían con golpes árboles, derribando ramas de los árboles, derribando, cortando, derribando todo árbol, bejuco, tirando en desorden allí, cortando maderas, lo hacían solamente las hachas.

Siniestros son los augurios. Tres noches hace que el mar arroja de su vientre cuberas muertas, mirándonos con sus aletas moradas y sus tristes ojos amarillos. Y sargazos podridos. En cambio del perfume de los aguacates y el chayote y el relumbre

azucarado del chicozapote, hedor de pestilencia se enrosca sobre los bajareques, cayendo desde las nubes rojizas del amanecer, desde más allá de la garganta del Gran Guardián 9 Bolón-Tzakab. Solo el aliento del Tenebroso Emplumado podría aparejarse a esta jedentina que brota como del fondo mismo de la ciénaga. Los acerolos sueltan sus frutos inmaduros tal si les costara retener la vida entre sus ramas que se resquebrajan con gemidos de corza malpariente. La mandioca hace una luna se pudre en los huiros, nomás echarle una medida de caldillo o nomás agua de las vertientes del Marahuaná. Ni con leche de abacá se puede detener la pudrición de nuestro pan.

Na quipa na u echa, xa car, xa tap. ¿Cuál es tu comida? Solamente pescado, solamente cangrejo. Solamente el bajonao y las cuberas y cayarís que el mar deposita muertos sobre las playas. Y agamas y cahuarás que amontonan su hedor en el caney de cada arroyo. *X ma qo chiri ca nu rico, cabihir oh in canah r exachic, maui ca hu chih chic vaih, x qha zipaona chiquech*. No está aquí mi encargo, dos días hace que dejé de comer, no puede mi boca del hambre, dijo el Zipacná a ellos.

Entrañas de chachalaca y agrípenos que nuestro venerado Hatuey extrajo con su mano y ofrendó sobre la Piedra de la Consolación, se quemaron echando un humo oscuro y fétido que se nos pega a la piel como una costra de la que sobrevienen cangrinas, urticarias y picazones. Otros prodigios ¡mejor no los hubiera de narrar! se ven a todo lo largo de la playa, del rumbo de donde nos viene toda la peste. Esqueletos de pescado y zarzos de pluma pegoteados de espuma y sangre. Aguavivas de un tamaño y picor nunca vistos en el bahoruco.

Drupas de aguacate y carozas de palto nos caen del cielo, junto con retazos de quinuas y chumberas, sin poderse saber si vienen desde las nubes de los tlalocs o de las propias manos del Tenebroso. Cocimientos y candomblé no son de aplacar esta discordia con que el agua y el viento y la Luna nuestra madre nos acorralan.

La abuela de la madre de nuestra Anacaona cree recordar —o sueña que recuerda— que un tucur llegado a nuestra isla desde un rumbo que no confesó ni se le conocía, profetizó el advenimiento de una luna en que habrían de caer por tierra la estirpe del quetzal y la progenie del jahuar, por mano de unos embajadores de otros señores

extraños a los de Xilalba. Quienes proclamarán la ocurrencia de un gran concejo y la condenación de nuestros guerreros y nuestros vientres y la consumación de nuestra ignominia y el inicio de un nuevo Tzolkin con otros códigos para los que nazcan y otras oraciones para quienes sean llamados al seno del Gran Guardián.

X e u qhax cut, xa qu ix halatahic, rumal mavi x utzin ca quihiloxic, maui ix ziquij. Dijeron así, solamente seréis cambiados porque no pudisteis adorarnos, no nos invocasteis. En el 13 Akbal sucedió que tomó Hun Hunahpú agua, y mojó tierra y labró el cuerpo del hombre. En el 1 Kan sucedió que se rompió su ánimo por lo malo que había creado. Y es ahora que nos acosija la ira del Tenebroso Emplumado. Porque ha hecho ya concejo con sus Camés. Con Hun Camé y con Vucub Camé ha hecho concejo. Con los cuatro Chacs ha hecho concejo nuestro Grande y Tenebroso Señor. Y ha enviado mensajeros con la palabra de su ira hacia las cuatro regiones. Hacia Alom ha volado su ira por boca de sus mensajeros. Hacia Jolom ha llegado su encono, sus mensajeros lo han llevado allá. Hacia Tzakol fue trasmitida su ira por sus buhos pregoneros. Hacia Bitol se dirigió también su furia en truenos y relámpagos sin lluvia.

Cabras y huazunchos arrancan hacia la espesura de los manglares en los confines de la isla donde Hun Hunahpú se arroja al final de cada día al fondo de la Gran Caverna. Abandona tras de sí las crías más desvalidas que aún no pueden andar por sus medios. En chacanas de ocote amontonamos estos chotos y cabritillas hasta dentro de los corrales, quemándolos en enormes piras. La humazón y el hedor de estas chihuahuas se alzan hasta el cielo, como anticipando otros hedores y otras quemazones que pronto habrán de afligirnos. El hollín de estas hogueras forma en la altura nubarrones que el soplo de los tlalocs modela y traslada, dándoles formas caprichosas y —casi siempre— siniestras.

Naquipami x camou chi, x cha ou ri, chimalmat, r ixoquil vucub caquix. ¿Qué ha traído a su merced? le dijo la Chimalmat, la esposa de Vucub-Caquix. Es solo el Zic Ahau fumando su bocadito, bien pachorrudo a la sombra de su cojate. Acontece que cualquiera de las viejas madres asegura haber descifrado en alguna de estas nubes la pelambre y las garras de tigre del Gran Tenebroso. Otra porfía haber vislumbrado

como el cráter de un volcán, en cuyo fondo se retuercen quetzales y jahuares decapitados y ensartados en largas cañas de metal.

Coh i caharizah, oh i chuc, oh i cahau. Alabadnos a nosotras, vuestras madres, a nosotros, vuestros padres. Nuestro venerado Hatuey nada comenta, mas su ceño adusto se endurece al avanzar el otoño. Por la noche, cuando Ixbalamque platea la sombra silenciosa del bahoruco, mientras hombres y mujeres duermen arropados en sus huipiles y mantas de venado, él se sumerge en la pesadilla que hace lunas lo acuyuca. De la cual solo atina a huir negándose al sueño que le ronda haciéndole guiños de entre paciencia y burla.

Sueña con una extensa playa sembrada de espejos negros y espinazos de pescado. En su vida se ha contemplado en un espejo, pero una infusa conciencia que le viene de la ciencia de las viejas madres enterradas en la falda del Malamboré le trasmite el pavor de ver su propio rostro exánime reflejado en la superficie oscura de aquellas lunas de metal. Sus pies se hunden en la arena filosa. Huesos de alfaneques y malengues se le hincan en los talones. Espinas de biajaiba le atraviesan las pantorrillas. Y sigue avanzando hacia el borde del agua, dejando tras de sí un rastro de arena ahíta de su sangre y de sus ayes silenciosos.

Ta x o pixabaxic, quesquzcutchoc qui chuc. Cuando se despidieron, emocionada lloró la madre. Desde el cielo de la noche lo contempla Ixmucané, la de las garras de tigre, la de los senos exhaustos, la del tocado de serpiente, la del collar de chalchihuite, la de los flecos de lluvia. Una vez solamente se acuclilló para tomar en sus manos un trozo de espejo de la talla de un morrocoy, y mirándose lo arrojó hacia el mar con un alarido de terror: aquella maldita cosa le había devuelto su imagen pálida colgando de la rama más alta de una chahuarama, anudadas a su cuello tres vueltas de heneken trenzado y estirado al sol. Su lengua, reseca y amoratada, pendía dos cuartos fuera de su boca destrozada por crueles sufrimientos.

Hatuey sabe que la voz de las viejas madres muertas no miente. Una y otra noche la misma pesadilla lo acorrala, la misma escena vengativa lo persigue. Sabe que sus ojos no verán la llegada del verano. Sus manos no acariciarán los pichones de la cocolera de plumas amarillas ni los capullos anaranjados del carambolí. No llegará a

encabezar al frente de sus jóvenes guerreros la danza de las ataduras. No volverá a colocar las coronas de aciano y cigua en el tocado de las vírgenes que han de ocupar el nuevo otoño la casa de las viejas madres. Nunca más repetirá a sus jóvenes la respuesta que la valerosa Ixquic diera a los vengativos señores de Xilalba: *Ma cu xa ch'y chih vinac chi camic*. No debéis tolerar que os obliguen a matar hombres.

Ya no desea auscultar su destino en las vísceras humeantes, puesto que todo le ha sido anunciado ya y confirmado. Penosa esperanza sería contrariar lo que los antepasados relatan como presente de un futuro que nos parece ya al alcance de un buen tiro de venablo. *X qu ica cup puch, varal x chi v evah vi i vach*. Seréis vosotros cortados, aquí será escondido vuestro rostro. Honda resignación hace ya presa del que todos llaman Hijo Predilecto del Gran Jahuar.

Bástale recordar los rostros torturados y sangrantes de las decenas de jahuares en el fondo del cráter que animan el relato de las viejas madres, para entender que solo le cabe esperar los lutos de esta mañana inexorable. Las señales no son más que eso: señales. El mensaje está ya escrito con una poderosa impronta en la jícara de su corazón. Aguarda este día con la dignidad con que sus abuelos se dirigieron al encuentro del Gran Guardián.

Hará los gestos previstos y pronunciará las palabras indicadas. Sonreirá a los aciagos barbudos, sabiendo en su corazón cuyas serán las heridas y cuyas las injurias. Contemplará asombrado —no demasiado— esos curiosos bohíos que marchan sobre el agua, henchidas al viento unas alas blanquecinas, como gigantescos alcatraces deslizándose sobre la espuma.

Pensará de seguro en los irónicos cañazos de su sino de príncipe venido a esta tierra hace noventa y ocho lunas, otra mañana de otoño, a bordo de una tartana real adornada con plumas de quetzal y de huacamaya y flores de copal, rodeado por docenas de pirahuas tripuladas por hombres, mujeres y niños de nuestro pueblo, cantando a viva voz la alegría de desembarcar en unas tierras nuevas, todo promesa de buenas aguas y sombra hospitalaria. Las primeras ofrendas, los primeros trabajos. La primera gran cacería de behoríes para donar su sangre al Gran Guardián y su grasa al Tenebroso Emplumado. La sonrisa tímida de Huanahani, vestida con una

túnica de abacá teñida con leche de chirimoya, en medio de la fila de vírgenes entre las cuales debería elegir a la que deseara desposar. Los cantos y las danzas de la boda. La frescura de sus labios y el temblor incitante de su vientre.

Nueve lunas después, la celebración gozosa de mi nacimiento. El severo silencio al escuchar de boca de las viejas madres los augurios acerca de mi propio destino. Yo, que nada espero, que nada ambiciono ya. Yo, que también me he asomado con pavor al cráter del volcán en cuyo fondo agonizan interminablemente nuestros jahuares y nuestros quetzales. Que medito acerca de los insondables caminos que —bajo las más caprichosas circunstancias— nos conducen hacia el Gran Guardián. Que pronuncio suavemente el nombre de mi madre, quien con su muerte me dio la vida y también el nombre a estas tierras que hasta hoy fueron nuestras. Que deberían ser para mis hijos y para los hijos de mis hijos. Que debían dar sombra y descanso a nuestros huesos. Sentado en estas piedras, espero a Hatcab Kin, el primer rayo del sol del amanecer.

Están a media jornada de pirahua los tres bohíos que andan sobre el agua. Oíd nuestros nombres. Os diremos también los nombres de nuestros padres y de los padres de nuestros padres: Somos hijos de los hijos de Hunahpú e Ixquic. Y nuestros padres son todo aquello que mataréis, la simiente de la luz sagrada de Hun Hunahpú, el que mandó a sus propios gemelos Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú a batirse en el juego de pelota con los de Xilalba. Los gemelos fueron los vengadores de los dolores y sufrimientos de nuestros primeros padres. Ahora sufriremos nosotros todos los males que nos haréis. Vuestras espadas y vuestros perros acabarán con nosotros, nos daréis horrible muerte y ninguno entre nosotros escapará a vuestra crueldad.

Pecaréis contra nosotros y contra las cenizas de nuestros padres, que están enterrados en Pucbal-Cha. Puesto que ya no existe nuestra gran estirpe ni nuestro gran poder, no tendréis misericordia con nosotros y os gozaréis en rebajar la condición de nuestra sangre. No será más para nosotros el juego de pelota. Tan solo los hijos de las malezas y del desierto platicarán con nuestras cenizas. Los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados, ya no nos pertenecerán.

Los malvados, los pecadores, los que se entregan al vicio, esos son los que os acogerán y a quienes acogeréis en la ignorancia de la esclavitud. Llegáis a nosotros sedientos de oro y de lujuria. Desde vuestros bohíos de alas blancas, antes ya de pisar nuestras sagradas tierras, estáis contemplando con codicia a nuestras esposas y a nuestras hermanas. Pondremos a vuestros pies nuestro alimento, nuestro ganado y nuestros granos. Quitaremos a nuestros señores las ofrendas y todas las reliquias, pero no será ello harto para colmar vuestra avaricia.

Pequeños y sombríos señores embajadores de los señores que más allá de las grandes aguas han jurado lavar con la sangre de nuestros grandes dioses los pies y las cangrinas de sus príncipes cacarañados y sus pequeños dioses: desde estas tierras que ya eran nobles cuando señoreaba sobre vosotros la barbarie y la ignorancia, recibid esta terrible sentencia como testamento de los hombres, las tierras y las aguas que vais a mancillar y destruir. ¡Desde este edén que os aprestáis a asaltar como a las viejas fortalezas de vuestro viejo mundo, doscientos siglos de auténtica y desesperanzada historia os contemplan y os condenan!

Con las últimas horas de la noche, me llega del lado del mar un grito ronco, de cadencias inarmónicas y extrañas… ∎

Rancul bajo el crepúsculo

Ni fuerzas me quedan ya para sentarme sobre alguna lomita, a la sombra de un cardón o un reike, pitando despacio mientras las ovejas y las cabras triscan y retozan aprovechando el solcito del otoño. Yo mismo armo los cigarros, con hoja de chala y buen tabaco de la quebrada, condimentado con unos granos de anís. Tatita se burla de mis costumbres sedentarias, para nada parecido a los guerreros de la tribu.

No es que mis hermanos sean alzados todo el tiempo. Pero con la llegada de los primeros fríos suelen juntarse treinta o cuarenta lanzas y salen a maloquear hasta ciento y tantas leguas al norte, por los asentamientos de los huincas. Pienso que más que nada es una necesidad de conservar las costumbres de los mayores. A los ancianos les encanta creer que sus modos y bravuras se renuevan de generación en generación.

Todo esto va a ser otra vez nuestro algún día. Es el vaticinio que la vieja Pascacia, abuela de Valentín, ha murmurado al cabo de horas de danza y aloja, cuando los festejos de la última gran rastrillada por los campos de abajo del Curamalal. De los pocos que la escucharon, menos son los que le prestaron atención, porque se sabe que desde la muerte de sus tres varones, Pascacia vive como en otro mundo. Dedicada solamente a tejer una manta interminable "para cuando vuelvan los muchachos" y a llenar los ocios con historias siempre repetidas y cada día más confusas, y unos tazones de chicha que ella misma prepara y esconde, enterrando sus cueros de huanaco y sus botellones de barro dentro de un molle o debajo de una piedra a la vera del arroyo.

Nadie se preocupa de esas pequeñas picardías, salvo los gurises, que gozan cambiándole de lugar los entierros, nada más para verla buscar y escarbar, murmurando por lo bajo quién sabe qué invocaciones o terribles conjuros. Vení-para-acá-Rancul, suele pedir la vieja, cuando siente que las fuerzas la abandonan sin haber encontrado sus tesoros. Busque a ver dónde me escondieron los cueros esos hijos de Añan, m'hijo.

Dele ese gusto a su pobre abuela. Y yo salgo a rastrear los tesoros, sabiendo que al regresar, el premio será alguna sabrosa historia de cuando éramos grandes y libres. El resto de la tribu la respeta, pero como se respeta el resto de un huitrú partido por el rayo o alguna roca con la señal de Nguenechén.

Las mujeres demasiado atareadas en recolectar maíz y mandioca y prepararlo de mil maneras para que dure hasta el año próximo. Remendando los toldos y las ropas de sus hombres. Amamantando y criando sus guaguas. Prolijando y despiojando a los mayorcitos, preparándolos mientras tanto para cuando les corresponda entrar en la Casa de los Hombres. Enseñando a las niñas los misterios y secretos de las mujeres.

Los hombres, por su lado, viven a caballo y las salidas son cada vez más lejos de los toldos, porque cada primavera cuesta más encontrar buena caza, suficiente en cantidad y calidad como para asegurar el sustento de la tribu. También es tarea de las mujeres carnear las presas que llegan, separando lo de consumo inmediato de lo que habrá de ser salado y charqueado como reserva.

Siendo todavía un gurí, supe ganarme la admiración de los otros chicos por mi destreza con el arco y las boleadoras. Faltando unos pocos días para la fiesta de la Luna Grande, caminando sin rumbo por entre un monte de algarrobos, descubrí huellas de un sañhué y decidí seguir el rastro. Gañupán —mi padrino y preceptor— me ha iniciado en el difícil arte de distinguir la huella de un venado de la de un huanaco, si se trata de machos o hembras y el tiempo —horas o días— que el animal ha dejado las marcas. El sañhué tiene la misma pisada del chancho, solo que cada cuarto de legua vuelve sobre su propio rastro, tratando de borrarlo con las pezuñas y el hocico. Por el tamaño de las pisadas, supe que se trataba de un macho adulto y muy pesado, tanto como aproximadamente tres veces diez medidas de maíz. Aparte del nahuel o de una hembra con cría, este es el más peligroso de los animales que andan por el monte, sin temor a la presencia del hombre, al que ataca fiado nada más en su fuerza, sus colmillos y su velocidad. Casi saliendo del algarrobal por el lado sur, encontré el revoltijo de pezuñas. La profundidad de las marcas en el barro me hizo dudar de la sensatez de enfrentar al animal con un cuchillo de sílex y una docena de flechas. Había salido sin boleadoras, que de todos modos poco sirven para una escaramuza debajo de los árboles.

Al salir del trapal, las huellas torcían hacia el poniente. El animal había comenzado a escalar el Champaki, lo que dificultaba la caza por la cantidad de macachines y cuevas que enmascararían el rastro. Por la humedad del suelo, podía calcular que el animal me llevaba casi media jornada de ventaja, lo que me obligaría a hacer noche en el faldeo. También debía contar con que la bestia tuviera su madriguera en las alturas, y entonces habría que luchar también con la hembra. La prudencia aconsejaba volver al rucal, pero la tentación del peligro, más el aliciente de quedar como bravo cazador ante la tribu, pudieron más.

Apenas comenzar el ascenso, desaparecieron las claras huellas que el animal dejaba sobre la tierra húmeda, y solo quedaban como guía ramas de lenga quebradas y matas de chapico aplastadas. Recuerdo el frío de la montaña apenas cayó la noche. Cuando la oscuridad me impidió seguir el rastro, no tuve otro remedio que envolverme en la manta y echarme al abrigo de una cueva poco profunda, pero suficiente para evitar el rocío y la escarcha.

Con las primeras luces y los huesos doloridos, me lancé tras la presa. Si el animal no había llegado a su cueva, debía haberse detenido para dormir, a menos que me hubiera olfateado, circunstancia poco probable porque el viento soplaba desde la cordillera. Pasado el mediodía, alcancé a ver un movimiento entre la chachacoma, unos doscientos pasos adelante. Sentí un frío duro en la nuca, no de miedo pero tampoco ciertamente de tranquilidad. Los hombres relatan lo que se siente al llegar frente a la presa o al comenzar un combate: siempre es a muerte. Si no conseguía abatir al sañhué, este no me dejaría escapar. Tan bueno era él para mi almuerzo, como yo para el suyo.

Ahora sí el animal advirtió mi presencia, no por el olfato sino por el crujido de mis pisadas. Al echar a correr monte arriba, no podía preocuparme de no quebrar ramas de chekén a mi paso. Debía acercarme rápidamente para ponerlo al alcance de mi arco. De momento el animal atinó a correr piedras arriba, pero al verme debió pensar que un cachorro de hombre era más un regalo que un peligro y virando se me vino encima.

No podía contar con darle en el pecho, porque el sañhué arremete con la cabeza gacha, la jeta casi a ras del suelo. Hay que clavarlo justo entre los ojos, obligándolo a detener la carga y alzar la cabeza. Es entonces el momento de rematarlo con una flecha directa al corazón, que le ocupa toda la parte delantera del pecho. Mi primer tiro dio en el ojo izquierdo y el animal se frenó en seco, emitiendo un pavoroso rugido de rabia. Alzó con furia la cabeza, procurando ubicarme con el ojo sano. Sin darle tiempo volví a disparar, sabiendo que no me daría otra oportunidad. Pero los nervios me traicionaron y la flecha le entró por la paleta derecha, sin tocarle el corazón. De todos modos, furioso y enloquecido, prefirió retirarse, no sin darse un par de revolcones en el intento de quitarse las chuzas de piedra hincadas en el cuerpo.

Ya no servían las flechas. Debía rematar al animal herido con el cuchillo y cuerpo a cuerpo, como los grandes guerreros. No pensaba en el peligro de encarar a la fiera lastimada, sino en la gloria de mi aventura, relatada y aplaudida en el próximo rehue. Todos los actos de bravura y heroísmo dejan de ser propios del cazador o del guerrero, para incorporarse al acervo de la familia y de la tribu. Y la familia y la tribu corresponden a este mérito y el episodio es recordado y transmitido de padres a hijos y de hijos a nietos.

El rastro del animal era ahora fácil, pues aparte de las ramas pisoteadas, un hilo de sangre iba marcando el rumbo. Sus heridas no eran gloriosas como lo serían las mías al ingresar en la Casa de los Hombres. Eran heridas de un par de flechas, imperfectamente colocadas, aunque suficientes para debilitar al animal por el dolor y la pérdida de sangre. Cinco o seis veces se detuvo para recuperar aliento, pero mi proximidad lo obligaba a levantarse y seguir huyendo. A media tarde lo alcancé. El animal presintió que de nada servía seguir escapando y me hizo frente. Pero no ya con la majestuosidad de sus fuerzas intactas, sino con el odio del que se sabe a merced del cazador.

Di un rodeo para evitar el frente, mientras él permanecía clavado sobre una tupida alfombra de llaullaus. Corrí desde el costado del ojo herido, para dificultarle la visión de mis movimientos. De un salto monté sobre su lomo; no debía darle tiempo a elaborar una reacción defensiva, lo más peligroso era que se me echara de espaldas.

Abrazado a su cuello con el brazo izquierdo, con el derecho hundí el cuchillo en el centro del pecho, una, cinco, cinco veces cinco. Sangraba ahora como un traiken y en pocos instantes quedamos bañados en su sangre pegajosa y tufienta. El animal emitió un quejido de agonía y se sentó sobre sus cuartos delanteros para caer —ahora definitivamente— sobre un costado.

Sin preocuparme en averiguar si vivía, abrí de un tajo el tórax, de arriba hacia abajo, rompiendo tres o cuatro costillas para llegarle al corazón. Metí las manos dentro de ese hueco sintiendo aún el latido. Todavía palpitante, lo arranqué del pecho. En cuclillas, bebí la sangre que brotaba espumosa, mientras con las manos empapadas en la que manaba del ojo unté brazos, torso y piernas.

Con el corazón envuelto en unas hojas de huada, regresé al rucal. Fue mi día de gloria, pues el concejo de ancianos lo interpretó como signo de buen augurio para nuestra tribu y dispuso que se cocinara para repartirlo entre los varones jóvenes. El sañhué les transmitiría su fuerza y su valor, para hacerlos invencibles. A pesar de mis escasos años, fui convidado a la mesa de los guerreros, quienes me aceptaron como uno de ellos.

A los once entré a la Casa de los Hombres. Pasé los días obligados en ayuno y silencio. Al cabo de esa luna, mi padre y Gañupán, mi padrino, hicieron un aparte para explicarme que Nguenechén había dispuesto que no fuera cazador ni guerrero. Se me había previsto un nobilísimo destino: registrar la crónica de los últimos días de nuestra estirpe y la llegada de los aciagos barbudos que las profecías venían anunciando desde ciento veinte lunas atrás.

Mi padrino comprendió enseguida mi decepción —por otra aparte inevitable— y me habló solemnemente de la importancia de las escrituras para la continuidad de nuestras tradiciones. Él mismo era un poeta y cantaba hermosas estrofas en los días de celebración o de duelo. Hice notar la diferencia que para mí existía entre un cronista y un poeta, pero con atinados ejemplos —apoyado calladamente por mi padre— me hizo ver el parentesco entre ambas ocupaciones. A partir de ese día, la Casa de los Hombres fue mi hogar. En una sencilla ceremonia, delante de todo nuestro pueblo, mi padre anunció lo que nuestros dioses habían establecido,

interviniendo Gañupán para destacar la importancia que mi función tenía para el porvenir de la tribu, y la honra implícita en lo que a mi persona se refería. Todos (incluso mi madre) me miraron con otra consideración, con una mayor deferencia, si bien nuestro pueblo se caracteriza por el respeto que preside toda comunicación, ya con gente de adentro o de fuera de la familia. Detalles como este, más el hecho de ser mi maestro el propio chamán que tenía a su cargo la convocatoria de los nguillatumes, me dieron pasados los días la calma necesaria para asumir mi papel con aceptación, ya que no con alegría.

Por entonces mi madre fue llamada al regazo de nuestra Gran Madre. Mi padre quedó triste y ensimismado, y pocas lunas después emprendió a su vez el viaje hacia los Grandes Antepasados. Mi iniciación fue larga y por momentos dolorosa. No tanto por los ritos —a veces crueles— sino porque a medida que iba avanzando en la incorporación de conocimientos, empezaron las visiones. Al principio por cortos períodos y por las noches durante el sueño. Después empezó a suceder de día y con mucha frecuencia y duración.

Los vi en el interior de mi corazón, bastante antes de que llegaran los alcatraces de alas gigantes que caminaban sobre el agua del Lihuelcalel. Vislumbré sus rostros duros y crueles, sus extrañas ropas y las curiosas bestias sobre las que acostumbraban a montar. Tuve la visión precisa de sus armas, las que habrían de sembrar la muerte entre nosotros.

A las cuarenta lunas de estar en la Casa de los Hombres, se me indujo a salir de tanto en tanto, con el objeto de ir esclareciendo a nuestro pueblo acerca de los tiempos por venir. Era un acontecimiento, pues aunque faltaban mis padres, tenía cantidad de hermanos y primos que rivalizaban en agasajarme, sabedores de que el régimen de vida dentro de la Casa era frugal, cuando no francamente mortificante. Competían en ofrecerme bocados e invitarme a sus toldos. Y les encantaba escuchar relatos acerca de los grandes temas que preocupan a nuestra gente.

Me dedicaba de lleno al registro de los sucesos que nos involucraban, pasados, presentes y futuros. No todos eran transmitidos a la gente, para no apurar la copa de su padecimiento. Solo con los tokis el tenor de la conversación era libre. Solíamos

comenzar una charla al filo de un mediodía, para terminar a la mañana o la tarde del siguiente. Muchos problemas hube de resolver y muchas preguntas tuve que contestar porque las machis —a veces mi padrino— me examinaban para apreciar en qué medida mi aprendizaje era de provecho.

Conocer por anticipado las desventuras que nos esperan no es deseable para nadie. Sobre todo cuando nada podrá uno para torcer en un grano de arena la fatalidad de lo por llegar. Comprendo cabalmente que la responsabilidad me asfixiaba, dudando siempre si lo que cautamente me atrevía a divulgar era demasiado para ellos, o si podía considerarse que —por el contrario— era menos de lo que tenían derecho a conocer.

Los años me fueron enseñando que es uno el responsable de hablar o de callar. Pero que esa responsabilidad jamás debe ser ejercida en provecho propio, sino para procurar a la comunidad un mayor margen de tranquilidad y bienestar. Solo que a poco se fue haciendo imposible evitar alguna referencia al cumplimiento de las profecías, dado que los signos eran ciertos y evidentes y no teníamos autorización para mentir ni para dar respuestas ambiguas a preguntas concretas, eso es todo.

Alguna noche los soñé llegando por el aire, en sus grandes piraguas de alas blancas. Planeaban sobre el rucal como una bandada de chilles gigantes, dejando caer una lluvia de bosta y fuego. Otras veces veía venir sus embarcaciones deslizándose por el desierto, desde donde aparece el sol, arrastradas por cuadrigas de caballos y legiones de esclavos encadenados en largas traíllas de metal. Una noche desperté en un grito, pues acababa de posarse sobre la Casa de los Hombres una de estas portentosas fábricas de madera con alas de lienzo blanco y cruces bermejas.

La mañana que llegaron a la vista de nuestro rucahue registré el hecho en mis tablillas, pero también (nunca lo había hecho antes) sobre varias cortezas o amates utilizados solamente para inscribir gravísimos sucesos. Este material fue retirado de la Casa, y acólitos instruidos para esta tarea se ocuparon de enterrarlos donde seguramente no serían hallados por los aciagos invasores.

Luego de coordinar con los tokis la evacuación del poblado, nos encerramos en la Casa los más ancianos de cada familia, junto con las machis y sus acólitos. Nuestra gente se dispersó hacia el interior. Algunos —los más afortunados— embarcaron en sus pirahuas rumbo al Pitral Lauken, con esperanza de escapar a los negros vaticinios.

Teníamos con nosotros alguna fruta, miel y agua en cantidad suficiente como para permanecer una luna, mucho más de lo que tardarían los recién llegados en ponerse en contacto con nosotros. Practicamos sin apuro las abluciones ceremoniales y la machi más anciana dirigió meditaciones y plegarias. Un humo liviano aromático se elevaba desde un brasero en el que se quemaba adelfa y estragón. Por fin, con el espíritu ya en calma, nos dispusimos a esperar el alba entonando himnos y cánticos a la Vieja Madre y a los Grandes Antepasados. Con las primeras luces, apagamos los fuegos de las ofrendas, cerramos la Casa y nos dirigimos en procesión hacia Realicó. A unas brazas de la playa, los navíos se balanceaban sobre el agua. Soplaba un viento suave, las olas eran lentas y de poca altura. Podíamos ver a bordo a sus tripulantes, vestidos con ropas de color, mirando atentamente hacia nosotros.

Por fin, de cada una de las naves bajaron pirahuas y en ellas desembarcaron los visitantes, portando armas, banderas y estandartes. Ya todo esto lo había vivido en mis ensoñaciones y estaba registrado en las tablillas de la Casa y en los otros escondrijos donde las habíamos preservado. Por fuerza hube de sorprenderme ante la fidelidad de esta escena y la anticipación que nuestros dioses habían consentido darnos para mejor instruir y preparar a nuestra gente.

Volví a vivir (a sufrir) el dolor de ver a extranjeros poner el pie en nuesta tierra con aire de conquistadores, los ceños adustos, las miradas cargadas de obscenidad y de codicia, el gesto altivo de quienes están habituados a mandar, gobernar, sentenciar y condenar. Condenados estábamos —qué duda cabe— puesto que así lo habían profetizado los negros mensajeros de nuestro padre Nguenechén. Ni el barro primordial con que fueron modelados nuestros bisabuelos, ni el cardón que dio su forma a los abuelos, ni las mazorcas de donde surgieron nuestros Viejos Padres, llegaron a cuajar en la raza perfecta que pretendían el Señor de las Rocas y la Gran

Madre del Cielo de la Noche. El agua disolvió a unos, el fuego consumió a otros, una legión de caleucaleu dio cuenta de los hombrecitos de maíz.

Nosotros no tendremos mejor suerte, engendrados por un dios sombrío en las entrañas de una doncella cerril que nos maldijo antes de alumbrarnos. Está escrito que llevaremos el estigma de nuestra piel oscura como el peso de una culpa irredenta, hasta que una bella generación de ángeles barbados y doradas guedejas nos desaparezca de sobre la faz de la tierra. Escrito está y claras son la señales. Ha llegado la mañana del día fatal en que los ángeles extranjeros degüellen a nuestros guerreros, ahorquen a nuestros ancianos, quemen a nuestros niños y corrompan nuestros vientres en salar estéril.

Algunos jóvenes emigraron hace ya muchas lunas, con la esperanza de escapar al fatal designio de los oráculos. Pero no hay lugar en la tierra o en el agua adonde no puedan llegar los ángeles exterminadores. Nuestra semilla será extirpada de valles y quebradas, de playas y hondonadas, de arroyos y lagunas, de selvas y de bosques, del mar y de la montaña. Felices aquellos que caigan en los primeros combates, como yo caí. Ay de los que sean presos de los ángeles, porque a ellos les cabrá la tristeza de servir como esclavos y morir las incontables muertes de la servidumbre sin esperanza y sin justicia.

Es curioso, yo que debí cambiar mi vocación de guerrero por el ministerio de las letras, fui sacrificado por negar honores a un hombre que los bárbaros portaban clavado en una cruz de madera. Cortaron mi lengua y antes de que perdiera el sentido atravesaron mi cuerpo con hierros voraces y afilados. Algún piadoso sobreviviente de los nuestros pudo recoger mi cuerpo al caer la noche y sepultarme a la sombra de esta alcayota. Desde aquí los veo ir y venir por lo que fuera nuestro mundo. Sobre mi cabeza repiquetea el galope de unos animales que trajeron con ellos y sobre los que montan y cubren grandes distancias sin esfuerzo.

Sobre la tierra que me cubre se ha vertido mucha sangre y muchas lágrimas. El aguará y la capibara huyeron hacia la espesura de los bosques. El venado y la cabra son cazados sin piedad. Los palomos y las codornices alegran sus mesas y sus estómagos. Se hartan con nuestra mandioca y nuestro cacao. Se embriagan con

nuestra chicha y nuestro aguardiente. Hipan de gula con nuestra grosella y nuestra palta. Engordan con el pan de nuestros granos y la carne de nuestro sinsonte y nuestras chacas. Se baten entre ellos por el oro de nuestros templos y por la plata que mora en el vientre del Palal Mahuida y en la corriente del Cochicó. Han adiestrado perros y cerdos para rastrear nuestras sepulturas, en procura de los brazaletes, anillos y collares con que emprendemos el largo viaje hacia los Grandes Padres. Oigo sus ladridos y el hozar de sus pezuñas.

Ya no me importa. De algún modo, mi interminable viaje hacia los Grandes Padres es como una suerte de huida hacia ninguna parte. Solo me pesan los terrones resecos en la boca y en los ojos. Quiero dormir. Dormir y esperar… ∎

Dies iræ

Soplo desde adentro. Aire hecho luz enceguecíendo los límites del bosque. Soplar hacia lo más hondo del fuego. Hacia donde la última chispa se abraza con pereza a las ramas bajas. Arde alma. Arde verde. Muere bosque alma rama chispa. Después qué. Después que fue antes un antes. Antes que inevitablemente se hizo después. Que el fuego convertirá en un antes sin después. En un después que será finalmente un nunca. Soplar. Donde lo verde es una extensa sed de después que no será porque antes alguien soplaba encima del rescoldo.

Humo fuego alma. De rama en rama. De brote en brote. De verde en verde. No poder volar es como no respirar o quedar ciego en medio del color. Los colores del viento, los verdes de la luna llena. Los ocres del silencio. Cuando por estas tierras cabalgaban los bisontes. Cuando soplaba sobre las praderas el aliento de Nguenechén. Antes que la gente y antes, mucho antes que cayera sobre nuestras madres la maldición oscura del nahuel.

Gente. Mi gente. Pueblo. Yo pueblo. Yo gente. Ahora yo solo cenizas. Restos de la hoguera que el caleuche deja sobre la playa antes del amanecer. Ya no amanecerá sobre nuestras sepulturas el oro del padre dihui-het. Tizne apenas la lumbre del jahuar. Brasa negra que no reviven el llanto del pehuen ni las caricias del huemul. Fuego negro aire negro silencio negro. Antes ya no es. Mañana ya no es. Solo negro, lomo negro, pico negro, plumas negras, acordes negros del kultrum anunciando la muerte de los vientos y el jubileo de las sombras. Viento que al no poder volar se cuela entre los huesos y se vuelve salitre en el fondo de las órbitas vacías. El alma voló. Los corazones volaron. Toda esperanza se lanzó hacia las aguas heladas que se juntan en la panza del glaciar. Cayendo y cayendo montaña abajo, río abajo, corazón abajo, escarbando en el canto rodado. Arañando la tierra negra. Clavando los dedos en los estratos calcáreos. Despellejando los nudillos a través de los basaltos. Abajo donde reina la voz oscura de Pillán. Donde las corrientes negras de la sangre het se

entremezclan y se revuelven con la saliva del llantén y las lágrimas salobres del arrayán. Bajar que es como subir en el viaje infinito a través de las arterias por donde la savia de los colihues se pone en ebullición en un ahogo de abejas y comejenes. Lejos, muy lejos de la codicia de los azulejos y el infrarrojo de los comepiojos. Solamente el toc-toc de los topos y el ondulado siseo de alguna curiyú que ha perdido el camino hacia su guarida. Solamente el resplandor de melipal recortado contra la negrura que envuelve la copa de los árboles más altos. Los esqueletos de los árboles más altos.

Cuando al fin las fauces de Nguenechén se entrecierran, las últimas volutas de su aliento se apagan con pereza contra la cara líquida del huapi. Sobre el mundo revolotean los nubarrones de ceniza. Los humores del bosque se van enfriando y un licor espeso negro se desliza despacio hacia la nada. Escorias de un recuerdo de madera. Historia de unas cortezas y la raíz de un antes que se desliza sin sentido rumbo a un después que va camino sin verdes y sin brotes hacia la negación definitiva. ▮

Nguillatum

¡Ogún eh!… Ah no he Ogún epatacó… Laro ye… ¡Ogún eh!… Ah no he Ogún indumené… Laro ye… ¡Ogún eh!… Ah no he Ogún mbaé parecó… Laro ye… Pasada la medianoche hambre y sueño hacen cada vez más dificultoso el avance. La lluvia sigue cayendo sin urgencias. Al sur del trópico octubre pugna por desequilibrar la Balanza, cargado un platillo con los alisios de Guinea y el otro con las correntadas polares que —nacidas entre los hielos antárticos— se resisten a emprender el viaje de regreso. Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Epa oh… Epa ho… Epa ye yo… Jambalá… jambalá… jambalá… Epa ye yo…

Yuquita ha perdido contacto con la columna de Elviro. El cangaceiro, aferradas a su cinto las manazas del negro Zabulón y encanijado sobre sus hombros el exú das Ánimas, marcha chapaleando barro, los borceguíes hechos monstruoso pegote de arcilla rojiza maloliente. Dos o tres cuerpos escuálidos enlazados por tramos de cadena herrumbrada que encepan tobillos, brazos y cinturas, van detrás del negro procurando no perder el contacto con esas espaldas que parecen un borrón de tinta más negro aún que la negrura de la noche sin luna. Un machete arrastrado a la par de las cadenas va marcando un punto que algún tamboril —pasos más atrás— retoma y repite haciendo de antífona a las invocaciones del pai. Sobre la jibosa espalda del enano Viriato, Tata Caveira acompaña la zarabanda entrechocando sus tibias y sus huesos húmeros. Mucho más atrás, exú Sete Fleitas —subido a hombros de Ciriaco— incesantemente tensa su arco de virapitá disparando flechas de plumaje negro y carmesí. Hacia el norte, hacia donde restallan los relámpagos, hacia donde el cielo parece una hoguera de ceibón apantallada por Xangó. Saravá todos os povos… Saravá todos os pretos… Saravá todos os orixás e babalorixás… Epa ye yo… Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta… Tam-tam-tam…

Los tres bohíos que marchan por encima del agua ya están a una jornada de la costa. Kamaruka la hechicera los ha descubierto apenas zarparon al impulso de sus alas blancas. En el caldero, sobre fuego de bibona, hierven el acónito y el cubanikó. Una

ciguapa pasa rozándole la cara, estremeciendo la quietud del bajareque con su graznido áspero y ácido. El caldo rompe en un hervor tumultuoso y la Kamaruka siente que le pesan los párpados y se le doblan las corvas. Allí están. En medio del oleaje, abandonando los maderos de un puerto que no huele a maderas vírgenes sino a barricas fermentadas y sargazos podridos. Tres son y llevan a su bordo gringos de tez barbada e indumentaria provocativa. Espadas, lanzas, picas, puñales y unas amenazadoras cañas de metal se amontonan contra las amuras junto con rollos de cáñamo y piezas de lona de la misma fábrica de las alas.

Sin equipo de comunicaciones —de hecho no llevan encima una miserable brújula— el norte al que apuntan, ese norte indefinido hacia cuyas coordenadas mágicamente convergen, existe en la traza zigzagueante de bengalas y cohetes de señales que, de tanto en tanto electrifican el ébano del cielo con el rojo y el magenta y el púrpura de sus culebras. Así el viboreo chispeante de un cencuate se agrega de repente al rastro pesado fosforescente de un acántolis y enseguida la traza tartajeante de un congorocho. Unos compases de negro basáltico y un acuate dibuja anillos carmesí entrelazados con el oricalco de una boyé.

Epa he Oxalaia… Epa eh… Epa ye yo, meu pai… La voz cascada del oficiante que apela a su santo de cabeza se entremezcla con la de Yuquita estimulando a su exú. Todo se mixtura, orixás y caboclos, exús da kalunga y pretos velhos… Todo bajo la noche interminable, bajo esta lluvia que hace del monte y las picadas un solo terreiro, una sola kalunga. El ejército de estantiguas atraviesa valles, bordea montes, vadea cursos de agua, encarajina la quietud de la ciénaga, reclutando tras de sí capibaras y galápagos. Al costado del kultrum salta otra vez la voz aguardentosa de uno de los pais de santo. Pompa yira… Pompa yira yacún Djangó ya ya… ¡Laro ye exú eh!… Todos saben que son los orixás los que en este concierto de agua y ceniza señalizan la noche del trópico para restablecer un orden mucho más alto e insoslayable que el de los gringos que llegan en esos bohíos.

La Kamaruka mastica sus hojas de adelfa y azufaifa y va escupiendo la pasta en el cuenco de morrocoy. Despacio, persiguiendo su alma que vuela por entre las nubes de los Chacs, revuelve el caldero con una rama de almendrillo y entra en un sueño profundo. Entre los humos de este sueño se acerca lejos al sur. Yuquita y Elviro la

escuchan y ven navegar en el caldero los bohíos de alas blancas. Mangoré, fija su vista en las aguas inquietas del Mocoretá revuelve la arena del fondo con su ramita de viraró y apenas comprende lo que le está queriendo decir la cara arrugadísima de la vieja machi. Pero siente que debe juntar a sus guerreros porque es llegada la hora de pintar en sus espaldas el plumaje del mochuelo.

Una centella carboniza el ápice de una casuarina y se precipita a tierra correteando entre la mata negra y las cortaderas y abriendo en el suelo salitroso vastos y hondos surcos de los cuales a su vez van emergiendo gliptodontes y megaceros que se unen a la columna de rabia y negritud. El cuero de un jahuar se envuelve a los tobillos de un rankel, a los muslos de un dihui-het, a la cintura de un atacameño, al cuello de un chorote. Y la caricia de la felpa atigrada instala relámpagos de furia en torsos y gargantas. Del fondo de las hendiduras brota un vapor acre sulfuroso que también se une al contingente de fantasmas y celadores, adquiriendo ahora la forma de un huanaco gigantesco, al rato de un lobizón, para disiparse finalmente en una bandada de caranchos.

En sus campamentos de Leuvucó, Antibil recibe el mensaje de la Kamaruka. No entiende mucho, solo que es necesario partir con sus hombres hacia el norte. Así, algunos tatuados y en atuendo de guerra, la mayoría precariamente cubiertos por un cuero y con ramas en la mano se van armando las columnas. La consigna es el norte, el norte, para impedir el desembarco de los gringos. Ahora cabe solo reunir sobre la playa las bandadas de agrípenos y bibijahuas, los rebaños de behoríes, los cardúmenes de bocadulces. Avanzar hacia el lugar de posible desembarco con las legiones de cahuayos y de caránganos. Las colonias de congas y corasíes. Los escuadrones de acarairas y chapolas venenosas. Y llamar a los arribeños de Cempoala y a los abajeños del Arauco, a los cusqueños del Urubamba y a los rotitos de Chukikamata y el Mapocho.

Bajan de la sierra, surgen del vientre de grutas y cuevas, se descuelgan de las copas de quebrachos y chiminangos, brotan de entre las junqueras y los totorales. La tierra respira un vaho denso de caramahueyes y aceitunillos. Chahualones y araucarias aguantan con sus troncos poderosos la cúpula negra de los Tlálocs. Y sobre esos mismos troncos se entrelazan los tallos de los acahuales y las hojas espinosas de los

chapicos. El regimiento de hésperes y baboyanas alista sus espinas y sus abrojos y sus ortigas y sus chuzas y la amenaza bronca de sus filos.

Siguen los pies calzados y los pies descalzos detrás de unas huellas que solo los ojos noctívagos del exú perciben en la cerrazón de la llovizna de luna nueva. El agua lava los cuerpos como lava las carnadas apenas un rato de cebados los espineles. El agua arrastra sangre y aliento fuera de estos cuerpos lacerados por los mosquitos, los piojos y los abujos. El kultrum asume la tonalidad del trueno. Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta… Tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam-tam… ¡Ogún eh!… ¡Fala Ogún no eh!… Oh ya ya… Oh ye ye… Fala Ogún no eh a oh… Laro ye… Oh ye ye… Oh ye ye… as guerras e as batalhas cun Ogún vençeu… Ara ye ye… Ara ye yo…! La selva entreabre sus sendas, descorre sus velos, tensa sus arbotantes, trenza y destrenza sus lianas y sus trepadoras para dar paso a las huestes de Tranca Rua, las falanges de san la Muerte, los escuadrones del exú Marabú y los piquetes del barón Samedy. Oleadas de peperina y cilantro se entremezclan con el olor del laurel y la acona, y el estoraque hiende con su empuje nubecillas de acónito y unas perezosas hebras de fenogreco y mejorana.

Mamäe Oyun chegou
a yira dos orixás
Mamäe Oyum emforçou
os povos do pai Oxalá.

Tam-tam-tam-tam… Ta-ta-ta-ta-ta-ta… Tam-tam-tam-tam… Ta-ta-ta-ta-ta-ta…

A yira, yira, yira,
não perder minhos brios.
A yira, yira, yira,
a yira dos orixás…

La gigantesca lampalagua de cabezas kollas, gargantas yucatecas, omóplatos huajiros, esternones chirihuanos, cinturas olmecas, brazos tehuelches, pelvis xavantes, muslos cherokis, manos tobas, piernas caribes y pies alakalufes se contrae, se alza, se distiende, avanza, se contonea, inspira, retiene, espira, se contrae, se

alza… Por instantes, cada músculo se retuerce y se estira hasta una tensión que apretuja los murmullos y los olores. Dedos que se agarrotan como garfios de abordaje. Quijadas capaces de partir de un solo mordisco una rama de chicharrón. Ojos que a fuerza de fundar la intención en el centro mismo de la galaxia, brillan con el calor del charape, con el frío de la nieve, con la dulzura del kuzubé. Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Pra minha mae Oyum saravá… Ah ye ye… Mamäe Oyum, eo solo sei… Ah ye ye… Ah ye yo… solo eo sei sem minha mae… Oh ye ye… Oh ye yo… Laro ye…

Algún charuto va pasando de mano en mano. Brasitas que parpadean y se agitan y jadean bajo el aire húmedo de la noche de octubre. Que se juntan con otras brasitas de cigarro de estramonio y de zarzaparrilla, caburitos de chala con granos de anís, cayumbos rellenos de estragón. El exú das Ánimas también pita su charuto y de tanto en tanto empina un buen trago de colonche del cuero que Yuquita lleva en bandolera.

Veinte… ochenta… dos mil… nadie los podría contar. Ni hay modo de saber dónde está la cola de este animal sudoroso y violento que avanza y respira, respira y avanza, tomado cada uno de la mano del que va adelante, tendiendo la otra mano o un trozo de formio trenzado o una rama de algarrobo al que va detrás. Aspira uno el humo agrio y caliente del charuto y cien gargantas saborean el picor del tabaco. Una caramañola escurre su hilillo de pulke en el gaznate de un abajeño y mil lenguas se encienden golosamente depositando el fuego en lo más hondo de los gargueros. Un aymará vuelve y revuelve dentro de su boca el acullico y son cientos, miles de bocas que parsimoniosamente cokean y cokean al tranco de la columna que ninguno sabe en dónde empieza ni dónde termina. Solo el ojo de Dios podría abarcar las infinitas facetas del animal que a ritmo de desperezo se desliza, se arrastra, galopa, metro a metro, milla a milla, en una única dirección, compulsivamente bajo unánime mandato. Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Tam-tam-tam-tam… Saravá todos os povos e todos os orixás… Saravá todos os pais… Saravá todas as maes… Se abren al paso de la columna de sombras las salamancas y los cerros bravos. Murciélagos y lechuzones la siguen a vuelo lento sumando chillidos y graznidos al bajo retumbante.

Al momento siguiente —respondiendo con docilidad a la cadencia del bongó y los kultrumes— los tendones se aflojan, los tensores fascia lata se distienden, un asomo de risa sacude la columna vertebral de la gran boa. Una melopea confitada de síncopas y estridente de semicorcheas pasadas por cochurra se desprende por los poros de cada anillo, por las ventanas de cada piel. Añanga marca con su poderosa cola los compases con que el monstruo unumpluribus respira, vigila, ulula y avanza. Al abrigo de la luna nueva el boitatá marca con sus pezuñas hendidas la yira de los exús. La mula-de-padre que hará perder el sueño y la cordura a los gringos…

Los tres bohíos de alas blancas navegan dentro del caldero entre oleadas de espuma de acedera. El acónito conforma nubes plomizas y el cubanikó inventa volutas de mistral que preñan las alas de los bajeles gringos. La Kamaruka, acuclillada entre la Lechihuana y Dionisia de Iemanjá, ausculta la superficie del brebaje por donde se mueven los invasores. A pesar de la enorme distancia a que se encuentran puede verles hasta las caras y detalles de sus ropas. Tomadas de las manos se hamacan hacia atrás y hacia adelante y luego de un costado hacia el otro, ondulando y murmurando ensalmos y enviando trabajos. En cuanto se hace la luna logran que algunos gringos enfermen de fiebres y diarreas. Otros se embriagan y pugnan por volver las quillas al puerto de partida. Pero todo es inútil: siguen acercándose. Cada puesta de sol los dibuja más y más cerca. Solo por la fuerza lograrán impedir el desembarco.

A bordo de esos bohíos vienen máquinas de fuego y propósitos de muerte. Traen mensajes prepotentes de reyes cacarañados y príncipes hemofílicos y canijos. Y —por sobre todo— traen hambre de oro y codicia de servidumbres y vergonzantes ministerios. Muerte y dolor en sus alforjas y en sus empuñaduras. Se cumplen las profecías y ahora es ya imposible forzarlos a regresar. Ni aún lanzando sobre ellos la rencilla y la peste. Los cogolleros se reproducen en la oscuridad húmeda de las sentinas y la chichilasa horada cuadernas y pañoles, triturando, devorando, desgastando. Pero no retrocederán. Una luz de locura enciende sus rostros apergaminados por el cansancio y la incertidumbre. Una locura que los hace verse coronados de pámpanos y diademas entre cascadas de agua cantarina y hembras en pelota. Muertos de hambre y de ambición y de agobio, a pesar de todo llegarán para

clavar sus pendones y sus rollos en cualquiera de las islas, antes de atreverse con la tierra firme.

La lampalagua crece en grosor y en longitud. Días y noches de lluvia han remezclado las tierras negras y las tierras rojas en un amasijo de gramilla, chahuarzos y mio-mio. Chekenes y ñandubayes avanzan a la par de la columna alzando y enterrando en el barro ecuatorial sus raigones y sus pértigas. La mayoría van desnudos, los torsos al aire y a la lluvia. Pero no indefensos. Adentro vibra la palabra. Y afuera una urdimbre de ágave y chichicaste se tiende de tronco a tronco, lazando, doblando, tejiendo, bordando, remallando tallo por tallo, mano con mano, brote con brote, corazón con corazón, raicilla con raicilla, quijada con quijada, rama con rama. Los pies se hunden en el lodo. Las piernas pugnan por zafar de la huella pegajosa. Rodillas y muslos emergen del barro negro para volver a naufragar al siguiente paso.

Pero los anillos se contraen y se relajan y el dinosáurico animal austral prosigue su marcha —casi despiadada— rumbo al norte. ∎

Caleuche

La vieja Orgamira pita en silencio su chalita con granos de anís. Más allá de las paredes tiznadas del rancho, pasando la ribera del arroyo, atravesando el montecito de sauce álamo, saliendo a cielo abierto por sobre los matorrales de paja brava, su mirada aguzada en muchas lunas de ayuno a la lumbre de unos troncos de espinillo se pierde en un espacio infinitamente negro e infinitamente profundo.

Esos ojos son como todos los ojos, la propia mirada penetrante del cacique Siripo viniéndose como una chuza desde el fondo de la memoria, desde el jahuel del tiempo. Unas pupilas renegridas que por instantes brillan con el fulgor del yaguareté. Alguna madrugada fueron los ojazos zarcos de aquella huinca que cabalgaba en pelo leguas y leguas tras las lanzas de Cipriano Catriel. Que de repente viran al sombrío coraje de los ojillos aindiados del pequeño lenguaraz quien a instantes de zarpar el caleuche desde las orillas bravías del cohuel huapi contra los mercenarios del zorro Roca se había despeñado sobre los basaltos lanza en ristre. Son otras veces los ojos serenos de Caupolicán a caballo de una pica maturranga que no puede con su rencor ni con su ira. En noches de luna nueva, cuando el tazón de chicha y el cigarro empiezan a descorrer bajo sus párpados de pergamino el velo del apocamiento y el olvido, Orgamira llama en voz baja a su hualichu familiar, repitiendo una y otra vez los versos cortos del encantamiento.

Hace muchas lunas, el hualichu volaba a su encuentro al primer llamado, pero el deterioro acarreado por los años y las privaciones han debilitado la voluntad de la vieja, de suerte que cabeceará varias veces, intercalará entredormida otras plegarias o invocaciones, de repente se quedará realmente dormida, chorreándole por la barbilla un hilito de baba oscura para al tiempo —minutos, horas— retomar la invocación. Pero finalmente su hualichu se acerca bajo la forma de un pequeño biguá renegrido, un caracolero o un uturuncu. Orgamira se despabila invariablemente al sentir en su hombro el peso del ave, previamente advertida incluso por el aleteto del bicho antes de posarse. Acontece ahora un diálogo silencioso entre la vieja y el centinela.

Orgamira repasa sin urgencia detalles y circunstancias, como si su memoria desbordada procurara ubicar algunos sobrantes en la mollera del pájaro. A ratos deja espacios de silencio total para darle tiempo al bicho, que termina apuntando su comprensión con un aleteo breve sin bajarse del hombro y un graznido de regocijo. Que acaso tiene que ver también con la vaina de algarroba o la penca que recibirá como premio.

Los tópicos del coloquio suelen ser recurrentes. La llegada de los primeros huincas. Las primeras caballadas dispersándose crines al viento por la inmensidad de la planicie. Las primeras muertes. Las primeras lágrimas, hace ya tanto. Las primeras lecciones incluso antes de todo aquello, de boca de alguna de las viejas madres. La promesa del caleuche. Los pormenores acerca de los troncos a utilizar para el casco. La manera de cosechar y curar el henequen para poderlo tejer y trenzar en fuertes aparejos. El modo de hilar los vellones de lana de huanaku para armar los grandes ovillos que luego servirían para las urdimbres que habrán de acabar en poderosas y blancas velas.

Por cierto Orgamira ha olvidado casi el objeto de aquellos preparativos. Algo como una pregunta formulada al pasar al ave que la escucha atenta. Algo como un breve graznido a modo tal vez de respuesta. Poca cosa en fin. Al cabo, con un corto aleteo, el pájaro lanzándose al espacio. La vieja agacha la cabeza, murmura un par de plegarias y permanece quieta con los ojos cerrados, hamacándose casi imperceptiblemente hacia atrás y hacia adelante. Dentro de su cabeza empieza a abrirse el horizonte frente al planeo del hualichu. A su encuentro vuelan unos nubarrones plomizos empujados por el viento de la montaña.

Al dejar atrás el montón de nubes una llovizna fría la hace tiritar. Se arrebuja en su manta que fuera antes de su madre y antes aún de la madre de su madre. La llovizna se hace nieve menuda que cae sin ganas sobre el lomo y sobre las plumas del caracolero negro. El frío quieto exige al pájaro un esfuerzo duro para continuar el vuelo. Pero prosigue, más alto y más veloz. Orgamira tiene a su vista el faldeo abrupto de un cerro. El vuelo zigzaguea entre colihues y maitenes y matorrales de chical. Piedra, alguna lagartija, una que otra mara y más y más piedra.

La noche anterior, Orgamira ha soñado en medio del cielo negro, en dirección a melipal, con una cabeza de tigre ardiendo. Está escrito en la memoria de las viejas madres y en las piedras de chachahue donde mora el gran padre, que el rostro ardiente de vutanahuel será el aviso de que está pronto a zarpar el caleuche. A su bordo, los tokis y las machis y los conas de cada pueblo, con su ropaje ceremonial y sus avíos de guerra y sus insignias. Tiendas, utensilios y animales.

Ahora, desde los ojillos del caracolero que sube y sube hacia la cumbre, Orgamira siente que el sueño de la noche no ha sido menos verdadero que esas piedras que se deslizan bajo el vientre del pájaro, a una altura donde ya quedaron atrás los grandes árboles y los apretujados montes. Solo la mata negra y unos espinillos tapizan la ladera áspera donde ni el eco de un pensamiento conmueve la soledad. Cuando el ave empieza a acusar el efecto de la altura y el duro ejercicio, la vieja se reconcentra y en su cabeza la imagen del caracolero se convierte en un robusto alcatraz que arremete contra las primeras nubes cielo arriba. El plumaje blanco del enorme pájaro disimula su musculatura hecha para las grandes distancias y los fuertes vientos. Sus ojos comunican bien a Orgamira las etapas finales del ascenso y todos los detalles del vuelo. Las amplias alas baten sin esfuerzo el aire helado del atardecer. Cuando el instinto le indica por las encontradas corrientes de aire que ya se acerca a la cumbre, alinea las plumas del pecho, entrecierra las de la amplia cola y se lanza en un vuelo veloz y sesgado hacia su objetivo.

La vieja, siempre a ojos cerrados, acusa el profundo mareo de la altura. Con los párpados apretados, siente un hilo de sudor bajando por mejillas y cuello. Todo su cuerpo tiembla y un ronquido —casi un estertor— escapa por los labios entreabiertos. El alcatraz supera las últimas estribaciones y continúa cielo arriba. Por delante se abre la inmensidad del mar. Orgamira, dominado el temblequeo, avizora delante de ella el agua sin límites y sin horizonte. Se hunde embobada en un espacio desconocido, habituada tan solo a los pequeños espejos de agua y a los arroyos del deshielo. El azul del cielo se copia sobre la superficie líquida con tal exactitud que casi no distingue el uno de la otra. Ahora el gran pájaro planea en un vuelo horizontal a cuarenta o cincuenta brazas del agua.

Un perfume agrio lleva a Orgamira la presencia de esencias y aceites frutales que la envuelven induciendo en ella una especie de sopor. Amarrado en una abrigada rada natural a unas brazas de la costa, el caleuche se mece en calma. Los aparejos tensos y las velas ya a medias henchidas, en la borda rostros innumerables de guerreros silenciosos. ▮

Primer final

No menos de siete viajes hicimos —muchas lunas antes de que nos llegara la edad de ingresar en la Casa de los Hombres— al bermejal donde los bohíos gringos quedaron encajados, nomás la primera vez que intentaron desembarcar. Nadie entiende por qué tan lejos del mar que los había traído. Es que pocos saben lo que trabajó la vieja Mucuy para trastrocar rumbos y entendimientos, tanto que por motivos de derrota más de una vez estuvieron a punto de naufragar sin ayuda. Cuestión de lo malhumorado que cuentan era su jefe, hombre de escasas pulgas y cara de pocos amigos, fiado solo en los designios que le acercaba un ángel durante el sueño. Ángel o demonio, lo cierto es que su picardía corría pareja con su experiencia en manejar a la banda de ladrones y asesinos que habían embarcado por la promesa de una buena soldada y botines generosos donde toda tierra a descubrir o ventear. Estando además la libertad como premio adicional, nada despreciable para fascinerosos con más cuentas de justicia que pelos tenían en sus cabezas.

Pero lo de adentrarse en tierra firme hasta donde finalmente encallaron no fue cuestión de los malos humores del almirante, sino de la ciencia de la vieja Mucuy en el ejercicio de ofrendas y despachos. A cinco o seis jornadas de la playa quedaron en seco los barcos, maltrechos por el cruce de la mar grande, pero mucho más de soportar el ser arrastrados sobre médanos y cortaderas, jalados por cuadrillas de cincuenta hombres tirando cada uno de un buen cabo, que mejor no lo hubiera con que colgar al sereno sus pellejos pecadores y piojosos. Jalando a como diera lugar, estimulados por los trallazos y mangoneos de los contramaestres —y a precio de abandonar por el camino heridos, enfermos y desahuciados de fiebres— llegan por fin un mediodía de verano en que el agua de la caramañolas hierve a la sombra, hasta el bajío de donde no habrían de salir ya nunca.

Es una fiesta toda esta novedad, puesto que ninguno de nosotros ha conocido antes esta clase de embarcaciones. Mucuy sí que las ha visto en sueños, pero para nuestra tribu es un milagro y un entretenimiento, sobre todo los días en que las tareas

terminan temprano. Acerca del destino de los tripulantes corren diversas historias —de las que van engordando a medida que pasa el tiempo— porque todos tienen (o creen tener) algún detalle que agregar a la abultada hazaña del encallamiento. Si es o no verdad que los gringos querían hacerse coronar caciques, reyes o corregidores y hasta cardenales, tampoco podría asegurarlo. Personalmente no me consta.

Hace incontables lunas que Mucuy vive viajando de isla en isla. En todos lados es recibida con beneplácito, pues por ella obtienen hierbas, preparados medicinales, ungüentos para atraer la fertilidad de la futura esposa, tejidos ceremoniales que solo producen en tierra firme las gentes de Mayapán. Amuletos que aseguran suerte en las cacerías del beorí o del keh. Recetas de kuzubé o de tortas de kikitzin y docenas de objetos —algunos útiles y otros decorativos— trabajados con corteza de chayote y de Ek Imix Che, el árbol negro del poniente, collares de pinzas de cayarí y semillas de chi, cinturones de piel de acuate, ojotas de panza de kitam, cuya cerda es también la más buscada para la fabricación de arcos de guerra y de caza. Vasos rituales de los alfareros de Uxmal, cuyos kabales son únicos por la fina terminación que dan a toda la alfarería de la costa. La vieja compra aquí y vende allí, trocando por talegos de cacao o de kancha. Pero sobre todo llevando y trayendo noticias. Nada escapa a sus ojos escrutadores y a sus orejas adiestradas en andar de noche cerrada por entre las picadas de la selva, guiándose nomás por el aullido del utiú o por los murmullos de los camaos.

Lo demás es cuestión de memoria. Nadie imagina dónde guarda tanta información, tanta crónica, tantas canciones —porque también la requieren para celebrar los nacimientos y las muertes— y tantas plegarias adecuadas a los más diversos acontecimientos. Ella misma monta su macuy domesticado recorriendo sendas que parecen conducir todas a Otulún o ir hacia ninguna parte. Y tripula su pirahua de tronco de daguilla ahuecada con remos de boje, hábil para deslizarse por las aguas pesadas de la ciénaga, por los espejos de las lagunas interiores o sobre las olas encrespadas del gran mar.

Ella difundió que los Itzáes volverían a combatir a los de Mayapán. Sus advertencias permitieron mitigar los graves daños del huracán de 6 Ahau 3 Zip. Predijo con medio Tzolkin de anticipación el final de la tiranía de los cocomes y la fundación de

Tibulón por el último de los sobrevivientes. Previno a los de Canpech las sucesivas oleadas de peste, hambre y guerra.

Cuando empezaron a aparecer en sus sueños los bohíos de alas blancas que marchan por encima del mar, creyó que se trataba de los grandes holcanes regresando a vengar la muerte de los Ahau Cans. Pero enseguida prepara en su caldero de Yum Kimil, Señor de la Muerte, una pócima de zapote negro cocinado lentamente en sangre de agachonas, sobre leños de escajocote. Revolviendo con su coa de aceitunillo y espumando a medida que se espesa el caldo, Mucuy se entrega cadenciosamente a los bolontikús. Ellos le permiten ver. Al gran jefe y a los Ah Kines que viajan a bordo de los bohíos flotantes. La vieja cierra los ojos y pregunta. Ah Puch, Señor de la Muerte, le responde en silencio. Los barbados marinos hijos suyos son. Muerte acarrean y desgracias interminables. Para los de Canpech y para los de Chichén Itzá. Para los de Texcoco y para los de Tepotztlan. Para los de Chetumal y para los de Cozumel. Para los de Toluca y para los de Malinalco. Llegan del lado del Atkab Kin, Señor de la Primera Claridad. Mensajeros son de otros señores, de otros Ah Kines. Adelantados de otro Chaac, del poderoso Chao Xib Chaac, el Hombre Rojo del Este. Oráculos de otros Hunahpús, chilames de otro Sakal Puch, Señor de la Guerra y de la Muerte Violenta.

Mucuy los ve. Su espíritu, revestido con la tenue apariencia del cuerpo, vuela libre bajo el cielo nocturno. Revolotea en círculo sobre sus islas que duermen silenciosas. Por fin, se lanza hacia el gran mar, al encuentro de los navíos que llegan por el camino del sol. El alma de la hechicera se introduce en el cuerpo de un muan. Batiendo sin esfuerzo sus plumones negros, el pájaro de mal agüero vuela por debajo de las nubes y guiado certeramente por el ojo-que-ve-en-la-oscuridad, se dirige rectamente hacia el primero de los bohíos, posándose sobre una verga. Abandonando el cuerpo del muan, Mucuy se descuelga por el palo, bajo la apariencia de un hurón.

Al llegar a cubierta, los ojillos de la alimaña toman nota de todo. A través del hocico rosado y tibio le llegan olores desconocidos. Carne charqueada, tocino rancio, galleta enmohecida, sudores humanos, cuerdas húmedas, barricas de agua infectadas de somormujos y guarisapos, ropas sucias, en fin, todo un mundo hasta entonces

ignorado. El animalito recorre el barco sin apuro, olisqueando y fisgoneando todo de arriba a abajo.

En el castillo de popa, donde es más penetrante el olor de los humores humanos, ve y escucha a unos hombres embrutecidos por el cansancio, la incertidumbre, la rebeldía y el resentimiento. Juegan con unas piezas de hueso y discuten por ello y por unas fichas de metal blanco. Beben de un pichel de peltre un líquido de aroma penetrante, que reponen de un tonelillo escondido bajo un jergón. Ríen, cantan y blasfeman. Hablan de acogotar al almirante. Fanfarronean con lo que harán con la primera hembra que se les ponga a tiro. Comentan soezmente la calidad de las carnes de un fraile.

Bajo cubierta, Mucuy recorre los pañoles y la sentina, mareada por el tufo a suciedad y podredumbre. La humedad y la carcoma señorean, lejos de la luz y del lampazo. Escapando de allí a pesar de la incitación de ratones de variada pelambre, se dirige hacia el castillo de proa. El almirante, semivestido y sudoroso —libre de la presencia de sus hombres— recorre a zancadas la cabina, hablando y jurando a veces para sí, otras a media voz y de repente a gritos que alarman a los grumetes de guardia.

Mucuy, despojándose del cuerpo del hurón, se escurre hecha sombra por detrás de la luna del espejo que cubre la puerta del armario. Desde ese escondrijo domina con comodidad el recinto y su habitante. Desconoce la lengua que este habla con variado entusiasmo, pero puede leer sus pensamientos como si estuviera instalada dentro de su propia sesera. Y los pensamientos del almirante no son tranquilizadores: orgullo, ambición, egoísmo, inseguridad, atisbos de grandeza, nostalgia, crueldad, un lavado misticismo, mucha inquina hacia los señores que le encomendaron la campaña, miedo, soberbia…

Este hombre es un sediento de poder, y presintiendo casi al alcance de sus manos el logro de la empresa, juega a verse coronado de todos los modos y suertes imaginables: con pámpanos y racimos, con coronas de laurel, con diademas de muérdago, con collares de topacio y esmeraldas, con escapularios del Santo Padre, con tiaras condales, marquesales y ducales, hasta de repente con coronas virreinales, reales e imperiales. En fin, mitras y capelos, mantos, capas y estolas, bandas

ceremoniales, tahalíes, hebillas de oro, golillas de hopalanda, calzas de terciopelo, peluca empolvada, todo el repertorio de un pisaverde criado en las trastiendas de la corte o los devaneos de un loco, sancochado y encurtido en su propia demencia. Un enjundioso árbol heráldico echa ramas dentro de su cabeza, sin que escape a la intuición de Mucuy, encanijada en su observatorio. Si tuviera allí su cuerpo de carne y sus ungüentos y pomadas y cocimientos, podría sin más destruir a este loco que arrastra tras de sí la desgracia de muchos pueblos e incontables generaciones. Pero su poder está reducido a dejarle en el caletre algunas ideas y un vínculo para comunicarse con él al final del viaje.

Mucuy sabe que a bordo de estas embarcaciones hay fiebres y pestes, provocadas por trabajos de chamanes y machis de los mundos adonde se dirigen, pero tampoco el poder de ellos alcanza para más. No conseguirán destruir a estas gentes ni hacerles regresar a sus tierras. Solo podrán luchar contra ellos una vez desembarcados, más lejos de los poderes que los protegen y más cerca del rencor de los orixás y los bolontikús. Es necesario, sobre todo, apartar a estos hombres de sus barcos, dentro de los cuales se sienten poderosos y sobre los cuales pueden cubrir grandes distancias. Y Mucuy tiene ya ideada la manera de inutilizar al mismo tiempo barcos y hombres, usando nada más sus poderes para influir en sus mentes, debilitadas por la codicia y la lujuria.

El almirante se ha sentado sobre una poltrona, frente al espejo, y cubierto con una capa de pana roja con vistas de armiño, agregada a escondidas a su precario equipaje. Se coloca en la cabeza una diadema condal y empuña un cetro de imitación, pero que le alcanza para sentirse por unos instantes sublimes el soberano de las Yndias, patrón y soter de la tercera parte del mundo conocido, señor de vidas y haciendas a la par de cualquiera de los grandes de su mundo tan absurdamente lejano.

Mucuy lo abandona sumido en esta ensoñación en la que ha de mantenerlo, cada vez más preso de sus anhelos y sus delirios. Trepando por el mástil, retoma su lugar en el cuerpo del muan y emprende el vuelo de regreso. Apenas en tierra se reinstala en su propio cuerpo y pone en movimiento a Ah Maax Kal, el Mono Vocinglero, a los cayums de barro, a Chac Bolay Kan, la Serpiente Carnicera, a los chuls, a los homs, a Izim el Buho, a los Kayabs, a los tunkules y a Huc Stay, Señor de las Siete Fuerzas

Subterráneas. El Emplumado Señor de las Cuatro Regiones se aplica a difundir el mensaje.

Concluida esta tarea, Mucuy se ocupa de lleno en preparar el trabajo para derrotar a los gringos. Durante siete días y siete noches se dedica a juntar plumones de un casal de acatachitli, un par de ojos de ciguapa, hojas de acónito, sangre de cucubá y anaiboa preparada con raíces de ágave. Somete la mezcla a una larga cocción, un día completo con su noche, y al segundo día vuelca el cocimiento en un crisol de pipa donde ha fundido la estatuilla de oro de Ah Kan Hek el 4 Oscuridad. En contacto con el cocimiento, el oro adquiere un color rojizo como de sangre fulgurante. La vieja vierte todo en un molde de arena del cual —una vez enfriada la mistura— retira una corona digna de Ah Chichit Zoot, el que agita la Sonaja. Quien reciba esta ofrenda y la luzca sobre su cabeza presa será de la servidora del Ah Kan y pronto a mirar por sus ojos y oír por sus orejas.

Por tales motivos está Mucuy en la playa —en primera fila— la mañana de la llegada y desembarco de los gringos barbudos, al lado de Ahau Kan, el Señor Serpiente, el designado para recibir a los extranjeros en nombre de las naciones de la costa y colocar sobre su frente la tiara de oro en señal de acatamiento y homenaje. Es todo cuanto se requiere para que la voluntad del almirante quede atada a la de Mucuy.

Altivo por fuera y maravillado por dentro, rodeado por sus capitanes, contramaestres y escribientes, acepta el recibimiento con aire algo distante y espada en mano echa una rodilla a tierra para permitir la ceremonia. Piensa para sí que las buenas onzas de oro de su corona son una dulce carga. Es así como, en tanto se realizan las tareas propias del amarre, arrollamiento de paños, estiba de avíos y otras obvias ocupaciones, el almirante platica con nuestros Ah Kines y —aunque nuestras voces suenan extrañas a sus oídos— se percata claramente del sentido de todo cuanto escucha. Muy especialmente registra la descripción de unas ciudades de plata con palacios de oro que se alzan a escasas jornadas de camino de la otra costa, atravesando por tierra no más de siete a ocho leguas.

Oídas tan gratas nuevas, consejeros y capitanes recomiendan hacer la travesía a pie, dejando una mínima custodia en los barcos. Mas puestos al tanto de que las dichas

ciudades se hallan a algunos estadios de navegación de otras aún más ricas costas, aplauden la idea del almirante de alivianar las embarcaciones y jalar de ellas con adecuado aparejo, contando en llegar a la costa opuesta en ocho a diez jornadas sin forzar la marcha. Toda nuestra gente se pone al quehacer de recoger hojas y tallos para trenzar los cabos. Las hojas del ágave y el heneken son deshilachadas con los pao-chés, nuestras espátulas de madera dura y afilada. También con la fibra del chichicaste se tejen buenas cuerdas. Tan fuertes como las que provee la corteza de la daguilla.

Seco como es de genio, el almirante se ofusca en cuanto adivina en corrillos y cuchicheos una velada oposición al proyecto de acarrear por tierra las embarcaciones, amenazando sin tapujos con ahorcar a quien sorprenda predicando dejadez o desobediencia. Dos lunas trabajan en las cuerdas, con ayuda de toda nuestra gente que —advertida de la estrategia— colabora con alegría, ofreciéndoles además bebida y alimento. Imposible impedir que varios de estos brutos abusen de tres de nuestras mujeres, por lo que los ancianos disponen que todas sean retiradas tierra adentro, fuera del alcance de estos bárbaros.

Concluido el trenzado, tienen a su disposición tres robustas traíllas, compuesta cada una por unos cincuenta cabos del grosor de una brazo y unos ochenta codos de largo. El almirante, que no ve el momento de ponerse en marcha, ordena levantar los vivaques para el siguiente amanecer, disponiendo diana al primer rayo de sol. Cuenta con que a esa hora la marea ayudará a hacer fuerza a favor (a favor nuestro, puesto que los gringos ya están medio debilitados por la travesía y el castigo).

A primera hora están ya las cuadrillas de jaladores dispuestas a la voz de partida. El almirante, luego de pronunciar en su lengua una breve alocución en la que relumbran las promesas del oro, alza su brazo derecho. Los nuestros se adentran al agua en número de medio millar, empujando las quillas para alivianar el esfuerzo de los jaladores. A la orden del almirante, los tres navíos repechan la vera del agua y lentamente comienzan a ascender por la playa, palmo a palmo al principio, algo más ligero según se va aprovechando el impulso y la ayuda de casi otro millar de nuestros hombres y jóvenes. Superado el ancho de la playa, las carabelas se adentran en la

zona de los médanos, donde el suelo está fijado malamente por matas de abá, chahuarzo y curamahuey.

Tenemos planeado irnos retirando con disimulo, hasta que solamente queden jalando de las cuerdas los hombres del almirante. Este marcha a la cabeza de tan extrañísima expedición, alentando y amenazando todo al mismo tiempo. Al atardecer de la primera jornada, tendrán avanzado por tierra firme cosa de unos dos mil pies, de suerte que cuando por la mañana miran hacia el mar, alcanzan a divisar solamente una línea lejana semioculta por cayumbos y acanto. Durante esa primera etapa, aún los abastecemos de charkicán y colonche, para evitar que el cansancio los venza demasiado cerca del agua. Incluso en los siguientes días se les sigue dando alimento, en menor cantidad cada vez.

Finalmente, al cabo del sexto día, los barcos han avanzado en tierra hasta unos diez o doce mil pies. Cerca de treinta hombres han quedado por el camino, algunos con fiebres, otros agotados y varios destrozados por castigos ferozmente dispuestos por el almirante, enloquecido al darse cuenta de que se encuentran metidos en una trampa sin escapatoria. Al término de esta sexta jornada (que habrá de ser la última) levantan un precario real junto a los barcos. En el transcurso de los siguientes nueve días —sin moverse del lugar porque los hombres están exánimes— otra treintena de hombres muere por causa de una peste originada en la alimentación indiscriminada. En efecto, con la obsesión de que se repongan para continuar camino, el almirante manda recolectar toda suerte de frutos, suponiendo que todo lo que nuestras tierras producen sea digerible. Claro error que los induce a consumir —entre otros tósigos— bayas de aceitunillo, adelfa y semilla de cabima.

Del resto de los tripulantes poco sabemos. Algunos —los más calmos— se quedan a vivir entre nosotros. Unos pocos continúan al lado del almirante, insuficientes en número para representar algún peligro. Y la mayoría se dispersa por el país, fiados nada más en una buena estrella para hallar vianda y esquivar malos encuentros con animales y gente armada. El almirante mismo sigue a pie hasta la otra costa a la que había pretendido llegar con sus barcos. No hemos vuelto a saber de él.

Así quedan las tres carabelas encajadas en el bajío, pudriéndose lentamente por el efecto simultáneo de las lluvias, la carcoma y los comejenes. Suele relatar la abuela Ix Cuzam Chi que hace muchas noches se empezó a ver una sombra vestida con las ropas del almirante, acercarse a una de las carabelas en luna llena, trepar por las amuras hasta el castillo de proa y desaparecer en el interior de la bitácora.

Somos creyentes y algo supersticiosos. Muy pocos nos acercamos a ese lugar durante la noche. Pero ningún varón deja de visitar las embarcaciones algunas lunas antes de ingresar a la Casa de los Hombres. De entre las mujeres, Mucuy es la única que sigue llegando al lugar cada primavera, por ver solamente si cada cosa está en el mismo sitio, tal como ella lo viera aquella noche memorable a través de lo ojos del muan, al sesgo de los ojillos del hurón y finalmente con los suyos propios, escondida detrás del espejo en la cabina del almirante. Si algo extraño ha observado alguna vez, no ha deseado comentarlo. Pero murmuran las viejas madres que aún disfruta preparando en el caldero la pócima de zapote negro con sangre de agachonas, para seguir por sobre la superficie del caldo los soliloquios del almirante, las partidas de dados de los tripulantes y algunos soeces comentarios acerca de las blancas y suaves nalgas del fraile. ∎

Viñas de holgura

Buen apetito me despiertan los aires destas tierras. Cuenta me lleva el manducar y trasegar cuanto mis cuajares lo demandaren y mi gaznate lo consintiere, tanto como creo y confieso —a estar de aquella friulana con calenturas de trotaconventos que diz que fue mi bisabuela materna— que deste mundo llevarás panza llena y nada más. Aunque a juzgar por los decires, la tía aquella fuese de él no solo con la panza llena sino con las corvas bien sobadas y la coña más tundida que juanete de mesana con ventarrón de proa. Mas válame que de la putísima vieja téngome por honrado el haber heredado su amor a los placeres de la mesa y su respeto por los de la cama.

Cuca estaba anoche de cierto la hermana del lenguaraz destos naturales, o al menos parecíame por su modo de me contemplar y me insistir en el yantar y en el escanciar. Que nadie pensaría, al saborear estas volátiles que emplumadas lucen no menos orondas que un faisán y desplumadas y adecuadamente aderezadas mucho más enpingorotadas desde luego que una cachonda codorniz, que se hallara uno a las millas marinas que se halla de las tabernas de Sanlúcar o las deliciosas mesoneras de Cerdeña o de Palmas.

Verdad es que abunda la cocina destas gentes en legumbres y hortalizas que —a par de desconocidas para nos— bien apuntan a nos satisfacer con sus reminiscencias de coles de Málaga y alcachofas de la frontera y patata castellana. Ni qué hablar de sus frutos, tan abundosos en colorido y forma, como en sabores y aroma, al punto que ante los canastos y tiestos reventones de agrios y melones y albaricoques, pálida se vería la oferta de nuestra naranja valenciana o los pelones manchegos o la inigualada manzana granadina (aunque a las moriscas artimañas más que a la christiana artesanía cupiere lo valedero del reclamo).

Presto me he andado en abandonar las delicias avícolas, que en estas oropéndolas no se agota ¡qué va! el catálogo de las delicias que engalanan los asadores. Deje aquí un recuerdo generoso para una suerte de avutardas de plumaje cenizo y copete multicolor, que nomás pasar por el gaznate lo ponen a cantar y retozar cual si se

anduviera uno de trote por el jardín de las Hespérides, y esto solo por mérito de la perfumada terneza de su carne que —aunque algo morena— no escatima esfuerzos en sobornar a un tiempo ojos, olfato y paladar.

Virgen santa, quién atina a recomponer los desafueros de nuestra travesía, rodeados como nos vemos ahora de música para las tripas y de jolgorio para los sentidos. Pues no por cetrinas y achinadas son estas hembras de desdeñar. Y dígolo sin tomar cuenta de lo forzado de nuestro celibato de a bordo (no tal para toda la puñetera compaña, merced diz que a los favores y condescendencia del fraylecillo). Digo sí que de amarles son y apetecibles, habida cuenta de sus carnes consistentes, del aroma de flores y yerba que día y noche les envuelve y la dulzura con que se aplican a nos dar palique y permitir que les sobemos y tomemos con variada donosura, sin dejar de canturrear y murmurar estrofas en su lengua, que parece de molde para las endechas y capitulaciones que son de rigor. Regalo son en verdad para nuestra forzada soltería y no contenida lujuria, tanto que por hablar de ello volvía a dejar inconcluso el negocio de los alimentos.

Amplia es sin dudas la calaña de sus aves, pues se marea uno ante la variada cantidad de anadones, pollipavos, vencejos, autillos, agachonas, gansos y gallinetas que alzan vuelo alrededor de uno, nomás echar a caminar por entre la fronda, a tiro de honda de la vera del agua y de las cabañas del poblado. Baste señalar que no se crían ni guardan en corral, tal basta salir de recolecta sin otro artificio que un palo para atontarlas y un saco para encanutarlas. En cuestión de volátiles —lo mismo que en hacienda de carne roja— no se toma sino lo que se destina para el puchero del día. Lejos está del ánimo de ellos el almacenar o conservar, por lo que echo de ver que no les acosa el cambio de temporada ni los apremios que traen consigo el raleo y la escasez. Pocos son de entre ellos, nada más las mujeres y los críos, quienes se aplican a la procura de vianda. Salvo piezas grandes de carne salvaje, con las cuales es menester una fuerza y destreza de que tampoco son faltos. Testigo he sido ya de alguna cacería menor —mas no desdeñable— en que dos o tres de ellos, casi siempre jóvenes, rastrean alguna pieza de interés que por error hubiere dejado huellas por los alrededores del poblado. Sin bullicio mayor, toman del almacén común arcos, flechas y algunos venablos y macanas, y se hacen al camino a buen trote, detrás de quien haga las veces de rastreador. Trátase en estos casos, de seguro, de algún cerdo

silvestre, o un venado o alce de buen porte, pues de lo contrario tienen a menos el encarar a un animal entre varios cazadores. Venteado el bruto, le siguen sin apurar el andar, habida cuenta de que —al cabo de pocas horas— le llegará el momento de abrevar y descansar, que es entonces cuando le cercan y golpean sin manifestaciones de encono ni de sadismo. Al momento le descuerean y dividen en varios trozos según el número de ellos, cargando con la presa de vuelta hacia el poblado. Ahora —eso sí— cantando, riendo y comentando a gritos los episodios de la faena. Al llegar cerca de los suyos, seguro es que una comitiva —sobre todo de churumbeles— les salga al encuentro y acompañe el resto del trayecto, compartiendo risas y anécdotas.

Prestos se andan en despachar estos negocios, puesto que antes de que pongan los pies en el real, ya habrá quien se ocupara de arrimar buena leña y empezar un fuego adecuado. Conque es nomás llegar y clavar las presas en unos asadores de madera dura, al alcance de las llamas. Gustan comer estas carnes más bien jugosas y recién sacadas del fuego. Nunca dejan de acompañar estos festines con legumbres crudas y abundantes frutas.

En cuanto a bebidas, agua es lo que más les apetece, teniéndola como la tienen muy al alcance y de excelente sabor en un manantial o vertiente a menos de doscientos pasos de la cabaña del cacique. También les veo preparar una cocción de frutos que recolectan, mondan y exprimen en cantidades, dejándolos macerar al sereno por un par de semanas. Al cabo de este tiempo los hierven en cuencos de barro o en unos calabazos renegridos, agregando de tanto en tanto agua fría o una infusión de yerbas aromáticas. El sabor —pues héme sentido tentado de probarlo— simula con ventaja al de un buen aguardiente riojano, pero no abusan de él sino que parecieran reservarlo para acompañar carnes de pesada digestión.

Así y todo no he visto hasta el momento el menor asomo de adicción o ebriedad, fuerza es reconocerlo. La barrica de alcohol que el almirante mandó bajar y les regalar, arrumbada está en la tienda del principal. Vése que si por ellos fuera, mal negocio harían por estas latitudes los comerciantes que recorren nuestros campos y villorrios a lomo de mula, subastando toneles de bebida espirituosa y pellejos de aguardiente.

En fin, no está en mi ánimo conferenciar acerca de las costumbres culinarias de estas buenas gentes, antes bien dedicar este rato de ocio después de la comida de la tarde al recuento de unos hábitos y modos que cualquiera creyera de christianos, de no percatarse uno de la color oscura de sus pellejos y el evidente paganismo de sus conductas.

Échase de ver —he reparado en ello a partir de un comentario más bien ácido del frayle— la falta de imágenes sagradas y elementos de liturgia. Es poco creíble —qué digo creíble, casi impensable— que estas criaturas hubieren recibido el cobijo de la doctrina y la bendición de la fe. No son estas mis palabras, no, sino que repaso al pie de la letra el siseo que el fraylecillo dejó caer en las orejas del almirante, al día segundo de tocar tierra. Mirole el almirante con gesto despreocupado y respondiole algo que no llegué a captar, mas hizo que la cara del frayle se tornara un caldero de arreboles.

Creo —de todos modos— que está dentro de sus planes el catequizar y evangelizar a los naturales, pues para ello le tienen asignada Sus Altezas las mesadas y viáticos pertinentes. Y pluguiera al Cielo no tomar mi comentario a guisa de subversivo o herético discurso, mas me consta que no alcanzaran diez jornales de los nuestros para cubrir las exigencias de su faltriquera. Aunque a fuer de dar pábulo a los chascarrillos y guarangadas de los más redomados de entre la tripulación, tampoco alcanzaran diez buenas vergas para aplacar su concupiscencia. Aunque tornadizo le veo al muy cazurro, según bastó que echáramos el pie sobre esta playa para olvidar a sus grumetes y mozos de cuadra —que bien servido le mantuvieron durante la travesía— para aplicarse en dar palique a unos adolescentes fortachones y esbeltos, a quienes de seguro habrá echado el lente para iniciarles en los sacrificios y misterios de nuestra santa religión. Ardua se me figura tu carrera por estos mundos, padrecito, pues si desmesurado es tu apetito, no menos cuantioso y abultado es el rebaño a que aspiras aplicarte como pastor. Aún habida cuenta de que no te menoscaba compartir tus parábolas entre mozos y mozas, no vaya a ser el diablo que alguno de tus catecúmenos te curta el cuero con unos buenos lonjazos, si es que no se le va la mano y te ocurre algo peor aún.

Que como tú repites hasta el hartazgo, hay de todo en las viñas del Señor… ∎

Monólogo del Capitán

¡Dizquimiz que a poco caláranme el ánima las monsergas del hideputa frayle! Tende, tende, padrecito, bien valiéranle las de correr a la liebre si no fueran de mayor aliento las correderas del podenco. Caneco es el ruedo en que trotear ha de tocarte, amén pienses que largo te lo fía un servidor cuya es la justicia y el cáñamo, que no han de darte los pies sino para andar y desandar las riberas desta ysla ora de levante a poniente, ora en contrario sentido, mas al cabo y al fin irásete el aliento en procura de te escurrir de mi vista y presencia. Sabe, so tonto, que no hay en estas soledades otra magestad que la nuestra y poco inclinado me veo a la clemencia que —de egercerla— más me pondría en el remedo de cornudo y apaleado marido que en el de Capitán General destas Yndias, que es lo que a la luz de privadas capitulaciones con el Almirante a mí y a mis deudos hásenos de reconocer y otorgar.

Paréceme ahora a la evidencia desta huida de medianoche, que algo más que la sisa de los diezmos y el olisquear la coña destas hembras es que anotarle debiera en la cuenta a este pisaverde de pacotilla. Me da el cuerpo que en otros negocios de más enjundia se aplicaba, según tal fuera su diligencia en me ocultar sus cuidados y pensamientos, que no diga ya sus planes e intenciones. La negritud de las unas buena compaña sería de la oblicuidad de los otros, que en el negocio de calar la ralea destos chantres buena cuenta me tiene el andar de prisa si no quiero que se me adelanten en me marcar y desbrozar el camino hacia las soterráneas oscuridades. Putísimo vendaval le llevara en volandas para le aterrizar sin más miramientos en quier campo de chichicastes u ortigueras que le escozieran el culo. Si rincón alguno le dejaran sin escozer los avances y apretujones de los mozos de bodega que bien atendido le tuvieron a lo largo de la travesía. Por no contar lo mucho que creo le mimaron y empalagaron los servicios de los naturales más jóvenes y dotados.

Aunque necio fuera fiar destos tunos, que bien entiendo si ligero es en valorar y conseguir buenas vergas, asimismo mal se privó llegado el momento de amancebarse con quier destas aborígenes que sin remilgos se aviniera a le calentar las mantas y

otras inmediateces. Tal le vi aplicado en la consecución destos menesteres que no agachárame delante suyo ni por recoger un puñado de centenes, a riesgo de permitirle me empalar con la presteza con que a más de un natural ensarté en mi buena hoja toledana.

Empero no es esto en el fondo el meollo de mi preocupación acerca deste cazurro, que quien más quién menos todos rengueamos del mismo pie por estas latitudes, a santo de la obligada privanza que la lejanía de nuestras tierras nos impone. Sospecho iten más que anda el diablo de frayle impulsando no sé qué aires de rebeldía entre estos naturales, según viéronle alguno de mis alcahuetes de palique con caciquillos y capitanejos allegados al principal destas yslas. Cierto es que pudiera de sus papiros y crucifijos y demás bastimento de su ministerio tratarse la cuestión, mas menos preocupado veo al frailecillo de las espirituales encomiendas que de procurarse espacio apropiado y seguro para el solapado manejo de sus concupiscentes apetitos. Iten más que arrimarse le vieron a la robusta hembra que llaman Anacaona y tiénese aquí por hermana y conspicua consejera del principal. Y sabida cosa es que yunta suelen armar en comedimiento y en entendimiento estas femeniles magestades con quier suerte de cuervos o alcaudones a menos que les den pie para demostrar el consumado manejo de la lengua, así fuera incluso para el palique. Pues no de balde dejó uno de los Pinzones entrever en una noche de centellas y aguardiente que no fue otro el camino que llevó a nuestro almirante bajo los refajos de la tía de la Beltraneja. Previo ampararse bajo las bragas de su frayle confesor a quien a su vez llegó por haber hecho buenas migas y de seguro mejor cama con uno de los cómitres del tal prior de quier abadía que hacía las veces de aguantadero o cenáculo de una cohorte de siniestros compadres empeñados en arrimarse cada cual a su manera para abrevar de las reales arcas. Y donde se daba por entendido y acatado el principio de que siendo largo el camino hacia la gloria, forzoso era entonces avenirse a etapas y capítulos que con variada guisa de detalles pasaban siempre a través de las bragas de un mandamás o las enaguas y el coño de alguna ilustre madama.

Por lo cual entiendo que buena cuenta le lleva a este cazurro mantener con aplicación sus monsergas de palacio y sus pláticas de alcoba. Tanto sospecho de sus torcidas pretensiones cuanta mala espina me dan las zalemas y comedimientos destos esperpentos que a cada paso surgen como por ensalmo desde atrás de una palma

cuando no hasta podría creerse que de abajo mismo de la tierra, tal corresponde a sus diabólicos orígenes y soterráneas manipulaciones. No bastando para aventar mis recelos sus humildes reverencias ni sus atosigamientos en me ofrecer vianda y bebida fuérame o no menester. Que cuando la limosna es grande hasta el beato desconfía.

Mucho temo que haya el malhadado frayle puesto en autos al principal destas bestias acerca de la escabechina que hicimos en el otro confin desta ysla. Y no tanto por la cuestión de lo sucedido sino por el cómo y cuya fue la idea y los preparativos y otros detalles que por otra boca no pudieron trascender habida cuenta de que mis hombres bien claro tenían que les iba el gaznate en proceder con proligidad en pro de no dejar rastros ni testigos. El propio almirante a salvo está de sospecha puesto que se le dijo lo apenas necesario para que con su asentimiento quedara atado a quier eventual inquisición o requerimiento o intento de nos cuestionar o residenciar. Sin dar pie a que sus declaraciones pudieran inculpar a nadie en particular de cuestiones menudas a las que suelen dar ínfulas las idas y venidas de escribanos, corregidores, cabildantes y otra suerte de aves negras y chupatintas, expertos todos ellos en magnificar lo minúsculo cuanto en empequeñecer lo épico que debieran poner en relieve atentos a lo mucho que arriesgamos el pellejo por les agrandar la olla y les engrandecer los escudos y las prosapias. Que si de arriesgar el culo se tratare la cuestión, por seguro tengo que no lo arriesgaran por otra demanda superior al meneo de sus nalgas, al acaloramiento de sus coños y quier rigodón al voleo de bragas y calzones.

Buena la haríamos si de diera noticia de que a santo de les agasajar y agradecer su hospitalidad llevamos dentro del bahoruco de uno de aquellos régulos más de un centenar destas cobrizas creaturas contando sus hembras y cachorros. Atraerles con collares y abalorios fuera lo de menos para mis infantes, prestos siempre a les regalar dichas prendas a cambio de menudos pellizcos e inocentes toqueteos que mis bravos tigres toman a cuenta de mayores pagos en mejor ocasión. Entrados ya todos en el bahoruco nos convidaron aquellas gentes con abundancia de platos bien cocidos y mejor aderezados como la mayoría de mis encarajinados compadres no los olieran en sus vidas, habida cuenta que les era más familiar la tumba de las alcaidías y el cocido aguachento de las mazmorras. Y dale con les coronar con perlas de fantasía y herretes de vidrio y guirnaldas de canutillo y unos pendientes de estrás que arrancaban de aquellos ignorantes chillidos de admiración y berridos de gozo.

Según avanzaba la cuestión de aquellas avutardas y cuasi faisanes y unos pollipavos y unas carnes rojas de profundo sabor con guarniciones de patata, coles y otros vegetales de desconocida cuna mas de aromática sustancia, a una convenida señal mía fueron varios de mis hombres a por unas barricas de aguardiente allegadas para la ocasión que de propósito dejáramos almacenadas en nuestro vivaque a seis o siete tiros de arcabuz. Estos naturales son ajenos al comercio del licor, por lo cual hubo de persuadirse en primer lugar a su principal, quien vencida su reticencia saboreó largamente el cuenco que personalmente le ofrecí en son de no le despreciar porque no le tomáramos como grave e impropia ofensa a nuestra generosidad. A sus gestos de placer y de consentimiento, todos los presentes se abocaron a brindar y libar a la par nuestra, en un principio con cierta timidez y al cabo con tal presteza y diligencia que en un rato estaban la mayoría dellos cantando, bailando y durmiendo la mona.

Diversa fue la reacción de cada cual en esta ocasión, aunque recuerdo que los hombres más jóvenes dieron en nos abrazar y armar una suerte de fandango tomados de las manos y formando ruedas y otras figuras de graciosa coreografía. Los mayores, por su parte, armaron pipas y cigarros con una especie de hoja oscura que encendían y aspiraban con evidente fruición y que a nuestro pedido y curiosidad nos convidaron. Confieso que variada fue nuestra impresión, mas pareciome que la tal ceremonia bien venía como remate de una buena comilona y las azumbres de aguardiente que se habían trasegado.

Muchas de aquellas hembras, incitáralas el licor o la abundancia de comida o el meneo del baile, ya se habían dejado quitar lo poco que llevaban puesto y rodaban por el piso del bahoruco al empuje de los soldados, que poca invitación requerían llegado el caso. Las más viejas caían a tierra dormidas y arrancando en disonancia de ventosidades y ronquidos. Los niños —varones y hembras— quedaron como broche para los menos impacientes, que se tomaron su tiempo para les desvestir y someter y empalar como Dios manda, en medio de los gritos de dolor de los unos y satisfacción e irrefrenable goce de los otros. Los que aún conservaban cierta lucidez perdiéronla toda de golpe, según a medida que procuraban incorporarse para intervenir en defensa de los suyos iban pasando a mejor vida merced a los buenos oficios de nuestras dagas y espadas. De suerte que a poco fue todo aquello un revoltijo de

sangre y otros diversos humores mezclados con restos de comida y bebida y la devolución de cuanto las tragaderas se negaban a recibir.

Iten más, desfigurósenos todo al cabo y de tal suerte, que dudas cabían acerca de quién dormía el sueño temporal y quién el eterno. Por lo que no nos fue extraño contemplar cómo alguno de nuestros infantes, aleccionado en asegurar que no quedaran invitados vivos, acometiera una y otra vez a puñal o filo contra cuerpos que ya eran sobradamente cadáveres. O quien llegado el caso se aseguró del asunto por el expeditivo camino de alzarlos por las crines y degollarlos al tajo. Como fe puedo dar asimismo de que alguno de los nuestros, no suficientemente ahíto de venéreas satisfacciones, la emprendiera con cuerpos que no respondían ya y no por falta de consentimiento sino porque escapara antes dellos hasta el postrero hálito.

En fin, cuando los ánimos llamáronse a sosiego, dispuse que la mayor parte de nuestros hombres batiera los alrededores por si alguno destos brutos hubiera atinado a escapar en el revoltijo. Y unos cuantos de los restantes se aplicaron bajo mis órdenes a amontonar en medio del bahoruco los restos del asunto mezclados con ramas y cañas secas. Justo me pareció por cierto que lo que comenzara con agua y siguiera con sangre, acabara con fuego que al fin de cuentas todo lo consume y purifica.

A su debido tiempo levantamos el vivaque luego de borrar todo rastro de nuestra presencia en aquellos alrededores. Retornamos a buena marcha a nuestro real, donde los soldados se entregaron sin más cabildeos al sueño de los justos y yo me ocupé de dar a nuestro almirante informe preciso de cuanto pareciome convenía que estuviera al tanto. O sea lo necesario para enterarlo de todo lo que debía saber y dejarlo a salvo de lo que de seguro preferiría ignorar. Aunque háceme puesto entre ceja y ceja que el frayle sabe o al menos sospecha algo acerca deste negocio, según le vi malamente aplicado en esgrimir la pluma cual más le valiera esgrimir mi verga.

Pero tate, fraylecillo, que aunque no soy diestro en las artes de la lectura, a poco que te descubra en el intento de despachar correo por tu cuenta veré de ocuparme que vayas —y tu emisario contigo— a rellenar quier hueco en el fondo del más hondo e inabordable de los muchos barrancos desta maldita ysla. Buenas serán tus blancas y

tersas nalgas para alimento de los cernícalos, como no lo fueran menos para la concupiscencia de mis grumetes y mozos de bodega.

Ahí viene hacia mí el muy cazurro, de seguro que para ofrecerme la lectura de algún oficio de vísperas. Tén piedad de nosotros, señor… ∎

Yago a tus pies

Yago a tus pies y vuélcase mi afiebrada alma con la incontinencia que de las barricas gaditanas rebalsan los aceites del abadejo charqueado al sol o el salitre de las saracas encurtidas en caldillo de estoraque. Aunque valiérame la inocencia de los tales aceites y el frescor de los tales peces, cuanto que dudo tu justicia aviniérase a canjearles por los calderos de Belzebú y sus fervientes grasitudes a cuyos hedores tienes de seguro destinada mi pecaminosa pelleja. Que otros inciensos no me consta haber ameritado, no digo ya a lo largo destos años de mocedad inicua embarcado tras de los desvaríos deste almirante de orates, antes bien ya desde mi niñez signada en desdeñar primero y aceptar luego a regañadientes las deferencias y aprecio de Su Eminencia.

Válame Tu misericordia si no para tornar en inocente lo culposo, a lo menos en esclarecer y emprolijar las razones —que no digera las sinrazones— deste andar y desandar de la contemplación al desafuero y de la tentación al arrepentimiento. Atrévome a recordarte que buena parte de nuestros Santos Padres claro testimonio dejaron acerca de lo insensato de la piedad en cuanto camino de salvación, siendo como lo es innato a nuestra naturaleza el estado de desgracia y nuestra insanable recurrencia en la perversidad del pecado. Mas mírame, oh Señor, no por mis muchas debilidades en el consentir que a mi travez se conjugaran filibusteras pasiones y concupiscentes apetitos, sino por la piedad que entorpece mis entendederas en el escuchar la aflixión destos naturales y permitir cobardemente el abuso y la exacción desta cáfila de trujanes y fascinerosos puestos a capitanes y contramaestres y adelantados. Sin olvidar la irredenta grey de mayordomos y arcabuceros y maestres de bodega y escribidores y tunantes y marineros y trotaconventos. Fuérame concedido olvidar lo mucho que callé y lo poco que me comedí en aplicar las enseñanzas y reglas de Tu evangelio en los pormenores desta aventura, cuya es la culpa de nuestro grande pecado y entecos merecimientos.

Heme pues reo por comisión y por omisión, no solo de lo que el cuerpo so capa de no sé qué fiebres o aturdimientos de continuo e insensatamente demanda, sino asimismo de lo mucho que en el magín se zangolotea y regocija a compás de solicitaciones y embelecos dignos más digo de quier lasciva bestia que de humano de vientre de mujer parido.

Es que allegándose, se confunden y entremezclan lo real y lo imaginario en tal medida que creyera uno hallar sosiego en cerrando los ojos y encaminarse hacia las negritudes de quier ensoñación, cuando echa de ver que de abrirlos para escapar de las nocturnales fantasmagorías se trata el negocio. Y es en este adormecer y despertar que mis nervios ya poco dan de sí y mis tripas y otras vísceras aunadamente se dilatan y entrecierran de tal modo que pásome de las vaciedades de la bulimia a los retorcijones del hartazgo sin saber de cierto si la carnosa consistencia de gorrinos y perdices y el atormentador aroma de los borgoñas y los chiantis lo son de veras o mi desvarío los corporiza.

No cerrara yo mis ojos —no— a las esbelteces desta morena belleza hija de un caciquillo del bahoruco, tomada en prenda de lealtad de los suyos por el menguado aceitunero que, no habiendo sido en sus fueros de cudiat Assabica más encumbrado que el último de los ziríes de la cuesta de la Calderería, vino a cabo de engastar su mollera en un casco toledano arrancado nomás del bastimento de un teniente de arcabuceros de la guardia de puerto de Palos a quien sorprendiera entre dormido y medio borracho a la puerta de uno de los lupanares de más dudosa historia. A lo que añadió a punto un peto pendiente de la tienda de un sefaradí en la callejuela que da a los fondos de la eremita de San Avelino. Lo que adjunto a una tizona de noble acero que quier arrepentido marino o infante dexara a los pies de la imagen de Nuestra Señora del Buen Ayre, amén de las leguas navegadas en pos de nos bajo constelaciones que el tuno no pensara ni en lo más vasto de sus merodeos, diéronle pie para prestarse a capitanear uno de los escuadrones en que el Almirante dividiera sus fuerzas nomás salir a la descubierta a septentrión del Fuerte de la Natividad.

Pluguiera al cielo perdonar mis impíos devaneos, mas poner nomás la cabeza en las biografías destos siniestros tunantes escuézeme de tal modo los ánimos, que evitar no puedo el repaso de sus muchas fechorías, a santo de sabe Dios qué designios y so

pretexto de quier derechos o canongías que ciertamente no describe ningún pliego ni se explica en capitulación alguna. Diría yo más bien que alguno de los Pinzones les prometiera carta blanca al sacarles de la negritud de las mazmorras del Huadal Kebir a las luces de una libertad que estos impenitentes asesinos y sodomitas no soñaran ni mucho menos merecieran, por cuanto pasárales por el caletre quier tortuosa o encarajinada tentación menos la del arrepentimiento. Presto echo de ver el astuto manejo de maese Yáñez en este tenebroso negocio, puesto que si Sus Graciosas Magestades poco pábulo dieron a los antecedentes de sus capitanes, seguro es que menos aun pondrían reparos en los de sus legionarios cuyo fue el mérito de les sostener y les obedecer y de les servir en la travesía y en todo lo que nos sobrevino.

A fuerza de aguardiente —ya que no de agua bendita— fue de cierto el cierre del trato que reportaría a los Pinzones una nutrida ya que no diestra ni meritoria recua de proscriptos e indeseables mercenarios, a quienes no habiendo doblegado el largo y nunca blando brazo de alcaldes y maestres de campo y regidores y co-regidores, menos doblegaría de seguro ni el escrúpulo ni la sospecha ya que no conciencia de su canallesca ralea. Fueles pues abierta la puerta de las jaulas cuanto les fue cerrada la enumeración de las limitaciones y prohibiciones que en el desempeño de sus tareas les esperaran. Antes tengo por cierto que se explayaran los sesudos contratistas en elocuente discurso de riquezas y hembras a por descubrir y conquistar y poseer y disfrutar. Que sabido es que lo poco por ganar es mucho para quienes nada tengan que perder, y poco era el resto destos quías, aguardando unos la fecha de cumplimiento de sus ahorcamientos, otros la del garrote y los menos a disposición de lo que el hambre, la tuberculosis y los piojos dispusieran.

Consciente soy —no lo dudes, Señor— de lo vagoroso de mis monólogos y lo intrincado de mis devaneos, pero tenme paciencia, pues sucede que un pensamiento tira del otro, y es tanta la diversidad de lo acontecido y tan abultada la cuenta de lo soñado e imaginado, que largo ha de ser a la fuerza el discurso de quien no pasa de ser un pobre e ignorante siervo Tuyo que poco se destacara en la paz de los claustros, menos aún —qué quieres— en el marasmo destas tierras a las que el dulzor de la leyenda agrega el picor de lo que la vista recoge y los sentidos acaparan. Pésame —de corazón te lo confieso— lo débil que he sido una y otra vez en atender a las solicitudes del estómago. Fuérame dado el cielo si de aquí no pasara la enunciación

de mis yerros. Pues no dudo que a la sombra de tu misericordia, tanto diera haberme excedido en una codorniz como en un faisán. Grande es tu piedad para que pares mientes en las diferencias que atribuirse puedan a una agua de las vertientes del Fagg Allauz puesta cuenco a cuenco con un borgoña de Rodas o un clarete de Alejandría. Y hasta paréceme que diera tu benevolencia para omitir los pormenores que hacen a cualesquiera destas hembras indianas diferentes en sus esencias a los mozalbetes que so capa de lo soledoso de mis noches y lo tenebroso de la travesía aviniéronse a mis instancias a consolar las urgencias de un celibato que si me fue duramente demandado fueme igualmente por los propios impúberes reprochado; en fin, bien conoces lo débil que es la carne en permanecerse virtuosa cuando en derredor mandato es la promiscuidad y obligada casi la capitulación.

Sabes —iten más— que a fuer de equilibrar las cosas, no siempre cupo a mi suerte la de dar al cuerpo la natural salida a su apetito, perdóname, pero no olvides que no hubo a bordo hembra alguna y la última ocasión fuera la harto breve recalada en las Afortunadas. Muchas noches fueme la fortuna adversa y blanco fui —con sollozos lo recuerdo— de la malhadada sevicia de aquella irredenta turba de fornicadores y cabrones. Mil veces hubiérame entregado —perdóname— a las atenciones de Su Eminencia, que es justo reconocer la discreción de sus insinuaciones y la finura de sus modales aun en el ejercicio de los más inconfesables menesteres.

Seguro a mi insensato orgullo debo el haber experimentado la cruel distancia entre las caricias de Su Eminencia y los trompicones y magulladuras con que estos brutos abusaron de mí en más de una ocasión. Pero no era este el camino de mis cavilaciones, sino la intención de detener tu mirada en la circunstancia de ser el comercio destas hembras asaz dulce y estimulante, no solo por lo que saben dar de sí, sino porque no puede uno dejar de comparar. Que siendo en todo caso falta imperdonable a tus ojos, malo es siempre pecar —lo creo y confieso— mas triste doblemente me parece el pecar y cargar encima con el peso de los trompicones y las pateaduras y las humillaciones y los sudores y los piojos. Estas, al menos, me consuelan con el dulzor de sus caricias y el encanto de sus perfumes y lociones y preparados que en toda ocasión nos hacen recordar el aire y los pájaros y las flores.

Ya ves que no paso de ser un pobre monge ignorante y cazurro, torpe en distinguir la esencia de la virtud de la preminencia del delito. Es más, paréceme hallar en estas criaturas un dejo de parentesco con las de moruna estirpe que merodean en Toledo cabe la sombra de Santa María del Tránsito, en inmediaciones de la judería. El ébano de sus cabelleras, la húmeda profundidad de su mirar —válame Tu infinita misericordia— la perfecta curva de sus cinturas, la turgencia de sus pechos ¡oh Señor, líbrame te lo suplico, del tormento desta comezón que nomás comenzar y es como si docenas de aguijones de envenenada alchimia se hincaran en mis carnes transidas de maledicencia y horror! Azótame, Señor, qué digo azótame, deshuella mis espaldas a látigo desnudo y ensalitrado, despelleja mis partes con la caricia del aceite ferviente, macera mis vísceras con la mordedura de la lejía atroz, pero no me dejes caer de las manos de Tu compasión, que huérfano y perdido soy sin el consuelo de Tu asistencia. Y deja que aplique condigno castigo a esta vil criatura que so capa de dulces promesas de sus carnes perfumadas me atrae irresistiblemente a las honduras de mi perdición.

Contempla cómo en Tu nombre y por amor a Ti y a la eterna salvación de mi indigna alma dejo caer una y otra vez el cilicio sobre sus corvas. Mira cómo el cuero abre surcos cárdenos sobre su piel oscura, cómo brilla en ella el sudor, cómo gota a gota se apura su sangre en asomar y escurrir, sin que de sus labios escape un ay de dolor o de arrepentimiento, tan pertinaces son en el maleficio de la concupiscencia, oh Señor. Más empléome yo en lacerar sus formas y más empléase ella en me afrentar y encarajinar con la burla de su silencio. Bien se echa de ver en esto el soterráneo origen de sus embelecos. Malas brujas estas, que no salvaran el pellejo de andar por estas playas nuestros diligentes mastines peruleros.

Cuarenta o cincuenta vergajazos lleva encima la maldita y ni pío. Me exaspera con esa mirada perruna y ese modo de llorar sin lágrimas, que en eso tienen estas gentes un orgullo impropio de su condición, en el que déjase ver el influyente azufre de su cavernaria ascendencia, puesto que fuerza es concluir que progenie de Belzebú han de ser, a fuer de sus humanos modales y apariencias. Mira, mira de qué indignas artes se vale para perderme con esa mirada entre sufriente y promesante que me incita y llama a me olvidar de todo cuanto te llevo confesado. Contempla, Señor —

enorme es mi vergüenza— de qué impía manera pone al rojo mi naturaleza, provocando en mí lo más bestial e infame de mi esencia pecadora.

Ah, Señor, me revuelco y arrastro a tus pies, te suplico, te imploro… tén piedad de mi debilidad y mi estupidez… pero sobre todo pospón Tu ira y permite que mi iniquidad llegue hasta el fondo mismo de la procacidad y la desvergüenza… la amo… la amo… ¡Tén piedad, Señor!… ¡Ah mísero de mí… tén piedad de nosotros…! ∎

Miserere II

Señor nuestro Jesucristo, hijo del Padre, que a su diestra vives y reynas, por las promesas que hiciste a Tus apóstoles, tén piedad de nosotros… Tan lejos de las penumbras fragorosas de la eremita, otros arbotantes apuntalan la contrición, otros capiteles recogen la plegaria. No son murmullos de rezadoras ni de comadres de sacristía. Ni bisbiseos reptando entre los pliegues y repliegues de la conciencia coriácea del adelantado. No tampoco la salmodia pacata del frailecillo, amarrado a los arneses y correajes de las vestiduras y a las púrpuras e inciensos de las investiduras. Es un bajo retumbante trepando desde los vórtices calcáreos, desde el cimiento mismo de esos morros fundados sobre la dinosáurica dureza del basalto secundario. Tén piedad de nuestras miserias, atendiendo menos a la poquedad de nuestra virtud que a la vastedad de Tu paciencia…

Acordes amalgamándose en lo hondo de esas catacumbas de granito engastado en amatistas y berilos, ahíto y goloso de las sabrosuras de la sangre. Buena sangre esta de don Juan de Osorio hidalgo de promesas cumplir y de verdades cantar. Nomás servir a su dios y a su rey. Nomás curar de su querencia y de su honra. Por el precioso testimonio de esa sangre, tén piedad, Señor…

Juan de no dar espaldas a enemigo, ni escatimar el peto a daga sarracena ni a alfanje berberisco. Puñal aleve te ha entrado por las corvas, suelto tu andar por esa playa, liado tu corazón a un perfume moreno de tu Alhama. Arena blanca a orillas del Janeyro se ha bebido tu sangre, Juan para nunca ya de espaldas al cielo. Al lado de la mar. Sangre, tu sangre, Juan, regando arenas abajo, cales y contrapisos y contrafuertes duros. De una dureza casi sacramental. Por la resurrexión de Tu preciosa sangre, tén piedad.

De nosotros… y de quien le mandó matar… ∎

Bajo la noche indiana

- Primer Premio XIX Certamen Internacional de Cuento "Villa de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo" 2003 / Universidad de Mazarrón, Murcia, España.

Noche, lóbrega noche, eterno asilo
del miserable que esquivando el sueño
profundas penas en silencio gime.
J.N.Gallego: ***El Dos de Mayo***

Está ahí. Colgado. Casi vivo. Casi jamón o pastel o matambre o budín. Casi a mi alcance. Presentimiento antes que visión, visión antes que idea. Gira de izquierda a derecha, retorciendo la cuerda de donde cuelga y de inmediato, en sentido inverso de derecha a izquierda, acompañando el giro y el contragiro con un movimiento pendular y simultáneo, según cambiantes meridianos. Sigo con atención las cicloides y catenarias que va trazando en el aire, con tanta eficacia como si plumines y punzones construyeran sobre infinitos planos cortes, alzadas, vistas y rebatimientos de un paraboloide continuamente mudable, permanentemente idéntico a sí mismo. O a nada.

Descubro que mientras gira hacia la derecha, el tiempo avanza, y retrocede mientras gira hacia la izquierda. Nada demasiado llamativo ni notable, al contrario. Acaso una pulsación, un latido, un cambio en el brillo, una distinta calidad en el modo de reflejar la luz, suficiente empero para insinuar impresiones de más duro, menos duro, suavidad o textura superficial. Incluso me parece (qué tontería) más vivo o menos vivo. Es y no es y en ese ser y no ser encandila con una acumulación de imágenes que me confunden, porque termino por no distinguir si es mi mente la que proyecta sobre ese sencillo volumen oscilante formas que provienen de mi experiencia anterior y subjetiva o si —por lo contrario— algo que era hace un instante una calabaza y después una redoma y enseguida una holoturia, de inmediato un jamón y una seta gigante y una clava de gimnasia y un florero y un alfil sobredimensionado, se plasma sobre mi imaginación vacía y receptiva como se asienta una imagen cinematográfica contra una pantalla blanca. No acierto a decidir por lo uno o por lo otro.

Sí, en cambio, tomo nota de que todas estas epifanías aluden a otra realidad cuya esencia ignoro y desestimo, convergentes todas en una idea de cosa comestible, apetecible, accesible, permisible. No a través de un discurso directo, no. El jamón no es completamente jamón, no sé cómo explicarlo. Es una simulación casi perfecta, tanto que su propia perfección convoca una idea de sabor que en realidad no está en ella sino en mí. La calabaza, por tomar otro ejemplo, tampoco lo es totalmente sino a través de un calco estereoscópico que induce en mi imaginación suavidades de puré o dulzuras de jarabe. Y así la seta no es una perfecta e íntegra seta sino en la medida que mi mente le incorpora la carnosidad y el perfumado sabor de los más codiciables champiñones. Diría yo, para ver si me hago entender, un arquetipo que resume las esencias y las apariencias de todas las setas que fueron y son y serán en el mundo. En este o en cualquiera otro. La mutación morfológica es incesante. Extrañamente las figuras cambian, se transforman y son reemplazadas hasta extinguirse. Pero con las cenestesias inducidas por estas formas en mí no sucede lo mismo. Mi conciencia se impregna de perfumes y sabores y sensaciones táctiles. Lo visual excita lo olfativo. Y lo olfativo atrae a primer plano la sensibilidad de labios y de lengua y de papilas gustativas. Soy una erupción de saliva y de pepsinas y de peptonas y de jugos gástricos y de humores biliares y pancreáticos.

El juego de la luz se ha tornado en juego de la sombra. Pero lo que cambia es lo relativo, lo contingente. Se reducen los brillos. Se alargan las sombras. Se adelgazan algunos volúmenes. Ahora la luna y el remoto reflejo de unos fuegos atacan el balanceo según cadencias y métricas que se me escapan, no porque no las advierta, sino porque he quedado petrificado, solo boca, nariz y ojos, siguiendo las hipnóticas revoluciones y circunvoluciones, que pasan prestamente de la hipocicloide apretada a la más amplia y lenta traza de una cicloide, para rematar en la ecuaciióm morosa y casi hiperbólica de la epicicloide.

El cántico encapuchado de un centinela me sobresalta. Pierdo la amorosa relación entre el admirador y lo admirado, entre el adorador y lo adorado, entre el amante y lo amado, entre el deseante y lo deseado, entre el apetente y lo apetecido, entre el requirente y lo requerido. Recuperar el éxtasis me cuesta retorcer dedos, apretar mandíbulas, endurecer músculos, agarrotar miembros, clausurar ojos y oídos para

todo lo ajeno a ese ritmo espeso que el crepúsculo nocturno adensa, encareciendo su morbidez.

Sigue ahí. Colgado. Sujeto y objeto a un tiempo de una ceremonia cuyos contenidos últimos se me escapan. Pienso compases. Imagino itinerarios. Anticipo reflejos. Calculo diámetros y vértices. Estimo consistencias. Adivino coyunturas. Espero. Los fuegos han crecido hacia la ceniza. Las brasas hacia el rescoldo. El grito del centinela se repite más quedo, más distante. Un gemido escaso. Respiro apenas. El céfiro y los calculados pases han hecho crisis. Caigo en una cóncava negrura desprovisto de cuerpo, de vísceras, de memoria. Solo dientes y un afilado pedazo de acero toledano. Hijo de minerales extraídos a puño de las entrañas del Mul-hazem. Fundido y expurgado en las copelas gaditanas. Forjado a orillas del Tajo, en las cercanías del Tránsito. Duro afilado damasco engastado en un cabo sarraceno que para nada le corresponde. Hermandad de lo desigual. Ecuación de lo desparejo. Armonía de lo impar. Dos buenas cuartas bruñido filo y contrafilo. Servidor que ni titubea ni hace preguntas. Que puesto a ofender, ofende. Puesto a golpear, golpea. Y puesto a matar, mata. Sin aspavientos, sin alharacas. Taciturno, pienso. Sombrío (no hay prenda que no se parezca a su dueño). Buen pertrecho para un infante. No lo desdeñara un hidalgo.

Lo tomé del cinto de un sevillano cachondo que paró el pellejo en el último asalto a las murallas de la Alhama. Vive de entonces cabe mí. Conmigo duerme y anda y reniega y vela. Me curo yo de su limpieza y de la finura de sus filos. Se cura él de mi salud y bienestar. Que bien es estar el estar vivo. Tanto no dijera, de no haberme salvado mi noble daga en más de una refriega. Apuñado por dos truhanes en una taberna napolitana. Apaleado en Corcyra por un marido malhumorado. Alanceado como un cabrito en una playa de Berbería. Mas merced a mi puñal, a Nuestro Señor siempre dado y en Él salvo. Pensarlo y empuñarlo, para mí un todo es. Las falanges de mi diestra lo han buscado debajo del jubón, sobre la cintura. Lo han ceñido y lo han tornado en línea de mi brazo, apéndice de mi mano. Ah, tuno (pienso entre mí) presto te andas para amagar y entrar y hendir y lacerar y desangrar. Habraste de lucir esta noche en las artes cisorias, amigo. Buena cuenta te tiene hacerlo bien, si de ponerle punto a esta bulimia atroz se trata.

Está en calma el real. Duerme la tropa, si tropa pudiera llamarse este miserable rebaño de famélicos espantajos. Buena ventura le echaron a don Juan de Osorio los dados de la fortuna y los puñales de la traición. Morir por morir, más le valió quedar como quedó de cara al suelo en las playas del Janeyro. Ahorró al menos estos sudores de fundar y desenfundar. De prometer y de amenazar. De celibar por decencia y de amancebar por querencia. De encender y de apagar. De marchar y de desmarchar. De orar y de blasfemar. De acumular en el magín quiméricas atlántidas, áureos elíseos y argentinas cesáreas. Y encima de los pellejos piojos, tumores, fiebres, picaduras y pústulas.

La tiña y el escorbuto diligentes recaudadores son; más siniestros y eficaces no los quisiera el Gran Rey. Todo hásenos concedido con largueza: la sed y el hambre, la forzosa continencia y la diarrea, la peste y la insolación, el encono de los naturales y las crueldades de Galán, los azotes y el cáñamo, los vergajazos y las puñaladas, la acidez y los escalofríos. ¿Quién reclama para sí la mejor tajada? Tocar podemos a rebatiña y a botín, que si clausurara por piedad la de la guadaña nuestros ojos, nunca más echara Pandora cerrojos o candados a sus alforjas y cajas y cornucopias. Tate, tate, Sebastianillo, a enjugar esas lágrimas y a enfundar la mandolina.

Negros nubarrones han cegado a la luna. No se ve un mulo a tres pasos. Los centinelas no se alejan del amorcillo de la lumbre. La canalla duerme. Dirá un juglar, al cabo de cuatro siglos *"el músculo duerme, la ambición descansa."* Solo que aquí la ambición no es de nobleza ni de fortuna. Ni de laureles, como no fuera para aderezar utópicos guisados. Bucólicos pucheros. Quiméricos minestrones. Tal ambición desemboca sin indulto en el desvarío. Que es el más breve de los caminos hacia el delirio. Por donde a su vez se arriba a la locura, monda, lironda y cachonda. Tal es el estado actual o el destino cercano de esta incalificable horda de zaparrastrosos, cuya fue la arrogante marcha sobre Flandes, cuyo fue el jolgorio apenas violentados los precintos de la puerta de Elvira, cuyo fue el jubileo en Famagusta.

Detén tu mano, Sebastián, pueda tu seso gobernar con acierto tus músculos, ya que no tus instintos. La detengo, y ojalá pudiera detener así el gemido de mis tripas, el clamoroso aullido de mi estómago, la impaciencia ingobernable de tanta víscera sin

uso, de tanto órgano sin función. Porque pienso en esta cosa allí colgada y evoluciona sin timón mi pensamiento y es un perfumado quintal de morcilla jerezana. Mas apenas alcanza mi enflaquecido ánimo a imaginar el confortable dulzor de sus piñones, la incisiva picantez de sus granos de pimienta, la obsesiva consistencia de sus archipiélagos de grasa, cuando acceden simultáneamente al proscenio de mi adolorida conciencia los consecutivos asaltos del estragón y la melisa y el cardamomo y el tomatillo y la hierbabuena y el comino. Mas para entonces la morcilla no es ya morcilla, refundida en esencia y apariencia en esa sabia combinación de paleta de gorrino con lonchas de tocino curada a la sombra fresca y seca de los sótanos de cada finca faldeando la sierra Nevada y previamente salada con largueza y ahumada con ramas verdes de abedul, que los serranos llaman solomillo abencerraje y los de abajo jamón serrano. Y de hí a cocerlo en un fragoroso torrontés, para arribar como quien no quiere la cosa a un abracadabrante jamón en dulce.

Pero es que no hay en esta vida felicidad de durar ni jolgorio imperecedero, acaso cruel camino tanto como eficaz de que Nuestro Señor se vale para tenernos pendientes de lo celestial y eterno, mirando por transparencia a través de lo terreno e intrascendente. Fuera o no esa la razón, cierto es que no llegan a sincronizarse mi olfato, mi lengua y mis ojos en el regodeo de contemplar las evoluciones del marrano encurtido, tórnase este sin causa o motivo suficiente en un prieto perfil de ciervo bermejo descornado, suspendido de sus cuartos traseros y presta la yugular rechoncha y acordonada para el tajo hábil que ha de poner en libertad el torrente de sangre tufienta y salvaje.

Virgen Santa, que caigo ahora en la cuenta de que todo esto no es sino nadería de follones, abalorio de titiritero, artes de birlibirloque, fechizo de endemoniado, engañoso embeleco de trujamanes, artificio de tahures, oropel de brujos judaizantes y heréticos, mal ojo de egipciano, nefando sortilegio de Belzebú y su piara de irredentos cabrones. Quién sino este tenebroso camarada jugara de tal suerte con la estridente huelga de mis tripas y mi ofuscada lucidez de mosquetero sin mosquete, de caballero sin cabalgadura. De infante sin alabarda y sin adarga y sin rodela y sin guantelete y sin estoque. Quién sino este deforme engendro de los abismos disfrutara en amontonar el inexistente universo de sus visiones pantagruélicas sobre el

persistente quejido de mi hambre y el inconsolable cuanto inútil castañeteo de mis colmillos. Quién que endriago o basilisco o anfisbena no fuera osaría perturbar mi razón con tan crueles encantamientos. Digo yo que ni un maestro alchimista atinara a montar este espejismo del olfato, esta alucinación del estómago, esta perversa confusión de la vista, esta truculenta escenografía de perdices y jamones y longanizas y salchichones y piernas de cordero y costillares de ciervo y lomos de jabalí. Y no siendo este embeleco menester apropiado a Nuestro Señor, ni para sus santos y arcángeles y cherubines, forzoso sea concluir que puesto que no proviene de lo alto, seguro es su cavernario y soterráneo origen. Por si dudas me quedaran, pruebe yo en fin si tal es la consistencia de estos embutidos cual absoluta es la desolación de mis tripas y la desesperación de mi estómago. Que si no se esfumara esta tortuosa fantasmagoría con mis razones y exorcismos, fuércela yo a desaparecer con la aguzada punta de mi daga y con el prolijo brillo de sus filos. Ya echo mano al artificio, interrumpiendo sus pendulares paseos. Y atrayéndolo hacia mí hinco con decisión el hierro junto a una bien simulada articulación.

Persiste el maleficio en afrentarme y equivocarme, puesto que lejos de disolverse en el aire como Dios manda, antes bien ofrece sólido y resistente camino a mi toledana herramienta. La consistencia justa. La apropiada densidad. El jamón alfil resiste. La holoturia calabaza opone al acero vivaz una estolidez correosa, casi lítica. La seta clava rechaza con empeño la agresión de la daga. La morcilla redoma cuestiona la embestida del estoque con la pertinacia de sus cartílagos y la porfiada negativa de sus pellejos. Avanza el acero, imperturbable. Armoniosamente austero en el cumplimiento de su función. Fiel a su designio, dócil a la consigna. Cede al empuje nervioso de mi puñal una masa a un tiempo floja y tensa, simultáneamente esponjosa y consistente. La alucinación es tan acabada, tan perfecta —si cabe definirla de tal modo— que por un momento me figuro que la incisión hubiera sido practicada en un cuerpo humano, resistiendo a la agresión del bisturí con todo el pudor y la indefensión de epidermis, grasa, músculo, cartílagos, huesos y tendones.

Al fin la daga culmina su trajín en el aire. Después de las penínsulas adiposas. Más allá de los acantilados óseos. Fuera ya del campo de los archipiélagos de grasa. Libre. Ha corrido de norte a sur, a través de unos tejidos de una materia de un cuerpo (o elemento o poliedro) suspendido en parte de su original cordón umbilical y en

parte por mi mano siniestra, cerrada con la fuerza de un irracional empeño, crispada con el desesperado coraje del hambre. Cercenados los vínculos, violentados los puentes, sostengo en mi mano, con menos interés que asombro, el confin o extremo del pendulante artificio, que librado a un tiempo de la dependencia ingobernable del peso que se ha quitado y de la extraña esclavitud de mi posesiva conducta, inicia una elongada circunvolución vagamente memoriosa de la coreografía del diávolo, de una circunspecta trayectoria de hiperboloide.

Heme de repente y a despecho de quier esfuerzo gravitatorio o maliciosa casualidad, dueño de la meridional geografía del solomillo, esposo de la más valerosa paleta de ciervo que Gargantúa alguno apeteciera, soberano del enervante flanco de la más estupefaciente y supergigantesca seta, patrón y soter de esa en fin holoturia o alfil o clava o Dios sabe qué, pero eso sí mórbida, voluptuosamente activa, atractivamente seductora, indecentemente turbadora. Ofrecida como en desnudez y descaro no se ofreciera la más desvergonzada cortesana. Tentadora como si en un todo inabarcable se unieran las excentricidades venéreas con la lasciva danza de las hetairas y el pantagruélico requerimiento de un banquete apto para seducir aunadamente ojos, olfato, paladar, imaginación y estómago. Presencia y cercanía que me ofuscan, aproximación que me exalta, insinuaciones que me conturban.

De alguna manera irracional acierto a comprender que esta preciosa solidez, esta descabellada verosimilitud, esta —dígolo de una vez por todas— agresiva naturalidad, esta mortificante materialización de lo inmaterial, son acabada demostración de su malévola filiación. De su injurioso nacimiento. De su patibularia gestación. Aunque —esto piensa la otra mitad de mi azorado caletre— bien pudieran todos estos aspectos probar de igual modo su calidad providencial, su esencia angélica y carismática, su condición equivalente, en fin, a aquel maná que fue redención y beneplácito del pueblo hebreo errante por el desierto.

Cierro los ojos y con devoción solicito a Nuestro Señor y su Santa Madre hagan desaparecer de mi alcance y vista el esperpento, si maleficio o diabólica fábrica o artesanía de magia negra fuera. Mas ábroslo al punto y helo más perfumado y próximo. Más contundente y apetecible. Más indiscutiblemente allegado a mis pecadoras manos en prenda misericordiosa de don y de perdón. Aceptarlo sea —

entonces— ejercicio de humilde acatamiento, de modesto reconocimiento de que no por el escuálido bulto de mi virtud sino por la inaccesible gloria e inabarcable bondad de Nuestro Salvador, todo lo que no merezco se me otorga y soy, en esta ausencia de méritos, colmado.

Piénsolo y acéptolo. Vuelve con ligereza mi diestra la daga al abrigo de mi cintura. Libre ya regresa para trazar, arrancando este gesto del insondable abismo de mis ancestros, la señal de la cruz sobre tan miraglosa architectura. Puesto en fin arriba lo de arriba y abajo lo de abajo, según lo adoctrina Nª Santa Madre, háceseme urgente dar piadosa conclusión a este negocio, so riesgo de desfallecer sin acabarlo. Abro las fauces, babean mis papilas, clavo los colmillos, aprieto la quijada, muerdo, en suma, arranco, mastico y me apresuro y atraganto en roer y masticar; más no me apresurara si de tal premura la salvación eterna de mi alma pecadora dependiera. Excitado hasta la deseperación el aparato de mis olvidadas digestiones, saboreo y trago con los ojos entornados, por impedir que ajenas insinuaciones me sustraigan de este deleite de rejonear mis castigadas tripas con el provocativo zarandeo de la gula.

Vagorosas imágenes acuden desde el inescrutable pozo de mi memoria, según la agónica vaciedad de mis vísceras da paso a la tibia certidumbre de la saciedad. Asoma, en el sopor del hartazgo descontrolado, el rostro sin vida de Francisco mi hermano dos años apenas mayor, sumariamente juzgado y con igual diligencia ahorcado por orden del teniente de gobernador. Fue su único delito, según entiendo, echarle manos y dientes a un caballo asaetado por los indios. De nada le valieron los atenuantes ni la afiebrada defensa de fray Lorenzo, aludiendo a la inferior esencia del bruto y a la superior categoría de la necesidad. A la hora escasa colgaba Francisco del patíbulo, ya cadáver. Colgaba, pienso, y pensándolo vislumbro —mientras con pesadez apuro la masticatoria consigna de mis molares— el fantasmal viraje desde la palidez connatural de las semanas de hambruna y malas noches en las facciones del condenado, al arrebol ocasionado por el esfuerzo de mantenerse en equilibrio sobre el lomo de una yegua alazana, abrigada ya su garganta por la corrediza voluta de cáñamo y finalmente, espantada la cabalgadura por un aguijar de pica contra el atamborado pellejo de la panza, en obediencia a un apenas perceptible alzamiento de cejas del teniente de gobernador, la lívida confesión de asfixia, el tenebroso crujido de vértebras al ceder la resistencia del gaznate bajo el peso del cuerpo falto de apoyo

y, después de un desairado rigodón resuelto en idas y venidas, girando por la diestra en amortiguadas evoluciones, desorbitados los ojos, abiertas las fauces, extraída totalmente fuera del angustiado paladar la lengua, alcanzar esa lóbrega negrura que con las horas iría adquiriendo, según la sangre dejara de transitarla, la específica y luctuosa palidez de la muerte, esa blancura amarillenta gemela en la textura y en el brillo a la cera de los velones.

Quedaron remolineando en el aire espesado del atardecer unas murmuradas plegarias del frayle, el concluyente gesto del gobernador y el chasquido de rebeldía de una docena de gargantas, chasquido que aunaba el retumbante testimonio del espanto con la profunda y juramentada promesa de venganza. Presencié la cosa en silencio, sostenido por ambas manos contra un madero hincado en tierra, a veinte pasos escasos del cadalso. Cerrada ya la noche, al dar Galán la orden de regreso a los vivaques, vencido por el espanto, el cansancio y el hambre, me desmayé.

Al recuperar el sentido lo vi. Estaba ahí. Colgado. Casi vivo. Casi a mi alcance. ▮

Miserere III

Señor, tén piedad de nosotros. Christo, tén piedad de nosotros. Señor, tén piedad de nosotros. Tén misericordia, Señor, de Tus siervos y vicarios encenagados en la lujuria destos mundos. ¿Qué puede nuestra flaca voluntad contra la exuberancia destos parajes donde a sus anchas campea y prevalece el príncipe de las tinieblas? líbranos Señor, por el amor de Tu divino hijo que contigo vive y reyna.

Harto castigo hemos padecido ya con acarrear cabe esta turba de foragidos cuyos capitanes asuelan valles y montes en pro de maravillas que solo existen en sus caletres calenturientos, el peso de Tu cruz y Tus evangelios. Uno es el cielo de que nos platican los naturales, otra la virtud que hueramente nos reclama la letra escrita y las promesas que te formulamos junto con nuestros votos.

Por la inanidad de nuestro proceder admitiendo la violación y el exterminio destas dulces creaturas, tén misericordia, Señor. Por dejarnos atraer tras de lo oscuro y cavernario, tomando ad pedem literæ la consigna de evangelizarles a punta de pica y espada. Por la timorata calma con que prestamos los dies iræ al pie de cada cadalso, al cabo de cada escabechina, tén misericordia, Señor.

No son para estas Yndias —bien lo comprendo— Tus escrituras ni las parábolas de la montaña. Buena fuera la tal montaña con que nos encontramos al cabo de engrillar, lacear, someter y alancear a estos cuasi hombres —perdona mi ignorancia— pues tengo clara su inhumana filiación por cuanto no reconocen la magestad de Tu nombre ni la esplendidez del crucifijo, señal esta inequívoca de ser tan culpables o aún más que bárbaros egipcianos, idólatras ismaelitas o carniceros sarracenos. Y más otrosí pienso sus hembras, ataviadas como su madres las parió, diabólicas cual sirenas o lestrigonas en el negocio de corromper y seducir a hombres que hace meses no ven mujer. Blasfemaron contra Ti y contra nos, y sabes cuánta fue nuestra paciencia y amor para les adoctrinar y les inducir por el camino que establece y manda nuestra Santa Madre.

Tén piedad, Señor, por no saber mejor tratar a esta suerte de diablejos, como no sea por la cadena, el suplicio y el fuego. Bien tengo por cierto y confesado que, muertos todos —justos y pecadores— sabrás reconocer a los tuyos en el día de Tu segunda venida. Mas necio fuera platicarles acerca de la Parusía cuando misterios de menos seso les suscitan irónicas risitas y heréticas elucubraciones.

De todo me acuso y de todo me retracto, por amor a Ti y a Tu divino hijo. Mía no fuera cabalmente la culpa, sino de las magias y embelecos con que el enemigo se ha empeñado en confundir y escarnecer nuestra ínfima virtud. Pero cierto es que del comercio carnal con las hembras destos naturales, nos nacen monstruos como no los soñara ni la disipación del aguardiente ni la calentura de las fiebres tercianas: mestizos de dos cabezas, zambos de tres piernas y mulatos de cuatro y seis brazos son el fruto destos incestuosos amores, que en tierra christiana no los permitieran ni los amadises ni los palmerines ni los quixotes.

Tuércese mi entendimiento al confesar la iniquidad questas tierras inducen en las condiciones más preclaras y dignas, en las transformando en lujuria de sométicos y escarnio de adúlteros, sodomitas y perjuros. No atiendas pues, Señor, a la escalofriante gravedad de nuestro pecado, sino a la nunca desmentida pretensión de acarrear hacia Tu redil, por el modo que fuere, las ánimas destas tristes creaturas —si las hubieren— en la esperanza de que Tú, único capaz de tornar derecho lo torcido y lo plano curvo, atines a separar y clarificar lo para nosotros mezclado y turbio. Han visto mis ojos más de cuanto viera y resistiera el más humilde y paciente de Tus siervos, mas faltome corage y decisión para dar testimonio de Tu palabra, acoquinado ante la furia de Tus capitanes y la sevicia de Tus adelantados y almirantes.
Hé bendecido en Tu nombre los cáñamos con que se ahorcaron a gentes principales, y las hogueras en que se mandó purificar varones —hombres, niños y ancianos— para escarmiento de díscolos y disconformes.

No pido por la salvación de mi ánima —negocio ya perdido para mí— sino misericordia para quienes concurren detrás de nosotros, en pos de la ciudad de los Césares o los brillos de Eldorado. Perversas herramientas son la carne y el oro para encalabrinar los espíritus mejor templados.

No sea yo abogado de quienes tienen ya sobre la testa Tu condena, mas escucha con omnipaciente caridad el postrero y permanente ruego de Tu indigno siervo: tén, Señor, misericordia de nosotros… ▮

Dos lanzas para Indalecio Velázquez

Y heredaréis el reino. Las palabras finales del frayle se apelmazan en una urgencia de suspiros, crujidos de bancos, arrastrar de pies malamente calzados y goterones de sebo. Un coro de beatas anuda y desanuda glorias y avemarías mortecinas a la lumbre temblorosa de los cirios del altar del Señor de la Última Esperanza. El amén resuena como redoble de timbal contra la bóveda del crucero. Se escurren los ecos a lo largo de los sillares. La penumbra exhausta de la cúpula los va devolviendo muros abajo, hasta postrarlos sobre el pavimento pulido por generaciones de fervor. Tén piedad de nosotros. Tén piedad, repite entre hipos Indalecio Velázquez, soldado de los tercios embarcados en aquella pareciera lejana madrugada de marzo de Sanlúcar, soldado diestro en el manejo de la bota y el cubilete y los refajos y las enaguas de mozas de taberna, soldado perrunamente fiel a las nobles onzas de oro de un Adelantado innoble, soldado que en Flandes fuera curtidor, saltimbanqui, perjuro, duelista, desahuciado de fiebres, resucitado al tercer día, blasfemo, comediante y artillero condecorado sin haber puesto nunca la mano sobre el flanco de una culebrina ni tras la culata de una bombarda, soldado maestro en alevosías, en acallados discursos de ojos, en oblicuos juramentos de venganza, en las nocturnas facies de la traición y la sevicia, soldado que no come donde comen los señores, ni monta lo que montan los señores, ni reposa su noche en baldaquines, ni besa a sus esposas, ni calza sus jubones, ni luce el oropel de sus hebillas ni el sol de sus espuelas, soldado que ha poco en las playas del Janeyro salió a tomar el fresco de la noche del brazo de Juan de Osorio y volvió solo, soldado que no carga a sus espaldas la carga sin provecho de los remordimientos, ni se detiene a limpiar su puñal en las ropas del hombre que ha quedado recostado en una arena caliente que ya no lo calienta, ni conversa con Dios, ni se arrepiente, ni se conduele, ni le implora. Soldado ahora arrinconado en un real levantado con premura y terror a contadas brazas de la boca de un riacho que poco a poco va amalgamando el verde de sus orillas con la sangre de las aguas. Que recuerda, tal si recordando diera con el secreto encantamiento para hacer que el tiempo se detenga, el fandango de sombras que proyectaban los cirios en la eremita de San Avelino, porque el Adelantado es hombre de creencias y quiso, la noche antes de zarpar. Que rememora, retrocediendo su

mente, estampas inocentes de cuando ni sabía qué cosa era la inocencia, aquel olor espeso de los lagares, el amarillo denso de sus trigales, una sombra de heno en los establos, una sonrisa casta de mujer otorgada sin el dinero a cambio. Que se pregunta si valía la pena amontonar tanta despedida, tanta culpa, tanto mar, tanto sueño de fortuna, tantas fiebres, tanto coraje para asir una gloria que escapa de entre los dedos como si fuera agua, tanta hambre, tantos piojos, tanta pavura ante el alarido de cientos de guerreros querandíes bajo ese cielo extranjero constelado de flechas y amargores. A quien imprevistamente se le borran de la vista las nubes y el perfil de la famélica —también ella— empalizada. Un demonio cobrizo y aullante se le echa encima. Indalecio Velázquez empavorecido, que arroja contra el esperpento su mosquete sin bala. El indio enarbola como con parsimonia su brazo derecho coronado por una tacuara, cuyos quince pies y el blanco de las plumas y el filo acantilado de su chuza miran fijos a su pecho. La lanza se frena apenas rozando la piel, desgarrados el pecho y lo que conserva de camisa. Todo se paraliza dentro del fortín.

Afuera se rasga la tarde sobre la grupa sudorosa del malón. Todos inmóviles, sables aferrados, mosquetes y tercerolas apuntados, tiesa en el aire la banderola del mangrullo. Amortajado el grito. Lancinantes recuerdos se desperezan, entre dolor y angustia, dentro de su cabeza de soldado. Abandonar las playas del Janeyro fue una fiesta. Se hizo provisión de agua dulce, que el sol indiano trasmutaba en veneno, dentro de los toneles de a bordo. Acopiaron frutos ampulosos en formas y color, y el dulzor del mango se mezclaba con el perfume sedoso de los plátanos, y drupas de piel coruscante tintineaban dentro de sacos improvisados y en el aire del litoral navegaban volutas de canela y manzanilla.

El Adelantado, hombre devoto que tiene prometido a la Virgen Niña un diezmo de cuanto le corresponda, se ha persignado junto a la tumba de Juan de Osorio. El frayle de la expedición ha dicho su responso, tumultuoso de tartamudeos y vacilaciones. El Adelantado, hombre práctico amén de devoto, echa un taco al frayle y da la orden de embarcar. Nuevamente mar y cielo, ahora sin perder casi de vista esa línea oscura que —aunque lejana— les garantiza una protección accesible. Las instrucciones recibidas son precisas y correctas. Gobernando con las costas a estribor abandonan el mar océano y se internan en el mar dulce. Marinos experimentados, no cesan de

comentar la maravilla de ese cielo cuyas constelaciones avizoran por vez primera la mayoría de ellos. Indalecio Velázquez, echado a la sombra del castillo de popa, acaricia con amor un talego de doblones que le ha crecido a la cintura y sueña. Diluido recuerdo de años más tiernos le susurran historias de un saco con treinta monedas de plata pasando de mano en mano. Por motivos imprecisos, las manos se ven rojas y la bolsa va adquiriendo un color opaco y coagulado. Ni sabe qué impulsos lo han tentado a las indias occidentales. Acaso un vacío insatisfecho en su vida prieta de correrías y aventura. Tal vez la ilusión de ganar oro suficiente como para comprar al regreso (el regreso es una constante de la otra realidad) todo lo que ambicionó y no tuvo: buena ropa, buena cama, buena mesa y buenas mujeres, señoras finas que sepan desvestir sus encajes para un caballero. ¿Por qué no, Indalecio? Son las tierras de la fama, del prodigio, del birlibirloque, de la fortuna, de las villas de oro y los cerros de plata. ¿No se te ha dicho acaso, Indalecio, que ni Eldorado ni el Elíseo ni la nobleza ni la gloria asientan su trono en el mundo viejo? Allá vas, Indalecio, a la caza de cerros y becerros. Alcanzados los 35 grados sur, viran a babor y enfilan derechamente hacia el poniente. Se relame lejano el azul ondulado del océano. Un licor pardo rojizo los aprieta por estribor; dando bandazos acometen una jornada larga y sin horizonte. Refluyen a la memoria miedos de la otra travesía. Alguno augura a la expedición un destino fatal. Otro memora con unción la hombría severa y leal de Juan de Osorio. Las velas crecen al viento. El Adelantado encarece a su Virgen Niña el apoyo necesario para llevar a cabo lo suyo. Indalecio Velázquez duerme.

El bullicio de la fajina del alba despabila a los remolones. Un nublado parejo se cierne en derredor hasta el horizonte. Por el este, mensajeros de la primera claridad, una bandada de patos franciscanos planea sobre los espejos de la laguna. Entre las espadañas retozan nutrias y la rojiza martineta ensaya pasos de baile fuera del alcance de miradas hambrientas. Sembrados entre el jume y las cortaderas, los rastros del combate —si es que puede llamarse combate a una carnicería— pero sí, si no son cristianos. Valen menos que una lagartija. Les cayeron encima como peludo de regalo a los desgraciados apenas puesto el sol. El sueño se abultaba en los toldos de Tolmichi-ya cuando el cordobés Mojarra los bombeó desde la lomita que cae justo al norte del campamento. Tenían solo dos indios de guardia junto a unas brasas. A esa hora, la laguna de Lobos es una manta negra en la que se hunde la luna, según donde

uno se instale. Ningún ruido excepto el aullido de algún aguará o el planeo sibilante de los murciélagos. De a ratos, el repique subterráneo de las vizcachas y nada más. No quiero prisioneros, había recalcado el teniente. Solamente las mujeres y los niños, por los que podían obtenerse unos pesos en el mercado de Buenos Aires. Vos ocupate del cacique. Era grato sentirse hombre de confianza del superior. Y le supo cumplir, qué carajo. El teniente esperó sin desmontar, una cuadra más atrás, observándolo con una sonrisa que le daba coraje. Avanzó él solo con tres milicos, tres camaradas a los que circunstancialmente le tocaba comandar en virtud de la orden recibida. A uno de los centinelas lo dejó seco de un tiro. Al otro, antes de abrir la boca, le entró la charrasca por el lomo y le salió por encima del ombligo. Sin perder tiempo, bajaron a sablazos y a patadas las horquetas y la cumbrera del toldo grande. De entre el revoltijo de indios y cueros apareció Tolmichi-ya entredormido. De prepo y a lo toro lo conminó a identificarse y entregarse prisionero. El cacique, con calma, le mostró el salvoconducto extendido por el gobernador. Y ahí nomás, sin leerlo siquiera, le disparó en la cabeza. Ahora ya levantaron el vivaque y marchan sin apuro hacia el fortín Luján, cosa de veintitantas leguas derecho al norte. Va a caballo al frente de la columna, al lado del teniente. El teniente lo ha felicitado y prometió incluir su nombre en el parte.

El parte del Adelantado es sucintamente digno de un general espartano. Muy poca formalidad, la mínima aconsejable teniendo en cuenta que por un lado se trata de Su Graciosa Majestad, y por otro de los escasos días (u horas) que la empalizada y los mosquetes puedan resistir el asedio de los salvajes, el hambre y la sed. Omite, por supuesto, detalles que no hacen al meollo del problema, por ejemplo el motivo de que los naturales les nieguen asistencia y aún les sean hostiles. Diego y Gonzalo han tomado diferentes caminos en procura de vituallas y munición. Pero dadas las condiciones de los sitiados, Corpus Christi está demasiado lejos y Asunción en el extremo del mundo. Indalecio Velázquez repasa la limpieza del arcabuz y cuando termina de limpiar se dedica a sacarle brillo a la culata. Es su hora de sueño, pero quién duerme con cientos, miles de indios rondando en el descampado, ya danzando, ya marchando a un trote rítmico, ya prorrumpiendo a una voz en alaridos de espanto. Por la noche los indios retiran los muertos. Los españoles sienten más deseos de comer a sus caídos que de sepultarlos. En cuanto la horda termina de alzar cadáveres, trascurren las horas hasta el amanecer disparando flechas encendidas por encima del

real, con la intención no tanto de incendiarlo sino de impedir que los sitiados escapen al amparo de la oscuridad. El Adelantado está enfermo; los soldados exánimes y afiebrados por falta de comida y sueño. Los pájaros han abandonado los nidos, atemorizados por los visibles signos del final que se cierne. Indalecio Velázquez, acuclillado y cabizbajo, repite sin aliento las últimas palabras del frayle de la eremita.

Al cruzar la cañada de las Garzas pasan frente a la eremita de Ramón. De allí siguen por la margen izquierda hasta topar con la cañada de Bargas. Siempre hacia el norte, esquivan las fuentes de la cañada de la Choza y avanzan costeando el arroyo de Arias. La tierra les reseca la garganta y la monotonía de la paja brava lastima los ojos. Muy de tanto en tanto un chañar hace trizas el paisaje. Según el ermitaño, hace días se ven indios sueltos viniendo desde el sur. Y no solo la gente del infeliz Tolmichi-ya. Ramón asegura haber visto rastrilladas de veinte o treinta lanzas, para el lado de la laguna de Coria. De ser válida la información, el significado sería claro: están entrando a maloquear para el lado del Luján o del Mercedes. Llegan extenuados, casi de noche. Acostumbrados a las artimañas de los infieles, desde el fuerte les disparan con el cañoncito, para mantenerlos quietos mientras se dan a conocer. Una hora más tarde, bien comidos y más o menos limpios, empieza a correr discretamente el aguardiente para festejar el éxito. El comandante lo palmea. “Ya me pasó el informe el teniente, che. Así que usted solito me lo despenó al jetón ¡’se habrán creído estos indios hijos de puta! Tomate un franco, y cuando despache las listas, haceme acordar para que te tenga presente.” Cerca del alba, toda la guarnición está en lo mejor del sueño. Él permanece despierto, tirado en el catre con los ojos abiertos en lo oscuro. Le crece un calorcito lindo en la panza y en las manos. El de la panza ya sabe de dónde le viene. En cuanto a las manos ¿acaso no le explicó el comandante que actos como el suyo honraban a la patria? Y que no era para cualquiera la bota de cuero de potro. Y que al fin de cuentas un indio no es más que un indio, carajo. Hace proyectos. Para cuando les llegue la mesada sería lindo hacerse una escapada hasta Buenos Aires, para comprar pilchas, provisiones y un poco de diversión. No es que le falte hembra, pero las indias, hasta las más jóvenes, hasta las que parecen menos feas, son indias. Unas indias jetonas, sucias y hediondas. Algunas veces, hasta hay que obligarlas a punta de sable. Ahora ya anda queriendo algo mejorcito. Porque a él, de seguro las botas de potro le han de quedar como pintadas. El clarín y el cañón lo sacan violentamente de estas cavilaciones.

Estaba en lo cierto Ramón. Y me tenía que venir a tocar justo que ligué un franco, suerte perra. No son muchos esta vuelta, tal parece que no pasan de trescientas lanzas. Pero trescientos indios bien montados, enarbolando armas y aullando, le pueden doblegar el ánimo al más curtido. Con un orden casi militar, la indiada acomete, primero a bolas perdidas, después con flechas encendidas y finalmente a flecha y lanza. Le escuecen las manos. Eso es lo que andaba necesitando. Una buena felpeada, no con indios mansos como los degollados cerca del Salado, sino con bestias bien plantadas y apercibidas, todo dientes y jetas pintarrajeadas de demonios clinudos. De un planazo baja a un indio grandote que ya se le descolgaba por la empalizada. Contento y encolerizado se agacha, y de un tajo lo abre como un carpincho. Al levantarse, en una mano el remington descargado y en la otra el facón, vislumbra al bruto que lo atropella lanza en alto, a cosa de unos diez pasos. Demasiado lejos para entrarle con el sable. Además el animal este no le va a dar tiempo para sacar. Sin titubear le arroja el facón con toda el alma puesta en el golpe. Pero la lanza ya viene buscándole el cuerpo. Una lanza con un nombre de cristiano escrito bien clarito. Y ahí está la lanza pampa, frenada en el aire, rozando apenas la piel, desgarrando lo que queda del poncho y la camisa.

Indalecio Velázquez, sin mosquete, sin tiempo y acaso ya sin ganas, siente cómo con suavidad, sin apuro, la chuza querandí le va entrando despacito —prolijamente— por entremedio del pecho. Como si no comprendiera bien de qué se trata, se lleva las manos allí donde le viene ese ardor y se queda mirando como un tonto el manojo de plumas enrojecidas, repitiendo en un hipo: ten piedad… ▮

Monólogo del Adelantado

Válame tu misericordia, mi Señora, transido de fiebres y preso de la malevolencia destos zaparrastrosos. Cuenta me tuviera disponer en mi haber de lo mucho que esforcé mis espaldas y pellejo y lo poco apropincuado a mis talegos y hacienda. Mala cagadera le diera a sus puñeteras altezas y ministros y chambelanes. Que a fuer de ellos echárame ya de bruces endemedio destos demonios clinudos cuya es la furia y el encarajinamiento en nos apresentar y nos demandar quier carajo de encumplimiento de quier coña de promesas. Aviado estaría si de promesas se fiara el humilde servidor de vuestra magestad. Que a prometer se comidiera y cuánto endemientras no le iba en ello el pellejo ni los doblones de oro. Mas téngame por bien servido y escarmentado, que de haber prestado orejas adecuadas a lo que sotovoce se paliqueaba extramuros de la corte y a grandes voces se escanciaba dentro de las orejas de quien quisiera prestarlas, otra fuera la suerte del hijo de mi madre. Por bien sabido lo tenían los sarracenos de la cuesta de los Morabitos y los judíos del Tránsito allá en Toledo. Que no estaban las faltriqueras de sus altezas ni para el pastel de bodas, sangradas como las dejara la lucha contra el abencerraje. Rey has sido Rodrigo por tu mal y yo adelantado destas tierras por el mío. No derramara tanta lágrima el Rey Chico por su derrota de echar cuentas cuántas más derramaría Fernando por su victoria. Y si judía fue la sangre que ordeñaron los inquisidores de las espaldas de los marranos, judía fue la mano que lamieron sus puñeteras altezas en pro de unos dineros con que reponer soñaban lo perdido con ganancias que más resbaladizas no pudieran tornarlas el escorbuto y las incontinencias y los piojos y las fiebres. Mala puñalada me dieran en lugar de mi contramaestre a quien enhoramala dejé abandonado de cara al sol en las playas del Janeyro. Mas está escrito que no es sino la tenebrosa sombra del enemigo la que a confundir se aplica lo clarificado tanto como en sacar a luz lo que permanecer debiera en las grisuras del desentendimiento y la ambigüedad. Pues no otra debió ser la causa de renunciar a sus buenos oficios y claros designios en pos de atender quier malhadado discurso de denuncias y consejas. Tras todo lo cual echo de ver que no hallárese en este negocio otra cosa que la envidia de los que siendo menos atinan a encaramarse ensombreciendo las honras y

la fama de quienes son acabadamente más. Fuera la memoria mejor maestro destas contingencias, que de no aducirlo todo a un momentáneo desvarío o al ofuscado humor de la mala travesía y el descontento destos fascinerosos, tuviera por bien presente lo poco que al de Iscaria le rindieron los dineros y el mucho mal que a quien los obló le acarrearan.

Mas está de Dios que si purgara uno su delito a la sombra de quier figuera capaz de escamotear de sus bofes toda ínfula de vida, peor irále a estotro con Irala, toda vez que a falta dotros decretos y comedimientos ley será endemientras destas tierras de destierros la del talión. Y así sucumbiera y oblara con la suya una vida que a mí sin miramientos demandaráseme, más estando lejos de mis iguales y apoderados y cerca desta cáfila de perjuros cuya es la obsesión de acrecer y pelechar así más no fuera a costa de subastar su salvación y darse a los acaramelados encantos de la sodomía, el estupro, la exacción y el continuado pedorreo. Fuérales en mengua el no llevar bocado a sus ofuscados gaznates, mas no arriesgara yo su fascinerosa compaña so capa de quedar cuantimenos tullido o cojo a merced de su bulimia y perversos instintos. Harto estoy ya de tenientes y encomenderos, al punto de no querer atender discurso de alcahuete ni monserga de frayle. Hincado que hube mis dientes en lo florecido de la camaradería y lo oblicuo de la sedición, pongo por testigo a Tu infinita justicia y a la clamorosa imparcialidad de Tus archiángeles el no haber sido el factotum sino la primera víctima destos aconteceres.

Cercanos —y tanto— llegué a presentir las platas y los oros de las ciudades de los Césares. Más hubiérame valido quitar oídos a las puñeteras monsergas destos aborígenes ladinos cuya era solo la intención de nos adentrar en esas selvas y marismas donde la fiera más inocente calza colmillos de seis cuartas y unas garras que rajan un peto de un solo zarpazo. Mas fue basta con que estos redomados embusteros les dieran ánimo con quier historias de zarzos de plata y doradas plantaciones de paltos de orfebrería y piñas de alabastro y rubíes más grandes que granadas, para me rejonear y me encarajinar tras de una aventura que desde la idea no tenía otros visos que sus calenturientas piojeras y una muerte asegurada a corto plazo.

No cabe echar ahora cuenta de quiénes cayeron de qué modo y cuáles de tal otro. Pues si de aunarse en nuestra contra se tratara el negocio, harto ecuménico fue por cierto el congreso destos naturales, de resultas del cual echaron tras de nos toda laya de maleficios y conjuros, a fuer de nos apresentar cada noche con una distinta grisura de tenebrosos horrores y violentas maquinaciones. Y no es que en el día se holgara al pairo de acechanzas y peligros. Pero era nomás caer el crepúsculo para que hasta los árboles se pusieran en movimiento por nos zaherir y estrujar y apretujar y nos embadurnar de ponzoña y heridas que al toque con el aire echaban de sí una pus maloliente y ácida que se dijera excremento de los infernales culos. Y unos vahos que inficionan los bofes hasta dar en tierra con los más aguerridos y en la fosa con los menos prevenidos. Vana tarea fuera dar de coces y estocadas contra sombras y esperpentos que no tenían más carnadura que las que lucir pudiera el reflejo de la luna sobre las aguas negras de bañados y lagunas que se comen vivos jinetes y cabalgaduras. Jornada tras jornada atravesando estos fangales y las más de las veces para retornar al cabo de varias lunas al punto de salida. Tal la desorientación y la inquina por nos confundir y nos desesperar. A sabiendas que el hambre y las cagaderas y toda puñetera cría de comejenes y agrípenos son el pan nuestro de cada día. Y de hoy hasta el juicio final, perdona mis inicuas digresiones, mas háseme calado el ánimo de tal suerte que no echara ya una renta de ojos ni por dar el grito de vista del mismísimo tabernáculo ni la tumba de Nabucodonosor. Y tener en cuenta que en diciéndolo consiento en reconocer que no tenemos por delante ni el camino de Santiago ni la tumba del apóstol. ∎

Apenas abrigados por la seda

Christe audenos… Christe exaudenos… La salmodia gangosa del chantre trepa sin urgencia por las pilastras desvaídas de tiempo y de intolerancia. Arboladura de piedra arrancada del corazón de los ilibéricos por manos tartesas, tallada a sangre por artesanos fenicios, plantada en vertical por capricho de algún centurión, incisa por toscas hachas visigodas y alabeada por el ojo sutil de los alarifes. Caída en tierra y vuelta a alzar cuando los pendones de Castilla se colaron por entre las almenas del alcázar y la caballería cristiana subió a abrevar en el Generalife. Adveniat regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra… La rogativa se abraza a los capiteles entre cuyas guardas se entreabren somnolientos ojos de cherubines y una que otra pupila nictálope de sierpe libidinosa. En las capillas laterales una sangre espesa y oscura resbala interminable por los torsos flagelados de nuestros mártires de la fe. Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo… Desde la cúpula los rostros adoloridos de san Damián y san Cosme atestiguan el sufrimiento de los justos y lo ríspido del camino de la virtud. Señor ten piedad de nosotros… Christo ten piedad de nosotros… El Adelantado formula en voz baja una promesa, arrodillado frente al altar de la Virgen Niña. Al regreso, la fina capa de seda negra que es todo su orgullo de gentilhombre, quedará como exvoto a los pies de su protectora. Una vez seguro de que la imagen ha recibido con beneplácito los términos del convenio, se persigna y poniéndose de pie retrocede hacia la puerta sin volver la espalda al sagrario. La primera luz del día lo sorprende oteando el mar, acodado sobre el barandal de un muelle de la barra de Sanlúcar. La capa de seda negra flamea en el silencio.

Cierto estoy de no haber mezquinado brazo ni hacienda en la provisión y el exercicio desta empresa por cuanto de mi faltriquera y a mi costa fueron velas y soldados amén de avío de caballerías más munición y quier ferramenta enderezada al acomplimiento de lo por VM mandado y ordenado de cuya conformidad escribanos y otros alcaudones diversos han dado fe. Aparta de este lecho María. Feo nublado se cierne en derredor o no hay nublado sino mi ánima martirizada bajo el acoso de la fiebre y

estas bubas de vergonzante ralea. Aparta ya que buena penitencia te aguarda entre estos fascinerosos a cuyo comedimiento nos condena sin apelación la huesuda que ya tiene acreditada plaza en nuestra cama y cubiertos a nuestra mesa. No hubiera tal samaritana mi fiel Osorio con quien fueron la inquina y las dentelladas de la envidia. Cómo no envidiárale sus verdes años y la salud de su mirada y el vigor de sus espaldas siendo que el morbo que me carcome lleva devorados ya la fuerza de las mías y hasta el brillo de mis ojos que hoy entre tinieblas bogan. Ah Virgen y Señora mía cuánto inútil devaneo y qué vana porfía pretender el echar mano a lo más siendo que escasas quedan mi voluntad como mis energías para asegurar siquiera lo menos en pro de no nos regresar a la corte cabizbajos y de capa caída para regocijo de menguados y hazmerreír de lechuguinos.

Ay de las promesas de acrecer y las lealtades, Juan de Osorio. Ay de los fementidos votos y las incumplidas pautas, caballero más noble que los nobles. Ay de los comejenes de la envidia y las orejas prontas de los nobles innobles. Por monedas escasas te han vendido, creyente Osorio. Tú fe sincera y tu arrogancia te han rendido, mi pobre capitán. Treinta dineros pasaron de una bolsa a las manos aleves que ha poco brindaban a tu salud. Frente a la boca del Janeyro fue aquel brindis. Del brazo te tomaba quien ya pactara tu desgracia. Por su fortuna y tu desgracia habéis brindado, infausto Juan. Dos juanes abrazados bajo la luna, traidor el uno, el otro incauto. Un solo Juan al barco ha regresado.

Tanto puede conmigo la malhadada fiebre que créome cabalgando al frente de nuestros tercios a las puertas mismas de Roma humillando el estandarte de las clementinas hordas según la paciencia de nuestro emperador se revirtiera en furia tal que húbonos de aleccionar acerca del no ceder ni conceder a la hora del combate siendo que el enemigo mal dispuesto se mostraba a cónclaves y negociaciones por lo que nos iba el pellejo en doblegar y desmantelar a franceses y romanos arrasando aquella capital de vanidades en pro de consolidar los cimientos del trono. Mal nos hubiera ido a pesar de los imperiales bandos de no mediar el impensado vuelco de la escuadra italiana reforzada por la marinería francesa todo al mando de Andrea quien de ahí en más habríanos de ganar imperecedera gloria. Acerca tus manos a mis mejillas María y no cejes en enjugar estos sudores que me atormentan como no me atormentaran las heridas de aquellas batallas.

Nuestro es y del Rey cuanto bajo vuestra vista se despliega. La espuma interminable de las bermejas aguas a estribor. Y a babor los contornos de una costa cuyo será el honor de nos alimentar y engrandecer. Dícense tierras de acrecer y enaltecer. Crezca pues a nuestros pies la pródiga fortuna y ábrase a nuestras manos el vergel. De sus frutos comeremos y sus aguas saciarán nuestra sed. Vasallos y siervos nuestros serán sus naturales y sobre sus labrantíos y ganados será nuestro señorío y regalo. Y en sus hembras hallaremos el calor y necesario regocijo que a soldados esforzados corresponde. Dios nos puso en este mundo para regalarnos y gozarlo en su nombre y a cargo de su gloria. Hinquemos pues el diente en el corazón de la manzana, nuestro es el poder, nuestro el jubileo y el jolgorio.

Véome en compaña de mis arcabuzeros adentrándome en dudoso antro inficionado de súcubos y fatídicas apariciones cuya sola desnudez incitábanos a las más desprolijas fantasías que harto satisfechas fueron vive Dios por cuenta de la eterna condenación de nuestras ánimas y otros males acaso peores de los cuales ninguna noticia se tenía y cuya fue la tarea de nos desbaratar y asaetar con más saña que lo hicieran los infantes borgoñones y los ballesteros lombardos. Aunque claro tengo para mí que no toda nuestra penuria débola a las artes y seductores manejos de aquellas enjundiosas hembras que como cuadra a vencedores y conquistadores nos recebían en sus lechos sino asimismo al desaforado consumo de vino y otros abrumadores licores enderezados a más nos excitar y estimular en el exercicio del venéreo negocio a que nos acogimos con entusiasmo tal que niños ni mujeres viejas encontráronse a salvo de nuestra concupiscencia y lujuriosas acometidas.

Entorna esos postigos mujer que me deslumbra tanta claridad al punto que estimo hallarse ya en nuestro derredor el Archiángel con su devastadora legión de serafines dispuesto a nos demandar ajustada razón de las tropelías y procaces hazañas en mala hora emprendidas en pro de desfogar los apetitos que inspiráranos la escabechina y el regodeo en los juegos de la muerte. Tengo por cierto y creíble que no menos exaltación se halla en los mandobles y apuñalamientos que en el afrentar y atropellar con cínica indiferencia la virtud de doncellas y la inocencia de párvulos que en nada nos ofendieran y cuya era la única culpa el estar a la vista de nuestra procacidad y lúbrico ofuscamiento.

Diráse acaso en el intento por nos justificar y desestimar lo ruin de nuestro comportar que no era Roma ciudad inexperta en estas historias de saqueo y bandidaje según guardan sus pavimentos memoria de las caballerías hunas y góticas y de las huestes germanas y normandas. Mas pobre veo la defensa de nuestro hacer ni me parece atenuante la venalidad de aquel clero vicioso y mundano según firme teníamos el sentido y severidad del juramento con que habíamos abrazado la carrera de las armas. Necio fuera ahora tornar por tales huellas el agobiante carretón de la memoria. Si preguntárasme que hubiera incitación por cierto que la hubo según Roma miraba por los ojos de Francisco y no era esto afrenta que pasara sin enojo a la vista de nuestro emperador. Menos segura fuera mi respuesta si de lo de Osorio se tratara pues laten aún en mí la mordedura de la envidia y los comejenes de la maledicencia y la traición. Noramala me acobardan tales cuestiones que olvidar quisiera según sospecho que en las playas del Janeyro quedaron de cara al sol lealtades de que tanta necesidad hube en medio destos torvos naturales que nos acometen y escuecen con el incesante silbido de sus flechas y el tamtam endemoniado de sus parches con que día y noche atropellan nuestras defensas de modo de un permanente turbar y perturbar el descanso si descanso nos dieran las tripas hartas de embolsar aire y privaciones que galleta y no otro bocado nos aguarda amén de algún pescado que mi lengua enllagada ya no saborea ni festeja.

Abrid el ojo y mantened despierto el seso. A tres jornadas de marcha o menos la tenemos. Puedo ya oler el perfume sabroso de sus flores de oro y la plata de sus aguas. Ciudad de Césares por cierto fuera, los naturales no mintieron. Cargaremos cuanto cargarse pueda y harán los naturales de jumentos. No cejaré en mi empeño de que comprenda su alteza lo grande de mi acierto. Grande soy en verdad, un Pedro Grande tanto como el de las estepas. Más grande aún, según un mundo ignaro he doblegado a fuerza de cojones y empeño guaditano. No desmayéis ahora que ya es nuestro. Es mentira la fiebre y falsas las alimañas y las envenenadas flechas. Fruto magro de vuestra huera imaginación calenturienta. Falsos son esos rostros que nos miran con el coraje de un designio ciego. No pueden con nosotros ni sus chamanes ni sus régulos. Indemnes son nuestros escudos a sus jabalinas y saetas. No atraviesan sus lanzas ni las corazas ni los yelmos. Avanzad sin temor, ya estamos cerca. No más de dos o tres jornadas para llegar a ellos. Ahorrad aliento y apurad el paso, por Dios vivo.

Parto pues y comparto contigo María y con vosotros hijos míos el desespero destas noches cuyo es el escenario de trasgos y otras apariciones que demándanme penitencia y así arrójoles mis pústulas y pedazos de mis carnes porque en ellas hallaren cómo satisfacer su hambre según veo no gozan ellos mejor vida ni más regalada que la nuestra. Ay de mí dolorosa dueña de mis desasosiegos y mis inútiles plegarias. Colmárate con holgura de frutos que destas tierras no he tomado y primicias que solo entre los humos de la fiebre llegué a saborear pues ya mi boca no recibe sino líquido casi por gotas y el paladar siento despellejado y es mi garganta reseco paso enemigo de quier bocado que mis quijadas con benevolente empeño quieran empujar a su travez. Entorna pues esos postigos María que la luz me acongoja y no es para mis ojos sino una fulminante herida.

En alto los pendones y tocando a rebato la chirimía y las trompetas. Ya son nuestros. La misma Troya hubiera rendido ante nuestro valiente empuje sus murallas. Arrimad las escalas y vamos por la almenas y las torres. A caballo con espada empuñada y las crines al viento, mirad cómo relucen sus tejados. Y parece oro líquido el rocío y argento las cascadas. Que se adelante el frayle y anuncie a voces la proclama. Tomaré posesión en el centro de la plaza, mientras el escribano contabiliza el tributo y las ofrendas. Nadie se atreva a poner mano sobre el quinto real, del resto yo haré partes.

Atiende María a ver quién golpea a esa puerta. Acomoda mi cabeza para no recebir de indigno ver al caballero que regio don nos hace al arrimarse en tan mortuoria circunstancia. Dejad que se acerquen mi confesor y el escudero porque no esté mi atuendo pringoso a la hora de partir a bordo desta negrura cóncava que me cobija al tiempo que amorosamente me acuna y mece bajo el acoso desa luz devoradora atravesando como en un asador mis carnes y mal tamiza este fuego que descomedidamente las injuria. Menos no las injuriara yo en aquellos malavenidos templos de la sodomía y el estupro. Téngame pues por juzgado y sentenciado según son mis culpas y delitos los que se ventilan a la misericordia de quien a costa de su propio padecimiento ha de darme sentencia. Tal y tan fiero es el hedor destas pústulas y la asqueante flaccidez de mis bubas y el tufo que malamente disimulan estas mantas. Mas no me presente a mi postrera hora de mal talante así has de ocuparte de echar sobre mis carnes la capa de seda negra con la que hízeme presente

a las capitulaciones deste emprendimiento. No otras disposiciones deba tener en cuenta según hijos ni entenados hube como castigo de mis apetitos y a mis seguidores y fideles poco más que comejenes y alacranes lego y otras alimañas de poco aprovechar. Aunque nunca se diga destas aguas no beberé siendo que la bulimia en triste apuro colocáralos al punto de acometer a las caballerías muertas y hasta algún muslo y otras piezas de humana provenencia. Delitos sobre los cuyos no supo mi acaloramiento desviar la mirada antes bien cargando sobre ellos, carne hízelos de patíbulo en escarmiento que a mi cargo debiera anotarse a la hora de los pésame y los confiteor.

Judex ergo cum sedebit. Quidquid latet apparebit, nil inultum remanebit. El frayle de la expedición no se separaba de nosotros. Si había botín, él se ocuparía de la parte correspondiente a Dios. Quid sum miser tunc dicturus? Quem patronum rogaturus, cum vix justus sit securus? A veces no podía darme cuenta si rezaba para sí o se dirigía a nosotros en forma amenazante. Su mirada hosca me recuerda el modo en que me miró cuando con un gesto le ordené que terminara con el responso de Osorio. Rex tremendæ majestatis, qui salvandos salvas gratis, salva me fons pietatis. Veré de vigilarlo, pues no quiero que lleguen a su alteza testimonios confusos ni versiones maliciosas. Nadie debe poner en duda que este terrible sacrificio en que estamos empeñados es solo por la mayor gloria de Dios. Y de su graciosa magestad.

Lejos pues quedan las tristes rastrilladas y los violentos caseríos que la imaginación hiciera castillos enjundiosos y muralla escarpada de señoriales ínfulas. Fantasías de paja y barro fueron y de tal jaez al lodo y a la ceniza hubieron de tornar como aleccionador y eterno exemplo de que quien vientos ha sembrado recogió tempestades. Claro lo veo en esta hora cuyo resplandor me ciega solo y flotando en el aire ya libre del insoportable peso de mis carnes ulceradas y las afrentosas bubas. Un helado sol refulge dentro de mí con la prepotencia de los fallos inapelables y en llegada la hora leve y sin lastres percibo mi ánima volando al encuentro del supremo juzgamiento. Ni pesar ni temores solo la blanca luz y la negrura desta barca que acomoda mis pecados y mis huesos magros apenas abrigados por la más negra seda de mi capa. ∎

Piedras negras

Piedra. Piedra negra. Piedra negra dura. Dureza ocho en la escala de Brinnell. Equivalente a no sé cuántos Rockwell. ¿A? ¿B? ¿C? Ocho… o nueve… quizás diez… tal vez… *Morir, dormir, tal vez soñar…* Sobre estas piedras anduvo Pachakuti Inka deambulando entre la desazón de su amor no correspondido y el apremio por huir de la inquina de un corregidor de cuyo nombre no me acuerdo ni quiero. Nadie sabe hasta dónde la buena memoria suele recostarse en la mala memoria para hacerle un corte de manga a los vericuetos del diván.

En verdad no quedará de estas vanidades piedra sobre piedra. Lo había dicho el porquerizo venido a adelantado que diz lo había escuchado de boca del frayle Anastasio que decía haberlo tomado de la bitácora del almirante cuando el berrinche del asuelo de la Natividad. Si de los sillares de Rosaspata se tratare, cierto es que solo tizne y desolación quedaron al paso de los tercios del corregidor, nomás enterarse de los bandos de la Micaela Kolla. Torteros y lizos y telares nomás rodaron montaña abajo cuando la ira de los de a caballo se entremezcló con el chucho de los arribeños y el balido de las cabras y los huanacos. En mi estómago siento todavía la acidez del miedo cuando —ya sin lengua y medio descoscojado— degollaron a mi vista al mayor de mis cachorros dejando venir su cabecita sobre los cuajarones de mi propia sangre.

No sé si todo esto es recuerdo de los cuentos que la Mamakuna nos hacía a la lumbre de las hogueras para apurarnos la sueñera, o memoria que mi desmemoria porfía por nublar y escabullir para que el buitre de la venganza no se cebe en lo que resta de mis pobres huesos. No por misericordia, sino por el puro gusto de arrebatarle el bocado a los perros de paja.

Enhorabuena se mezcle y se sancoche lo que enhoramala no fuimos capaces de remediar y separar, aunque inútil fuera oponer palos a las cañas de fuego y espadañas al hierro. Como río venido de las entrañas de Jananti los hilos de nuestra sangre

derramada se hicieron arroyos que fueron a dar al mar de la desesperanza que fue la contemplación de nuestro infortunio. Agua negra estéril y sangre corrompida es cuanto quedó del orgullo de nuestros telares y de la hermosura de nuestras ñustas. No dieron nuestras urdimbres ni para entretejer la mascapaiccha que adornaría la frente ya sin luz de nuestro Padre Inka. Agua y sangre negras deslizando su rencor sobre la piedra negra del lecho del Willkamayu, menos negra en todo caso y algo más blanda que este negro basalto que me encajona y me quita la luz de los ojos y el aire de mis bofes. Baldado, ceñido fiero dogal a mi cogote y presos brazos y extremidades por eslabones arraigados en la mera osamenta de los muros, poco resuello me dan los aullidos del coyote ni las idas y venidas de mis carceleros. Tristes abajeños que tan presos como yo se hallan en esta desolación de esconderse de la ira del tigre y las dentelladas de la miseria.

Los años de prisión enturbiaron mi memoria y así se mezclan a veces la crónica de mi pelea por mellarle las zarpas al tigre con la historia de mi padre acorralado entre los caballos de los granadinos y las adargas y arcabuces de los infantes. Los quebrantahuesos del tigre no dejaron pulgarada de mi pellejo sin espulgar y zaherir. Más les valiera hacerlo, tanto había el tigre proclamado renta de palos y rebatiña de puñadas y coscorrones y estocadas a quien quedara corto en me agredir y atormentar. Que buena ocasión le diera mi comedimiento en echar bandos en su contra y en favor de los arribeños que dejaban el sudor y el resuello en los socavones del Potosí para le engordar y enriquecer sin que de su fortuna percibieran sus altezas el más mísero maravedí, puesto el tigre a unas cuentas para el acreditar y a otras bien distintas para el menoscabar bajo juramentos de salir todas las costas de su faltriquera y personal peculio. Como a cargo de sus arcas fungiera asimismo sostener cuanto en pendencias y malvivencia derrochaban sus gerifaltes, amén de los dispendios de chupandina y burdel en cuanto puerto hicieran parada las naves.

Dicen que con la cara en tierra y el peso de borceguíes de guerra sobre mis espaldas, juré lealtades y sometimientos a soberanos cuyos rostros desconozco y cuyos escribanos y chantres se ocuparon de registrar y detallar lo poco de lo mucho en sus rollos y cartapacios. Me hierve aún la sangre —si sangre fuera este pobre caldo empobrecido de minestrones y acrecentado en sofocos y padecimientos de toda laya que desvaídamente transita mis venas y conductos más principales— hiérveme,

repito, viéndome yo tan desmedrado y enteco, cuando a la llegada del tigre no me acoquinaba ni el rugido de Jananti ni los vozarrones de los amautas muertos que tienen su pukará en las honduras del Titikaka y se reúnen en consejo para legislar y sentenciar los destinos y andares de las Cuatro Regiones.

A medias se conoció la nueva del arribo del porquerizo y sus tigrillos corraleros, cuando ya estaba cada guerrero apostado sobre cada piedra refrendando con enhiesta lanza la decisión de oponer a la soberbia del gran encomendero la firmeza de sus pechos y la indoblegada dureza de sus lealtades. Hijo de nuestro padre Atahuallpa cada uno era y por el luminoso corazón de nuestro Padre juramos.

Lo que siguió no está escrito. Algunos kipus, algunas tablillas, uno que otro rollo donde se registran pormenores de lo que cada escriba presenció o escuchó de boca de testigos. Apenas tan poco para atesorar la mucha historia, la mucha pasión, la dura contingencia. Sí hablan varios testimonios de la muerte sacrílega de Atahuallpa Inka, hijo de Manko Kapaj Inka, hijo de Huirakocha Inka, a manos del porquerizo cuyo sería el eterno castigo de sobrevivir en piedra en una plazuela de una capital de provincias, mucho tiempo después de la caída del imperio, para soportar por los siglos el escarnio del insulto y el escupitajo diarios de los hijos de los hijos de nuestro padre Inti. Sobre el cadáver insepulto de Atahuallpa llegaron las lluvias y lavaron la sangre del Inka, que subió hasta las nubes, más arriba de las piedras más altas de Jananti. Las Cuatro Regiones lloraron luego sangre hirviente en lugar de lluvia y las tierras altas perecieron calcinadas y las tierras bajas se resecaron a tal punto que cada cabello de la Pachamama se hizo una grieta dura y profunda desde cuyo fondo se podía escuchar en las noches silenciosas de invierno el quejido lúgubre del alma sin reposo de Atahuallpa.

Al menos eso es lo que creo. No he visto ni escuchado nada de esto, atormentado como yago en este duro lecho de basalto sobre el que mi cuerpo se fue endureciendo con el andar del tiempo. En algún momento mis carceleros dejaron de acercar alimento, viendo que las huacas y cuencos de grano fermentado desleído en aguas nauseabundas, hacían las delicias de las muchas alimañas que fueron por años única compañía. Al cabo dejé también de beber, pues mis quijadas primero y poco a poco mis vísceras fueron tomando la consistencia de una arcilla dura, al principio, para

acabar en esta reciedumbre de piedra negra que soy ahora. Un montón de piedra más entre tanta piedra, un quejido más en medio del dolor universal, un hilito de esperanza de que una mañana vuelva a aparecer en medio de este silencio negro la luz triunfal de nuestro sol.

Apenas una kantuta resignada y pobre, medio sepultada al borde de una huella. ∎

Bando del Corregidor

Por la autoridad que en el nombre de Dios Nº Señor confiriéronme de voluntad y a título honroso y vitalicio Sus Católicas y Serenísimas Magestades para christianizar, expandir, incrementar, ennoblecer, ensalzar, difundir y consolidar su soberana presencia en estas tierras todo a meridión de las costas de Maracaibo hasta donde alcance y todo hacia el poniente de las costas donde precariamente plantaran bandera de asentamiento quier delegado de lusitanas autoridades o de otras cualesquiera hasta donde alcance, que vienen a ser las costas de la misma mar que avistaran nuestros capitanes nomás atravesar las tierras pobladas por los indios Mosquitos, ordeno y mando que de nuestra mano coman cuantos pobladores acogiéranse a la benevolencia de nuestro gobierno, que es en nombre de Sus Serenísimas Altezas y por la nunca nublada o amenguada gloria de Nº Señor.

Que para ello comparezcan y atiendan a nuestras instrucciones y reglamentos emanados de nuestra autoridad y establecidos por boca y mano de nuestros capitanes, alguaciles, alabarderos, arcabuceros, capellanes, oidores y regidores habida cuenta que doquier se desplieguen nuestras insignias y estandartes hasta allí mismo habráse de entender y acatar alcanza nuestra potestad y derechos.

Que en prenda del debido sometimiento que como súbditos y conquistados les corresponde, empeñen hasta donde se les exija vida, haciendas y conocimientos en pro de nos acompañar y sostener en la tarea de extender por estas tierras hasta hoy privadas de la luz de Tu palabra y la gloria de nuestros exércitos así les fuera en ello toda la salud o las personales conveniencias y aún la misma vida, que será de considerar donada a la más justa de las empresas y si hubiere derramamiento de sangre se tenga por justo y meritorio el haberla derramado por el engrandecimiento del reyno y de la christiana y muy católica grey.

Que se tenga por la mayor honra el servir a nuestros soldados y funcionarios hasta donde las circunstancias lo demandaren y aconsejaren, no mediando para ello otra

orden que la emanada por boca de quienquiera de nuestros delegados presente y en su ausencia el solo y simple reconocimiento del juramento de obediencia que la publicación de las presentes disposiciones involucra.

Que dondequiera se hallare o hiciere presente nuestra persona o enviado nuestro o representante o mensajero o heraldo o encomendero, se le brinde cuanto sea necesario para su comida, reposo, holganza, higiene, traslado y cuanta menudencia fuere menester para corresponder al adecuado fasto que la autoridad y nuestra excelsa persona demandan y merecen.

Que las mujeres de nuestra sangre, cualquiera sea su condición, tengan a menos el trato con los naturales, mucho menos miradas ni tocamientos y aún mismo pensamientos, en un todo de acuerdo con las enseñanzas de Nuestra Santa Madre que harto claras y elocuentes son al respecto en lo que hace a mantener arriba lo de arriba y abajo lo de abajo.

Que del estricto cumplimiento destas disposiciones se ocupen cuantos tengan autoridad para ello y quienes no la tengan y en ausencia probada de autoridad competente, cualquier soldado o colono de nuestra sangre o quier natural que por designación o merecimientos se hallare en condición de cumplirlas y executarlas.

Que se tenga por dicho y conocido que la negativa al cabal cumplimiento y acatamiento de nuestras presentes órdenes es motivo de suyo a la represión y penalidad que la autoridad de aplicación considere, estando nuestros funcionarios, alcaldes, regidores, alcabaleros, copistas, notarios, numerarios y supernumerarios, tenientes, sacristanes, sobrestantes, inquisidores y residenciadores autorizados por esta misma a requerir su cumplimiento por la fuerza que a la sazón se hallare disponible y a como dé lugar, haciendo uso de la persuasión o los castigos que convinieren a discreción de los actuarios, teniéndose en debida cuenta que la pérdida de la salud y aún de la vida de los remisos será a cargo exclusivo dellos sin que medien resarcimientos ni cuestión alguna de apelación ni costas o disculpas ni retribuciones en metálico o en especies.

Que asimismo dispongo y mando como práctica principal el que las hijas doncellas de los naturales asistan a los oficios religiosos y concurran en el entretenimiento de nuestros capitanes, a cuyas manos quedan encomendadas y cuya será la decisión de las tareas y enseñanzas que recibir habrán estas creaturas. Quede expreso al mismo tiempo que ni matrimonios o aparejamientos prematuros son óbice para el fiel cumplimiento destas disposiciones ni está contemplada la postergación y menos la anulación de las mismas.

Es finalmente nuestra excelsa voluntad encarecer como muy principales virtudes la obediencia y la sencillez de costumbres como mejor vía para acrecer en loor de Sus Católicas Magestades los horizontes desta tierra y los del cielo. ∎

Mala estrella

- Primer Premio V Certamen Internacional de Cuento "Dr. Néstor Hugo Brizuela" 2006 / APEA Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta, provincia de La Rioja.

Al abrir los ojos en medio de un basural desconocido, entre gritos de gente corriendo aterrorizada, sirenas de patrulleros, disparos de armas de grueso calibre y ayes de moribundos, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario, adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, vislumbra que el destino se la ha jugado chueca. Acaso ese despliegue de uniformes para él desconocidos, sumado al estruendo de munición proveniente de bocas más iracundas que la de las pistolas y carabinas que está habituado a empuñar, le hacen sospechar a Leiva que inútilmente le viene escurriendo el bulto a su mala estrella; de última a los piojosos jergones y al rancho salteado y desabrido de Fuerte Puan y aún antes, cuando la mala leche de un alcalde departamental había mudado su vida de pacífico gaucho, en los alrededores de San Nicolás, por la no deseada de guardacárcel en los suburbios del Rosario.

La vida del gendarme no es apropiada para un hombre de campo, trabajador manso y padre de cinco criaturas, con una compañera callada y seguidora, como era su caso. No había lujos, ciertamente, en esa rutina rural entretejida de apartar hacienda, sobar cueros, carnear algún novillo, apuntalar una cumbrera jorobada, pialar un potrillo redomón y aguardar la noche al calor del fogón, con la mirada perdida en remotas estampas de la infancia. Pero se iba tirando. La Leonor era del pago. Él se había arrimado con una tropa de bayos proveniente de Tostado y destinada a un establecimiento cerca de Fortín Luján. San Nicolás le había ofrecido unos mates que sabían a gloria y unos ojos oscuros y profundos que prometían calladamente una ternura sin impaciencias, y se afincó nomás. Al tiempo les nació la primera hija, que llevaba el nombre de su mujer. Después, el Casimiro y el Segundo y la Teresita y el Gervasio.

Ya el desgraciado Mardonio ni se acuerda cómo empezó todo el padecimiento. Doce o trece años alcanzaron a vivir en paz, salvo uno que otro inconveniente de pestes,

escasez de plata o tormenta medio fuera de lo común. El Gervasio apenas gateaba cuando el juez Améndola empezó a mirar con ganas a la Leonorcita, que recién andaba queriendo hacerse mujer. De las miradas pasó a los dichos y a solicitarle a Leiva que la dejara estar en su casa como criada. Como él y su mujer sabían por dónde venía la mano, mezquinaron el arreglo. Y así se había ganado el primer enemigo. El otro (y esto no lo tuvo nunca tan claro como lo anterior) fue el comisario Laudana, que le tenía puesto el ojo a su mujer desde hacía tiempo.

El asunto es que entre el comisario y el juez lo engancharon a Romiliano Patrón, quien había llegado a alcalde departamental precisamente gracias a los oficios de estos compadres, según en su momento se habían preocupado para que el alazán de Pedro Nájera —que era candidato más firme que Romiliano en una cuadrera de la legua— pegara una espantada que tiró al jinete de muy mala manera contra los horcones, dejándolo tullido. De esta tenebrosa sociedad había surgido la idea de castigar a Leiva, so pretexto de una presunta (o verídica, vaya a saber) negativa a asistir a reuniones políticas "de interés comunal" convocadas por el alcalde. Verdad o mentira, de un día para otro Mardonio Leiva va a parar al calabozo y a la semana siguiente un pelotón de guardiacárceles se lo lleva para el Rosario, procesado y encabestrado, a prestar servicio como castigo, servicio que —finalmente— terminará en Puan, adonde parte de la guarnición habrá de ir prontamente a parar como refuerzo de los Regimientos 1º y 11 de caballería de línea.

Fuerte Puan es su último episodio y también su postrera mortificación. Como si fuera ayer recuerda, encarajinado por esa picazón que los recuerdos agrestes vierten en la sangre, la arenga jactanciosa del comandante del fuerte, al recibir el contingente de "voluntarios". ¡Soldados, no tenemos carne para racionar, no tenemos galleta, sal, ni víveres de entretenimiento; pero sí tenemos el enemigo al frente. La nación nos ha confiado estas armas: debemos hacer ver que somos dignos de llevarlas con honor y que sabemos combatir y triunfar en cualquier circunstancia!

¡Mierda de honor! En Puan están acantonados como guarnición permanente el 8 de infantería y los dos regimientos de caballería. La ropa y los medios disponibles no cubren las necesidades de la tercera parte de la tropa. El resto viste según sus posibilidades o ingenio lo permiten, unos usando la manta como chiripá, la mayoría

sin chaquetilla, otros calzan botas viejas y torcidas, o alpargatas, o envuelven los pies con pedazos de cuero de carnero o simplemente andan descalzos. Plata y provisiones llegan, con suerte, dos veces al año. Y esto cuando las partidas que viajan con la paga y el abasto no son asaltadas y desvalijadas por indiadas del Azul o de las salinas.

Lo único más o menos abundante es la carne, ya sea de ganado cimarrón o de establecimientos cercanos que se carnea como "contribución" o —en épocas de escasez— producto de cacería de zorros, liebres y nutrias, ayudados por una perrada hambrienta pero militarmente adiestrada. La miseria no tiene parangón. El café es lujo, la yerba mate poco más que un recuerdo y el azúcar un desvarío que de solo nombrarlo da vergüenza. Lo mismo sucede con el tabaco, el aguardiente y la galleta. En fin, poniéndole el amén a las lindas palabritas del comandante ¡viva la Patria, carajo!

Mardonio Leiva, estrujadas las tripas por un hambre visceral, dolida el alma de añorar a su Leonor y a sus hijos, escocido el lomo a fuerza de lonjazos y estaqueadas, a pesar de todo presiente que su infortunio, lejos de haber llegado a una culminación, le tiene reservados aún capítulos atroces. Así como hay seres humanos a quienes la noche acunándolos protege, sirviéndoles el sueño de cobija bondadosa bajo la cual disimular si no olvidar la penuria diurna, otros hay en cambio que, al cabo de mañanas y crepúsculos serenos, tropiezan en su sueño con fantasmas y delirios capaces de pervertir las horas del reposo en truculenta secuencia de pesadillas. Pues bien, el infeliz sargento comparte lo peor de ambas categorías.

Sus días, comenzados al nacimiento de la más temprana claridad, involucran una pormenorizada contabilidad de trajines, ejercicios, marchas, excavaciones, ayunos, contramarchas, reprimendas, exacciones, peroratas, insultos, guardias, humillaciones y rencillas, comunes a la amarga fraternidad de parias que por razones siempre diversas y casi siempre ajenas a sus legítimas voluntades, integran esa escuálida Legión Extranjera austral que malamente sobrevive a lo largo de la línea de fronteras del territorio nacional, con una indiada rencorosa al frente y una oficialidad prepotente y canalla a sus espaldas, sin recursos, sin incentivos y sin esperanzas, como no sea la de una muerte rápida y sin complicaciones.

Pero sus noches no son más apacibles. Al mes escaso de arribar a Puan, basta con que se eche sobre el escueto jergón y cierre los ojos en procura de unas horas de descanso, para que horribles ensoñaciones se abatan sobre él sin darle respiro. Las situaciones varían noche a noche, pero el tema es constante y persecutorio. Jueces que lo acusan de crímenes inimaginables. Comisarios que cachondamente lo interrogan bajo luces intensas, insultos y amenazas. Y comandantes que escudriñando su cuerpo desnudo con navajas, arpones, astillas de hueso, cadenas y bayonetas, lentamente lo destrozan cortando, hincando, golpeando, quemando, atenazando, desangrando.

A veces sucede en silencio. Juegan las caras, las manos, las botas, los instrumentos de tortura, en medio de un revuelo augural de togas, uniformes y alguna sotana. Otras, en cambio, todo es ruido, gritos, aullidos, truenos, explosiones, cánticos ululantes, sirenas, estallidos y risotadas. Incluso olores que hacen más dramáticas aún las escenas, mezclados en una promiscuidad premonitoria sudores, excrementos, sangre, orines y cuerpos pudriéndose a la intemperie.

También la escenografía varía, evidenciando la prolija elaboración de siniestros decoradores y coreógrafos, aunados en la preocupación de arruinarle cada minuto de sueño. Son ámbitos siempre oscuros, siempre amenazadores claustros propicios para las maniobras de brujas, vestiglos, vampiros, dragones, diablos y lechuzones que los habitan. Excepto en algunas ocasiones —contadas— en que se ve a sí mismo a campo abierto, maniatado y amordazado, arrojado y a medias enterrado en un basural humeante que se pierde en leguas a su alrededor.

Tan reales y crueles son estas ensoñaciones, que para Mardonio Leiva los toques de tropa y de generala con que los vigías anuncian ataque de indios, son recibidos como una bendición. Por otra parte, la mayoría de estas alarmas no pasan del revoltijo de corridas y preparativos, porque los indios no se acercan por el fuerte, a menos que lo crucen de camino en alguna de sus periódicas rastrilladas. De todos modos es una forma de matizar el aburrimiento acumulado en semanas de encierro, sin mujeres y sin más entretenimiento que los naipes, la taba y algún desamparado porrón de ginebra o aguardiente. Salvo que la indiada avistada sea numéricamente muy importante, al cabo de las escaramuzas el comandante ordena una salida para cazar

algunos rezagados, tarea a la que se entregan con verdadero entusiasmo en partidas de hasta seis milicos y aprovechando la ocasión para galopar un par de horas, hasta casi perder de vista al mangrullo del fortín.

Precisamente, durante una de esas batidas detrás de unas decenas de lanzas de Cipriano Catriel, en compañía de José Herrera y Eusebio Cortez, igual que él reclutados por la fuerza para el servicio de fronteras, es que esbozan la idea de escapar del fuerte. La situación del desertor es azarosa, puesto que según la ojeriza que cada comandante le tenga a los fugitivos, puede hacerlos perseguir y aún incluirlos en partes que eventualmente llegan hasta el ministerio de guerra, determinando que se generalice un pedido de captura cursado a todas las guarniciones del territorio.

A una legua larga de distancia del fortín, fatigados por el galope y sin indios a la vista, los tres hermanos de desgracia se apean de los caballos y se sientan a la sombra de un montecito de algarrobos. Leiva tiene un puñado de tabaco y Cortez expone como orgulloso trofeo medio frasco de aguardiente. La siesta de principios de otoño, blandamente acunada por el pío-pío de la perdiz y el reclamo del chingolo y la inmensidad tranquila, suavemente ondulada de la pampa, inducen sin duda proyectos de libertad.

Seguramente, lo que desde adentro se presume peligroso e inaccesible, debe parecerle a los desgraciados tentador y probable, al cobijo de la serena grandeza de llanuras que desconocen el alambrado y cielos que incitan al vuelo del cuerpo y del espíritu. Hombres parcos en gestos y palabras, sellan rápidamente el acuerdo con un trago y un apretado abrazo que lo resume todo. A partir de esa tarde, la próxima salida será, con ayuda del altísimo, hacia la libertad (o hacia la muerte, pero esta no es para ellos sino una diferente faceta de la liberación que añoran).

Por fin, aquella mañana de fines de mayo, Leiva cree percibir —por primera vez en mucho tiempo— como un guiño favorable del destino, bajo forma de una silueta ranquel altivamente plantada con su potro pampa en lo alto de una lomada, a cosa de un cuarto de legua al sur del fuerte. El centinela, apenas descubierto el vigía y sabiendo que los ranqueles nunca se largan solos cerca de un fortín, da la alarma. En

diez minutos, cuatrocientos hombres están montados y el resto ubicado en sus lugares de combate, todos dispuestos a entrar en calor en un buen entrevero. Pero la cosa no pasa a mayores porque la indiada, unas trescientas lanzas bien montadas aunque sabiendo que no les alcanza para guapear, se limita a acercarse casi a tiro de cañón a la empalizada. Desplegados en una línea frontal, prorrumpen en alaridos amenazadores enarbolando lanzas para —finalmente—volver grupas alejándose a todo galope hacia el suroeste. A una orden del comandante, la tropa montada franquea la empalizada, destacando varias partidas de baqueanos para evitar una probable emboscada.

A medida que se alejan del fortín se van subdividiendo los grupos, según es costumbre. Leiva, Herrera y Cortez galopan algo más de una legua hacia el sur y luego van corrigiendo el rumbo, con intención de remontarse hacia San Nicolás. La desesperación de Leiva por encontrar a su familia puede más que la prudencia y eso mismo los pierde. El comandante, conocedor de las debilidades del hombre, manda una partida a cortarles el camino, con caballos para recambio y una buena pareja de baqueanos. El 2 de junio de 1876 los tres soldados, muertos de hambre y de cansancio, vuelven a entrar, desarmados y engrillados, en el patio de Fuerte Puan. Para sorpresa de la guarnición, el comandante ordena la instrucción sumaria a un consejo de guerra presidido por el teniente Krantzenstein, el que constituido en término de veinticuatro horas, impone seis años de recargo a Herrera y a Cortez, disponiendo el fusilamiento de Leiva, sentencia a cumplirse en el patio de armas, en la madrugada del 9 de junio.

Durante la noche anterior a su ejecución, Mardonio Leiva reflexiona amargamente acerca de su mala estrella. Cabalmente se han cumplido sus presagios, puesto que sus tribulaciones no han concluido ni con su reclusión en el Batallón Penitenciario ni con su destierro en la frontera. Leiva no es hombre de iglesia. No sabe rezar y con esfuerzo deletrea una mitad del Padrenuesto. Pero a lo largo de esa interminable noche de invierno implora, como no lo hiciera nunca, no morir miserablemente en ese maldito fortín perdido en la infinitud de las pampas.

Con la primera claridad del alba, tropas del 8 de infantería y del lº y 11 de caballería, forman en cuadro alrededor del patio de armas para presenciar la triste ceremonia.

Muchos de ellos, acaso la mayoría, se identifican con ese camarada injusta y violentamente separado de su familia para vestir un uniforme por el que no siente cariño ni vocación. Cuatro soldados y un teniente lo sacan de la celda, conduciéndolo en medio de la formación. Un ominoso silencio espesa el aire. Con un cabeceo, se niega a que le venden los ojos, mirando cómo cinco compañeros se adelantan apuntándole al pecho.

La mañana se despereza despaciosamente. Un sol mortecino alarga la sombra de la empalizada oriental, lanzándola como una refutación muda sobre el escenario del drama. Una bandada de bandurrias cruza el cielo en diagonal, marcando como la impronta de una estela funeraria. Más arriba, sin urgencia, revolotean los caranchos.

El teniente, fija su mirada en el entrecejo del condenado, alza el sable empuñado en la diestra. El brazo no tiembla, pero diminutas perlas de sudor, nada a tono con el fresco matinal, aparecen sobre su frente. En ese momento Leiva rememora sus oraciones de la noche y apretando las mandíbulas cierra los ojos y reitera el pedido, una vez más, con toda la fuerza de su corazón. No quiere morir en ese fuerte desgraciado.

Alguien debe escuchar su enfervorizado ruego. Porque en el instante en que el comandante con gesto breve da la orden y el teniente baja el sable, el sargento Mardonio Leiva, suboficial del Batallón Penitenciario de Rosario adscripto al servicio de fronteras en el Regimiento 11 de caballería de línea, se siente girar en el aire, muy lejos del comandante, de sus camaradas y del pelotón de fusilamiento. Presiente allá abajo y fugazmente, la frescura húmeda perfumada de totorales de la confluencia del Chasicó con el Pelicurá, y casi de inmediato, sin atreverse a mirar, el susurro árido de los flancos occidentales de las sierras de la Ventana. Su cabeza late en una oscuridad tensa de imágenes. Giros vertiginosos. Recuerdos. Nombres. Un olor a panes calientes del rancho materno, sobre la cañada de la Cruz. Los ojos glaucos de su primer potrillo. La fragancia de albahaca y menta del cuerpo de su mujer. La desolación de una tumba sin lápida y sin flores en la que reposa su padre, a media legua de la ensenada de Barragán. Poca cosa, casi nada. Destellos avaramente esparcidos en un tiempo que de repente se aprietan como nudo de lazo, tironeando y tironeando Dios sabe hacia dónde.

Cae sobre un terreno blando, amordazado y con las manos atadas a la espalda. Abre los ojos en medio del basural, hediondo y humeante, entre sombras que se arrastran, sirenas de patrulleros, estruendo de armas de munición pesada y quejidos de moribundos. Frente a él, a menos de quince pasos, un oficial al que llaman coronel Desiderio arenga a un grupo de civiles encapuchados y militares cuyos uniformes le son desconocidos. Más de cincuenta —ochenta acaso— todos pertrechados con pistolas en bandolera y carabinas de cañón corto y robusto. ¡Métanle bala sin asco a todos estos negros de mierda! José León Suárez va a pasar a la historia por este glorioso 9 de junio. Después de rematarlos, los desatan y les sacan las mordazas. ¡Viva la Patria, carajo!

El sargento Mardonio Leiva no alcanza a comprender la significación de lo que está presenciando. Pero vivamente le agradece a Dios por haberlo salvado de morir en aquel miserable fuerte de frontera.

No menos de diez disparos de Itaca, desde muy corta distancia, le destrozan el pecho y la cabeza. ▮

Noches de Montiel

- Primer Premio XIII Certamen Provincial de Cuento "Ciudad de Santa Fe" 1978 / Asociación Amigos de la Biblioteca Municipal Bernardino Rivadavia.

"Veredes de Septentrión las negras fechizerías;
caballeros que a dragones en guerra campal vencían."
Agustín Durán: ***Leyenda de las Tres Toronjas***

El puma me ventea mientras resbalo por el terraplén. Agazapado en la horqueta más baja del lapacho, me contempla sin parpadear desde unos veinte o treinta pasos. Trastabillo inventando huellas. La piel atigrada se estira como el parche de un tamboril al empezar a templarlo el fuego. Late solamente el terciopelo del belfo acusando la vigilia. Un hombrecito insignificante de traje y portafolios. Pienso.

Tené cuidado con los pumas, Jacinto Robledo. Recuerdo. El estúpido consejo del paisano del caballo negro al abandonar la estación. Viejo de mierda. Sabía de sobra que los tigres no eran el peor peligro. Yo también lo sé. Pero lo tengo ahí en medio del camino. Ni soñar con retroceder. Procuro orientarme por las estrellas. Las nubes son insobornables. La primera vez que pensé en la salamanca me encomendé al arcángel. Hace meses. Un arcángel sin nombre. Para un viajante gris sin religión. Bautizado apenas. Un casamiento por iglesia poco convencido. Y el crucifijo a la cabecera de la cama. Lo que se estila. Que ni siquiera me salvó de los cuernos. Para qué me serviría ahora. Sonrío. Imagino que sonrío. De qué te reís, Jacinto Robledo. Tanteo el 38 largo en la cintura. Los compadritos se acabaron desde que se inventó el revólver. Lo amartillo sin quitarle los ojos de encima. Sin movimientos bruscos. El bicho me sabe seguro. Dos brasas ardientes a ocho pies de altura. Me adelanto despacio. A diez metros me animaría. Me encomiendo al arcángel. Uno nunca sabe.

La noche recoge todos sus ruidos. El violín de los grillos. La serenata de los sapos y las ranas. El chillido de los murciélagos y los lechuzones. Diez pasos. Me quedo parado mirándolo. No te voy a pasar por abajo. Jacinto no está para dar ventajas. Las brasas son como una guía laser en la oscuridad. Ya di demasiadas ventajas en la vida. Si al menos fuera una dieciseis. Largá el portafolios. Las piernas separadas Jacinto. Fuerte la culata con las dos manos. Aguantá la respiración cuando vas a disparar.

Como en un relámpago. Las instrucciones del maestro de armas en el tiro federal. Le doy junto entre medio. Las brasas se apagan a la par del silencio. Se derrumba sobre los raigones anudados. Una bolsa de papas pienso.

La noche sale de su estupor. Resucita. Toda su música se me echa encima. Secándome el sudor. No era esta mi muerte. Pienso. Tal vez allá adelante en algún claro de la espesura. En la salamanca que abre sus fauces al infierno. Qué pretendés vender, Jacinto Robledo. Bien lejos la curiosidad del jefe de estación de Sauce de Luna. Más lejos todavía, el telegrama anunciando a la ferretería que me aparto del itinerario para visitar un cliente en Bovril. Por entre esas cuchillas. La salamanca con todas sus amenazas. Y todas sus promesas. Poder. El poder. El poder absoluto. De hacer y deshacer. De olvidar o ejercer la implacable venganza. Ahí adelante en medio de la oscuridad. Excavada por legiones de condenados. En el vientre de un cerro. Entre basalto y los pórfidos terciarios de Montiel. Indios y gauchos casi hermanos. Aunados al menos en la compartida circunstancia de sus vidas desgraciadas y las muertes violentas. Por las atormentadas galerías aúllan. En noches de luna llena. Las sombras irredentas de miles de charrúas despenados por los tercios de Yapeyú. Los degollados por Andonaegui. Aquel Bernardillo ascendido por los brasileros a alférez de caballería. Después de haber capitaneado temidas bandas de gauchos nómadas. Muerto —a su vez— por uno de los laderos de Perdiz. Un sobreviviente de la encerrona de Cerro de la Silla. Sombras. Sombras sin consuelo y sin arrepentimiento. Sombras ardorosas de coraje y de venganza. Avaras de muerte y sangre. Sombras al fin. Qué te pueden comprar, Jacinto. Qué cosa necesitan que no hayas vendido ya. Esta noche vos vas a comprar y vas a pagar, Jacinto Robledo. Aprontá el cuero. Acá nadie da fiado.

El terreno es áspero. Sin luna y sin experiencia me cuesta mantener el rumbo. La tierra respira con pesadez. Nubarrones de carbón se desperezan entre las pasionarias. Los cocuyos suben y bajan en procesión entre duraznillos y ñandubayes. El palo borracho apoya sus arbotantes contra el fuste de la palma. Un cimborrio de urunday y jacarandá se proyecta más arriba del campanil de la araucaria. Bejucos y lianas trenzan y destrenzan sus astrágalos sobre el cuello de los abacás. Aprieto en mi puño la crucecita de nogal. Sonriendo con amargura al recordar el otro crucifijo. El que preside nuestras rencillas de alcoba desde la cabecera de la cama.

Un arroyo viborea a mis pies. El aire oscuro convoca chamarritas. Un bajo profundo contrapuntea su risa. Risa patibularia. Fría y negra el agua me rechaza. Ya no caben dudas ni vacilaciones. Arremangate los pantalones Jacinto. Con los mocasines en la mano tanteo buscando el vado. Un murciélago me roza una vez y otra. Corrigiendo mi marcha. Odio a los murciélagos. Me prometo remontar —si es que regreso— un inmenso barrilete de cuero de murciélago. Allá lejos, donde el otro crucifijo.

El tam-tam de un parche ceremonial marca el punto. Ordena la armonía. Sostenido por un piano de maracas. Con chasquido de guijarros y drupas secas. Un cilindro fétido —ondulante y viscoso— me acaricia sin ruido. La cabeza de la lampalagua real se desliza contra mi pecho, por debajo del brazo derecho. Jacinto ni respires. El monstruo navega ahora recto como una jabalina. Burlón. Indiferente. Bastaría un quejido. Apenas un gesto. Para que los anillos musculosos cierren el fatídico cepo. Paciencia Jacinto. Hay paciencias temerarias. También hay apuros fatales. Hermes acordate. Kybalion. Abajo es como arriba. Como es afuera es adentro. Todo termina y todo volverá a empezar.

La noche se hace menos noche. Una penumbra rojiza devela formas imprecisas. Aves agoreras aleteando a mis espaldas. Por encima de mi cabeza chifla y rechifla el lechuzón. El agua es ahora tibia. Tibia y espesa. Como la sangre del cadáver de piedra que me atreveré a acariciar. ¿Te vas a atrever? ¿Quién va a acariciar tu cadáver, Jacinto Robledo?

Jacinto Robledo es intangible. Sos inmortal Jacinto. Mi sangre se desborda en el torrente de otra sangre. Esta noche más que nunca. Lo percibo bajo el laberinto de músculos y arterias. Un cosquilleo que me crece hacia el repique. Y —de pronto— hacia la explosión del galope. Otra sangre más vieja y experta hirviendo bajo el remanso de la mía. Otra sombra no menos consistente. Pisando sobre su misma huella. Trasmitiéndole emociones. Cuyo código escapa a la rutina. A listas de precios y muestrarios de herrajes y catálogos de pintura. Sombra que apretadamente exige. Trepada sobre sus corvas. Calzándose como un guante. Sobre su insignificancia de pasajero de segunda de una época insignificante. Sombra vigorosa de otra sangre vigorosa. Aliento de otro hálito superior y lejano.

Ocho húsares de Murcia quedan apuntando a un espectro aquella madrugada de Huaqui en que su bisabuelo, el sargento Rudecindo Robledo, herido de bala en un hombro y con cinco sablazos en la espalda, se permite abofetear al coronel español. El coronel le corta la mano de un solo tajo. Sin saber —o tal vez presintiéndolo— que ese gesto convoca la reiterada ceremonia que un siglo y medio más tarde arruinará la digestión de cómitres y menestrales devotos y de botas. El pelotón de fusilamiento queda allí. Ocho fusiles cargados y apuntados. El sable de un coronel enarbolado y ridículo. Y el cuerpo herido y amarrado del sargento Rudecindo Robledo. Disipado de repente. Con apenas un tajante "¡maturrangos hijos de puta!" Evaporado, desaparecido en el aire. En las mismas narices de sus enemigos.

Jacinto avanza por la playa. Ya no soy yo. Pesan las ropas empapadas. Y la certidumbre de marchar sin remisión. Al encuentro de un destino ajeno. Ajeno asimismo a su rutina de viajante gris. Insatisfecho y cornudo. Al frente destacándose la boca del socavón. En medio de una lumbre sulfurosa. Contra el terciopelo oscuro del chaparral aparece la cueva. Repercute en la dureza de las invisibles constelaciones la risa cavernaria. La advertencia de las falanges estigias. Advertencia y desafío. ¿Te vas a atrever Jacinto? La falda del monte ondula su repugnancia. El cerro vomita sobre Jacinto el rechazo de sus inviolables precintos. Prismas de malaquita entrechocan sus aristas contra romboedros de feldespato. El eco acolchado del basalto regurgita mefíticas amenazas. Adelanta unos pasos. Un terror uránico desgarra la musculatura del monte. Fuegos fríos le azotan la cara. Se asfixia. Tropieza y cae de rodillas. Arrastrado por un viento espeso que empuja dentro de la caverna ramas, animales y piedras. El tam-tam se exaspera.

Una presión de abismos le retuerce los oídos. Bejucos azotando el aire. Los sortilegios de la salamanca estallan alrededor. Imprecisos pero palpables. La oscuridad clavando en sus ojos puntas aguzadas. Vidrios rotos. Fibras húmedas heladas se cierran en torno de su garganta. Estrangulando. Un dolor interminable anuda el grito. Es el fin. Le crece una punta de fuego en el cerebro. De repente todo ese dolor es luz. Tremenda insostenible luz que lo arroja por tierra. Rodando sobre una arena ensangrentada. Un gladiador lo golpea en la ingle. Mientras le hiere la cara un escudo de la VII Legión. Castigado por el rugido de tribunas infames se adormece.

Lo despabila un tableteo de ametralladoras. Aferra empavorecido la baranda del puente de Szechényi. Las orugas del tanque ruso le aplastan las piernas. Toda su mente y su dolor son luz. Luz enceguecedora. Acallando las quincenas mezquinas. Y sus desesperaciones conyugales. Cascos y botas le patean la cara. Destrozan su guitarra ya sin sangre y sin cuerdas. Contra el pavimento alfombrado de tibias y espinazos de pescado del estadio nacional de Santiago. Un crucifijo de nogal yace pisoteado. La luz caliente lo acaricia. Cae de bruces sobre un tapiz de espejos negros. La metralla derrumba el cielo encima de él. Al pie de las murallas martirizadas de Curupaytí.

Afuera arrecia la tormenta. Por encima de las cúpulas vegetales. Dominando el grito augural del lechuzón. Entonces comprende. Todo es importante. Todo es necesario. Para que se consumen los tiempos. Para que se resuelvan las ecuaciones y las órbitas. Para que se cumpla su destino de pequeño empleado. De pequeño marido. De pequeño poeta. Para que atravesando el infinito umbral de los universos de azogue puedan enlazar sus brazos en cruz la cabeza y la cola de la serpiente. Para redimensionar pasado, presente y futuro. Con la mansedumbre iluminante de los santos. O de los esquizofrénicos. Con la acerada crueldad del clavo que le aprisiona ambas manos contra la fibra reseca de un madero sacrificial. Para alcanzar esa desgarradora unidad que se le está escapando a través de la herida abierta por una lanza romana en su costado. Para que Añanga triunfalmente acabe desarticulando a golpes de su poderosa cola, en reclamos de amorosa maldad, el carapacho de todos los cronómetros. La envoltura de todos los calendarios. La frágil armadura de cristal de todas las clepsidras.

Para abrir los ojos en la secuencia final. Y encontrarse en otra noche bajo otro cielo. Frente a ocho fusiles maturrangos que disparan al unísono. A la orden impaciente y enérgica de un coronel español. ▮

Un rato antes de despertar

Apenas la canoa se suelta del costado del muelle, mira hacia adelante, con aire indeciso, y luego hacia el norte por encima del hombro. Ambas alternativas son buenas. Y ninguna lo es en el fondo. *Vivir, morir… tal vez soñar…* La pesadez de la siesta le ofrece el necesario respiro para instalar los remos en sus toletes. La canoa ha virado al sesgo de la corriente y ahora se encuentra derivando lenta rumbo al Paraná de las Palmas. Nada más —acaso— que para contrariar ese preciso orden que la naturaleza parece imprimir a los acontecimientos más triviales por el placer de agudizar sus frustraciones y sus enconos, clava el remo izquierdo con gesto voluntarioso y con un par de robustas remadas del derecho embica la pequeña embarcación en dirección al sur. Una torcaza bate las ramas superiores de una casuarina con su gorgoteo cansino. Lejos, como de contrapunto, una pava de monte retoma la ronda de chillidos y aspavientos, al tiempo que en lo alto un casal de gavilanes polleros planea a dúo, marcando sobre el cielo cenizo un pas-de-deux mezcla de solemnidad y mal agüero.

Afirmadas las alpargatas con bronca contra la bancada de popa, se empeña en un mano a mano tozudo contra la correntada. Desde el San Antonio, camalotes y juncos remontan el arroyo, mezclados con ramas y basura. Poco a poco, los remos se van acomodando al ritmo lastimado de su pensamiento. Más que pensamientos son pantallazos, fogonazos en los que el odio remezcla destellos rojizos con relámpagos amarillos de ira y vetas pardas de resignación y desesperanza. Sórdida tormenta cuyos compases se entrelazan con el canto zumbón de las chicharras y el silbido compadrito de los benteveos. Que —desde hace años— le revuelve las tripas con la amonestación de sus silencios ácidos. Y que —invariablemente— arranca con un acorde alto y afilado, resabio probable del alarido de la montonera en el ceremonial instante del entrevero, para culminar en quejido luctuoso de paladar reseco y vértebras quebrantadas.

Su vida es como esa canoa, tironeada por caprichos de un remo derecho o de un remo izquierdo. Un traspunte reticente le indica, de tanto en tanto, que hay medios más eficaces para avanzar por la vida. Sin ir más lejos, en las tardes de verano pasan frente a la isla los fuera de borda insolentes y los cruceros de varias toneladas con mujeres hermosas tostándose casi desnudas. Y los kayaks rampantes y las canadienses multicolores cargadas de risas y aventura. Como antes viera pasar las legnano y las gileras y los fititos y los falcon. A veces una tablita dufour le pasa por las narices o un androide de lomo bronceado por windsurf y ultravioletas le llena la cara de espuma. Terco en su angustia, sigue aferrado a los remos de la vieja canoa injuriada de arañazos de tala y tapones de pabilo y brea.

Van quedando atrás un ceibo, el playón de las nutrias y los dos montecitos de ligustro. Unos cien pies al sur del segundo monte, la boca de una corriente angosta, a medias disimulada por una barrera de juncos, lo atrae con insistencia. Nunca se ha metido en ese zanjón, que apenas da según calcula, para maniobrar con los remos. Hace ya mucho tiempo ha olvidado el viejo arte de avanzar a golpes de pala, como los pescadores de su río Colastiné. Impulsado por desprolijas motivaciones, abre con parsimonia los juncos y con la cabeza gacha penetra en el túnel de sauce álamo y madreselva. La proa hiende el agua calma, protegida de los latidos de la creciente.

A medida que avanza se alzan las ramas, al tiempo que la luz se va empobreciendo tragada por la muralla de troncos y la mansarda de follaje. El marrón cobrizo del agua se oscurece, al punto que en un rato tendrá la sensación de navegar un arroyo de alquitrán. Hasta allí lo han acompañado el croar de las ranas y el cloqueo de las gallinetas. Pero según se interna en la corriente oscura, el silencio y la negritud se abaten sobre él. Piensa, saboreando su revancha, que ni las mujeres de los cruceros ni los tilingos de los fuera de borda se animarían en esa. Piensa también que esta imprevista expedición a una estigia no por inmediata y concreta menos espeluznante, resulta apenas el reverso, la contraluz, de su fatal e interminable avance cotidiano a contramano y a contrapelo del destino universal o al menos de su personal y sórdido destino.

Acostumbrado desde siempre a la contradicción de lo diferente y a la aspereza de lo desparejo, único elemento inexistente de un conjunto vacío, singular borrego

ignorado por el rebaño y por esa misma razón aislado cuando no desechado, montón de pedazos de hombre entre los hombres del montón, procura sonreir a medida que las metáforas y las analogías le desfilan en un calidoscopio de fiebres verdes y aristas de mercurio.

Remando a ciegas, percibe simultáneamente cómo el techo de ramas ha sido reemplazado por un cielorraso abovedado de tierra compacta y cómo de repente se han acallado las chicharras y las gallinetas y las ranas. Comprende —sin explicárselo— que la corriente de agua lo está llevando por debajo de la tierra. Y entiende asimismo que la reciente imagen de una estigia contemporánea refuerza, sin quererlo, su ofuscado rol de caronte sin vestuario y sin libreto. Más que como un exorcismo refutando algo, murmura acerca de la fatalidad y de suertes echadas, y acelera su marcha con remadas rítmicas. Ejercicio innecesario, dado que la pendiente del terreno determina un flujo de agua que lo impulsa túnel adelante a regular velocidad. La oscuridad es total. De tanto en tanto alza un remo para estimar la altura del techo, comprobando que este se mantiene a unos seis pies por encima.

Chillidos de murciélago y el ulular de un búho descorren el velo de silencio. A esta señal, el arroyo subterráneo inicia un adagio de silbidos, aleteos, crujidos, graznidos y chapuzones. Ramas de sauce y lianas de corneta de bobo imprimen caricias húmedas en el rostro tenso. Docenas de cangrejos prendidos del casco amenazan triturarlo en un concierto de pinzas y mandíbulas. Lejos, hacia adelante, repiquetean risas y tambores. Un ave —no logra discernir si gaviota o lechuzón, tal vez un biguá— deja caer encima de él su lluvia de excrementos ácidos. Formas pesadas se agitan en el agua, salpicando una espuma aceitosa hedionda. El miedo suelda sus mandíbulas, impidiendo que los dientes se quiebren a impulsos de una emoción que racionalmente niega, pero que poco a poco lo va envolviendo en un abrazo lleno de nudos, de dentelladas hirvientes y de caricias heladas. Cada rasgo de su cara se inmoviliza trabajado por el sudor. Finalmente, hasta el sudor es devorado por la máscara de escarcha.

Sabe —adivina— que debe resistir y seguir avanzando. Ignora qué es lo que habrá de encontrar al final del túnel. Pero tiene la intuición cabal de que retroceder sería, además de insoportable, inútil. Su vida ha sido una apretada urdimbre de cavernas,

túneles y laberintos. Recuerda ¡buen momento para esos detalles! distantes conversaciones con su analista acerca del recinto materno y la madre tierra y la matriz universal. De alguna manera, esas charlas involucran confusamente ritos de pasaje, cálices misteriosos, fórmulas esotéricas y espadas mágicas. Evocando las epopeyas de Gilgamesh y de Teseo y de Sigfrido, suelta los remos y aferra con ambas manos el machete. Las risas y los graznidos estallan en amenaza y burla. Tenso, percibe cómo la escenografía agónica le desacomoda los músculos y las vértebras. El licor umbilical espeso del que hablaba en uno de sus poemas se enrosca ahora alrededor de su cuello con una presión concreta de filamentos de cáñamo.

Un potente haz de luz lo inmoviliza. Aflojale, que estos hijos de puta se nos mueren en las manos sin largar prenda. Tirado de espaldas sobre el fondo de la canoa, siente antes de perder totalmente el sentido, el peso de una bota que le quiebra la columna. Vuelve lentamente en sí al cabo de unos minutos. De unas horas o de muchas semanas. Pero vuelve. Sin identidad, sin memoria, también sin dolor. Le cuesta el menor movimiento, como si se hubiera extinguido toda relación entre cerebro, nervios y músculos. Ya no está atado a la cama de hierro. Alguien ha barrido la sangre y los excrementos que fueran su única respuesta a unas preguntas ya olvidadas. Sin alzar la cabeza, recorre con las manos un piso de tablas. El olor a madera y una adivinada proximidad de agua le acercan una sed pretérita. Aguantate unas horas para que no te agarren contracciones. Si tomás agua estás listo.

Abre despacio —entreabre apenas— un ojo. El otro es un agujero de sangre coagulada y barro. Su cerebro registra con esfuerzo el muelle, junto a un arroyo. A pesar de los tabúes y las prohibiciones, el agua significa aún escape, libertad. Intenta arrastrarse sobre el vientre. Las piernas son un montón de carne insensible. Solamente los antebrazos sirven para avanzar, centímetro a centímetro, haciendo fuerza con los codos. Por fin, ya en el borde, incorpora levemente la cabeza y espera. Tiene que sobrevenir el golpe de las botas sobre la espalda. O los palos de goma en los riñones. O las mandíbulas de los perros. Mejor —en todo caso— un itacazo o una ráfaga de uzi. Aunque sabe muy bien que no le cabe esperar tanta suerte.

Hay una canoa amarrada al muelle. Cerca de él. Cerca de esa absoluta soledad, porque en el muelle no hay nadie. Agarrado a uno de los palos, se deja resbalar hacia

la canoa. Es dificultoso hacerlo despacio, pero de otro modo el único resultado sería volcar ese penoso destello de esperanza. Ya ni siquiera recuerda el sentido de la palabra esperanza.

Cuando los pies tocan el fondo de la embarcación, desata la soga y se deja ir. ∎

Al límite

Debe estar cerca. Es casi la misma orilla. Quién cerca de qué de dónde. Al menos los mismos tréboles y las mismas (parecidas) casuarinas. *La misma noche que hace blanquear los mismos árboles*. Conoce (¿recuerda?) la especial deformación del tiempo en las orillas del territorio. El modo en que las mañanas requieren mayor ímpetu para apartar las últimas nieblas nocturnas. En que los ocasos se precipitan casi contentos en el embudo de sombras. Recuerda haber perdido el mapa. Pero el mapa —según la semántica general al menos— no es el territorio. Acaso no se habrá perdido la esperanza… *y la esperanza ni les permite recordar / que tampoco llevan mapas ni brújulas a bordo*. Sabe del matorral de tacuara que aparecerá unos cincuenta metros adelante, casi frente a la casa del maestro. Todo a su alrededor lo nombra sin nombrarlo. Aún soslayando sus poemas. Aún prescindiendo del vino. Aún ignorando la ausencia de la luna. *Tú enseñaste, maestro, que ni luna, ni vino, ni poemas / son placeres honestos para un muerto*… Hasta el mismo aire húmedo, un tanto más calmo esta vez. Un vaho sensual que induce el sopor e invita a no pensar. Saborea la tentación de vaciar la mente no ya para reflexionar acerca de la nada o el ser. Sino —pura inocencia— para no pensar. En nada. Apenas conciencia de la exhausta respiración y los ínfimos latidos. En cada parcela de sí. En la cabeza. En las carótidas. En el pecho. En las muñecas. Ser uno mismo esa respiración. Ser uno esa sangre y ese latido. Una pequeña música. Pequeña música nocturna, una de sus añejas debilidades. Rubito le adiestró la oreja para no confundir a Wagner con Richard Strauss. Juntos han cateado el oro. El del Rhin. El de los Nibelungos. Juntos han saboreado el néctar. Juntos han acechado en Rosaspata el primer rayo del solsticio de primavera que transforma la frialdad basáltica de Jananti en torrente de oro fundido. Antes han perseguido los secretos herméticos en los laberintos de la Piedra. Auscultaron el rastro de la Durlindana. La espada del Apóstol. La del Campeador, la tizona de Rodrigo… y las tinturas que dan la potestad de tornarlas cobre, hierro basto u oro fino y bruñido acero. Las que los salios consultan por oráculo. Hasta las de Jaschaturian.

Silbando polonesas estuvieron a punto de lograr el cuteau del liceo militar. Al amparo de Scherezade han perpetrado con Lorenzo módicas raterías de librería. Por esa vía abyecta han arribado a las excelsitudes de Demian, El lobo estepario, Juego de abalorios, Sidartha, el Rubaiyat, Cantos de la caravana, Los gazales de Haffiz, Narciso y Golmundo… Por otra vía perfumada y sensual Ana María lo había iniciado en los misterios de Ayn Rand y Orígenes e Hilarión de Monte Nebo. Los caminos del Señor son inescrutables. Wasserman y Herman Hesse lo habían purificado con el vitriolo y con el hielo. Los cilicios del intelecto no son menos mortificantes que los de la carne. Llegarían luego las cauterizaciones de la mano de Voltaire, de Schopenhauer, de Nietzche, de Ingenieros. El fuego solo se cura con más fuego. Todo ahí a la vista en un primer plano, todo junto. Bien sobre la orilla cerca de la casa. Nebulosa historia la del maestro Nicolás. Meritoria de la rúbrica voluntariosa aunque petulante de maese Niklaus Koppernigk. Historii nebulæ. Historia anterior a la música de las esferas. Aquellas bolas de fuego recorriendo en la noche alta el silencio de sus órbitas. Rumor acerca de amores contrariados. Visión rubia de unas trenzas y unos ojos zarcos, detrás de la ventana que se abre entre los ciruelos. Labios encendidos. El ladrido distraído de un cuzco arrinconando gallaretas contra la paja brava al borde del zanjón. Escasos medios tonos la llana biografía de esa tribu de ex leñadores, ex marineros, ex nutrieros, ex cualquier cosa puestos a salvo de toda curiosidad a la sombra de sauces y limoneros. No tiene conciencia de haber caminado demasiado, pero el instinto le indica que ha dejado atrás Isla Agradable, donde tal vez habrá intercambiado algún chisme y un par de tintos con el gordo Juan Carlos, quien no escatima matizar la reparación del muelle o la cortada de leña con historias de mirones escondidos entre los ligustros o señoras remojando su desnudez en el agua discreta de las madrugadas. Con el gordo han sido vecinos hasta que una noche de verano lo perdió para siempre entre los remansos de Bajos del Temor.

Una semana de marcha a través de estas soledades es suficiente para doblegarle la voluntad al más optimista. La carga pesada quedó en los almacenes del puerto. Pero aún así las armas y la mochila hacen de los minutos horas y de los días años. Las granadas y los obuses de los cruceros ingleses calientan levemente el aire alrededor de cada explosión. Pero el silbido que las anuncia deja una traza gélida en la médula. De modo que en el momento del impacto, uno no sabe si la parálisis se debe al miedo o es que acaba de perder un pedazo de su cuerpo. Hasta hace dos días el bombardeo

aéreo y el fuego de los barcos se concentraba sobre Puerto Argentino. Pero anoche un par de unidades comenzaron a disparar desde el noroeste. Han echado anclas en la ensenada o están navegando ya por el estrecho. Ellos están intentando avanzar desde esta posición al SE de monte Alberdi para evitar que establezcan una cabecera de puente en la costa oeste. Salieron de Puerto Argentino en grupos de cinco soldados con un suboficial al frente. Cada grupo lleva sus instrucciones y raciones para dos semanas. Cada amanecer se repiten las mismas órdenes, idénticos movimientos, los mismos gestos. Elegir cualquier hondonada que corte el horizonte de los infrarrojos. Delimitar a ojo un área de unos cuantos metros cuadrados. Dejar las mochilas y empezar a cavar. Lo mismo que en el campamento del delta donde los entrenaron una semana antes de volar a Río Gallegos. Lo mismo que en el campamento de Gallegos donde completaron otra semana de entrenamiento antes de volar hacia las islas. Caven más rápido manga de maricones. Apenas salga el sol estos hijos de puta nos tendrán a tiro. Sus telémetros escrachan un atado de fasos a cuatro millas. Todo casi igual, casi todo. Pero la tierra del delta era blandita. La de Gallegos una tosca seca y pedregullo. Esta es una arcilla magra y cerca de la costa los pozos filtran agua en un par de horas. Y uno empieza a tiritar y necesita moverse para estirar las piernas pero el sargento ya dijo que al que sale del pozo antes de la noche lo baja de un tiro.

Todo igual. Las mismas anguilas remoloneando en las caletas a la espera de mojarras desprevenidas. Las mismas chicharras afinando los mismos violines al ardor de la siesta entre las ramas de los mismos eucaliptus. Los mismos cangrejos haraganeando al sol entre las mismas piedras. Un par de veces intenta enfocar la canon hacia un carpintero abrazado al tronco de una de las casuarinas que dan su sombra al muelle, o un martín pescador vigilando el agua desde la otra orilla. Pero sospecha que es inútil, que todo resultará en una confusión grisácea igual a la de los dos rollos de semana santa. Entonces había salido del paso pensando que era película vieja. Ahora será difícil repetir la excusa. Su memoria tampoco aporta, salvo destellos o retazos de algo así como el libreto de un sueño que mezcla trazas de una realidad distante con resabios de una borrachera interminable. Imágenes se amontonan sobre otras imágenes, sin orden ni concierto. Una tararira pudriéndose debajo de la casa de Maclean. Botija enredado a mordiscos con una comadreja. Un atardecer de sábado estival remando en silencio bajo los rosales que abovedan el Mburucuyá. El chinchorro dado vuelta con los chicos en el Arroyón. Una culebra zigzagueando

contra la creciente, a pasos del albardón. El chillido de los murciélagos en la quietud del anochecer. Una boga asándose al calor de unas brasas de chañar. Es casi la misma orilla.

La marcha por la costa ya tiene más de huída que de avance. Andando durante la noche y escondiéndose de día. Las escasas horas de sol invernal no alcanzan a derretir la escarcha. Al retirarse la marea la costa queda convertida en una marisma de arcilla aguachenta. Los borceguíes se hunden en el lodo congelado. La humedad se hace hielo entre los calcetines y el cuero. El perfil recortado del terreno hace más dificultosa la marcha. Y el equipo pesa como si transportaran una carga de adoquines. No alcanzan a llegar a San Carlos. Hay dos fragatas y varios cruceros ingleses en el estrecho, aparte de los transportes. Reciben órdenes de consolidar una posición en el prado de los Gansos para cerrarles el paso hacia Puerto Argentino. En cuanto comenzaron a desembarcar retomaron el cañoneo, día y noche. Tanto desde el estrecho como frente a Puerto Argentino, donde hay dos posiciones importantes, monte Kent y monte Longdon. Camina y camina, sin saber hacia dónde. Hacia adelante. Atrás lo siguen los disparos y los obuses de las fragatas inglesas. Ganso Verde debe estar a un par de millas a su izquierda. Y por el camino que lleva, si se puede llamar camino a la huella pedregosa anegada cada medio kilómetro, tiene no menos de dos jornadas para volver a Puerto Argentino. Las tripas le duelen de vaciedad y la herida en la cabeza vuelve a sangrar, por debajo del precario vendaje. Sus últimos compañeros quedaron atrás, Moreira sin piernas y Suárez con un bayonetazo en la cadera. En bandolera lleva solamente un par de cargadores, pero las municiones no se comen. En algún rincón de su memoria asoman unos versos que un poeta ciego aún no ha escrito y refieren la oscura muerte de un soldado oscuro en una playa oscura. Es como si aquel río de Heráclito hubiera empezado a fluir en sentido inverso y entonces se siente caminando penosamente hacia su propio nacimiento.

Todo se amontona en su cabeza afiebrada por la infección y el hambre. Aunque mucho más que el hambre es la sed la que cierra torniquetes de alambre en su garganta que ya ni puede enunciar sonidos, apenas un ronquido lastimero, marcando el ritmo doloroso de los borceguíes hacia ninguna parte. Los disparon suenan cada vez más lejos y estallan en su cabeza cada vez más cerca. Las fragatas colgaron en el cielo nocturno un sol artificial. Que nadie se detenga. Que nadie descanse. Que nadie

duerma. Nadie se rinde, carajo. También ignora, porque al menos la ignorancia es piadosa, que nunca llegarán las cartas ni los chocolates. Mejor tampoco fasos, no sea que les pase como en *Sin novedad en el frente*. Agáchense, carajo. Corran, carajo. Disparen, carajo. Caven, carajo.

La casa del maestro no puede estar a más de veinte metros. Solo que la espesura del ligustro y los sauces no la dejan ver aún. Los ruidos de la noche se cierran sobre su cabeza, arrullándolo en un tutti de lechuzones y grillos y ladridos. Ahora se arrastra, porque las piernas le pesan como bolsas de arena y entre tanta agua siente el ardor de la sed en la garganta donde una brasa despelleja y quema. Sobre su cabeza algunas constelaciones parecieran haber reacomodado el mapa del cielo. Frente a la casa del maestro, duda entre intentar la subida para procurar algún alimento o bajar al arroyo para calmar el ardor en la garganta. Finalmente, con el postrer hálito se deja resbalar por el albardón y se hunde lento en el agua, esa agua cálida y acogedora como una placenta llena de contención y de promesas de amor. ∎

El guiño

- Primer Premio IV Certamen Nacional de Cuento "Malvinas Argentinas" 2006 / Biblioteca Popular Héroes de Malvinas, ciudad de Lobos, provincia de Buenos Aires.

Al adelantar el pie derecho volví a dudar. Entorné los ojos, jugándome a tropezar con el breve desnivel y hacer un papelón. Pero necesitaba ayuda. Tal vez más que ayuda una ratificación, un guiño. No sé por qué (sí que lo sé por supuesto) esto me pone en pantalla la cara del general. Y como un disparador todo lo que vino atrás. Bien ordenadito pero todo enquilombado ¿entendés? Para qué te pregunto. Esa manía de pedir permiso, de buscar confirmaciones que nadie te puede dar. Y si pueden es lo mismo. A nadie le interesa dártelas. Ni confirmaciones ni nada. Solamente dudas. ¿Quién fue mi padrino (o madrina) de confirmación? Primero tendría que ubicar la época. Antes de la colimba, eso seguro. Y en la primaria posiblemente no. Entre los doce y los dieciocho entonces. Un dato medio pobre, algo vago. Pensé vago y sentí la mirada del tipo. No quería abrir los ojos porque sabía que estaba ahí. Frente a mí con su mirada despectiva. Son ratas que quisieran meter la mano en el bolsillo y sacar un grande. Tirártelo con gesto de tomá pibe. Sienten que al llamarme pibe se ven menos arrugados. Pero el alma no te la podés planchar, hermano. Te relojean de arriba a abajo y cierran los ojitos, haciéndose los giles. Somos muchos. Esa moneda que no querés soltar te quema en el bolsillo. Vos sabés por qué. Estos negros de mierda son capaces de cualquier cosa para dar lástima. Estás bastante cambiado, hijo de puta. Pero las canas y el portafolios y el citizen que se te escapa por la manga no dan para armar el personaje. Bajá la vista cuando te hablo, turrito. Sí la bajo. Sí qué tagarna. Sí, mi teniente primero. La bajo justito para darme cuenta que un reloj de ese precio encima de estas vendas roñosas, casi en el codo, sería una boludez. Así con los ojos cerrados lo veo clarito. Colores y ruido todo de golpe. El sistema de tracking automático está ajustando la imagen. Esto no es joda, manga de maricones. Se pueden ir olvidando de mamita y de las milanesas con puré. Si no les cierra el menú del día van a tener que buscar algún gringo o copar una chacra. Ni que fuera brujo el desgraciado. No ese día ni esa noche. Pero el viernes o el sábado dimos con la casa y con la mujer. Es increíble lo rápido que se aprende cuando tu vida depende de las orejas y una bayoneta. Tendría unos cuarenta y tantos. Y hasta ahora nunca supe si la mirada era de miedo o de desprecio. Posiblemente las dos cosas. Después de una

semana de fajina a media ración no te queda demasiada paciencia. Si hace falta les cortan las manos. Estas inglesas manejan armas y son de cuidado. Total igual les pueden abrir la bragueta con los dientes. Y se reía el hijo de puta. Pero cuidado con los testigos. Si se dejan madrugar ni cristo los salva del consejo de guerra.

En realidad ni confirmé ni me confirmaron nada. Pero pienso que fue Gastón, claro. Enchufarme dos o tres sacramentos era medio como echar hortal para espantar los grillos topo o liquidar hormigas. Que el mundo es redondo ya no lo dudo. Dimos la vuelta y ahora el topo sos vos, pelotudo. Convencido de que si le das a la palita y a las uñas y dejás la piel de las rodillas en esta tosca de mierda hasta podés seguir respirando. Sin averiguar qué es lo que te tironea de las tripas y de los huevos. No, tenés razón, eso quedó colgado en la puerta del cuartel, hace tanto tanto tiempo. Nada de fasos, manga de boludos. Los ven a un kilómetro y son boleta. Duermen encima de los infrarrojos y los telémetros estos culos rotos. Abro un cachito los ojos para ordenar la película. Cambiaste bastante pero esa mirada no me engaña, no la olvidaría aunque viva mil años. Te pasaste el portafolios a la zurda. Para desenfundar más cómodo, claro. Te diste vuelta después de ladrar bajito andá adelante que te cubro. Alcancé a mascullar que era más seguro el pozo, a pesar del barro y el olor a mierda y a fiambre congelado. Con el gruñido del seguro me convenciste. Tienen que avanzar hasta el punto de encuentro a las cero más ochenta y cinco. Hay un mortero atrás del montecito. Y un par de rastreadores por satélite entre esa posición y el Kent. Hay que volarlos para poder zafar. Y claro, teniente, pensaste que no valía la pena comentar lo de las minas. Al fin de cuentas yo tenía fama de discutidor al pedo y nos podíamos pasar la noche en ver si eran inglesas o nuestras. Mirá dónde ponés los pies, es lo único que dijiste. Tranquilo que te cubro. Y ahí estaba la noche y el Kent adelante y treinta pasos atrás el turro con el fal apuntándome al centro del culo. Yo también abrazaba el mío. Aún sabiendo que si me llegaba a temblar el dedo me bajaban de una. Pero mirá lo que son las cosas, siempre pensando que el peligro estaba allá adelante. Tratando de adivinar la ubicación del mortero pero sin perder de vista los dos murciélagos. Decían que te marcan un atado de fasos desde cuatrocientos kilómetros de altura. Y el oficial de tiro, calentito y sin mojarse te apunta en una computadora de bolsillo y fuiste. Sé que no pude pensar nada. Fue todo junto mi pie derecho y el relámpago, avanzando con bastante calma porque te lo habías guardado para vos. Y yo en medio de un calorcito que me subió de golpe por

las piernas y el sol de repente cuando faltaban todavía casi tres horas para el amanecer.

Me estás marcando y te miro y no sabés. Es decir sabés pero no sabés si yo sé. Me vas a querer primerear con ese guiño de turro y el billete de dos pesos que apareció de repente en tu mano y el gesto amistoso de señalarme el asiento para discapacitados y ayudarme a parar las muletas contra la ventanilla. ■

Latitud 55 sur

Con esta humedad de mierda todo es más difícil. No sé de qué se alegraron los macedonios al llegar al mar. Las velas pesan como el demonio. Los aparejos dejan un rastro de sangre en las palmas. Quién sabe a Moshe, claro. Pero a él las circunstancias le obligaron a nadar muy joven. Nada por aquí, nada por allá. Lo que mata es la humedad. Siempre. Uno nace, vive y muere pataleando. Y nadie te pregunta si está fría o contaminada. A la fuerza te declaran buzo táctico. Y te echan al agua, sin una miserable botella de champán. Ellos ordenan y chupan todo el tiempo. A mí también me alegraría después de caminar un par de meses por la arena. Mañana no me va a importar. Pero hoy no lo soporto. Estas velas pegadas a la piel. Estos aparejos que me cruzan la cara con su chasquido seco. Lo único seco que me ocurre desde quién sabe cuándo. Cuándo empezó esto. Cuándo se termina. Cuándo es cuándo. Siempre. En el principio era el agua. Al menos sería buena para beber. Ah… no te hace falta gritar. Vas a ver que al final también va a ser el agua. Y ni te vas a dar cuenta si está buena para tomar. Tenés que darles las gracias. Con paciencia y con saliva te fueron sacando las mañas. Usted no quiere nada. Usted no piensa nada. Usted no vale nada. Hasta hace un rato me dolían las piernas. Me parece que le estuve dando de comer al hipopótamo. Los voy a domar como si estuvieran en el circo, manga de maricones. Sí señor. Más fuerte, hijos de puta. Sí señor sí señor sí señor. No los escucho, tagarnas. Nene dale las gracias al señor. Gracias señor por la comida que nos diste. Ahora ya no me duelen pero me pesan. Crecieron como hipopótamos dentro de este traje que no me deja ni respirar. Me pesa por el infierno que merecí y el cielo que perdí. Bajito, bien bajito, ahorrate el aliento. Total el agua transmite bien los sonidos, te acordás lo que nos repetía el petiso Degiovanini. Siempre te costó lo de la velocidad de la luz y la del sonido. Al fin de cuentas tu historia empezó en la oscuridad y en silencio. Y muy quietito. Bastante. Tratá de no moverlas porque te vuelven a doler. Me duelen y me pesan, pero mucho más me pesa porque pecando ofendí a un Dios tan bueno y tan grande como vos. Ya no me acuerdo si grande o justo. Justo debe ser porque él no tiene cuerpo, como el tuyo por lo menos. Pero sin embargo el padre Manuel repetía como una letanía corpus domine

nostri corpus domine nostri corpus domine nostri… Pero en medio de esta oscuridad y con este frío qué te puedo ofrecer yo. El relámpago reventó en silencio mientras dormíamos. Era una parte del sueño, porque por un momento nos quedamos ciegos y sordos. Y enseguida seguimos durmiendo. De chiquito te ocurría, te acordás. Vos dormías bien acurrucado entre las mantas. Los ojos muy abiertos clavados en alguna parte lejos. Mirando quién sabe qué monstruos a través de esa espesura negra y pegajosa. Y escuchando solamente el latido de tu corazón y el pulso. De repente el chasquido, la explosión y el relámpago. Un instante apenas, después otra vez el silencio y la oscuridad y mamá que apagaba la luz y cerraba la puerta. Y volver entonces, desacompasados el corazón y las arterias, a las tinieblas del comienzo. Porque vos sabías que por encima del silencio y la soledad y las aguas estaban las tinieblas. Tuviste siempre la vaga sensación de que todo lo importante sucede en silencio y a oscuras. Tus viejos, que vos espiabas procurando adivinar qué es lo que hacían en el cuarto tanto tiempo callados y con la luz apagada. El primer roce de tu piel con una piel de mujer. Lucía, la hermana de Santiago, te acordás. *Fue en la noche de San Juan y casi por compromiso… se apagaban las farolas y se encendían los grillos…* La primera vez que te dejaron en penitencia en la cripta del subsuelo de la capilla. El sermón de tinieblas que pronunciaba el padre Julio la noche de viernes santo a la luz de los cirios y en un ámbito sepulcral. Tu primera vez en serio con aquella piba de Las Flores que le daba vergüenza mostrarse desnuda. Pero no son esos recuerdos los que te hacen transpirar. Es esta humedad que se te va metiendo por los ojos, por el cabello, por los poros. Tan apretada que ni se sabe qué es. Una oscuridad húmeda. Una humedad densa y oscura. Y un frío medio ácido que te traspasa. Me hacés daño. Estirás la mano inútilmente. Estás solo en esta humedad que se te enrosca al cuello como una lampalagua. Y eso fue precisamente lo que pensabas aquella noche, en la inmensidad de una cama en la que una enorme lampalagua te devoraba entre gemidos de placer. También hubo de repente un relámpago, pero nada que ver. Entonces te relajaste todo y te quedaste quietito en medio de la cama, con los ojos cerrados y la boca muy abierta, abrazado a la piel húmeda de la lampalagua.

En cambio este relámpago, dentro o fuera de tu sueño, fue diferente. No te llegaste a despertar del todo. O no pudiste volverte a dormir. Andá a saber. Un fuego igual intenso viniendo desde el fondo de la noche pero sin gemidos y sin la sensación de la

otra piel. Tuviste como una impresión muy fugaz de algo que estallaba con violencia, sin poder precisar si esto ocurría afuera o adentro tuyo. Siempre ocurre en las orillas del sueño. Sabés que hay una frontera, un límite impreciso. Una vereda, una senda que de pronto se interrumpe, se suspende como colgada de… de nada. Uno que gira o el entorno que se pone a dar vueltas a tu alrededor. Como un espacio sin gravedad. Sin arriba y sin abajo. Sin un norte y sin un sur. En realidad —cuando querés pensarlo— sin un antes y sin un después. Esta humedad es ahora. Esta oscuridad es ahora. Este silencio es ahora. Y también este dolor donde el hipopótamo te clavó los dientes. La sangre que se te está escurriendo por la mordedura también es tu ahora. Y pensás puta qué mala leche. Estar entrenado para casi todo lo que te pueda acaecer en medio del agua a bordo de un barco de mierda. Sonares. Señuelos. Redes. Cargas. Antiaéreos. Pero nada que te sirva para evitar que un hipopótamo boludo se te venga encima aprovechando la oscuridad y las nubes bajas. Por qué se te ocurre pensar ahora en la baja. Tantos planes. Tantos proyectos. Desde seis meses antes que te sortearan. Marina me decía te va a tocar un número alto. Para que te acuerdes de mí todo el tiempo. Y en cuanto te den la baja nos casamos. Y ahora pensás que en cuanto te despiertes te van a comunicar la baja. A todos. Es una salida de rutina dijo el comandante. Antes. Arriba. Nunca. No se repitieron los relámpagos. Solo el silencio y la oscuridad se repiten. Y la humedad. Y las estrellas que te recorren el pecho, el estómago, las ingles. Las piernas no, las estrellas llegan a los muslos y se apagan. Y se van apagando despacito los latidos y los recuerdos. Te volvés a dormir, con la imagen dulce y sonriente de Marina.

Y sospechando vagamente que a nadie se le a ocurrir buscar un crucero en la panza de un hipopótamo. ∎

Se nos vienen los túrdulos

Allí están. Los túrdulos. ¿Los túrdulos? Y los miriápodos. Cagándose a patadas. Dándose de palos y coscorrones a todo lo ancho de la cavidad mesentérica. Claro que no son los únicos en disputar el territorio. Aguerridos grupos de lactobacilos han echado pie a tierra al atravesar el cardias ya relajado y marchan rastrillando y excavando a través del epigastrio. Agujeros menudos y cráteres grandotes por todos lados. De algunos brotan pestañas. De otros salen haciendo piruetas unos nematelmintos descoloridos asquerosos. La zona es un marasmo de pepsinas y diversos jugos en variado estado de acidez y descomposición. Por lo cual el avance se hace dificultoso para los ciliados. Pero esta batalla la van ganando los coprófagos esa es la ley por lo visto. La situación no es mejor en las inmediaciones del hígado. La frontera de uno a otro lóbulo se percibe confusa y el conjunto se ve como una masa de gelatina opaca y fofa, inmersa en un líquido verdoso nauseabundo, producto con toda evidencia del estallido y posterior —rápida— putrefacción de la vesícula. Hileras apretadas de curculiónidos desembocan por una rotura de la porta y se desparraman en desorden al asalto del páncreas. Todo es un pantano de coloración variopinta tirando a un barro verduzco maloliente. Un continuo hervor. Un borboteo obsceno. Un estallido artificioso de bilirrubina, sulfuros, isocianatos, cadaverina y otras enzimas terminales. Me falta tirar adentro alguna moneda y pedir un deseo. Pienso Hiroshima no debió ser peor. No sé si lo pienso. Tal vez lo haya murmurado. Ese ínfimo truco para eludir la soledad. Será entonces Gulag. Eso es, claro. La estepa y el mar helado y todo lo demás. Y los trajes naranja. No hombre. Eso era Estación Polar Zebra, qué va. O Zabrisky Point. Te equivocaste de video. Esta puta falta de memoria o de interés que me impide fijar la data. Estoy seguro de que los años en este antro me han carcomido el seso. Todo lo que pienso, veo y toco lo relaciono de inmediato con el hielo y la soledad. Nada más, coño. Lo otro no se nombra. Es lo primero que me advirtieron al ingresar. Aquí venís a trabajar, no a dártelas de filósofo. Cuidate de la depre. Recordá que lo que no se nombra no existe.

Eso fue todo. Como curso de instrucción una maravilla, qué querés que te diga. Al principio apesta. Por una semana al menos todo lo que ingerís sabe a formol. Con suerte y para variar a ácido fénico. Por algo me pareció siempre mucho más llevadera la química inorgánica. Nadie dice que no tengan su encanto los anillos bencénicos o una molécula de α-tolueno 3-5-dimetil pirrolidina. Aunque no se pueden comparar con una buena cristalización de ioduro de plomo o de sales de cromo. No me quiero imaginar cómo lucirían unos prismas de amatista sumergidos en una solución de permanganato de potasio iluminados por una buena dicroica. O unos cristales de rejalgar o de oropimente en una solución de bicromato. O sobresaturar una disolución de sulfato de cobre y dejarla enfriar despacito. Algo así debió tener in mente el autor de *Viaje a las estrellas*. También a bordo de la Enterprise se vivieron escenas de acrílico y técnicas criónicas que bastante tienen que ver con este entorno. Salvando las escalas claro. Estuvo muy piola el negro cuando me apuntó que yo solo me iba a dar cuenta cuando mi aprendizaje estuviera terminado. Porque lo terminás o esto te termina. Estuve catorce años seis meses y dieciocho días listado como provisional —como supernumerario— hasta esta mañana de febrero en que el negro apareció durito adentro de uno de los unipersonales. Poco barullo porque a los del subsuelo nada nos saca de este equilibrio rutinario que con los años te das cuenta que es la única vacuna contra la locura o algo peor. Dos o tres preguntas, un vistazo casi indiferente y unas anotaciones apuradas en el tarjetón amarillo y pasame el informe antes de irte. Medio atontado pienso quién se lo va a decir a la familia. Sabiendo que el negro no tiene un perro que le ladre. Bueno sí tiene un perro pero no le ladra. Lo recibe todas las noches moviendo la cola y lamiéndole la cara.

Pienso qué extraño eso pienso nada más. Si hay algo que te pone a salvo de cruzar la calle sin mirar hacia ambos lados es este laburo donde todos los días te traen pedazos de tipos distraídos que ya no te la pueden contar. Igual lo del negro no fue al cruzar la calle. Ni un estudiante se podría equivocar con este azul negruzco y esa mirada desorbitada del que a último momento se da cuenta que metió mal el dedo y se va a dar de narices con una puerta ajena. Me equivoqué pibe. Eso parece decirme la mirada fija medio apenada del negro. Eso es lo extraño. Un tipo exacto hasta en la respiración. Inspirás en dos tiempos. Descansás dos tiempos. Expirás en cuatro y descansás. No se equivocaba nunca. No perdás tiempo con este. Hacele un corte de fémur y meté un cacho de médula en el micro. Te juego que encontrás diatomeas a

montones. Este todavía respiraba cuando lo tiraron al agua. Y no le erraba. Son años pibe. Le gustaba sobrarme pero creo que me quería. Se quedaba mirándome con los ojitos burlones. Acaso esperando a ver si yo también movía la cola. Puta ni siquiera pudo disfrutar del último lambetazo. Igual el bicho no hubiera podido entrar acá. Ni los perros entran sin identificación. Aunque como es el del negro quién sabe. Y a pesar de que el negro nunca lo trajo al laburo por ahí se mete como si tal cosa y le pega nomás el lambetazo. Uno está curtido y de vuelta de todo. Eso decimos al menos como para convencernos cada tanto. Pero por ahí nos puede el dolor de un animal. Esto es como las invasiones de los bárbaros pibe me solía decir. Vos que te asustaste cuando te dije de los túrdulos. Jaja. Esperáte nomás que caigan los hérulos. Y los astrágalos. Jaja. Eso no lo vas a encontrar en los libros pibe. Esas son perlitas de mi cosecha. No te la sigo para que no te pensés que te quiero pasar por encima qué esperanza. Ya vas a ver. No te imaginás lo que es esto. Agatha Christy y el autor del anatomista circularon por acá. El doctor Lexter seguro también jajaaaaa… Acá escribió el viejo Georgie su libro de los seres imaginarios, calculá. Mirá si sabía cosas el viejo. Aunque la mayoría no las aprendió en la biblioteca sino como inspector de ferias. Jaja. Lo que es la vida no. Bueno, de eso y de lo otro acá no se habla pibe. Vos escuchás a este negro gil y musa. Hacés de cuenta que no te dije nada. Te entra por una oreja y te sale por la otra. Como aquel quía que trajeron el invierno pasado que le habían atravesado una aguja de tejer de oreja a oreja. Qué joda mirá de lo que me vengo a acordar justito ahora. No me des bola pibe. Era fatal el negro. No tenía ningún respeto por nada. Claro después de pasarte un tiempo acá ya no sabés qué es lo que se debe y qué es lo que no se debe. Terminás gritando quiero valetodo. Quiero valecuatro carajo. Quiero valetuabuela.

Se las sabía todas el hijo de puta. Pero todo lo que sabés acá no te sirve de nada me decía. Acá venís para olvidar. Si podés. La memoria es una carga muy jodida sabés. Mirá si no cómo terminó aquel Funes. Hoy la tengo con el viejo carajo. Después de tantos años quién diría. Y no me gustaba. Escribía cosas que no sabés por dónde agarrarlas. *El inmortal. La casa de Asterión. Las ruinas circulares*. Después de estar acá unos cuantos años lo empecé a entender. Hasta lo entré a querer cómo no. No sé si el viejo sinvergüenza no habría estado trabajando una temporadita acá quién te dice. Andá a saber de qué hablaba cuando hablaba del infierno y de los laberintos. Hubo un tiempo que cada vez que abría una cubetera me parecía que iba a encontrar

un aleph acurrucado. Cierto que a esta temperatura no hay organismo que resista. Pero como era un invento de él andá a saber. Dicen que en Mercurio y en Venus podría haber vida. Por qué no en Neptuno o en Plutón qué joder. Qué son al fin de cuentas trescientos grados para arriba o para abajo. Comparados con los millones del sol nada. Y con el cero absoluto del espacio tampoco. Preguntale a lord Kelvin pibe vas a ver cómo le pone la firma a las palabras de este negro opa. Mirá si entonces yo no podría ser lord Jim jjaaajjaaa… A veces parecía que Borges y las medialunas calentitas del Astral eran la única preocupación de su vida. Y tal vez lo fueran. Ya que nunca le afligieron la cara, los prejuicios sociales ni las remotas seguridades de la jubilación. Para no encontrarse cada mañana con aquella tez oscura y cuarteada por los vientos de la pampa, hacía mucho que había optado por afeitarse de memoria. El leve rasguido de la hoja contra el cuero y algún distante control con la yema de los dedos le bastaba. Negro sobre negro no se nota decía. Es como el teatro negro de Praga viste. Cuando se me ponga blanca la barba el asunto será más complicado se reía entre dientes.

La verdad es que me cuesta deducir el verdadero color y de ahí su verdadero estado. Todos los cianóticos que tuve a mi alcance eran de tez blanca. No me resulta fácil imaginar los mismos síntomas en este cuero pardo apergaminado. Tenés que confiar un poco en tus conocimientos y un poco en el instinto pibe. Parece decirme con su sonrisa cachadora. Pero hoy el gesto no es alegre ni cachador. Por primera vez desde que lo conozco lo risible y lo cómico hacen lugar a algo que se acerca demasiado a lo trágico. Digo trágico en el mal sentido. En el peor. Varias veces en los últimos meses lo agarré repitiendo versos en voz baja. *Ven muerte tan escondida… qué delito cometí contra vosotros naciendo…* Qué te pasa negro. Nada pibe. Ejercicios de mnemotecnia sabés. Pero vos siempre decís… No me des bola pibe, seguí con lo tuyo. Vos metételo en el mate lo que no se nombra no existe. Debí darme cuenta de que algo raro le rondaba por la cabeza. Más de catorce años laburando a su lado me enseñaron a observar. En cuanto llegaba su cerebro se ponía en funcionamiento. Antes del hola pibe ya tenía la radiografía completa. Cuántas mesas ocupadas. Cuántas visitas. Cuántos unipersonales en trámite. Cuántas localidades en venta. Hola pibe. Ahora sí se ponía con el primero sin equivocarse. Los guantes. Las herramientas. Alguna vez pensé que me gustaría tocar el saxo dijo un día.

Me lo podía imaginar tocando la viola o un fuelle. Pero saxo. Los vientos sabés pibe. Como todo el resto de este negocio pensálo. Soplás y soplás hasta que un día no soplás más. Pero mientras podés es lindo. O un clarinete. Y se quedaba callado mirándome con su mirada cachadora. Pasame un abrelatas. Estiraba un brazo. La cara parecía una talla en madera. Nunca lo vi transpirar. Claro acá no es fácil. De recién llegado me agarró con la guardia baja. Si tenés calor sacáte los lienzos pibe. Así te va a resultar más fácil. Cagate si querés pero no me vas a largar la mascada encima de un cliente eh. Al rato volvía sobre la cuestión. Hay negros que la gastan pibe. Louis Armstrong sin ir más lejos. J. Jones. O Freddy Cole el hermano del Rey. Sí claro. Johnny Parker se gastaba las rodilleras gateando por la quinta avenida tras los pedazos de su saxo. Cortázar no podía haber sabido eso. Puro grupo. Johnny lo habrá inventado para sacarle una copa al belga nada más. Si volvés a nombrarlo esto se nos va a llenar de cronopios. Que son mucho peores que los túrdulos pibe mirá lo que te digo.

No es un azul agradable. El mejor lo dan las soluciones amoniacales de sulfato de cobre. Un azul intenso, brillante y limpito. Ese azul mentiroso que los poetas y los letristas baratos le atribuyen al mar. Es un azul más opaco que ese que las señoras llaman azul petróleo cuando te quieren tejer un pullover para cuando llegue el frío. Se reía y decía siempre que las que hablan del azul petróleo nunca vieron un frasco con petróleo ni un pingüino enchastrado. Pero es de verdad un azul sofocante. Ayer me habló de lo mismo. Hay azules que te ahogan pibe no vayas a creer. Vienen sucios de negro. Los negros lo encarajinamos todo. Se reía bajito como para él. Y el hipo. Le agarraba cuando andaba bajoneado. El azul de prusia es el mejor para óleo. ¿Sabés por qué al cianhídrico le dicen ácido prúsico? Para el acrílico no sé, yo soy de la vieja escuela. Prefiero el óleo. Ese olorcito sabés. Esa mezcla del olor del aceite y el de la trementina. Pero en este submarino se te embota hasta el olfato. Pensar que cuando laburaba en el laboratorio de la facultad los dejaba pagando a los propios jefes de cátedra. La mitad de los análisis los sacaba con el naso o con la lengua. Cuando ellos todavía estaban mezclando reactivos yo ya venía de vuelta. Igual no me sirvió para nada sabés. Bueno algunas cosas sí me sirvieron. De ahí me viene seguro el metejón con los azules. Si tuviera un hijo le pondría Azul de Turnbull. O Azul de Metileno. O Azul Francia.

Captá qué nombres pibe. Azul de Prusia ¿por qué no? Pero vos no tenés hijos negro. No claro no tengo. Nunca voy a tener me parece. Y el can se llama Compadre mirá qué nombre. Metéle pibe que se nos vienen los túrdulos. El fiscal no quiere que los viernes dejemos autopsias sin terminar. Debe ser lindo tener quién te teja un buen pullover de color azul petróleo para cuando llegue el frío ¿no? ▮

Miserere IV

Confiteor tibi domine. Vanos son los lamentos y arrepentires si no los sustentare un sincero pesar y el más cabal propósito de enmienda. He caído —tantas veces, Señor— no yo, sino todos los yo que bajo mi misma y única apariencia embarcamos tras las afiebradas promesas y las calenturientas divagaciones de un loco. Que no fue loco él en sí mismo, es decir amén de sí mismo lo fueron sus muchos otros que a la sinrazón se entregaron detrás de sus pregones y su enxiemplo. De tal suerte que no fuera ya question de exponer acerca de un almirante, ni siquiera de unos capitanes ni de unos adelantados. Pues háceseme cierto que así como por Tu mano se multiplicaron todas las creaturas, los devaneos deste loco dieron pie a la incontinencia y la exacción de quier cáfila de condotieros y rocamboles salidos los unos de la frustración de nuestros tercios y los otros de las cavernarias prisiones donde godos y abencerraje apuraban la maceración de sus pecados.

Mal predicador soy destos y tantos otros pecados, habiendo caído como caí y te consta en los abominables senderos de la lujuria y la gula, por no parar mientes en los menos honorables aún de la sodomía y la avaricia. Mas tengo por cierto y lo confieso que no por mis escasos merecimientos aspiro a ser juzgado sino por la infinita misericordia de Tu hijo que contigo vive y reyna. Préstame pues oídos —te lo suplico— que harto me pesan la vista destos desaguisados y el recuerdo de escenas que no debí consentir sin alzar los puños —perdóname— debiendo más bien abajar mis pretensiones a una sola mirada ya del almirante, ya del adelantado, ya de quier de sus capitanes y capitostes. Pues habiendo sido uno en todos, cábeme la inexcusable obligación de expiar en mi ánima la de todos y abogando por esos todos hiciéralo en último lugar por este pobre unumpluribus que a tus plantas se postra en el desespero de la confesión y el tormento de los recuerdos.

Mala fuera mi memoria si en instancia de recordar lo que olvidar debiera, no pudiera al mismo tiempo aplicarme a olvidar lo que de nombrarlo me escuece el espinazo y me despeña por las abruptas laderas del infortunio y la vergüenza.

Dirasme sin duda que te causa asombro mi discurso, cuando fuiste testigo si no de mis exabruptos, al menos de los otros unos que bajo mi imagen llegaste a descubrir y bajo mis hábitos recorrieron calabozos y sentinas y los irredentos senderos de la concupiscencia. Mas doyme adolorido y humillado a recabar tu misericordia a fuer de renunciar a la eterna salvación de mi entenebrecida ánima. Testigo fui y lo confieso, de la iniquidad de tus capitanes y la incontinencia de tus diáconos. Y no me pongo fuera —no— deste revolcadero donde malamente se mezclaron la lujuria y la codicia.

Pruebas las hay y horribles, de lo mucho que pueden los que lo pueden todo. Pudo el almirante entornar los ojos mientras sus sicarios rapiñaban y violaban. Pudo el adelantado acallarme y soltar velas dejando a estribor el cadáver de su mejor contramaestre para festín de los cernícalos. Pudo el gobernador ahorcar a unos desgraciados cuyo pecado más conspicuo era el no tolerar los rejoneos del hambre siendo que no toleraba él el de las ladillas ni el de los apetitos de la carne.

Pudieron nuestros capitanes asaetar, apuñalar, adentrar, zaherir, atormentar, arcabucear a estas tristes creaturas, a unas por les cautivar, a otras por les escarnecer y a los más por expulsar fuere de sí lo más bajo de sus instintos y lo más atroz de sus inclinaciones. Y pude ser, Señor, testigo inicuo de cómo un corregidor marchaba con sus caballerías y sus perros sobres los telares de las ñustas y exponía la cabeza de un inca para escarnio de su estirpe y contentamiento de las aves carroñeras. Hasta llegar a dar la extrema unción a los desgraciados que la mina iba echando de su vientre, incapaces ya de otro sentimiento que no fuera expulsar de sus entrañas la acidez del sublimado junto con sus últimos hálitos de vida.

Por todo ello y tanto más que mi flaca memoria excusa traer a colación, tén piedad te lo ruego. Tén piedad, Señor… ∎

Voces sobre el Urubamba

¿Que nos les basta con la negritud de estos basaltos que reptando por debajo de mis ushutas se aúpan a mi diestra y adelante y por detrás para juntándose por el costado opuesto ascender hasta cerrarse en redondo sobre mi cabeza como de me querer subyugar? *¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!...* ¿Que no les satisface y con holgura el despeñarme en esta soterránea caverna donde vampiros y lagartijas son mi séquito, a falta de mis servidores que degollaron y mis ñustas que han violentado y estrangulado?

No es mi rostro atribulado el que mirando hacia tu infinitud demanda sobre mis verdugos el cataclismo de tu venganza, sino esta máscara que ya no soy yo pero llevo pegada a mi piel como una segunda filiación. Ella apostrofa cuando mi yo verdadero sollozar quisiera en el silencio. Y cuando más quisiera yo desamarrar las ataduras de la compostura y el acatamiento para prorrumpir en un alarido que estremeciera —herético— hasta los sillares del Intipunku, sella entonces sus labios y cae en el abyecto lodo de la resignación.

¡Dejadle aquí amarrado y no le perdáis de vista, que no le arriendo la ganancia a quien incurra en el enojo del corregidor!… No marchamos a paso forzado veinte días con sus noches en procura de este irredento cabrón, para después dejarle escapar de la jaula. Encomiendo desde ya al ánima del corregidor y a su muy escurridiza benevolencia a quien demonios se le diera por abrirle la trampera. Bueno está el ánimo de Su Excelencia después de vomitar tripas de codorniz maceradas en buenas onzas de esa chicha de Huanta que tanto le apetece… y así le deja el caletre y otros humores que —una vez revueltos— malamente dudan entre quitarle el respiro o hacerle ver que vuela como un alcaraván o repta como quier dragón o saurio de diversa índole, so capa de custodiarle la digestión y la siesta.

Oscuros son los escarmientos de la gula y la incontinencia. Y que lo digas tú, hideputa, que a manducar te aplicas con una concentración tal que pareciera irte en

ello la salvación de tu pecadora pelleja. Sin echar cuentas en lo que a trasiego se refiera, que ahí das una cuarta de ventaja al más avispado y ganas por el cogote…

Veo —presiento— todo más oscuro en derredor. Grisura de lo ignorado, turbidez de lo que habiendo sido criado enhiesto sin otra premisa que velar la llama de nuestro Gran Padre abrúmase en el zigzagueo de lo carente de virtud (a menos que por virtud tomárase la fruición en lo injusto y el regodeo en lo inicuo.) Iten más, huélolo así tan de pestilente cuanto percíbolo de negro, como que de ser mi persona ávida de ensoñaciones, creyérame preso de algún tenebroso sortilegio. Mas qué digo preso. Azotado, escupido, coronado de yukas y arrojado en estas mazmorras a la espera de una sentencia sobre la que no se equivocan la acidez de mis pobres vísceras ni el crujido de mis dientes.

Pero derramará el kondor de mi Padre las huacas de la tribulación y la venganza y ahí será el crujir sí y el rechinar de dientes. Que así sea y por la eternidad, para gloria del que vive y reina a caballo de su trono de espejos negros y espinazos de pescado. Bienaventurados los que tienen sed de venganza, porque hallarán la saciedad. Menos exótica es esta sed mía ahora, amoratada mi lengua por el suplicio de masticar estas acederas y esta hiel que los legionarios del corregidor me forzaron a engullir al son de palmadas y risotadas y epígrafes obscenos. Bebe, rey. A la salud de tus telares. Por la hermosura de tus tejedoras. Por la opulenta generosidad de tus vírgenes. Bebe y goza, rey, que endemientras vayas al encuentro de las huríes que predicaron tus profetas, han de alcanzar para nuestro gozo tus ñustas y tus vírgenes. Buena cama por cierto —mejor no la soñara ni el señor arzobispo— en que desfogar estas ansias de navegar y marchar por tierras interminables tras los devaneos de un loco sediento de ilusiones y eldorados. Beba yo siempre en dorado cuenco por la rebosante salud de tus escogidas. Noble y apetecible es el oro conquistado a fuerza de brazo y cojones, aunque para embolsarlo fuere menester acogotar a uno de estos mamarrachos o a cualesquiera de sus sacerdotes y sus régulos.

Hiende el aire, tunde el pellejo, regurgita el acullico cochabambino, que largo no te lo han de fiar los cancerberos de tu desgracia, porque la tuya no fuera asimismo la de ellos. Qué quieres de estos zaparrastrosos yunkas que no ven sino por los ojos del cónsul ni oyen sino por oreja tan mercenaria como la del ladino indio que te delató a

la policía… Faltara nomás que los chapetones aprovecharan la bolada para calzar la punta de sus patas hediondas en tierras del ejército. De puñadas se daban el prefecto de Huankapi y el del Chipao para adentrar su morralla en tierras que nos tributan koka y yantar por bando de nuestro capitán. Que no son de desoír las órdenes del tigre, siendo que su rugido se escucha con temblor desde el Tambo hasta Korakoa y desde San José hasta el Apurinak.

Cazurro ha sido el tío este en avanzarse contra de los caprichos de Su Excelencia. No daría yo un miserable maravedí por mi pecadora piojera de estarme en las calzas de este quía. Corren voces de que le han de descuartizar en medio de la plaza del Cusco para escarmiento de quienes aún sueñen con andarse de rebeldes… Caballos godos han de tirar de su pellejo hasta que rueden sus restos por cada rincón de las Cuatro Regiones. Pero los apokuracas del Cusco no han hallado pecado en él. Tampoco sus sinchis lo inculpan, como no fuere de demorarse en la campaña para recuperar los accesos a Willka Bamba y a todo el valle inferior del Willka Mayu.

No llegó su proclama hasta Lima, pero rápida ha sido la ira del corregidor. Dícese enviado de no sé qué rey de las europas. Ha encarajinado a los tejedores de Pomakancchi. Clamaron en contra de él los panaderos, los doctores y los que venden pescado en la vega de Huancayo. Uti diz que es no menos que aquel pariente suyo de sangre, cuya cabeza cuatro lunas sirvió de tentempié a los buitres y de sobremesa a las hienas, nada más a un abajamiento de cejas del vicerrey. Mas no ha sido poco lo de los telares, pues tortero ni lizo entero quedaron tras de las barahúndas que se suscitaron nomás oírle echar el bando de la desobediencia invocando para más la honra de los antepasados y la protección de nuestro poderoso Señor de las Cuatro Regiones.

No contabilizara yo tanta protección, no, que de tenerla segura malos vientos nos soplarían desde el Antisuyu. Sangre negra lloveríanos desde el Chinkaysuyu. Lágrimas y agua estéril sobre nosotros serían desde el Kollasuyu. Presa seríamos sin remedio del jahuar y los zorros del Tahuantisuyu. Ciertamente robusto y de temerle sería el chamán capaz de resucitar los kanchi que cayeron bajo los cascos de nuestros caballos y al mandoble de nuestras tizonas. Y no de menos respetar sería el que zurcir lograra los virgos que hallamos en la casa de las escogidas. Acaso su dios no

eche de ver la diferencia, pues preñadas por preñadas, bueno se verá a poco el cielo de estos bárbaros nomás entren a berrear y encarajinarlo todo los críos que les hicimos…

Oscuro es asimismo mi humor sepultado desde dos lunas en las reconditeces de nuestro sagrado Willkan Uta. Que no llegue mi voz otrora poderosa a traspasar este miasma pestilente vigilado nada más por un Guildenstern y un Rosencrantz de pacotilla, cuyas narices no huelen la boñiga de estas lobregueces, cuánto más podrían las de mi lejano Elsinor… Triste matriz de las enhiestas cumbres del Jananti orgullo del Intinaku. Nunca la soñara prisión de mis pobres carnes ni celda de mis temerarias ansias de libertad. Pero quién piensa ahora en libertad, cuando han perecido nuestros soldados bajo el hierro vil y nuestras mujeres y niños a puñal y horca diezmados fueron ya.

Triste destino hasta para un tampukiro que hacía suspirar a las cholas en las procesiones del Santito. Algo extraño percibí en la mirada tigrera del capitán, pero me daba el cuerpo que se tratara solo de una mala digestión, luego de los festejos. Porque no paramos en la semana de rezar y bailar y darle a la chicha. Hacía cerca de un mes que el tigre bramaba y amenazaba, sin que nadie atinara con los motivos de tanto enojo. Pero nunca falta uno de estos zopilotes de Palkay —o más aún los arribeños de San Pedro— que entra a calentarle las orejas a los braceros con que lo de la koka no es buen negocio. Primero remolonean con las cosechas, dejan helar las plantitas en lo peor del invierno y finalmente dan por hacer las entregas a destiempo. Viene la bronca del capitán, el tira y afloja por los precios y por fin se van contentos kokeando y tintineando sus dineros de plata. Y de tanto en tanto el tigre planea un escarmiento. Preñadas las chujpas y rebosantes las huacas, quién se sentía poco macho para voltearse a las chinitas ahí nomás a la vuelta de cada cacharpaya… Del resto se encargó personalmente el capitán. Cuando él terminó de ajustar las cuentas con los cabecillas y nosotros ya no podíamos más con las chinitas, prendimos fuego a todo y regresamos al campamento junto al río.

Toma tú la guardia por un rato, Karocas, que malos son los aires en estos socavones. Pero si te llega a sorprender el tigre lejos del retén, serán tres los huéspedes de la pocilga, contando a un servidor.

¡Qué lengua atinara a describir la magnificencia de nuestros males y la solemnidad de nuestro infortunio, en el año en que se abrieron los punku del cielo para derramar sobre nuestros campos la ira de los lobos y la impaciencia de los jahuares! Las vírgenes de nuestro Padre, las elegidas y las ñustas, ni lágrimas podían ya prodigar, a la vista del cuerpo hermoso de nuestro Inka asaetado por los afilados aceros de la traición y la codicia. Guerreros no quedaban en pie para acompañarlo en su último viaje.

Todo es silencio en la negrura de este dolor nuestro. Silencioso cruje entre los recovecos de la piedra el recuerdo de mis padres y la voz de los padres de nuestros padres. En silencio repta bajo las cavernas del ayllu el celador de los huevos azules que yacen a la espera del primer Yllapa del nuevo calendario, cuando de retorno nuestro Gran Padre vuelva su hermoso rostro hacia nuestros valles donde gime el huérfano y reclama inútilmente la viuda. Dicen los amautas que está escrito el retorno de nuestra gloria y el tiempo en que el Jatunkolla reine sobre los de Surimana y los de Lactapata y sobre los de Intihuatana y sobre los de Palkay. Los de Jokollopampa y los de Kenti serán vasallos de nuestro Señor y rendirán sus tributos y sus vírgenes para la gran Akllahuasi donde nuestras mamakunas eternamente oran y danzan y celebran nuestra prosperidad.

Vuelca acá ese cuenco, Karocas, que este no va a necesitar comida de mañana hasta la eternidad. ¿Crees que el tigre lo hubiera mandado encerrar si pensaba despenarlo? No creo ni dejo de creer, hermano, pero hasta el día de hoy el que le hizo alguna cagada salió siempre con los pies por delante. Solo que no quiso largar prenda de quién se quedó con el cargamento de pasta. Pero nadie le birla al tigre ocho toneladas y vive para disfrutarlo. Pero si este imbécil no sería capaz de alzarse ocho gramos… Si el capitán dijo ocho toneladas son ocho toneladas, qué vaina. Usted sabe bien, hermanito, que los jefes nunca se equivocan, que para eso son los jefes. Este seguro hizo de las suyas con la pasta, porque de balde no se le iba a hervir la mostaza al tigre, digo yo… Vuelca acá ese cuenco de una vez, Karocas y deja que los muertos se ocupen de los muertos. Y procura conducir tu digestión en silencio, abajeño.

Silencio es el transcurso de tanta sangre volcada hacia el poniente a través de los desfiladeros del Willka Mayu. Silencio y luto es el nublado intenso que se abate

sobre las alturas de Rosaspata al son de las polainas invasoras y las chirimías. Sangre fría y silencioso calvario todo ojo desorbitado a la vista del cadáver de nuestro padre Inka. El casquijo donde afirma su pisada el huanaco silencio es en la penumbra de los valles desiertos. La hierba que triscaban el huemul y los huazunchos desmorona sus ruinas bajo el casco de los monstruos de crin y cuero engualdrapados en acero y abominación. Silencio son las mañanas sin la risa de nuestras guaguas y sin las canciones de nuestras ñustas. Silencio es la noche cusqueña cuando nuestra señora Micaela Kolla se mira en las sepulturas de nuestros guerreros. Silencio —solo silencio cruel— la estela que las hormigas van dejando tras la corteza triturada de los abedules. Muerte y silencio el sendero de la vizcacha bajo los terrados que miran hacia los horizontes del agua grande. En silencio bajo la negritud de los tenebrosos señores del infortunio el Tahuantisuyu yace, decapitados sus reyes y atenazada la garganta de sus doncellas. Los jardines donde entre limoneros y naranjos las vírgenes del Sol propiciaban la condescendencia de nuestros antepasados entre ronroneo de cascabeles y coscojas, luto y desierto son. ¡Ay dorado corazón de nuestro bienamado Padre! Pater, Pater, aparta de mí esta copa… Espiga contra espiga, frente contra frente, nube contra nube, ojo contra ojo…

Vivo lo quiero para despellejarlo con soplete y salitre a ese hijo de puta. Ojo por ojo se va a tener que tragar un par de kilos de pasta sin respirar, hasta que reviente como un uchu recalentado al sol. Nadie se manda esa joda conmigo. Ni el presidente ni el embajador, que para eso me pelé el culo para servirles el negocio corriendo yo con todos los gastos. Ni el presidente, carajo… A ese le saco cuatro tanquetas a la calle y se caga en los calzoncillos. Y si no, le arrimo un minimog con media tonelada de trotyl, como hacen los muchachos. Total, de una manera o de otra, alguien tiene que pagar las cuentas. Y a mí ni siquiera pueden reclamarme que falte a la constitución, porque saben bien (hasta el señor arzobispo) que por más que me hagan jurar, estoy tocando la biblia con una mano y con la otra me agarro bien los huevos. Que para entenderme con esos culos rotos no necesito hablar inglés.

Vuelta el agua de arriba contra las aguas de abajo, los ríos del cielo contra los ríos de los valles. Arremolinadas las arenas de la cumbre contra las arcillas del sendero, los espinos de la cima contra las hojuelas de los cañadones. Bebe, mi señor, solo una huaca de agua fresca pude acercarte. Pero es sangre de las altas fuentes donde

nuestros guerreros ofrecieron sus sacrificios antes de dar batalla. Vencedores y vencidos quemaron los mismos inciensos. Qué caprichosos vientos llevaron un humo cerca del sol y otro hacia las entrañas de la kancharina… Todo un mundo —nuestro mundo— detenido con fiereza en su galope por la mordedura cruel de la rienda del pérfido extranjero.

Y yo tan confundido ya que desdeño a estos dos tristes carceleros porque pretenden esconder su cobardía con la frescura de una jícara. ¡Ah, si no hubiera otros cobardes en mi entenebrecido reino! No era, no, carrera desbocada la nuestra, bajo la mirada dulce de nuestro señor Inka al cobijo de los yllapas de su corazón de fuego. Arcilla y oro nuestra vida al amparo de nuestro padre Sol entre alabanzas y canciones era. Esperanza la sementera y los collados bajo la promesa del ají y la sabrosura del maíz eran. Solo paciencia y alabanza en torno de tu sagrado manto las lunas y los soles concelebraban. Iguales en su duración y en sus promesas los veranos y el invierno. Calmos y henchidos de premoniciones y perfume los amaneceres y el crepúsculo. Colmada la fuente de nuestras ilusiones a la vista de tus majestuosos rayos. Henchida la huaca de nuestras expectativas por la generosa prontitud de tus dones que eran nuestra piel y nuestro aire. Desde las cumbres la sangre ha resbalado por los resecos surcos. Coágulo es ya nuestra esperanza y costra de dolor la certidumbre del imposible mañana.

¿Escuchas esos quejidos, Karocas? Ha de estar soñando el pobre con la última sesión de máquina y las patadas del capitán. Pero solo a un retardado se le ocurre alzarse con mercadería del tigre y quedarse por la sierra como si tal cosa. No sé qué tan tarado sea. Dicen que todo el negocio lo planeó el capitán mismo para quedarse con la parte de él y con la del senador. Callate hijo de puta, que si el tigre sospechara que conocemos a sus socios ya nos podemos despedir. Nosotros y nuestras viudas. Ya sabés cómo son las cosas acá… ¿O te pensás que los cinco fiambres que le anotamos a los senderistas el sábado, vieron alguna vez la cara de un guerrillero?

Terminadas y dispersas sobre la faz de la tierra nuestras generaciones son. Nunca ya el ayllu. Ya nunca más las procesiones y los himnos. Cuarenta años andaremos por el desierto, antes de regresar a la tierra prometida. Cuarenta años. Cuarenta siglos desde esas piedras nos contemplan. Ceniza y agua estéril nuestro llanto sobre la

ignominiosa frialdad de tu cuerpo hermoso han sido. Tus omóplatos quebrantados, tus brazos y tus piernas aherrojados y resecos, privados de las tibiezas del benjuí y el cardamomo. Malherida carne de profanación para el hambre de los coyotes la donosura de tus músculos y la majestad de tus entrañas por el invasor ha sido decretada.

Quiero que hagáis con él un escarmiento para que los ayes lleguen a su majestad. Debe entender que solo un brazo fuerte puede sostener en estas tierras, a un mismo tiempo y solo con un par de manos, la espada, el crucifijo y los pendones de Aragón y de Castilla. De los pendones se pueden encargar mis escuderos. Del crucifijo los chantres del señor arzobispo, que buena cuenta le tiene si de preservar las delicias de su mesa y de su cama se trata. Y ocúpeme yo —es decir tú— de los negocios de justicia. Nada finalmente que no pueda resolverse con un buen acero toledano y unas cuartas de cáñamo…

Veome —no siendo ya yo— recibir oscuro el ceño las nuevas de mis embajadores. Peores no lo fueran las moscas que envilecen tu cadáver. Por las alturas de la morada del Sol bajaban con sus caballos y sus armas. Retemblaban las sendas de la montaña al redoble de las herraduras y los pífanos. Mulo y caballo acompasaban su medio trote y su galope al andar de las sombras del verano cargado de premoniciones y de vértigo. Rebrillaban al mediodía sus pectorales y los cascos. Crujían bajo el sudor los correajes y las riendas. Ocultaban el cielo sus estandartes y los lábaros. Y eran legiones que ya habían pisado tierra atormentada bajo otras constelaciones. Muchos portando presentimientos y nostalgias de playas antillanas. Otros de estepas blancas y costas africanas. Pero chaupín campeaban las violencias y la muerte. Enfermedad y pestilencia acamparon entre los nuestros a la llegada de los extranjeros y por primera vez desde el advenimiento del segundo ciclo de los kondores llovió encima de nosotros azufre del Ollantay.

Diantre que tiraban estos hijos de una mala mezcla de capibara con huanaco. No son más que unos mitmajos achuchados sin el incentivo de la paga y el acaloramiento del acullico. Pero escatiman saberse esclavos de la reina blanca, como si todo el mundo no supiera que no son sino unos arribeños zopilotes y tozudos. Quien los viera por las noches acuclillados alrededor de la lumbre, fijos los ojillos desconfiados en el

apichu cociéndose al rescoldo, no recelaría de este rebaño de taimados kispikanchis capaces de vender y delatar a su propio padre por un puñado de soles o unos roñosos dólares. Y quien contemplando en lo plomizo del crepúsculo las crenchas redomonas de estas cholas tufientas cayera en la tentación de pronunciar el ché cuñado, habrá de percibir apenas el ligero cerramiento de sus ojillos astutos. Mas perdiérale ignorar que la chanza no acabará sino con un cadáver desmenuzado a golpes de obsidiana y pedernal y precipitado desde lo alto de un peñón o hacia el fondo de un desfiladero. ¿De qué, si no, alimentaríanse los buitres y los cernícalos que a la espera acampan a orillas de sus poblados?

Tres días con sus noches tuvimos encima aquella nube oscura a cuya sombra las gargantas ardían y los ojos enceguecían entre costras y supuraciones. Ninguna señal nos fue retaceada, pero ya eran llegados los tiempos del escándalo. Semilla del Inka planeaba la traición. Por limosnas que hubiera desdeñado el más vil de nuestros allegados, sangre de su sangre pactó la infamia con el enemigo barbado. Y allí fueron nuestra humillación y nuestra vergüenza.

¿Qué suerte sino un tiro en la nuca o el pelotón puedo apetecer, abandonado por quien armó mi brazo en su provecho y condenado por la ley de quien enriqueció merced al amparo de quien ahora tiene puesto precio a mi cabeza? Ni eso, porque vale menos ahora mi cabeza que una calabaza ida en vicios. Ni los galileos ni los de Judea perderían el sueño por restañar mis heridas o mitigar mi sed. Bastoles saber del beso de este de Iscaria para dar por hecho que me han de ver colgando de una horca antes de la pascua. Seré un capítulo más de su espectáculo. Sin siquiera la propina del bautista, que o mucho me engaño o buen consuelo se llevó de este mundo merced al voraz comedimiento de la hija de Herodes. Mal lo hubiera pasado yo mismo sin las preocupaciones de la de Magdala… La codicia instaló sus garras afiladas bajo el lecho mismo de nuestro Inka. Las mamakunas rasgaron sus vestiduras y los vasos consagrados colmaron la sed de los impíos. Todo dolor descendió sobre los barrancos y aquí instalado permanece como un chacal de guardia de nuestro deshonor. Donde fuera la gloria del Inka campea la perfidia. Donde su sonrisa fuera llama vívida del corazón refulgente de nuestro padre Sol, airada llama de ambición asienta su velo lacerante. Niños ni ancianos se libraron del acoso de las bestias. La peor de todas llevaba el seiscientos sesenta y seis sobre la frente. Una perfidia

bárbara sentó sus reales en el Ollantaytambo, en las alturas de granito de Rosaspata. Nunca ya la Akllahuasi cobijará a las once mil vírgenes.

Nunca vieron —pobres indios— un guerrillero. Solo esta parodia con que los enloquecen los soldados, en el afán de soplar incesantemente sobre el rescoldo de las pequeñas rencillas tribales para dar en Lima la idea de una gran guerra patria. Qué petróleo, qué salitre, qué guano encenderán la chispa. Qué convincente veneno preñará las chujpas. Quién despedazando sus metacarpos y sus huesos húmeros dirá tomad que este es mi cuerpo. Quién clavando en su antebrazo una jeringa descartable dirá bebed toda esta sangre mía.

Es que antes de que esto sucediera, en medio de los Cárpatos el último de los murciélagos vampiros encarceló el pudor. El pudor fue encadenado al capricho del soldado. La dignidad de nuestros capitanes quedó debajo del nivel de los zorros de la quebrada. Clamor de hienas y graznido de buitres fue el himno que saludó el ascenso del alma de nuestro Inka al sol. Sepulto entre la sombra de la cima le aguardaba el conde. Yo subiré —no él— después de resucitar al tercer día. Porque de mi padre celestial son el poder y la gloria. Porque mi reino no es de este mundo. Además he olvidado el camino de regreso a mi Transilvania. Y sobre todo, porque uno nunca espera que la muchedumbre de ilotas se atreva a romper con las comodidades del libreto para largarse en un parlamento audaz y sin horizontes.

Para eso quedé enronquecido después de darles todas las garantías y la seguridad de que de ellos era el reino. Pocos me lo agradecieron, mas todos exigieron la escritura. Sí que tenían buen sabor aquel pan y aquellos peces. Perdóname, padre, por no haber aprendido siquiera cómo se carga una itaca. Temo hallar más de un gólgota en mis próximas venidas. Algo huele a podrido en Rosaspata. Ni sus insignias ni la mascapaiccha acompañaron su viaje. Solo tembló sobre las piedras el trueno de Jananti al ver pasar desnudo el cuerpo en vida antes hermoso de nuestro príncipe. Después solo el silencio de los pedregales y el aliento helado de los socavones en lo profundo del basalto.

Padeció debajo del poder. Fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos. Tropezó con el Dante y escuchó la advertencia pesimista. *Lasciate ogni*

speranza... Y no era mi primera vez. ¿Qué culpas horrendas me trasladan de soledad en soledad, de siglo en siglo, de documento en documento? Haber creído —pobre iluso— que aquellos aplausos en aquel tablado de Blackfriars eran para mí… Haber jugado sucesiva y exitosamente (mis críticos lo acreditan) a ser Darío, pero también Alejandro. Haberme asomado (apoyado en Borges que fue también otro costado de mi locura) a las arenas ensangrentadas del Máximo para recoger, sobre el postrer suspiro de Espartaco la última lágrima de Fulvia. Haber corrido posesivamente de la muerte de Otelo al suplicio de Caupolicán. Y falto casi de respiro vestir, tras el manto ceremonial y mortuorio de Moctecuzoma la estola sacrificial de Atahuallpa. Sin comprender —sin querer aceptar— que había aquí y habría siempre, más escenarios que actores. Y más asnos que pastores. Disponte, querida Porcia, a restañar las mortales heridas de Antonio. Y permite tú, etérea Giulietta, que sobre tu regazo eche sus ayes el moribundo César. Pues no habría si no piedades ni descendimientos ni enterratorios ni santos sepulcros ni austeros custodios ni sábados de gloria ni domingos de resurrección. Todo es medido, justo y necesario en la economía de mi padre. Quien lleno de orgullo y de una entendible emoción, me contempla callado desde una de las últimas butacas.

Os agradezco la atención y el silencio con que me habéis escuchado. Para la primavera estamos preparando una nueva versión del As You Like It. Muchas son las antesalas e incontables los laberintos en las moradas de mi padre. Con mis brazos y el corazón abierto os espero. Aunque para mantener amarrado el culo a su trono de espejos negros y espinazos de pescado, el espectro de mi padre y los fantasmas del Roxy pugnen por establecer un escenario de desmemorias y neblinas entre el nosotros y el vosotros… ∎

Lo anular

Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una de las ramas bajas, la curiyú lo espía. Huele el green grass y se admira. Y admira el llaullau y la madreselva. Y ve su admiración reflejada en el espejo del arroyo. El tronco crece y echa nudos y ramas y su copa se agiganta y su corteza apenas puede con los veinte codos de su circunferencia. Las ramas altas se entretejen con las nubes en la casa del agua. La copa se expande hasta Eta Carinæ, obstruyendo la visión de Venus y Alfacrucis. Todo lo cual lo llena de estupor.

La curiyú —entretanto— cuelga de las ramas inferiores peras Williams y manzanas Granny Smith y Double Red y lo espía con fingida apatía desde sus ojillos libidinosos y nictálopes. Él toma la más grande y roja y come de ella dejando que el jugo resbale barba abajo y pecho abajo humedeciéndole el ombligo y el sexo. Riendo se zambulle en la frescura del arroyo, escandalizando la siesta de las nutrias y los castores. Corre por la arena dejando que el sol le caliente la piel, al tiempo que juega a perseguir mariposas, retozando como un cachorro entre los conejos y las ardillas. El ejercicio despierta poderosamente su hambre y torna al árbol que le regalara las peras y las manzanas. Pero lo halla cercado por una alambrada de púas y guardado por un soldado con casco y ametralladora y un cartel declara que cuanto se divisa en derredor es propiedad del ministerio de marina. Afectando indiferencia, se encoge de hombros y echa a andar. Pero él ha dormido bajo ese árbol y comido de sus frutos. El árbol y sus frutos le pertenecen. Desea comer y trepar y refrescarse a su sombra. Y matar al guardia, tal vez sorprendiéndolo durante la noche. Merodea hasta que comienzan a alargarse las sombras.

Una mujer de talle cimbreante y larga cabellera renegrida le pide un cigarrillo. Fuman en silencio y con la primera estrella se abrazan sobre los edredones de trébol. Su nombre es Egeria y su misión alertar a los desprevenidos viandantes que se acercan a la ciudad. Se duermen con los ojos llenos de luna y románticas melodías tintineando en la memoria. *Green moon. Moonlight serenade. Luna lunera…*

Durante el sueño, topadoras y excavadoras mueven, suben, bajan y nivelan incontables varas de terreno del otro lado del arroyo. Y construyen una fábrica de soda solvay.

Regresa al árbol decidido a sorprender al soldado. Pero un foso alambrado rodea al árbol y dentro del recinto circulan guardias llenos de dientes y de perros. Oblicuos reflectores tartamudean veloces víboras de luz y negras ametralladoras anidadas entre las ramas miran a un mismo tiempo hacia todas partes. Retrocede siguiendo el borde de la carretera, con la esperanza de que algún automóvil lo acerque a la ciudad. Pero el bullicio de conejos triscando y retozando entre los arbustos le recuerda que lleva largas horas de ayuno. Se arroja sobre unas matas de curimamuel en procura de un enorme conejo blanco. A salvo más allá de los abrojos y las espinas, el conejo inquiere con rencor "¿dónde está tu hermano?" Cierto que sin fuego y sin una cazuela con algo de aceite poco rinde un conejo. Se quita de encima como mejor puede chuzas y espinas y escupiendo la zarza retoma el camino.

Siete días con sus noches le lleva el viaje. Al amanecer del octavo, se encuentra frente a las murallas de la ciudad. Ante la puerta del norte lo detiene un serafín con una espada llameante. Al no recibir la contraseña, el ángel cruza su espada delante de la puerta, sin pronunciar palabra. Frente a la puerta de levante, un mercader sentado sobre cojín de seda le demanda cincuenta estáteros de plata. A su afligida negativa, el custodio escamotea entre sus ropas las llaves del portal.

La puerta del sur está guardada por un anciano eremita, con cuerpo de hombre y cabeza de león. "¿Cuál es el lugar del universo en que una ciudad es todas las ciudades y un hombre es todos los hombres?" le interroga con calma. Nada atina a responder, por lo que el ermitaño le señala en silencio la puerta del poniente.

Aquí, en ruidosa asamblea, acampan gitanos, prostitutas, ladrones, asesinos y abogados. Nomás verlo llegar agitan címbalos y salterios, vibran cornos y panderos, estallan las flautas y las cítaras. Una familia de volatineros se pasea a su alrededor, dos hijos sobre los hombros del padre, la madre a upa de los hijos y encima de ella un rapaz sosteniendo con sus brazos al más pequeño en vertical cabeza abajo. Un derviche —no hallando modo de expresar su contento— embadurna su cara y su

cuerpo desnudo con boñiga de camello y orines de búfalo. Una flor azteca, víctima de la curiosidad, se desborda de su florero y rueda por tierra entre jipíos y aplausos. Falsos ciegos, ulcerosos de comedia, jibosos de utilería, rengos y mancos de imitación —en fin— la completa comparsa de fascinerosos se abre a su paso y traspone la entrada, pisando sobre un pavimento de espejos negros y esqueletos de pescado. Lo alzan en andas y en jubilosa procesión de bonetes, charangas, cartabones aderezados con mugidos, cacareos, chiflidos y sonsonetes lo conducen hacia una vasta plaza dominada por un obelisco de vértebras humanas.

Al final de la larga avenida, los torreones y barbacanas de un palacio de granito y obsidianas lo aguardan en silencio. En medio del peristilo, bajo columnas cuyos capiteles no se parecen sino a esos mismos proxenetas, saltibanquis y rocamboles que lo vitorean entre chuscadas y pedorreos, a la sombra de marquesinas, entoldados, balcones, letreros y pasacalles con los colores y heráldica de tabernas, reñideros y prostíbulos, dieciseis bonzos sostienen un palio púrpura sobre el trono de quijadas de cocodrilo y colmillos de yaguareté. Un general forrado de whisky y charreteras, se adelanta entre eructos y risotadas de borracho. Manteniendo a duras penas el equilibrio, le coloca al pecho una banda de seda con borlones de oro. Los asistentes saludan con una rodilla en tierra. Dos chambelanes lo alzan en vilo y lo encanijan en el trono. Ahora intentará dormir.

Despierta al pie del aguaribay. Enroscada en una de las ramas bajas, lo espía la curiyú. ▮

La otra historia

Y el cuerpo se pudre entre los cacaotales. Bejucos los brazos que han alzado el hacha contra las espaldas del urunday y la cintura del virapitá. Zarzuelos los cabellos que han flameado bajo la furia del euroto y el bóreas. Pellejos de curiyú resecos y abandonados después de las nupcias regias aquellas piernas que han recorrido el sertón de arriba a abajo en las mañanas de abrir picadas y en las noches de perseguir al exú Marabú al ritmo interminable de bongós y de atabales.

Cada día trae su propia tribulación. Cada noche acarrea su cuota de consuelo. Nadie recuerda ya las circunstancias de su nacimiento a orillas de una corriente despreocupada que viene canturreando desde las vertientes occidentales del cordón que delimita el territorio de los kondores. Y es que casi no hubo testigos, aparte de unas ñustas y la mamakuna que asistía a su madre en el trance. Vas a tener en el corazón el calor de nuestro padre Huirakocha y en tu brazo la fuerza del puma que ruge en las entrañas de Jananti, había murmurado uno de los tres amautas que lo visitaran muchos soles después en las alturas de su Rosaspata de los primeros balbuceos y la primera carrera a lomo de una vikuña real, sin otra montura más que la pelambre erizada de temor y ácida de sudores tumultuosos.

Una infancia quieta acaso, cerca de la mirada amorosa de su madre y de la vigilancia orgullosa del padre, en los respiros que les daban los torteros y los lizos y las tinajas de tintura. De diálogos mudos con el zorro y el yaguareté. De risotadas con el mandril y el urutaú. De arrullo enamorado con la torcaza y las gallaretas. De su padre conserva al final escasos recuerdos, retazos de unos pocos días junto al hogar entre largas temporadas cazando o comerciando con poblaciones alejadas muchas jornadas hacia las tierras bajas. Fue la madre quien lo acompañara por primera vez al templo. Quien lo buscara acongojada por las picadas del Huillka Bamba, sin imaginarlo de palique con los tokis y kuracas de barbas grises y miradas austeras en la penumbra de las bibliotecas del Cusco. Quien con el corazón prieto de presentimientos lo viera regresar de una jornada de penitencia a orillas del Titikaka, brillándole en la cara la

violenta emoción del agua y las premoniciones derramadas sobre su rostro por su primo hermano Juan Gabriel. Quien lo aguardaba con su ansiedad callada al regreso de cada retiro, de cada parlamento, de cada jornada de oración, de cada penitencia. Ella lo recuerda, gacha la cabeza y secos ya de lágrimas y de consuelo los ojos que al cabo de los años conservan aún el orgullo de una mamakuna y la timidez de la gacela. Su garganta ya no es más el surtidor alegre de las viejas nanas o de los silbidos con que disfrutaba engañar al chalchalero o al kauin. Por entre los labios heridos y pegoteados de costrones de su propia sangre, un quejido o súplica se dirige de tanto en tanto a un cielo que sus ojos ni perciben pero tras cuyos espesores alguien parece escuchar su angustiosa demanda.

Aparta de mí esta huaca, padre poderoso de cuya ira escapan empavorecidos los de Oruro y los del Ollantaytambo. No niegues a tu hijo bienquerido lo que no escatimaste conceder a los porquerizos que degollaron a tu Atahuallpa y a los impíos que violentaron a tus mamakunas y a tus ñustas. Ciérnese ya sobre mi dolor la negrura de una noche más negra y dolorosa que la mordedura del salitre que sin comedimiento adentraron en mis espaldas flageladas y en mi boca que reclamaba con desvarío una huaca de la preciosa agua del Huillka Mayu. Dura burla es para mi amargura verles bailotear y embriagarse y entonar cantos obscenos alrededor de mi madre a quien escarnecieron y mis hermanas y primas a quienes violaron y estrangularon a mi vista. Justa es tu ira y justo mi dolor, y no espero sino que el manto de tu piedad encubra la sordidez de las horas que se avecinan. Paso a paso se cumple lo que en las piedras estaba por tu mano escrito. Jahuar alza sus garras contra jahuar. Amauta levanta su puño contra amauta. Kuraca manda decretos y flechas emplumadas contra kuraca. Nube contra nube, valle contra valle, piedra contra piedra. Graves son sus errores y sin atenuación sus crímenes, oh padre; por el emplumado señor de los despeñaderos inducidos al incesto y a la abominación. Por los negros cuervos de la codicia tentados al adulterio y al crimen. Pero no mires sus muchas culpas, padre, sino los pocos merecimientos de tu hijo que por amor a ellos ha recorrido sin resuello todos los senderos del Urubamba y todas las gargantas de Jananti.

Pegado el vientre malherido contra los raigones de un lapacho carbonizado por el rayo, llega a revivir aquellas plegarias que —al parecer— no han alcanzado las

alturas regias en que Huirakocha siembra su piedad y administra su justicia. Apenas días, horas, entre jornada y jornada, aconsejando a los tejedores del Tambo, consolando a las viudas de Macchu Picchu, restañando la mirada perdida de los vigías del pukará cuyas pupilas sin luz miran fijas más allá de los arenales y el salitre. Sin tiempo ya para remendar sus harapos y las ushutas, deja sus huellas de sangre por los pedregales de Ambato y por los esquistos y basaltos de Huillkan Uta y Purmamarca.

Sobre su cabeza estallan las lluvias de la primavera y los ardores del verano. El siguiente otoño lo sorprende escalando el faldeo oriental de Surimana y para el invierno los lugareños de la costa porfían haberlo visto acampar al pie de los acantilados de Ikike. Proclamas de los señores de Lima y del Cusco poniendo precio a su cabeza engalanan cada rollo de cada encrucijada subiendo hacia Rosaspata y bajando hacia el mar. Copias del real decreto condenándolo a tormento y a morir tirado por cuatro potros cerriles se exhiben a la entrada de todos los poblados de la sierra. Su muerte, en fin, transcurre con la prolija indiferencia con que transcurren todas las muertes de quienes se atreven contra los caprichos del imperio. Hay quienes lo vieron agonizar al borde de una hendidura más arriba de los últimos poblados de Nazca.

Otros aseguran haber sido testigos de la obra del verdugo en la propia plaza del Cusco. Muere asimismo asaetado por una partida de infantes de palacio a pocas jornadas de las termas de Cajamarca, casi en el mismo lugar donde rodara muchos veranos antes la cabeza de Atahuallpa. Juran algunos, incluso, haber visto expuesto su cuerpo decapitado y charqueado sobre las murallas de pirca que coronan las alturas de Tilkara.

Nadie logra dar con su sepultura. Pero aún hoy algún kollita cabizbajo llega junto a un montón de piedras, al costado de una ruta que sube hacia La Paz o un senderito que se desliza siguiendo las viboreadas del río que flanquea Tungasuka. Se agacha en silencio, deja unas kantutitas y unas lágrimas y sin apremios sigue su camino. ▮

Miserere V

Heme aquí Señor a mitad de camino entre la conciencia de un despertar intempestivo y la sospecha de navegar a bordo de quier inabarcable ensoñación o pesadilla sin otro asidero para comprender si de lo uno o lo otro se trata este negocio. Que si dijérate que contemplo lo que mis ojos creen contemplar y escucho lo que fungen mis orejas oir, razón tendrías en dudar no ya de la cordura deste pobre siervo (que para poco da, bien claro lo tengo) sino de quier desaforado consumo de licores o brebajes capaces de inducirme a confundir lo plano con lo curvo y lo derecho con lo obtuso. Mas no otras razones ofrécense a mi descalabrada sinrazón a la vista deste despliegue de gentes de toda laya y colores que delante de mis ojos muévense y desfilan a través de la planicie y hasta donde abarcara ya no mi vista sino la harto más aguzada de un alcaraván.

Vanamente enfila mi debilitada sesera en pro de ajustar los tiempos y enderezar los modos, aunque más no fuere por arribar nomás sea a la intuición ya que no al entendimiento del momento y lugar destas tierras encantadas en que cábeme en buena o mala hora —perdona mi reiterada impertinencia— respirar, suspirar, recordar, recapitular y dar el menguado testimonio que destas palabras se desprende. Harto llevo visto y padecido el desatino destos fascinerosos, so capa de quier ciudades de oro y cerros de plata y embelecos de tal laya que no los inventara tan tentadores la más irredenta banda de cabrones de tus soterráneos calabozos.

Por un puñado de doblones hánse dado de puñadas y garrotazos más de cuatro destos aventajados compadres y no toda la culpa atribuyérala yo al deterioro de las fiebres ni al esfuerzo de las travesías, antes bien al mal adoctrinamiento y peor enxemplo de nuestros capitanes y principales. Incluyo en esta lista a nuestro egregio almirante, según manifestó ser su perentoria preocupación el acarrear para sus arcas y hacienda lo más en oro y especias y cuanto exprimir se pueda destas buenas gentes, que harto oneroso les ha resultado el recibimiento de Tu palabra y el cobijamiento bajo los ilustres estandartes de Sus Altezas. Diz que dicen haberle escuchado perorar a solas

en altas horas dentro de su cubil acerca de quier historia de coronas virreynales y armiños echando bandos de no parar mientes en sisar y rapiñar cuanto la ocasión se lo consienta, según tan cerca se halla él destas maravillas indianas y tan lejos Sus Altezas y la recua de pollerudos —dispensa— que no por otra prosopopeya se tienen entre estos bandoleros los ministros y chambelanes y monseñores de la corte.

Aunque fuera esto justicia creo, según veo tampoco es para la muchedumbre de funcionarios de palacio del menor interés la vida y el bienestar de quienes bien o mal se la menean para les engrandecer las faltriqueras y los blasones. Conque hase echado a rodar una vara bien cuca para el te doy y otra señaladamente larga para el me debes, de modos que dudo a este paso lleguen a cerrar las reales contabilidades si es que todo ha de fiarse a la voluntad destos rocamboles. Excusa mi cobardía y mi ignorancia, Señor. Siendo como soy un pobre monge forjado en la grisura de los claustros, te dignaste señalarme para emprendimientos que bien echo de ver exceden con largueza lo que mi ánimo y caletre puedan sostener. Más hubo de vanidad y de insensato comedimiento en mis devaneos que de honesto reconocimiento de mi cortedad y carencias. Creíme en un principio destinado a pastorear haciendas que harto lejos se hallaban de mis magros conocimientos y menor experiencia. Siendo el más inicuo y miserable pecador de tu rebaño caí en la supina tentación de la vanagloria soñando con engrandecer Tu reino con méritos que mi flojo entendimiento debiome hacer ver son atributo de espíritus harto más prudentes y templados. Mal papel podía desempeñar en un negocio que hubiera puesto en aprietos al de Tarso y solo Tu enorme misericordia pudo disimular lo disparatado de mis pretensiones y lo irrisorio de mi anhelo.

Testigo fui nomás zarpar de los muelles de Moguer de las fiebres de tu almirante y bien entiendo que solo Tu divina protección preservó mi pellejo ya que no mi alma —perdóname— de los antojadizos humores de aquel orate y de su condenada recua de compadres. Cierto es que también de su pellejo te curaste, pues no diera el hijo de mi madre diez maravedíes por la salud de un loco acorralado por una buena docena de espadas toledanas y una caterva de meterle susto al mismísimo Pedro Botero. Milagro fue y puedo dar testimonio de lo omnipresente de Tu justicia, que no lo clavaran contra un palo a poco de empezar con sus monsergas y razonamientos en pro de escamotear las muchas millas navegadas y las pocas esperanzas de plantar el

pie en tierra de mediana enjundia. Mas fuérame el ánima en el intento si explicar debiera los entretelones para llegar desde aquellas cáscaras de nuez hasta la magestad del espectáculo que mis ojos contemplan o mi calenturienta sesera háceme creer que veo. Duro fue nuestro avance una vez que estos naturales echaron cuenta de nuestra poca voluntad en les atender y respetar y mucha angurria en les apesadumbrar con nuestro insensato afán de despojamientos y placeres y vese en ello la raíz de tanta sedición y el encono y pertinacia con que los más eligieron entregar sus vidas que no el exercicio del albedrío del que se sentían dueños nada más por haber nacido en estos mundos.

Cuenta nos lleva el reconocer —y más nos vale hacerlo antes de que se consuma Tu infinita paciencia— que despoblados veríanse Tus celestiales prados si de nuestro celo apostólico dependiera el negocio. Que si menguado fue el discurso con que pretendimos meter bajo sus cacarañados pellejos la luz y el esplendedor de Tu evangelio, soez fue el enxemplo que atinamos a darles según corrieron a la par nuestras turbulentas enseñanzas entre trasegar y manducar como si de nuestros estómagos pendiera la eterna salvación y hacerles padecer nuestra incontinencia y nuestro desafuero en cuestión de dar satisfacción a nuestra concupiscencia sin parar mientes de navegar a costa dellos en las mugrosas aguas de la sodomía, la francachela venérea y el estupro. De tal guisa transitamos a sabiendas y plenos de la más exasperante contumacia los vagorosos territorios de la contravención y el escándalo que poco me costara admitir que nos hallamos a la postre en el mismísimo y santo valle de Josafat para dar condigno testimonio de tu ira y tu justicia a la hora de la resurrección de Tu divino hijo en el final de los tiempos.

Estamos a lo que se aprecia sobre un collado que domina no menos de treinta leguas en derredor. Cuenta esta suerte de terraza sus buenas doscientas varas por lado. Al centro se levanta una piedra cuadrada, con un par de docenas de tronos de piedra alrededor. La planicie a nuestros pies se extiende a los cuatro vientos y por el poniente, allegando al horizonte, termina al borde mismo del mar. Por los dieciseis rumbos de la rosa se acercan a nosotros muchedumbres alineadas detrás de estandartes y banderas. Marchan delante de cada formación los músicos y los ancianos. Vienen luego agricultores cargados con frutos de la tierra. Canastas de mimbre con mandioca, maíz, cacao, manzanas, chicozapote, paltos, aguacates,

algarrobas y mamones. Cestos de junco colmados de castañas, higos, agrios, grosella, pencas, alcayota, membrillos y frambuesa. Fuentones de heneken rebosantes de hierbas de surtida ralea, tomillo, cilantro, peperina, poleo, milhombres, chachacoma, mejorana y perejil. Bandejas de cortezas diversas abundosas de panojas y mazorcas de mil variedades de cereal y legumbres variadas que compiten en un entrevero de no imaginar entre perfumes y colores.

Les siguen recuas de huanacos y una suerte de armadillos gigantes, especie por cierto nunca descrita ni por navegantes ni por gentes de estudio ni en los escasos códices en los que mi curiosidad más que la vocación me hicieran recalar la mirada. Vense las tales bestias como revestidas de armadura, tal me parece disitinguir según los observo con algún esmero yelmos, celadas, petos, espalderas, guanteletes y rodelas, en fin, cuanto acreditara el avío completo de los amadises o los palmerines. Cargan todos estos animales morrales y talegos apropiados para trasportar variado relumbre de bisutería y ornamentos todo ello en oro y plata, según refulgen bajo los rayos del sol que despaciosamente se mueve hacia el mediodía. Amén de unas piedras de surtido color y brillos de que constan diademas y collares en cantidades, armados según aprecio con flores también y unas plumas ampulosas de aves por cierto desconocidas en nuestras costas. Allí veo pues mezclados el amarillo de la genista con el blanco de tagetes y laurel entre el plumage fucsia y celeste y naranjado y verde del que queráis. Todo ello entrelazado con topacios, esmeraldas, amatistas y rubíes y otro pelage de cristales, de tal suerte que el relumbre de tamaña fábrica déjase apreciar a lo que echo de ver desde una legua larga o más.

Con todo ello no paso de describir sino el inicio deste desfile, habida cuenta que detrás destas formaciones marcha cada pueblo agrupado según distintas habilidades y quehaceres. De modo tal que resalta y pone de relieve cada cual sus tejedores con navetas, peines y muestras de producto, sus hilanderas cargadas de ruecas y copos de algodón y lana y ovillos de texturas y color diverso, sus alfareros armados de vasijas, cuencos y cacharros, sus cazadores en exhibición de arcos, lanzas y garrotes, sus tañedoras agitando sonajas y punteando variada laya de laúdes, guitarrones y vigüelas, amén de unos violines en cuya caja se aplican unos armadillos de escaso tamaño pero que se deja ver son de una misma especie con los que usan para carga.

Y siguen así hasta donde alcanza la vista los tejedores de junco, los talabarteros, los cardadores de lana, los curtidores, las saladoras, las molineras, las pulkeras, las amasadoras, las sobadoras, los copeladores y batidores de metales, los cinceladores, los cañeros, los artesanos de la pluma, los tintoreros y maquilladores, los flautistas y tocadores de una luenga variedad de instrumentos de madera y caña, en fin, que es de estarse uno días y días para apreciar en detalle lo numeroso tanto que variado de tamaña asamblea.

Tengo por cierto el no haber sido testigo de tales multitudes en quier playa o país que hayan hollado nuestras tropas. Y dígolo habiendo acompañado a nuestros capitanes y adelantados y gentes principales desde nuestro desembarco en el país de aquella hembra robusta y aguerrida que atendía al parecer al nombre de Anacaona. Fuere de ahí en más que puedo dar fe de lo visto en tierras del Borinque, en los bahorucos de la Española y de Juana y en tierras del Darién y de Paria y en la mar interior de Maracaibo y aún más si se quiere cuando llegamos a adentrarnos en aquellas inmensidades del Yukatan y tierras de los olmecas y del tlaxcalteca. Digo más aún, que no llegaran todas las fuerzas aunadas de nuestros vicerreyes, adelantados, gobernadores, capitanes, tenientes, regidores y corregidores desde que en estas tierras pusimos los pies, a la mitad de la cuarta parte del más insignificante octavo de la más pequeña de las columnas que tengo ante mi vista. No dijera ciento por uno ni un millar ni diez, pues por cierto tengo que no alcanzaría mi escueto manejo de los números para dar fe desto.

Mas digo sí que ni cuando hicimos aquella grande escabechina con las gentes del cacique Caonabo, aquel que fungía de hermano y esposo a la vez de la robusta hembra, ni cuando dimos caza y escarmiento a las huestes de Enriquillo, ni cuando dimos cuenta del centenar de millares de mexicanos de Tlatelolco viérase parecido despliegue. Iten más quedaran pálidas a la vista desde portento las ostentosas paradas frente a las multitudes de Moctecuzoma primero y las de Atahuallpa algo más tarde, tal paréceme no dieran todas en su conjunto para alcanzar al tobillo siquiera desta conjunción de aborígenes que a nuestra vista avanzan desde el horizonte noche y día sin verse dónde termina la cosa.

Tengo por notorio y para nada insignificante el hecho de verse todos estos pueblos diversos entre sí, ya fuere en sus contexturas, color y brillo de sus pieles, como en la calidad y aspecto del vestuario y maquillage. Como diferentes son asimismo los colores y jeroglíficos de sus banderas y estandartes y el propio cariz de sus artesanías y bastimento. En son de paz vienen a lo que se deja ver, aunque huelga pensar lo innecesario de exponer armas o quier gesto de fuerza, teniendo como tienen el poderío de su incontable número y el peso de sus maniobras concertadas y sin vacilaciones. Seguro echo de ver se siente cada cual de su libreto, en tanto gestos ni gritos ni desorden alguno aluden a conducta incierta o comportamiento de temer. Háse de ver en ello lo prolijo del adoctrinamiento que pareciera han recibido de parte de sus caciques y principales en cuanto se refiere a movimientos, idas y venidas, todo ello dentro del más grande concierto y silencio, de no contar las melodías y ayres con que los tocadores de instrumentos amenizan la marcha y el trascurrir de la jornada.

Otra hubiera sido pienso la estoria de haberse dado de bruces con este espectáculo nuestros galanes y alvarados y corteses y almagros y pizarros. Y líbrame Señor de la sospecha de quitar el bulto a mis muchos errores y tremendas culpas. Que si malo es el tomar por bandera la exacción y la tropelía trastocando el humano papel por el del bruto, no menos culpable es la explotación de los tales poderes y salvoconductos en pro de no reconocer el superior origen destas tristes creaturas a las que negamos toda vía de salvación y no dijera tanto sino al menos de bienestar, nomás amparados en la cazurra argumentación de no mostrar ellos signo reconocible de ánima que otorgarles permitiera quier filiación humana, tan siquiera la del más inferior escalón que la santa doctrina admitir pudiera.

Mala señal acarreamos en Tu nombre, tén piedad de nosotros. Prestos anduvimos en les incordiar y mangonear y demandar en todo cuanto nuestro capricho y soberbia nos dictaron. Que mucho fue a fe mía y a tu infinita misericordia lo confieso y encomiendo. Soberbio y vano fue nuestro comedimiento en les catequizar y desarraigar de sus credos y tradiciones, como vano y cruel fue el comportamiento de nuestros oficiales y soldados en les robar y mentir y violar y humillar y someter al trato más duro e insensato que otorgarse pudiera ya no al menos meritorio de los hombres sino a la más repulsiva de las bestias.

En Tu nombre lo hicimos y no por amor, te lo aseguro. Presto estuve en confirmar lo inferior de sus naturalezas en pro de aligerar la mano de nuestros capitanes para zaherir y hender y acuchillar y asimismo sus espíritus de todo asomo de duda o culpa o arrepentimiento. Que me iba en ello la parte que me toca y no me privé por cierto de tomarla con holgura según puse a mi placer y antojo el superior derecho de cualquier christiano sobre la inferior naturaleza destas creaturas como pasaporte para les obligar en los pantagruélicos servicios de la mesa y en el desaforado exercicio de los de la cama. Que si fueran bastante para los unos los ecuménicos recetarios de la cocina gótica y la bodega flamenca, no alcanzaran para dar cuenta de los otros ni los kamasutras ni los ananga-rangas ni la concupiscencia de todas las hetairas europeas y orientales.

Velos, Señor, avanzar hacia aquí como yo los veo tan numerosos y espléndidos en el exercicio del poder que les otorga el apacible despliegue de su fuerza. Veolos y pienso que su vista provocara la desbandada del más aguerrido de nuestros exércitos. No registra mi flaca memoria episodio de la universal estoria que opacar pudiera este fasto del que soy circunstancial e inmerecido testigo. Doblegáranse a la vista deste desfile de pueblos las hordas de Tamerlán y el millar de millares que Darío puso en pie de guerra contra las falanges de Alexandro. Quebrara su contemplación la estolidez de nuestros tercios y toda la maquinaria de guerra con que aplastamos las ciudadelas moriscas y los alcázares musulmanes y toda mezquita y fortaleza infiel. Magra fuera la gloria de nuestros campos catalaúnicos y los lauros de Lepanto y las condecoraciones de Famagusta. Pobre se vería el recuento de nuestras hazañas a la par desta grandeza que no les viene del exercicio de las armas sino del sentido —según se echa de ver— de su superior calidad de señores destas tierras en las que en malahora anclaron nuestros barcos y nuestras lujuriosas pretensiones.

El sol del mediodía ha empequeñecido las sombras. Helos pues a nuestros pies en arreglada formación. Escasa es mi ciencia en cuestiones de nacionalidades, de suerte que sudores me cuesta distinguir sus parcialidades y capitanías. Aquí debajo y de cara a levante, creo distinguir una columna de pueblos antillanos, portando entre varios las pirahuas que usan para navegar de una ysla a otra. Reconozco entre otros a los borincanos por sus largas filas de muchachas adornadas con collares y peinadas con flores. Marchan a su lado, mirando hacia el poniente, mosquitos y otras tribus

asentadas en el Darién hasta el Yukatan, con los cuerpos cubiertos de símbolos en rojo y en negro, venablos y cerbatanas. Siguen en orden las comunidades de Uxmal y los de Mayapán. Y los de Cozumel y los de Tulum. Casi todos ellos portando máscaras que recuerdan el culto de sus ancestros y sus dioses (perdona señor, lo relato pero no me pongas de parte de tal iniquidad). Avanzan entre grandes jaulones de caña con guacamayas y quetzales y marcando el ritmo cantidad de tunkules y de zacatanes y conchas de tortuga de las que conocemos como carey. Completan la música con flautas de caña, de madera, de hueso y hasta de barro. Amén de caracoles marinos, ocarinas, panderos y silbatos.

Divísanse siguiendo hacia el poniente los atavíos y las máscaras de los clanes que pueblan todo el valle de México. Mexicas y tenochcas relumbran en el colorido de sus tocados de pluma y compiten en el arte de esgrimir y revolear largos bastones engastados en variado plumerío y rematados en lunas y soles resplandecientes, todo ello a lo que echo de ver de oro puro. En esto déjase apreciar que no escatiman, vista la variedad de estoques, venablos, lanzas y jabalinas del mismo metal, tal el fulgor y encandilamiento a que dan ocasión según avanzan en sus coreografías y comparsas. Jurar puedo que no se viera a la vera del camino de Santiago una mayor concurrencia ni más variada suerte de peregrinos, promesantes, saltibanquis y correcaminos, pues ni ayuntándose la mesnada que por el camino francés endereza sus pasos con la proveniente del ibérico andarivel alcanzara ello para emparejar la más modesta pincelada destas muchedumbres tan de no creer.

Escasa fuera la magnificencia de la cosa si aquí se agotara la cuestión. Mas tenme paciencia, que no te he platicado sino de un pequeño sector de cuanto tengo ante mis ojos, que te repito no son para me convalidar sino antes bien para encarecerme lo fantasmagórico y de fábula destos paysages. Girando la vista aparécenme naciones y agrupaciones de diversa índole y lejos está de mi magro entendimiento el les distinguir y reconocer según sus particulares designaciones y toponímicos. Diré el nombre de aquellos que sean de mi leal saber, aunque bien echo de ver lo escaso de mi ciencia en punto a confeccionar adecuado padrón de tamaña multitud.

Viérase tu justicia colmada si de christianas creaturas fuera la tal asamblea, mas temo que pocos dellos tuvieran ocasión de recibir la gracia de Tu luz, habida cuenta de que

nuestros capitanes poco perezosos fueron en les esculcar y zaherir en pro de achristianar antes a fuerza de mandobles y arcabuzazos que de palique y perendengues. Cuenta me tiene el suplicar Tu benevolencia, cuanto confieso que buena parte me ha tocado en este negocio de les arrebatar sus paganos convencimientos para les allegar los dones del bautismo. Diz que a sangre entra la letra, mas válame Tu misericordia, que si de sangre se tratare estarían estas gentes más letradas que nuestros empingorotados doctores y licenciados y demás ralea de tunantes que a rebatiña se tropieza uno dentro y fuera de los claustros. Así prospera de tal guisa la tarde en avanzamientos y acomodos de tan numerosa platea que si de contarlos se tratara el negocio mejor empezara por contabilizar los granos de arena a la vera de las aguas.

Por el meridión según se dejan a un lado las aguas de poniente, fórmanse en prietas hileras unos naturales de aquende y allende la imponente formación montañosa a la que adoran la mayoría dellos y dan nombres diversos asegún se remonta uno hacia el septentrión, siendo Jananti el más sonado en el viaje que va desde Ischihualasto hacia las fuentes del Willka Mayu y de allí en más hasta las alturas de Cajamarca y el Cusco. A lomo de huanacos, llamas y vikuñas algunos, a caballo de potros cerriles otros y buena parte destos congregantes de a pie, que se ve no les arredra la distancia ni la altura ni el peso de la variada carga que portean, unos a las espaldas y muchos ayudados por mulos, mancarrones y hasta cabras, que parece les proveen además de la leche para el alimento y lana para el vestido. Tórnanseme familiares nombres como dihui-het y cheche-het y parcialidades cuyas grafías desconozco aunque descuellan en sus voces el rancul y rankel tanto como el pehuen-che y el tehuel-che, por todo lo cual colijo los secretos parentescos a más de sus toscas vestimentas y lo común de sus cabelleras y armas y sus recias aposturas. Colorida es de cierto esta especie de aborígenes, atendiendo no tanto a lo variopinto del vestuario como a la nutrida compaña de principales que encabeza cada comitiva.

Duchos los más dellos en el cantar que permanente llevan en la boca y otros en el tañer y percutir instrumentos de diversa laya y los más desconocidos para mis estrechos horizontes. Bien sabes que poco pude apartarme del canto de laudes y maitines y el rasgueo de quier cítara o vigüela que cerca de mis alcances por equivocación encallare. Conque me regocijan el ánima —perdona mi trivialidad—

las églogas y endechas con que hacen a lo que parece más llevadera su marcha y hasta atreveríame a decir sus mismas vidas. Aunque zanjar debiéramos previamente —perdona mi pertinacia— la corajuda cuestión de sus ánimas porque no divaguemos de balde acerca de cualidades que a falta de la necesaria humanidad, no les serían a fe mía intrínsecas.

Déjote Señor en reflección de mi desatinada cháchara y voyme en alcance de una solemne procesión que dando varias vueltas alrededor de la piedra cuadrada, va ocupando el entorno de los sitiales de piedra. Echo cuentas recién de estarse preparando alguna importante ceremonia. Y hasta arriesgara que de una coronación se trata la cosa, según un chantre de voluminoso tocado acaba de depositar sobre la piedra desnuda una corona refulgente de oro y piedrería varia y algo como un cetro profuso en dorado metal y ricas plumas.

Conque Señor, fueran cualesquiera las contingencias con que nos han de apresentar, tennos de Tu mano, según ignoro cuya es la calidad y condición de nuestra estancia en esta ceremonia en la que mal presumiéramos de principales, habida cuenta de nuestro inferior número y desarmado atuendo. Y si diéranse malos vientos y tocáranos rendir cuentas de lo poco que les allegamos y lo tanto que les ofendimos y encaraginamos a fuerza de estoque y caballería y les rapiñar y demandar cuanto nos apeteció en negocios del yantar y el regalar el cuerpo en los goces venéreos, atiende antes a los muchos méritos de Tu hijo bienamado y perdónanos nuestras abrumadoras exacciones y las insoportables culpas. Por la virtud de su preciosa y divina sangre, tén piedad. Por las tierras que asolamos y los vergeles que agostamos, tén piedad, Señor. Por la crueldad que exercitamos y la piedad que retaceamos, tennos piedad.

Por la abominación y la codicia de nuestros procederes y por la iniquidad de nuestros emprendimientos, té piedad, Señor. Por lo mucho que les demandamos y vejamos y lo poco que les aconsejamos y amamos, por lo tanto que les atormentamos y lo poco que les allegamos, por lo mucho que les tomamos y despojamos y lo insignificante que les apropincuamos, Padre todopoderoso y Señor nuestro, tén piedad… ∎

Segundo final

El repique del kultrum exaspera la quietud de la siesta. En el cielo unas pocas nubes y el vuelo apacible de una pareja de kondores. La cordillera es —en esta alta soledad— mucho más que una referencia geográfica. Es la columna vertebral de la vasta altiplanicie de piedra en cuyo centro se yergue el choike cósmico por donde los Grandes Antepasados descienden al llamado de los parches ceremoniales. La copa del árbol gigantesco se pierde en el azul, mucho más arriba de donde vuelan las aves más resistentes, cuyos plumages están preparados para navegar entre la escarcha y el rocío negro. Cada rama del gigante sostiene una de las Cuatro Regiones. Cada hoja es un país donde transcurre sin impaciencia la eternidad de los inmutables. El gran Manitu. El irascible Nguenechén. El luminoso Huirakocha. Nombres al fin del nombre que nadie conoce y que ni los iniciados se atreven a pronunciar.

Por el tronco inabarcable del choike suben y bajan desde el comienzo de los tiempos los pequeños hombrecitos. Los cobrizos y los de antracita. Los de hierro y los aceitunados. Los incoloros y los de plomo. Los de piel bermeja y los de cabellos blancos. Los de algodón y los de piedra. Cada viaje de los pequeños hombrecitos es el inicio de un nuevo año cuya magnitud resulta inabordable, puesto que el Gran Espíritu dormita en lo más alto desde antes del comienzo de los tiempos. Hay quien cree que un año es el intervalo entre cada una de sus poderosas respiraciones. Pero tanta razón tienen asimismo quienes sospechan que es un lapso imaginario en medio del sueño inaccesible de un pantokrator impensable. Lo cierto es que desde época inmemorial los pequeños hombrecitos descienden nadie sabe desde dónde por el tronco del gran árbol. Ya en el suelo se desparraman, andan, corren, sufren, ríen, duermen, construyen chozas, rukas, toldos, rehues, aldeas y hasta populosas ciudades. Aman y odian, mueren y se reproducen, cantan, bailan y matan todo alegre e inconscientemente. Y cada año llega el momento de regresar al pie del choike para retomar el camino inverso hacia arriba, para vaciar ante el Innominable sus alforjas y sus atados de querencias y emociones. Lo cierto es que nadie puede asegurar qué es lo que existe más arriba de las nubes.

Sobre la terraza circular se destaca solamente la gran piedra cuadrada ceremonial, los tronos de piedra y el círculo de machis, tokis, caciques y amautas sumidos en profunda ensoñación. El tam-tam se desenrosca por entre el pedregal y los montoncitos de mata negra. Muy lejos, del lado del norte, el mugido grave de un erkencho le responde. Como el llamado de amor y de agonía de un enorme animal retozando debajo de la tierra, la cabeza más allá del gran lago, llegando casi al mar tropical, las articulaciones sacudiendo los estratos de la cordillera, las caderas golpeando con ritmo los ovarios del Potosí, los cauces del Willka Mayu y el Huaviare.

Una nube plomiza cruza sobre la terraza escondiendo los tronos de piedra. A su paso se levanta el pedregullo y ramaje de arrayanes y colihues, absorbidos por el centro oscuro que respira relámpagos y descargas. Hasta el sol desaparece en un instante borrado por el concierto sombrío. Empujada por un viento regularmente fuerte del naciente, la nube se dirige hacia el mar. Los Grandes Padres han ocupado ya sus lugares en los sitiales de piedra. Se acelera el kultrum y lejos resoplan los erkes del ayllu y los chifles del mapu. Los pueblos acampados al pie del collado han trepado con calma hasta el mismo borde de la terraza. El otro extremo de las delegaciones se pierde de vista tras el horizonte.

El más anciano de cada una de las columnas se adelanta hacia el altar cuadrado para depositar su ofrenda. Cuencos de pulke y de colonche, collares de berilo y amatista, guirnaldas de ceiba y de copihue, cestos con algarroba y chirimoya, trenzados de lana amarilla y azul y sangre. Mazos de caña de miel y de ramas de arándano y de estoraque. Ristras de ajos y cebollines. Zarzuelos de mimbre, junco y heneken. Puñales de turmalina. Utillaje de obsidiana, sílex y pedernal. Sartas de abubillas, cogujadas y agachonas desplumadas. Pendientes de conchilla, cuarzo y lapizlázuli. Sonajas y ocarinas de hueso, barro y oro. Trenzados de sisal, de formio y de ágave. Las ofrendas se van amontonando sobre el altar de piedra. Cuando la última primicia ha sido presentada, una machi y su grupo de acólitos arriman a la montaña atados de ramillas secas de chahuarzo. La macchi alza los brazos y canta una larga invocación, dirigiendo miradas de súplica hacia los Grandes Padres. El sol está cayendo en el horizonte. Con el último rayo, todos los pueblos acampados al pie del collado y a lo largo de la llanura se unen a la rogativa de la machi. Los compases crecen en

gravedad y volumen y el trueno de las voces asciende en la negrura de la noche. Al cabo de repetir y repetir las invocaciones a Nguenechén la imploración alcanza los escalones más altos del cielo. Sin mediar otra señal, un relámpago violento y silencioso hiende el firmamento. Avanzando desde el poniente asciende hasta el cenit para desplomarse rectamente sobre el altar. Un fuego blanquecino consume instantáneamente las ofrendas, dejando solo montones de cenizas y un fuerte olor a sudor de caballos salvajes. El sacrificio de las naciones ha sido recibido por el Innominable. La columna de fuego se desplaza en dirección al mar dejando una huella abrupta de mineral recalentado y arbustos chamuscados. Los Grandes Antepasados han indicado claramente el camino. La machi cae en un sopor profundo y cada cual se echa donde se encuentra para procurar algunas horas de sueño hasta el amanecer.

Con las primeras luces la muchedumbre se pone en marcha. Se mueven primeramente los pueblos antillanos, que están ubicados más cerca del mar. Los siguen en orden todos los demás: los de meridión, los del naciente y los septentrionales. Con todo su bagaje a cuestas y en absoluto silencio. Ni un grito quiebra la quietud de la mañana. Los principales de cada pueblo se entienden por gestos adustos con sus acólitos y asistentes. Y estos llevan las voces mudas hacia cada grupo de cada columna interminable. Todos entienden y acatan y los contingentes ondulan con calma y van rodeando en orden el collado para finalmente rumbear hacia el mar. Cuando la cabeza de la multitudinaria procesión llega a la playa recién empiezan a moverse los últimos caminantes.

A la vera del agua, cientos de navíos se mecen con las velas desplegadas. Es el caleuche, multiplicado hasta el infinito como si estuviera embutido en una galería de espejos. Cada nave es idéntica a todas las demás. Como única diferencia, porta cada una la insignia de uno de los pueblos congregados de cara al poniente. Embarcan en el mayor orden y en silencio. Al caer la tarde mucho más de la mitad de la multitud se encuentra aún sobre la playa. Pasa cada cual la noche en su lugar y por la mañana continúa el embarque. Dos días con sus noches continúan ocupando las embarcaciones, que una vez colmadas echan el ancla a la vista de la costa. El último emigrante sube a bordo con las primeras sombras de la tercera noche. La nave insignia, que lleva en sus velas el símbolo del Huitrú, enciende un fanal a popa. Se

escucha el sonido ronco de una trompa. Docenas, cientos de fanales y de trompas se suman al llamado. Es una orden de partida y al mismo tiempo un bramido desafiante. Acaso incluso el luto inevitable de toda despedida. Lenta y majestuosa, la flota se pone en marcha hacia el norte.

Al filo de la medianoche, una tormenta feroz de viento y lluvia se abate sobre todos los asentamientos huincas en la tierra firme y en las islas aledañas. El vendaval galopa a través del continente arremetiendo contra barracas, reales y ranchadas. Junto con los rollos de fundación desaparecen horcas y patíbulos de garrote vil y hacha. Cadalsos de los que aún cuelgan los cadáveres de reos recientemente ajusticiados se desploman a la par de cobertizos y tinglados, almacenes y capillas. Las bestias de tiro y carga se desbocan enloquecidas desmantelando norias y malacates, cureñas y maromas, dando de coces a sus yuntas y destrozando a mordiscos a un mismo tiempo frenos y cabestros y las manos y gargantas de sus palafreneros y picadores. El terror empuja contra las empalizadas la caballería de guerra y las tropillas de ganado reyuno, violentando pasadores y tranqueras. La estampida corre a través de campamentos y poblados a la par de la tormenta. Aldeas y ciudades mineras son volteadas en un instante por las recuas de mulas entrailladas a las zorras y carretas y carretillas de laboreo, vacías unas y cargadas muchas otras de mineral recién sacado de los socavones. Los carretones cargados de mineral pasan como arietes a través de las construcciones de adobe y de madera. Desde el fondo de los túneles brotan raudales de agua sulfurosa y humos malolientes de aceites y grasas animales y humanas mal quemadas.

El mar lanza sobre la playa todos los navíos anclados en puerto. Subidos a caballo de las olas gigantescas, son arrojados a tierra con los palos quebrados, arrancadas velas y cuadernas y partidos los cascos como si los masticaran las mandíbulas de una inmensa bestia. Buenos Ayres, Sancti Spiritu, Santa Fe, Asunción, Candelaria, Villa Rica, Portobelo, La Española, Santo Domingo, Natividad, Juana, Veracruz, Panamá, Lima, Valparaíso, Cartagena, El Callao, los puertos de la Florida. Armadas orgullosas que han atravesado todos los mares conocidos bajo el pabellón de los aciagos barbudos se sueltan de sus amarres. Los mástiles caen sobre la obra muerta abriendo rumbos en los cascos. Los cañones desquiciados arrancan los portalones y caen al mar, arrastrando parte de las amuras y bancos de remeros. Al paso del

meteoro quedan flotando barricas, chalupas desportilladas, tablas, cofres, timones, quillas, ruedas de gobernalle, cabinas, mascarones y amuras. El agua salada lame restos de paño y cordaje mezclados con catres, mastelerillos y cofas destrozadas.

Ríos y lagos se contagian de la furia desatada. El agua cruza por encima de los poblados arrasando reales, viviendas, caballerizas, graneros y empalizadas. Los animales de corral son arrastrados por la correntada. La mayoría de los pobladores son sorprendidos en pleno sueño. Los que atinan a darse cuenta del cataclismo, procuran ponerse a salvo en canoas y pirahuas que no resisten la fuerza del agua y el viento. Mazmorras y calabozos son desbordadas por la correntada, que arrastra a los carceleros y quebranta puertas, postigones y cadenas. Grilletes y dogales son arrancados de los muros de piedra y los sillares se abaten sobre el revoltijo de cepos y candados. Los cadáveres son arrastrados primero tierra adentro y luego sacados rumbo al mar.

Poco antes del amanecer, arrecia el viento y una tromba de aire oscuro recorre el hemisferio de norte a sur, succionando restos de embarcaciones y viviendas, personas y bestias. A su paso queda solamente un rastro de árboles arrancados de cuajo y ni un solo vestigio de fábrica humana. Hasta los cementerios y enterratorios devuelven sus cuerpos a la superficie, donde el tifón los alza para lanzarlos hacia arriba al centro mismo del huracán.

En pocas horas desaparece de extremo a extremo y de costa a costa todo recuerdo de permanencia o existencia de huincas, oratorios, fuertes, graneros, corrales, viviendas, cabildos, muelles y defensas. Catedrales y conventos, asilos y colegios, oficinas y consulados desaparecen a merced del viento y el agua. El prolijo e inservible registro de notarios y escribientes y oficiales y chupatintas se esparce aguas abajo en un aluvión de papel garabateado y folios y portafolios plagados de admoniciones e interdicciones y de ucasés perentorios y prepotentes. Amén de sellos y precintos y cartabones y cuanta menudencia fuera comidilla de avenegras y procuradores e inquisidores y residenciadores y auditores y bedeles y consejeros. Testimonio de clausura de tanta iniquidad y exabrupto rumbean finalmente mar adentro confusamente mezclados instructorios y expedientes y bandos con partidas de compraventa y pasquines y libelos. Los libros de mayor porte y los de más pesada

encuadernación engastados en cueros y tachonados de herrajes corretean por el fondo de los arroyos entre canto rodado y restos de vajilla y utensilios y toda clase de herramientas y frivolidades. Todo es finalmente expulsado mar adentro bien lejos de las costas y entretejido con sargazos y cobijas, habida cuenta de que poca necesidad tiene de abrigo tanto cadáver huérfano de extremaunciones y responsos.

Durante toda la noche el Huitrú se abate una y otra vez sobre las poblaciones blancas, incinerando hasta los embriones en los vientres. Vacas ni ovejas ni marranas ni cabras ni gatos ni perros se salvan del exterminio. En la correntada flotan muebles y herramientas, mantas y ropa. Postes, estacas, empalizadas, garitas, trincheras, tajamares y toda clase de fortificaciones chocan unas contra otras a merced del agua y terminan en montones de troncos y tablas derivando aguas abajo hacia las desembocaduras. Algunos labradores y soldados alcanzan a trepar a los maderos mayores, procurando usarlos como jangadas para ponerse a salvo. Pero todo es inútil, las precarias almadías giran en medio de los ríos sin control para finalmente estrellarse contra las barrancas o las piedras costeras y seguir su carrera al mar ya desembarazadas de náufragos y tripulantes.

La lluvia torrencial y persistente castigará todo el continente durante cuarenta días con sus noches. La historia no registra un solo sobreviviente. ∎

Tercera fundación

Cuarenta días con sus noches navega con rumbo norte el caleuche al frente de las quillas alineadas detrás de la que luce en sus velas el símbolo del Huitrú. El diluvio y el vendaval castigan el continente con su justicia inexorable, devastando toda la tierra firme y las islas cercanas a la costa. El deshielo prematuro de las cumbres nevadas por la acción del viento caliente de los trópicos aumenta el caudal de ríos y arroyos. Y todo sumado a las precipitaciones saca las corrientes de sus cauces, volcando a lo ancho de los valles y planicies un aluvión de barro. En el extremo austral de la cordillera un volcán agrega lava y polvo gris a la tormenta. Como si esta fuera la señal, uno a uno van despertando los cráteres, arrojando al aire ríos de piedra incandescente y torrentes de cenizas. El hemisferio entero se sacude en convulsiones, como un cósmico organismo pugnando por expulsar de sí las toxinas de una colonización depredadora y estéril.

Pero a una jornada de navegación mar adentro, las aguas están calmas y una brisa suave hincha las velas acercándolas al trópico. Cielo arriba la legión de hésperes y baboyanas vigila invisible la marcha de la expedición. Todo lo que es en tierra firme destrucción y descontrolada furia, en alta mar se torna mansedumbre y un acompañamiento apacible de las ligeras naves que llevan en sus vientres la esperanza. Cada noche sin luna, cencuates y congorochos cruzan raudos de sur a norte el cielo de terciopelo, marcando con sus fuegos cárdenos y azulados el rumbo a los tokis que velan al timón de las naves. Y una fulgurante estrella rojiza se instala en dirección a la polar como un faro amistoso y promisorio.

En el fondo de una pequeña gruta en medio de la cordillera, a gran profundidad bajo la tierra, tres mujeres de edad indefinible están acuclilladas frente a un caldero. Una de ellas es la vieja Mucuy, la que había preparado la corona entregada al almirante al desembarcar por primera vez en una de las islas. La otra es Dionisia de Iemanjá, la maë que guía las huestes de los exús, los caboclos y los pretos velhos. Y la tercera es la anciana Orgamira, encargada de vigilar los movimientos de los gringos hasta que

el caleuche estuvo en condiciones de zarpar. Un jarabe cristalino se cuece lentamente. Las tres son videntes, capaces de observar sobre la superficie de la cocción acontecimientos distantes. En el caldero evolucionan los hualichu y los bolontikús. La tersura de la adelfa. La acidez del estramonio. El amargor del ágave. *Que hierva el caldero / que hierva el caldero*. Las tres viejas ignoran que están repitiendo una ceremonia por esos días aplaudida en un viejo teatro de Blackfriars donde otras circunstancias y otros personajes. Que sin haber estado jamás al servicio del poderoso señor de Tudor y de Glamis, entran en esos instantes en la culminación sin aplausos de otra historia. Pero ellas no propician crímenes palaciegos sino epopeyas que avivan fuegos adormecidos en sus corazones y rejuvenecen sus ímpetus adolescentes. Lo que ven avanzar con calma sobre el mejunje ambarino es la flota de caleuches flameando con un coraje silencioso y paciente el fuego fundacional de la gran resurrección.

Casi mediando la nueva luna, la flota arriba a las aguas templadas que bañan las costas de la bahía de las Perlas. Desde hace varios días un amauta de la nave insignia echa a volar cada mañana una cayama de las que solo anidan en tierra. El ave rumbea siempre hacia el continente, pero al atardecer vuelve al barco, en señal de no haber hallado tierras secas durante su vuelo de reconocimiento. Hasta que por fin una tarde no regresa, con lo cual entienden todos que las aguas están retomando su nivel. Encendidos los fanales para mantenerse juntos durante la noche, ponen rumbo al levante en aguas tranquilas y con una brisa calma que los empuja sin mayor esfuerzo. La estrella rojiza marcha por encima de ellos.

Con las primeras luces se encuentran ante la línea de costas. Las zonas bajas están aún cubiertas de agua. La ciudad de Panamá ya no existe, ni sus torreones ni las defensas del antepuerto ni las robustas murallas. El camino que atravesaba el istmo en dirección al mar de los caribes se halla aún a no menos de diez brazas bajo la superficie. Pero las embarcaciones encuentran buena ruta para cruzar sin mayor tropiezo, tomando como guía las copas de los chiminangos que sobresalen a uno y otro lado del improvisado canal. En menos de una jornada navegan ya a lo largo de las tierras orientales, sobre las costas de Darien. En todo el trayecto no se divisa la mínima señal del antiguo poderío español. La costa más poblada del mar de los caribes y mosquitos es un vasto desierto donde no se alza el mínimo habitáculo. Ni

una vela se recorta contra el horizonte oriental. Frente a donde estuviera emplazada la ciudad fortificada de Portobelo, no queda en pie una sola de las piedras de lo que fuera el puerto más poderoso de las flotas del mundo viejo. Torreones, barbacanas, murallas, portalones, apostaderos, muelles, todo se lo ha llevado el temporal. Hasta los espigones y escolleras han desaparecido. Ni una cofa ni un trinquete de la numerosa cantidad de galeones habitualmente fondeados bajo la protección de los cañones de ambos fuertes. Los vastos galpones usados como depósito de esclavos, los almacenes de abarrote, las curtiembres, las factorías de tasajo, los molinos harineros, los cuarteles de la tropa, las dependencias de la capitanía de puerto, las tabernas y burdeles, las caballerizas, los graneros, todo demolido por el huracán y arrastrado por el agua y el viento.

Las embarcaciones siguen la costa hacia el sur durante el resto de la jornada y toda la noche. Al amanecer echan anclas a pocas brazas de tierra y de cada una descienden machis, caciques, tokis y amautas para conferenciar. Sobre la misma playa se acomodan en círculo un millar de representantes de todos los pueblos libres. Desde los iroqueses y algonquinos de las llanuras del norte y los olmecas y tenochcas y toltecas del valle de México y el Yukatan hasta los caribes, chibchas y xavantes de la amazonia, los aymaráes y diaguitas del Cusco y valles calchakíes, guaraníes y guaycurúes, chorotes y chiriguanos, tobas y mocovíes, querandíes y tribus de las salinas y pueblos de la araucania y la patagonia hasta los estrechos.

El kuraca más anciano se pone de pie en medio del cónclave y declara abierto el parlamento. Cada cual sabe perfectamente dentro de su corazón cuál es el pensamiento de su pueblo. Son ancianos que han visto nacer, crecer y morir generaciones de cazadores, agricultores, pastores y guerreros en lucha desigual contra las cañas de hierro, los caballos y los perros de los conquistadores. Casi todos conocen el sabor de la prisión y recuerdan el trallazo de los látigos y la mordedura cruel de los perros asesinos adiestrados especialmente para cazarlos.

Una luna completa se prolonga el rehue, porque todos tienen algo que opinar y la asamblea a todos los escucha con respeto y en silencio. Hay rogativas y palabras de recordación por las incontables víctimas y por los valientes que pagaron su coraje con tormento y horribles mutilaciones. En fin, una larga jornada de relatos, crónicas,

reconstrucciones, homenajes, proyectos y reflexión. Entre los presentes se hablan variadas lenguas y los más diversos dialectos. Pero los ancianos se han aplicado, entre otras cosas, al cultivo del habla de sus vecinos y allegados, con la firme convicción de que solamente la comunicación fluida y permanente podrá sostener la gran aventura que están encarando. De suerte que todos los discursos son comprendidos en su legítimo alcance y cada cual es dueño de expresarse en su propia lengua con la tranquilidad de hablar ante una asamblea de iguales y de hermanos.

Muchas cuestiones se abordan en estos días. Y mucho es por cierto lo que se establece para ir desarrollando en el futuro, que brilla con una luz sumamente poderosa, libre de la sombra devoradora de la sumisión y el escarnio. Todo bajo la advocación de los antiguos dioses y los Grandes Padres. Todo a merced del vigoroso impulso de haber recobrado a la vez el gobierno de sus vidas y el dominio de las tierras. Se esbozan pactos y se fortalecen acuerdos. Se formulan propuestas y se reatan convenios y lealtades. Se establecen normas de convivencia y por sobre todas las cosas se discurre y se debate acerca del destino común. Juntos sacrifican a la madre tierra y a los Grandes Antepasados. Juntos cumplen con sus abluciones y honran a sus muertos. Juntos comparten la comida, las tristezas, las esperanzas y la música.

Llega finalmente el momento de los saludos y la despedida. Hay abrazos y reverencias y tantas manos levantadas. Muchos saben que serán llamados junto a sus antepasados antes del próximo rehue. Pero todo lo que en esa playa se ha debatido se hará carne en sus hijos y en los hijos de sus hijos y nada corre peligro de ser echado al olvido. En la lejana cueva debajo de la cordillera las tres hechiceras se miran en silencio. Una sonrisa apenas insinuada suaviza las arrugas de sus rostros.

Con la primera claridad de la mañana las tierras purificadas por el diluvio resplandecen de verdores y perfumes nuevos. Un mundo verdaderamente renovado a partir de su propia sangre y las cenizas de sus muertos abre sus praderas y sus selvas a los pequeños hombrecitos que porfiadamente descienden a lo largo del tronco del gran choike. Desde la fronda asciende el gemido del venado y el huazuncho. La arboleda de los ribazos y los montecitos del litoral hierven de nidos y pichones. En

las gargantas de la cordillera brama el jahuar y por los pedregales pacen las nuevas manadas de llamas y vikuñas. Por entre las nubes planean majestuosos los kondores. En orden se van haciendo a la vela por grupos de naciones, cada cual de regreso a sus lares y a los espacios sagrados donde reposan los huesos de sus mayores. Todos están comprometidos en el juramento de sostener y defender lo que ha demandado tanto dolor y tanta sangre recuperar. La pureza del aire, la salud de los ríos, la plenitud de las praderas y los bosques, el cuidado de la tierra, el respeto por todas las especies vivas, el sabor inigualable de la paz, el laboreo de sus campos, la atención de sus rebaños, el ejercicio de sus artesanías, la preservación y difusión de sus tradiciones y sus historias, todo lo que hace que sean tan diferentes entre sí pero en el fondo tan iguales.

Las velas se van alejando hacia todos los rumbos. Buscando sobre la costa la desembocadura de los ríos. Unos viran nuevamente al norte. Algunos cruzarán de vuelta el istmo. Otros tienen por delante largas jornadas apuntando a melipal. Tardarán semanas en llegar a los canales. Sobre la playa queda el silencio solemne y unas palabras trazadas sobre la arena húmeda, en cada una de los diversas lenguas pero reflejando el mismo unánime sentimiento. Nunca más. ∎